

The background of the cover is a deep blue, textured surface. A vertical black bar runs down the left side. In the center, there is a rectangular area with a lighter blue, swirling, cloud-like pattern. Several orange koi fish are swimming in the blue water. A dark, shadowy figure is visible within the swirling pattern.

Bella en las tinieblas

Manuel de Lope

ae

Bella en las tinieblas es una novela casi obsesionante en su perfección. Una mujer con un brillante pasado suscita sin saberlo el amor de un muchacho. Este punto central del relato, lejanamente inspirado en circunstancias reales, se convierte en el eje de una historia mucho más ambiciosa.

El paisaje oceánico, poderoso y sutil al mismo tiempo, se incorpora como un personaje más al argumento, que va progresando con una eficacia absolutamente cinematográfica.

El lector descubre a una Madame Bovary de nuestro tiempo en una novela donde cada momento se ha contado como si lo fuera a filmar Luis Buñuel. *Bella en las tinieblas* es una obra de plena madurez literaria, bella y profunda. Con un extraño talento en las situaciones y una admirable utilización de los diálogos, Manuel de Lope logra dar vida a una historia de extraordinaria intensidad.

OceanofPDF.com



Manuel de Lope

Bella en las tinieblas

ePub r1.0

Titivillus 05.12.2022

OceanofPDF.com

Manuel de Lope, 1997

Diseño de cubierta: Juan Pablo Rada

Foto: Jorge Aparicio

El poema citado en la novela procede de la antología titulada *Los episodios del vagón de carga* de Manuel José Arce

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Epílogo

Sobre el autor

OceanofPDF.com

A Juan Marsé

OceanofPDF.com

Aun a pesar de las tinieblas bella,
aun a pesar de las estrellas clara.

Góngora. *Soledades*.

Uno

OceanofPDF.com

Había descargado una tormenta a media tarde. Los prados estaban empapados y los valles despedían vapor.

No fue al comenzar la agonía del general López Goitia cuando alguien dijo, «hay que avisar al doctor Castro», y otra persona musitó, «está avisado», sino que el día anterior, aquella tarde de tormenta, el propio general, en un ataque de ira provocado por el exceso de bilis en el hígado o el mal funcionamiento del riñón (las dos vísceras se hallaban afectadas) mandó buscar al doctor, y el doctor se presentó en casa del general por deseo expreso de este.

Enviaron con el recado al hijo del jardinero. Era un muchacho de quince años, con aspecto de golfo callejero y monaguillo, despierto y veloz. Oyó bramar al general, «que avisen a Félix Castro», y comprendió el mensaje. Echó a correr a lo largo de la playa, cruzó los prados con la hierba por los tobillos, sorteó los bancales de berzas y lechugas y solo se detuvo jadeante al llegar al cruce de carreteras, esperando retraído en la cuneta el instante milagroso entre dos camiones para pasar de un galope al otro lado. Hundió la cabeza entre los hombros arremetiendo contra el último repecho del camino y llegó sin resuello y empapado a casa del doctor. Allí se permitió entrar sin llamar a la puerta. La casa estaba en silencio. El doctor Félix Castro dormía la siesta o estaba bebido.

—Llaman al doctor Castro en casa del general —gritó.

Había estado en la casa en muchas otras ocasiones, llevando recados, buscando propinas, merodeando en torno a un ciruelo que si bien el doctor no podaba con especial esmero no por eso dejaba de producir unas sabrosas ciruelas amarillas de irresistible tentación y arrasadoras consecuencias gástricas. Conocía algunas de las costumbres del inquilino, incluso de las más privadas. Sabía de su afición por cierta marca de coñac y admiraba la destreza con que había cercenado de un brusco golpe de muñeca las anginas

de su hermana. Su amenaza, como la de todos los mensajeros de su especie, era la sirvienta, cocinera o ama de llaves, cualquiera que fuera la manera de llamarla, una mujer fiel y perruna, de quien se decía que dormía en el felpudo, un monstruo rural, de nombre Toribia, a quien el doctor había rescatado de una aldea remota para que le mantuviera limpia la casa y le preparara unos guisos espesos y prehistóricos cuya composición se prefería ignorar. Parecía ausente. Pasaron más de diez minutos antes de que el doctor diera señales de vida. Se escuchó el crujir de unos resortes y fuertes pisadas en el entarimado de la primera planta que hicieron vibrar con levísimos destellos los cristales de la lámpara del salón. Al fin apareció en lo alto de la escalera, agarrado al pasamanos, enorme, sombrío, desvencijado por el reuma o por la insoportable acidez de una digestión interrumpida. Con la mano libre se frotó los ojos. El muchacho repitió su mensaje.

—Le llaman en casa del general.

Durante unos segundos el doctor permaneció inmóvil, velándose los ojos con la mano levantada. Le había parecido recibir una visión formada a partes iguales por un componente que le era familiar y otro que le resultaba anacrónico. Reconoció al muchacho en el contraluz de la puerta, rubiales y menudo, y aun así, a punto estuvo de tomarle por un ordenanza del mismo porte que le había asistido en otro tiempo junto a la mesa de operaciones, no las operaciones militares proyectadas y dirigidas desde una mesa inundada de cartografía, sino las más acuciantes operaciones quirúrgicas en la mesa de un hospital de campaña donde se derrochó la hemoglobina durante la guerra del año 36. Se hubiera dejado arrastrar por la confusión de no haber sabido pertinentemente quién era el muchacho, el hijo del jardinero de Sebastián López Goitia, un chaval al que apodaban Zorrilla por su astucia o por el color de su pelo, gran aficionado, llegada la estación, al poderoso laxante de las ciruelas de su huerto que, incomprensiblemente, no parecían producir otro efecto en el muchacho que incrementar cada año de un palmo su estatura para, llegado el otoño siguiente, alcanzarlas mejor. No comprendió el mensaje.

—¡Espera!

Inició con la mano derecha un avance por el pasamanos y su pie tanteó el vacío del primer peldaño. Odiaba las situaciones inciertas y de todas ellas la peor era verse bruscamente sacado de la siesta para ser proyectado entre dos golpes de sangre a una incomprensible situación exterior. Arrojó una maldición al mensajero, pero ya el muchacho había salido camino abajo para repetir al galope el recorrido inverso de prados, encrucijadas, huertas y berzales. Y sin duda ya enfilaba a un trote placentero la curva de la playa cuando el doctor aún no había vencido el vértigo que le producía el tramo de la escalera abriéndose a sus pies. Le paralizaba el temor a rodar por los peldaños. Todavía tenía en sus oídos el retumbar de los truenos en la tormenta de la tarde, como la premonición de un descalabro. Al fin, dejando caer sus pies como un paquidermo, uno a uno sobre los quince escalones, y afianzándose a ambos lados de la escalera, se confió a su suerte y bajó.

Desde la puerta de su casa los prados se sucedían en pendiente y se divisaba el mar. La situación era de bonanza después de que hubiera descargado el chaparrón. Sobre la barra del horizonte el mar se juntaba con las nubes en un color plomizo pero a poniente el cielo se había desgarrado y anunciaba un crepúsculo sangriento. Recibió el aire fuertemente oxigenado. Se dilataron sus narices y en pocos minutos sintió la mente despejada. No era lo bastante hábil como para prepararse un café sin ayuda. Toribia estaba ausente. Al principio temió adentrarse solo en la cocina pero haciendo acopio de oxígeno y con su resolución más atrevida decidió arriesgarse.

Mientras tanto el mensajero aflojó el paso.

—¿Han avisado a Félix Castro? —bramó el general.

—Ahí viene el muchacho —dijo el jardinero deteniendo un instante el chac-chac fatal de las podaderas.

El general se incorporó sobre el asiento. Su viuda, o mejor dicho, aquella mujer de extraordinaria belleza, veinte años más joven que él, que sería su viuda antes de que finalizara el mes de septiembre, le tranquilizó.

—Ya le han avisado.

El general pidió que le sacaran al porche. Había allí una butaca siempre dispuesta. El conjunto de muebles de mimbre formaba un pequeño salón. Se instaló con una manta escocesa sobre las rodillas. El chaval se sentó en las escaleras sin decir una palabra.

—A ese chico habrá que regalarle una bicicleta —dijo el general desarrugando por primera vez el entrecejo—. Ana Rosa, ¿qué hora es?

—Las siete y media.

Ana Rosa Camp, la que luego había de ser su espléndida viuda, buscó en la cartera una propina para darle al muchacho. El niño se volvió sonriendo. Soñaba con una bicicleta de montaña que le permitiera salvar los puertos y alejarse, de una vez y para siempre, hacia el ancho interior de España.

Era bien sabido en la comarca de Linces que nada resultaba más penoso que las cenas del general Goitia en sus postrimerías, y no solamente porque afectaran al sentido del olfato.

Sebastián López Goitia se había instalado en su chalet de la playa de Linces a finales de los años sesenta, después de una brillante carrera que le había llevado del generalato al Ministerio de Obras Públicas, pasando por varios cargos y capitanías donde había resultado lucido su uniforme y proverbial su malhumor. Sin embargo, como suele suceder en las personas de carácter fuerte y destino excepcional, su añoranza remontaba a otras fuentes y a tiempos más antiguos, cuando simple coronel su historia se confundía con la historia de España, y sus compañeros de armas admiraban por igual sus intuiciones tácticas y su destreza en el juego del billar. Como Napoleón, debía su carrera militar a sus dotes de artillero. Era rubiales de bigote y le gustaba alardear de su estirpe británica. Se suponía heredero de un oficial del ejército de Wellington durante la guerra de la Independencia, un antepasado del que siempre se había hablado en la familia durante ciento cincuenta años como de un experto degustador de cerveza. Hubo quien le entroncaba con un predicador de Biblias anglicanas, pero sea como fuere su verdadero clan eran los Goitia. El Goitia primordial o proto-Goitia había sido un leñador con ciertos ahorros que dejó los bosques ancestrales para levantar una fortuna en la industria papelera. Y si en ocasiones el general se perdía en los vericuetos de su propia genealogía ello era debido a la confusión de sus recuerdos más que a la falta de orden en el álbum de familia o a la dispersión parroquial y administrativa de las partidas de

nacimiento. Sea como fuere, y en resumen, el general poseía una mesa de billar cuya procedencia se podía trazar con la misma prolijidad que la genealogía del clan de los Goitia.

Lo cierto es que en sus tiempos de activo tan apreciado era el general entre la alta burguesía donostiarra como en los círculos madrileños mucho más restringidos de la copla y del cante calé. Y decía el doctor en una suerte de discurso panegírico que ello no era solo debido a los recursos del poder para granjearse amistades, sino que el general poseía un punto de simpatía cómplice, serena o juerguista según las ocasiones, y era capaz de arruinar la cartera de un amigo por una apuesta en el tapete dejándole convencido de que quedaba con creces pagado por haber tenido el privilegio de apostar contra él. Harto de Madrid se había retirado a Linces, un balneario y una playa que a pesar de lo sugerido por su nombre frecuentaban cuatro gatos. Allí su tiempo fue medido por el símbolo fatal de las tijeras del jardinero podando el seto de laureles. En círculos históricos se decía que escribía sus memorias, ignorando su estado y la escueta realidad de que la Historia y la memoria ya le habían olvidado. Era alto, bigotudo y de poco pelo. La edad le había puesto la piel de la cara del color del caramelo. El doctor, en su cumplida conversación *post mortem*, hizo alusión a la delicadeza de sus manos, que aun siendo manos de artillero no dejaban de ser finas y traslúcidas como manos de mujer.

Pero el doctor olvidaba aquel maldito problema del olfato. Del general emanaba un aliento insoportable, como si el hígado se le subiera a la boca. Emitía un hedor que la viuda combatió inútilmente pero con elegancia hasta el último día. Le preparaba un elixir bucal con la misma distinción que le hubiera ofrecido un *gin-fizz*. Nada vencía la terrible halitosis, y como un amuleto cariñoso, acababa anudándole al cuello un pañuelo regado con agua de Colonia. Era la bilis. Se le salían los humores del hígado, decía Félix Castro. Se le salían los crímenes por la boca, al decir de Toribia, que solo había tenido oportunidad de olfatearle de cerca una vez. Qué crímenes eran aquellos, los tiempos modernos lo ignoraban. Pero en la memoria tenaz de la montañesa se hallaban inscritos los horrores de la guerra, y aquel aliento del infierno confirmaba su esperanza de que el otrora ufano coronel

López Goitia, del victorioso Ejército del Norte, estaba destinado a la eterna condenación.

El general se arrellanó en el porche. Su olfato, en absoluto enajenado por la corrupción de sus entrañas, respiró la fragancia generosa que había dejado la tormenta. La brisa venía de alta mar. El chaparrón caía en el horizonte donde el mar era una sólida placa con destellos plateados. Había marea baja. Los escollos dibujaban siluetas de animales. Tampoco le fallaba la vista y reconoció en el perfil de los escollos el dromedario, el perro, el rosario de tortugas. El general dejó que la brisa disipara su malhumor. Sujetando con ambas manos la manta escocesa, como si fuera la última trinchera contra la muerte, espiaba la llegada del doctor por el paseo de la playa. Aguzaba el oído por si llegara en automóvil por la parte trasera de la casa, es decir, la fachada delantera y principal, la del buzón, la que se abría a una calle arbolada de moreras. A veces el doctor llegaba en moto, pero entonces se hubiera escuchado desde la primera explosión, por encima de prados y berzales, el motor de una Guzzi que los coleccionistas envidiaban, potente, de un único pistón pero gran cilindrada y revoluciones cadenciosas como motor de barco. El asiento anatómico de cuero se adaptaba perfectamente a las nalgas del doctor, y era tan dócil y confortable en el manejo como ávida en el consumo de gasolina, razón por la cual el doctor Castro la utilizaba con parsimonia, reservándola para las ocasiones en que la situación exigiera lucir un casco o una gorra con orejeras. En esos casos la Guzzi acentuaba la impresión de alarma y la abnegación deportiva de su propietario. El general se volvió hacia su esposa.

—Ana Rosa, ¿qué hora es?

—Cerca de las ocho.

—¿Qué hace Félix Castro? ¿Se ha creído que le llamo para jugar al dominó?

La espléndida viuda sonrió.

—Estará ocupado.

El general se aferró a la manta. El jardinero se había retirado dejando decapitado el seto de laureles pero intactas las hortensias. El muchacho que había llevado el recado pescaba en la escollera con un sedal (y eso indicó al general que la marea estaba cambiando y que el muchacho, tan hábil con el

anzuelo como recaudando propinas, aprovechaba las corrientes remontantes para atrapar una lubina de a kilo con un cebo de medio gramo de quisquilla). El doctor explicaría más tarde, en el lenguaje atropellado y reiterativo de las borracheras de funeral, las razones de su retraso, que a nadie importaban. Había entrado en su cocina, grande y oscura, de un tamaño que la ausencia de Toribia duplicaba, y de una oscuridad que solo se podía atribuir a la falta de costumbre, empujado por circunstancias tan excepcionales como la inmediata necesidad de un café en ausencia del hábil monstruo que sabía prepararlo. Dio con la cafetera y mantuvo con ella un pulso del que salió triunfante. Registró las alacenas en busca del café y halló una farmacopea de hierbas purgativas. Hubo frascos que le parecieron sospechosos. Se topó con el café entre las hierbas aromáticas. En resumen, decía con orgullo, se había preparado un café y había salido a tomarlo a las escaleras del porche, de su porche, contemplando el mismo crepúsculo que el general contemplaba, la misma barra sombría del horizonte donde aún se iluminaba con bruscos resplandores la tormenta, los mismos flecos sangrientos donde el poniente anunciaba un derroche final. Nubes en forma de fragata, un cielo de épicas batallas. Nunca hubiera podido imaginar que Goitia no le llamaba a causa de uno de aquellos habituales ataques de bilis por donde aliviaba sus pecados y echaba el alma, sino con la intención, puesta la vista en la recta final, de nombrarle su albacea.

¿Y para qué demonios necesitaba Goitia un albacea? ¿Y por qué precisamente él? Entre ambos mediaba la edad y el rango que existe entre un coronel de artillería habituado a cañonear posiciones enemigas y aldeas evacuadas o indefensas y un oficial de sanidad, y esa jerarquía que databa de los años de la guerra ni el tiempo ni la amistad la habían desmentido. Era la diferencia entre medir el alcance de la vida desde el emplazamiento de las baterías, a medirlo con hilo de sutura y litros de transfusión. El doctor era persona de buen temperamento. Tenía un carácter de contemplador solitario y algo melancólico de la naturaleza humana, lo que suele suceder con aquellos que han conocido al hombre sobre el mármol de las mesas de disección, en las lecciones de anatomía. En cuanto la desmovilización se lo había permitido había dejado el Ejército con empleo de capitán y una hoja de servicios impecable. Destacaba su comportamiento en campaña, su

disciplina (algo de incongruente evaluación en quien trató principalmente con heridos y agonizantes privados de cualquier capacidad de obediencia o de mando) y el haber aserrado una pierna a un capitán general. Su especialidad civil era garganta, nariz y oídos, muy alejada de lo que le había tocado vivir bajo banderas. Ello hablaba de una personalidad minuciosa, interesada por las cavidades húmedas, recónditas y secretas del individuo. Era hombre de laberintos y por ello indeciso. Bebía moderadamente, o al menos esa era su íntima convicción. Bebía para ahuyentar moderadamente la soledad, pero cualquiera que le hubiera visto con una minúscula copa de anís en la mano durante el refrigerio servido la tarde de los funerales (la decimoctava copa de anís, la que incrementaba en un decibelio más el volumen de su voz, la que buscaba la frontera opaca de sus razones) hubiera podido calibrar la patética ineficacia del remedio. Félix Castro era un hombre solo, en diálogo habitual con la bebida, instalado en su soledad.

Sin embargo en las fotografías de grupo, de la media docena que atesoraba el general y de la otra media docena que él mismo conservaba, el doctor parecía ser el hombre clave. Siempre el más joven, nunca en primer plano, retraído o envuelto en su capote, como en aquella imagen donde seis oficiales y un cabo furriel aparecían bajo un toldo sujeto con cuatro postes que daba sombra a una mesa cargada de avituallamiento capturado al enemigo, es decir, docena y media de botellas de vino de Rioja, dos pavos, cuatro hogazas, un barril de escabeche, todo ello dispuesto para un banquete contemplando un paisaje y una línea de cumbres imposibles de olvidar. O aquella otra, delante de la catedral de Toledo, en una ocasión que ni Goitia ni él mismo recordaban. El doctor, un hombre entonces delgado, de mirada expresiva, parecía concentrar con su presencia la emoción del instante, la carga evasiva de nostalgia que solo treinta años más tarde se habría de revelar. Poseía el privilegio escaso o mal repartido de ser el protagonista involuntario de cuantas situaciones el azar o la memoria habían conservado, como esos imprescindibles actores que salvan la escena con una frase, con una mirada o con un gesto final. Parecía imposible que el general se dirigiese precisamente a él para nombrarle albacea. Su secreta reputación de ser el hombre clave se confirmaba. Mientras tanto, mientras no se demostrase la urgencia de la llamada, el doctor se espabilaba con café

delante de la puerta de su casa. Miró el reloj únicamente para comprobar que sin duda alguna estaba atrasado.

El general, instalado frente al mar en su sillón de mimbre como en la barca de Caronte, se volvió con impaciencia.

—¡Ana Rosa!, ¿qué hora es?

Y en su voz se percibía un timbre de angustia, no ya por la tardanza del doctor, sino que viéndose ante el crepúsculo temía que le llegara con las sombras la última hora. Era algo más que un presagio. La espléndida viuda se acercó para tranquilizarle. Más tarde se supo, a través de la sirvienta de la casa, que lo había comentado con el jardinero, quien lo mencionó en voz alta en el bar, que la viuda ya tenía encargado a su modista habitual de Bilbao un vestido de luto. Según el jardinero se trataba de un traje de fiesta. El precio de aquel modelo superaba su presupuesto anual en gasto de café y copa en aquel establecimiento, mantuvo el hombre escandalizado. Al dueño del bar no le pareció caro el modelo, pero calló su opinión.

Lo cierto es que aquel muchacho que había llevado el mensaje, el hijo del jardinero, el rubio, el Zorrilla, o como quiera que le llamaran, era un chico avisado. Seguía la corriente de pleamar desde la escollera manteniendo suelto el sedal y los ojos clavados en el corcho del anzuelo, con la certeza de que tarde o temprano la lubina pensaría encontrar un buen bocado donde le esperaba un gancho y un tirón fatal. El chico parecía no vivir más que para ese instante. Alguien comentó una vez que debería haber nacido pescador. De niño era de un carácter tan ensimismado que el jardinero pensó que tenía un hijo anormal o al menos con problemas de oído. Ello entraba dentro de la especialidad del doctor, y fue precisamente Félix Castro quien diagnosticó un caso de inteligencia precoz demasiado absorta en el descubrimiento del mundo que le rodeaba como para ocuparse de lo que decía su padre, un niño con los cinco sentidos al abordaje, un futuro alcalde de Linces, si no se malograba (esa fue la fórmula lapidaria que utilizó el doctor cuando se lo dictaminó al jardinero: algún día este niño será alcalde), y el niño se fue criando sin más problemas que un carácter algo ausente pero servicial.

Cuando resonó por el valle el motor de la Guzzi el muchacho levantó la cabeza, y lo mismo hizo el general Goitia en su sillón sin dar crédito a sus oídos. Eran más de las ocho y media, según el reloj de Ana Rosa. El doctor no tenía más noción de la hora que la media luna creciente sobre la marea, dominando el atardecer y la paulatina oscuridad del cielo. Toribia había llegado unos minutos antes y el doctor había tenido con ella una explicación. La mujer entró directamente en la cocina por la puerta de servicio. Venía cargada de paquetes. El doctor recordaba perfectamente el incidente, porque se preguntó qué podía cargar Toribia en sus brazos que siendo una mujer fuerte parecía doblegada por el esfuerzo y a punto de soltar la mercancía tan pronto como cerró la puerta. Eran tres bultos, dos de tamaño medio y un tercero mucho más embarazoso. A la pregunta del doctor respondió que se trataba de cosas de mujer. Y en efecto, los dos primeros paquetes llevaban la marca de la droguería, o de la alpargatería, o de un comercio especializado en tejidos donde la mujer solía cortarse ella misma las enaguas. Pero el tercero era una caja de cartón tan pesada que parecía llevar dentro el busto en bronce de Zumalacárregui. Haciendo un esfuerzo supremo Toribia lo alzó del suelo, lo depositó en la mesa y la caja reventó. Y nadie que no conociera aquellas tierras podría creerlo. Sobre la mesa se derramaron entre diez y quince kilos de clavos viejos, oxidados y torcidos como garabatos, entre diez y quince kilos de clavos de encofrador de todos los calibres, que un pariente de Toribia, peón de la construcción, había ido recogiendo pacientemente, que ni siquiera iban a ir a parar en masa tal cual al chatarrero a precio de ferrada, sino que iban a ser enderezados uno a uno por otro pariente de Toribia que aún poseía tiempo, paciencia y proyectos como para dedicarse a esa labor y volverlos a utilizar. Para cualquiera que quisiera meter las narices en el universo de Toribia aquello podría resultar incomprensible, pero no lo era. Acaso visto desde Bilbao era inútil recuperar entre diez y quince kilos de clavos viejos como no fuera para utilizarlos como metralla. Acaso visto desde Madrid el esfuerzo podría considerarse un récord algo necio pero encomiable, una especie de apuesta folklórica, un concurso de enderezamiento de clavos o una tradición rural. El doctor no creyó lo que veía. Apuntó con el dedo los clavos derramados como si fueran serpientes.

—¿Qué es eso?

—Clavos torcidos —respondió Toribia con voz cavernosa.

—¿Clavos torcidos?

La segunda vez Toribia no respondió. Levantó una mirada de desafío. Podía ser peligrosa sintiéndose acorralada. Podía llegar a atacar. El doctor fingió desentenderse del asunto. La mujer se frotó las manos en el delantal emitiendo un resoplido. Salió a buscar un caldero de zinc y en él fue arrojando los clavos esparcidos que caían en el fondo del caldero con un peso de gran riqueza, con un campanazo de abundancia, como si estuviera paleando un tesoro.

Toribia era una mujer limpia y ordenada, el tipo mismo de montañesa que apreciaba el doctor. Jamás se le hubiera ocurrido poner en entredicho su capacidad para vaciar la casa del sótano al desván, llegada la primavera, sacar los muebles al prado y fregar las tarimas con sosa cáustica. Ella misma escogía el día, avisada por un sexto sentido de que la lluvia no vendría a empapar las cajas de libros, las cajas de instrumentos, la mesa de consulta, las butacas, los colchones, el zorro disecado, las alfombras enrolladas, las camas y mesillas de noche, los cajones con la ropa ordenada, el comedor completo, el perchero y el salón, todo ello amontonado en el prado como en una subasta al aire libre, ofrecido a la luz del cielo y a la curiosidad de los chiquillos y de los gitanos durante todo un largo día que Toribia pasaba de rodillas con las narices puestas sobre el estropajo, y que el doctor pasaba en Bilbao. A su regreso encontraba los muebles dentro y la casa en su estado primitivo, como si los enanos del bosque o los parientes enderezadores de clavos lo hubieran ordenado todo, salvo que la tarima era más blanca, las vetas de la madera más pronunciadas y el olor frondoso y algo enmohecido de la casa cobraba una agresividad picante con el empleo de aquel detergente brutal.

Toribia era extravagante como lo son los animales arcaicos de poco o nulo contacto con el hombre. Era recelosa y de mal genio, como el toro que llevaba en su nombre. El doctor no tenía por qué encomiar sus guisos. Su fama había trascendido con el tufillo que escapaba de la cocina para envidia del vecindario, y que corría ladera arriba hasta humedecer las fauces de los animales del monte y ladera abajo venciendo al yodo y la brisa del largo

hasta la misma orilla del mar. Cuando Toribia cocinaba toda la comarca lo sabía. Su habilidad había engendrado envidias en el círculo inferior de vaqueros y comadres. Se comentaba en Linces que la cocinera del doctor añadía a la perola hierbas prohibidas y animales inmundos. No era cierto. Se sospechaba pero no era cierto. Los estofados eran de buena y roja carne de novillo y en su cazuela de merluza a la koskera solo entraba la mejor pescadilla congelada. La prueba de sus resultados como buena cocinera era su estado de salud. No la salud de Toribia, mujer por otro lado sana y robusta, sino su propio estado de salud, decía el doctor levantando el dedo índice y golpeándose con optimismo el pecho. Y era hasta cierto punto verdad que despojado de la molestia de los reumas, del anquilosamiento de su vida frente a la incesante y tenebrosa tentación de las rompientes del Cantábrico y de la paulatina acumulación de alcohol en sus venas, el doctor era un hombre saludable, lo mismo que Toribia era un espíritu primario. Causaba asombro que su vida, no ya su felicidad, dependiera de aquel animal híbrido, sin edad, mitad mujer mitad yegua. Bastaba con verla salir arrastrando con ahínco aquel caldero de zinc cargado de clavos herrumbrosos, con la misma codicia y el mismo recelo que si hubiera cargado con todos sus ahorros, para imaginarla blandiendo un cuchillo de cocina o un hacha ensangrentada. Cuando regresó, frotándose las manos en el delantal, esta vez con aire mucho más satisfecho, el doctor se limitó a ordenarle que recogiera la taza de café que se había quedado en la escalera delante de la puerta. Ella obedeció. El doctor murmuró que tenía obligaciones y que probablemente no vendría a cenar. Alcanzó la chaqueta en el perchero. Luego dio un rodeo a la casa para sacar la Guzzi del garaje. La moto era tan dócil que arrancó al tercer golpe de pedal.

A medio camino tuvo la impresión de que algo se le olvidaba y dio media vuelta (el oído de Goitia percibió con toda claridad aquel desconcertante arrepentimiento que retrasaba aún más la cita; el muchacho, ensimismado con la pesca, supo a pesar de todo que la moto volvía a deshacer el camino). El doctor entró en casa palpándose los bolsillos y al ver la petaca sobre la mesa cayó en la cuenta de que se había ido sin tabaco. Recogió la petaca, la metió en el bolsillo y salió. El faro de la Guzzi era una especie de tazón cromado delante del manillar. Había oscurecido y lo

encendió. El haz de luz fue cortando segmentos breves de matorral en las curvas. Tampoco fue directamente a casa de Goitia sino que se dirigió al malecón. Sabía que el rubio estaba pescando en la escollera.

—¡Zorrilla!

El muchacho desatendió un momento el anzuelo. El faro de la moto le deslumbraba. El ruido del pistón ahuyentaba la pesca. El doctor insistió.

—¿Qué quiere el general?

Tuvo que recoger sedal y olvidar por un momento que la sombra plateada que había visto como una aparición volver el vientre y recelar del anzuelo era la lubina que aquella noche le estaba destinada. La pleamar rompía con olas oscuras. El chiquillo se alejó unos metros para recuperar el crecimiento de las olas.

—Le llamaba esta tarde.

—¿Qué quería?

—No lo sé.

El doctor avanzó sin bajarse de la moto.

—¿No te dio ningún recado?

—No lo sé.

No hacía caso. Todo el mundo era demasiado benevolente con aquel chiquillo. No había manera de sacarle nada más.

—Si te veo cogiendo la fruta del ciruelo te arranco las amígdalas — gritó el doctor.

Dio la vuelta maniobrando con la moto. Aceleró suavemente y el faro de la Guzzi fue abriendo un embudo de luz amarilla hacia la casa del general. Eran pasadas las ocho y media, probablemente cerca de las nueve. Lo supo con certeza al rodear el puerto y pasar bajo el reloj iluminado de la iglesia de San Sebastián.

Viendo la hora y calculando que el doctor aún se retrasaría, la viuda de López Goitia subió a la alcoba para cambiarse. Ana Rosa Camp era entonces una mujer de cuarenta y tres años, que aparentaba diez menos, y de quien se decía, entre los que se vanagloriaban de haberla conocido, que su belleza a los dieciocho años, con ser tentadora como la fruta joven, no

superaba al esplendor de sus treinta y tres. Era como los jardines que cobran sombras, volumen y densidad con el paso de las estaciones, y cuyo recorrido provoca placeres más profundos y sensatos que la violencia de la primera edad. Entre aquellos que añadían los diez años que la situaban en su edad real, Ana Rosa era el ejemplo de la mujer que ha hecho un pacto con el espejo, con el diablo y con ciertas cotizadísimas marcas de tratamiento corporal. Todas las mañanas practicaba una suerte de gimnasia secreta. Se decía que en Madrid la atendía un ejército de masajistas, y un destacamento del mismo cuerpo la recibía en Bilbao una vez por semana. Todo eso eran patrañas en opinión del doctor. Ana Rosa poseía una constitución que impedía el envejecimiento físico y transformaba el paso de los años en leves metamorfosis de su juventud original. La caída de los élitros de ciertos insectos permite descubrir unas alas finísimas aún más brillantes, añadía el doctor con estúpida galantería, y señalaba el parecido de los labios de Ana Rosa con la mandíbula de cierto escarabajo de nombre incomprensible que se alimentaba exclusivamente de pétalos de rosa, lo mismo que Ana Rosa Camp.

Pero nadie podía jactarse de haberla conocido a los dieciocho años. Nadie podía poner en su crédito haberla frecuentado antes de que entrara en la vida del general. Hombres maduros aseguraban haberla descubierto en Madrid tras el mostrador de una camisería, pero según el doctor eso formaba parte de las mismas patrañas, producto de quienes alimentaban la fantasía de haberla violado en la propia camisería, precisamente a sus dieciocho años, entre paños finos y pecheras de almidón, saltando en un arrebató, y en ausencia del encargado del comercio, por encima del mostrador. La imaginación masculina se desboca en los caballos sin retorno. Se hubiera necesitado la delicadeza de un poeta para proyectar a esa mujer en un entorno de algodón, lino y seda, en un museo de patrones bien cortados, sobre un mostrador de nogal pulido por las manos y la dedicación de muchas generaciones de camiseros.

En la penumbra de aquella suerte de refugio viril que eran las camiserías, se fraguaban todas las transformaciones que hacían de una muchachita con los senos como peras la misma mujer de cuarenta y tres años, aparentando diez menos, cuyo porte tanto admiraba el doctor. Sin

duda alguna Félix Castro era parte interesada. Tenía en común con el general, si no la edad, al menos una buena parte de experiencia. La camisería de la calle San Mateo donde Ana Rosa trabajaba existió. Y existió la muchachita de pocas palabras y grandes ambiciones que supo seducir a un general de artillería, pero aquello a nadie por debajo de los treinta años le importaba un comino, es decir, a todos aquellos que no habían conocido ni las camiserías, ni la posguerra, ni habían frecuentado generales en activo, y por decirlo todo, ni siquiera les había poseído la ambición. De todos los asistentes al funeral, dos personas se hallaban en esas condiciones, y la primera de esas dos personas era el sobrino de Goitia, aquel Miguel Goitia, largo y despistado, que recibía simultáneamente pésames y sonrisas, pésames circunstanciados por la pérdida del pariente, y desvergonzados parabienes por saberle el único heredero. La segunda persona en condiciones de ignorar la influencia de Ana Rosa era el abogado que había acudido acompañando al sobrino. Un abogado, sí, añadía el doctor golpeando con el dedo índice la solapa de la chaqueta del abogado, desconociendo que hablaba precisamente con el abogado, un hombre de leyes expresamente llegado de Madrid a Lince para dejar claras las cosas, insistía el doctor. ¿Podía ser de otro modo? Félix Castro, alzando la enésima copa de anís la tarde del funeral, subrayaba enfáticamente su opinión levantando el dedo.

—Ella conoce su valor, créame, sabe lo que vale a los ojos de todos los aquí reunidos.

—Es aún muy bella —dijo el abogado.

—¡Sin duda, sin duda! —exclamó el doctor y dirigió una mirada a la espléndida viuda en el momento en que tres miradas más convergían sobre ella. Bella en efecto, y rodeada de un halo de incertidumbre que hacía más morbosa su recién alcanzada situación. Viuda después de haberlo deseado tanto, quizá no en la cortés y escasa relación de sociedad que frecuentaba el general Goitia, explicaba en un súbito susurro Félix Castro, pero sí en el secreto de su corazón. Y volviendo a la remota prehistoria de la viuda, nadie por debajo de los treinta años, nacido por lo tanto en la década de la abundancia, podía comprender lo que había significado para una muchachita de dieciocho, empleada en una camisería y con el futuro de

llegar a la edad de la artritis midiendo varas de seda o popelín, haber entrado por el ojo derecho hasta el corazón de un general. El abogado calló. La espléndida viuda, como si quisiera confirmar la opinión de Félix Castro, demostraba en el poder de atracción que ejercía sobre las miradas haber conservado durante el largo trayecto de los cuarenta y tantos años sus silenciosos atributos de dominio y seducción.

Ana Rosa oyó la moto del doctor y bajó a abrirle la puerta. El doctor llegó por la puerta trasera, es decir, la puerta principal, la del buzón, cuya fachada daba a la calle plantada de moreras, evitando la entrada del porche y de la playa, a sabiendas de que allí habría de toparse directamente con el general. La noche de septiembre aún era tibia y la señora Goitia se había arrojado únicamente un chal sobre los brazos desnudos. El doctor la saludó con la gorra de motorista bajo el brazo. Ella se apartó para dejarle pasar. Era el encuentro entre dos potencias, una que llegaba de la noche y del pasado del general Goitia y que imitaba con la gorra bajo el brazo la perdida prestancia militar de otros tiempos. Pero el segundo poder, el que representaba la espléndida viuda, tenía el aroma de una seducción conducida en los mejores términos de los manuales amorosos, los que aconsejan a la mujer misterio y pocas palabras, cautela en los gestos, discreción en la conjura, y una férrea voluntad de conseguirlo todo enmascarada bajo un alarde de deslumbrante carmín. Ella había demostrado poseer aquellas capacidades en un grado digno de recompensa, y el doctor reconocía con alivio no haber sido nunca un obstáculo en su camino, sino más bien un testigo perspicaz de lo que en términos militares, y en el vocabulario que hubiera empleado la víctima, esto es, el general, se hubiera llamado la estrategia de la aproximación indirecta. Rosa Camp, recortada en el quicio de la puerta, era algo más que la dueña de la casa. Era el espíritu del misterioso segundo poder, el poder de la hembra, tanto más incomprensible cuanto más influyente. Y por supuesto mucho más temible a la luz meridiana de los hechos de lo que representa el poder de la amistad.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Félix. Sebastián te está esperando.

Lola Flores apareció detrás de ella jugando a morderle los talones. Al descubrir al doctor se detuvo en una ridícula actitud desafiante y ladró. Era

una perrita yorkshire particularmente antipática. Llevaba el pelo del cogote recogido con un lazo verde. Ante aquella miniatura escandalosa el doctor se detuvo embarazado.

—Ven aquí, Lola —dijo la mujer.

—¿Me dejas pasar, Lolita? ¿No reconoces a los viejos amigos? —comentó hipócrita el doctor.

Ana Rosa tomó a la perrita en brazos. Por debajo del flequillo asomaban un par de ojos negros, redondos y desconfiados, amenazando la mano que acudía a acariciarle el hocico. El doctor desistió.

—Estás vieja, Lola Flores. Ladras pero estás vieja.

—Está enfadada porque está a dieta —comentó Ana Rosa.

—¿A dieta?

—Encontró en el jardín un nido de gusanos y se los comió.

—Has hecho travesuras —dijo el doctor, hipócrita del todo, agitando un dedo delante del hocico de la perra como si reprendiera a un niño. El animal enseñó una fila de dientes menudillos y blancos, y a punto estuvo el doctor de recibir un mordisco de no haber retirado el dedo a tiempo.

—¿Diarrea?

—Puso la alfombra hecha un asco.

La perrita saltó al suelo y siguió alborotando junto al paragüero mientras el doctor entraba en el salón detrás de la dueña.

—Un poco de arroz blanco —recetó Félix Castro mecánicamente—. Un poco de arroz blanco y zumo de limón. Es lo mejor para la flojera de vientre.

—¿Zumo de limón para Lolita?

—Zumo de limón.

Naturalmente no había sido llamado allí para opinar sobre el estado de salud de la perra, vieja ya aunque mañosa y agresiva. Ingenuamente pensaba que con ello se congraciaba la voluntad de la dueña. Pero repentinamente le asaltó una suposición, o mejor dicho, recibió un fuerte impacto sintiéndose iluminado, como dicen que sucede a los brujos cuando cruzan por un lugar destinado a ser el escenario de acontecimientos nefastos, grandiosos o sobrenaturales. Advirtió que no había platos, ni mesa puesta, ni tinto de las mejores etiquetas de Rioja caldeándose sobre el

aparador, y entonces empezó a sospechar que había interpretado mal el mensaje y no había sido invitado a la cena. La dueña había desaparecido. El doctor se encontró solo en el salón. Lolita se había instalado en la cesta donde habitualmente dormía y desde allí le miraba con desconfianza, como si fuera a disputarle un hueso. Pero no era la situación lo que desconcertaba al doctor, no era su ridícula torpeza de suponerse invitado a cenar sin serlo lo que le mantuvo atónito unos segundos ante aquella perrita. Fue el sentimiento de que el nido de gusanos hallado en el jardín por la perra encerraba las más nefastas premoniciones de podredumbre y descomposición que se pudieran imaginar, las más nauseabundas profecías, la culminación de un proceso de fermentación que había comenzado por la pierna del general unos años atrás, había alcanzado el hígado y las vísceras y finalmente había sido expulsado por la boca para extenderse por toda la casa, y ni el salitre de la tierra ni el viento del largo habían logrado impedir que allí prosperaran las colonias de gusanos.

Deliraba. Eran breves encogimientos del corazón provocados por el miedo. Aquella casa exhalaba la muerte con la misma insinuante provocación que las flores de nardo. Ana Rosa apareció de nuevo en la puerta.

—Se ha dormido —dijo llevándose un dedo a los labios.

—¿El general?

—Se ha quedado dormido en el porche. Creo que será mejor no despertarle. Puede estar así una hora, hora y media. Luego se subirá a acostar.

—Entonces...

—Es una lástima. Quería haber hablado contigo esta tarde.

—¿Cómo se encuentra?

Ana Rosa sonrió con hastío.

—Mal.

—Tendrá que guardar cama —dijo el doctor como si se tratara de curar unas anginas—. Tendrá que mantenerse espabilado y llamar más a menudo a los amigos. Debe tomar té, tila, manzanilla y... ¿de qué quería hablarme?

—No lo sé.

—Bien. Esperaremos a verle mañana —dijo recogiendo la gorra que había quedado en el paragüero—. Puedes decirle que he venido en cuanto me ha sido posible.

Dudó un instante si debía sentarse y conversar con ella. La vio pálida, apretando con una mano el chal que llevaba sobre los hombros, pálida y aburrida, por no decir rencorosa y harta del vaivén de las mareas, pero con una intensidad impresionante en la mirada. A partir de aquel momento la situación habría de repetirse con el doctor, y con los demás invitados que acudieran al funeral, pero ninguno de los dos lo sabía. El doctor vio a la perra con ganas de dormir y a la dueña con deseos de quedarse sola. Se ajustó la gorra de motorista.

—Buenas noches, Ana Rosa. Hasta mañana.

Y salió. Poco imaginaba en aquel momento que el general no vería el día de mañana. Sabía lo que significaban aquellas somnolencias. Los riñones no filtraban toxinas, el hígado emitía humores perjudiciales, la sangre se envenenaba lentamente y el cerebro caía en insensibles sopores que no revestían para nada el dramatismo y los estertores del sopor agónico, sino que parecían plácidas aunque intempestivas siestas. Todo estaba en saber en qué momento el organismo alcanzaría la frontera de irreversible acumulación de veneno y se paralizarían los músculos respiratorios. ¿Dentro de una semana? ¿Aquella misma noche como en efecto ocurrió? No había manera de dictaminarlo, ni de anunciar su inminencia, salvo acudiendo al viscoso y bullente presagio del nido de gusanos y a los indicios esotéricos de la putrefacción.

Lo lamentaba. Lamentaba profundamente no haber podido ver con vida por última vez aquella noche a su amigo. Y más aún si, como sospechaba, la intención del general era la de haberle nombrado su albacea. Era grande la tristeza y profunda la resignación ante la muerte, y eso explicaba el anís. Eso explicaba el ademán trágico con la copa en la mano en la audaz tentativa de batir algún récord de consumo la tarde del funeral. Sobraban las justificaciones. Se inclinaba lanzando su aliento aromático al rostro del abogado, a sabiendas por fin de que aquel desconocido que seguía atentamente sus palabras era precisamente el abogado, para lo que había bastado la discreta indicación de un tercer bebedor.

—Creo no haber entendido bien su nombre —insistió el doctor Castro.

—Alfredo Gavilán —dijo el abogado.

—Por supuesto, el amigo Fredi, como anda diciendo por ahí el sobrino del general.

El doctor averiguó después con una cuestión directa que aquel sujeto se había graduado en 197 y había abierto bufete en el 76. Y sentía lástima por aquel joven, interesado sin duda en lo que el doctor le decía y con la cara de circunstancias que exige un funeral, recién graduado en Derecho, recién ingresado en el mundo de la ley, y enfrentándose ya, sin sospecharlo siquiera, a todas las artimañas, a todas las tensiones y a todos los subterfugios que se pueden fraguar en un caso de herencia.

—¿Es su primer caso?

—¿Perdone?

El doctor creyó haber sido demasiado impertinente y se corrigió.

—Lo siento. Es usted un joven inteligente y comprenderá lo que quiero decir. No dudo de su experiencia ni pienso que esto vaya a ser un pleito —añadió pensando para su fuero interno que aquello corría el riesgo de llegar a ser mucho más—. Me preguntaba si es la primera vez que pone usted los pies en Linces.

El joven asintió. No solo era la primera vez que ponía los pies en Linces, sino la primera ocasión que tenía de oír hablar del general López Goitia y de la viuda y de aquella mujer desconocida que el doctor había mencionado, aquella Toribia coleccionista de clavos herrumbrosos. El doctor sonrió. Dentro de su ignorancia, le agradaba el muchacho. Le tomó por el codo y le apartó.

—Un abogado puede necesitar informes y en ese caso puede usted contar conmigo. ¿Se quedará mucho tiempo?

El abogado no lo sabía.

—Le invito a almorzar. ¿Mañana?

El abogado asintió. En el salón, lleno de gente más o menos enlutada, apenas distinguía por encima de las viejas chaquetas de domingo, y de los gestos de brindis y de condolencia, a su amigo, cliente y sobrino del difunto. El oficio había comenzado a las cuatro, a las cinco había sido el entierro, y aquel refrigerio se estaba prolongando hasta ser cerca de las

ocho, de modo que se podía decir que de las tres partes de que se compone un duelo la más exitosa y sin duda la más concurrida era la del cóctel por el alma del difunto. Había rostros allí que no había visto en la iglesia, ni junto a la fosa. La situación guardaba cierto parentesco con el cumpleaños de un notable de villorrio al que las fuerzas vivas acuden a felicitar, con la excepción de que el notable estaba ausente, era invisible, había traspasado las fronteras de la existencia, aunque a esas alturas del duelo ya nadie parecía recordarle. El abogado apuró su copa de anís, la primera. Por fin descubrió a Miguel Goitia charlando con dos personas. La espléndida viuda se había retirado junto a la ventana, abierta de par en par. El abogado se volvió hacia el doctor.

—¿De qué murió el general?

—Envenenado —susurró Félix Castro.

El joven se sobresaltó.

—¡Oh, no por ella, no por ella! —se apresuró a añadir el doctor, encantado y malévolo. Le pareció conveniente dejar flotar unos segundos de indecisión. Luego prosiguió.

—Eran problemas del cuerpo, problemas de la sangre.

De nuevo cogió al joven por el brazo y le llevó hacia el porche. Al pasar junto a la viuda recibieron un saludo, apenas un movimiento de cabeza antes de que los párpados cayeran sobre sus grandes ojos. El doctor dejó la copa de anís encima de un mueble y se ajustó la chaqueta. Salieron al jardín. La noche se anunciaba fresca. Los gestos del doctor eran sobrios, su voz se hizo más segura, como si al recibir el aire marino hubiera recobrado en un instante su capacidad de control. La marea resonaba junto al parapeto y en el porche se había encendido la luz.

—En esta casa se han cometido muchas ignominias y alguna torpeza.

—¿Es cierto?

—¿No se lo digo yo? Mire usted, ahí se quedó dormido el general antes de morir —añadió señalando los sillones de mimbre, húmedos por la brisa del largo—. En cuanto al envenenamiento, la torpeza consistió en no haberme avisado a tiempo. Una inyección habitual hubiera podido salvarle la vida. Toxinas contra toxinas ¿me entiende? Pero no se pudo hacer nada.

Yo supe que se había muerto cuando ya se había muerto, como usted, como su sobrino, como ella.

Bajó las escaleras del porche y se dirigió hacia la sombra del macizo de hortensias seguido del abogado. El joven volvió la vista hacia la casa. También en el piso superior se habían encendido las luces. Toda la casa estaba iluminada, como si tuviera lugar una fiesta. Parecía que de un momento a otro se oiría la música y las siluetas pasarían veloces delante de las ventanas iluminadas, como en un vals. El doctor siguió caminando por el pequeño jardín.

—¿Me pregunta a qué me refiero? ¿Me pregunta a qué ignominias me refiero?

El doctor hablaba solo, sin darse cuenta de que el joven se había quedado rezagado y no le podía oír. Vuelto hacia la casa el abogado contemplaba la fachada, la mancha sombría de la hiedra, el relieve geométrico de ladrillo, el cable suelto del pararrayos. Las chimeneas formaban una cresta sobre el tejado y por el cielo corrían nubarrones cinematográficos, recortados en la claridad de la luna. Entre dos balcones se proyectaba la sombra de una palmera. Era sin duda un edificio siniestro, a medio camino entre la guarida del pirata y el castillo de Barba Azul. En la planta superior apareció una silueta que desapareció al pronto. En la planta baja se disolvía la fiesta. Y entonces la vio a ella. Se había vuelto de espaldas, apoyada en el alféizar de la ventana abierta. Entonces vio a la viuda y era como si la viera por primera vez. La mujer se había rendido a las conversaciones y a los pésames y descansaba de espaldas a la noche atendida por un desconocido. El abogado descubrió su cuerpo en el lienzo iluminado de la ventana como si hasta entonces la mujer que le había sido presentada como la viuda del general no hubiera poseído cuerpo. La luz recortaba su silueta en tinta china. Los hombros se alzaron indiferentes a alguna pregunta. La luz eléctrica caía sobre su pelo, sujeto con un crespón negro que formaba dos alas de mariposa. Era una visión intensa y frágil, cristalizada en torno a ella, y que en cualquier momento se podía romper. El abogado sintió un instante de inmovilidad en todo lo que le rodeaba, como si el duelo, y el rumor del mar, y el monólogo que el absorto doctor proseguía a solas en el fondo del jardín, se hubieran detenido. Entonces ella

mosteo su perfil. Y después, en un movimiento de ansiedad o siguiendo un impulso de libertad incontenible, buscó la brisa de frente a la noche, con las manos apoyadas en el pretil de la ventana. Primero vio el cielo y fingió atender la carrera vertiginosa de los nubarrones. Luego escudriñó las sombras del jardín. Una mariposa nocturna vino a jugar junto a su cara. Apartó la mariposa con un gesto y entonces descubrió al joven abogado contra el macizo de hortensias, casi a sus pies. Fueron solo unos segundos. Dirigió hacia él el cerco pálido de los ojos. Cargó sobre él una mirada profunda, la negra pupila dilatada por el láudano o por las ampollas de morfina que el doctor le suministraba. Observó al joven como quien mide la escasa estatura de un rival insignificante. Y luego, con la misma indiferencia que parecía emanar de cualquiera de sus movimientos, volvió la espalda al jardín, al abogado y al universo de la noche para perderse entre los invitados que abandonaban vasos y botellas y empezaban a despejar el salón.

En el jardín cayeron cuatro gotas. El abogado recuperó los sentidos. El doctor Castro, algo malhumorado, se acercó por detrás.

—¿Me oye?

—Le estaba escuchando —mintió.

El doctor lanzó un resoplido y pasó de largo. El abogado le siguió hasta la puerta. El doctor subió los peldaños del porche y entró en la casa sin volver a dirigirle la palabra. El joven se sentó indolentemente en el mismo sillón del porche donde el general había dormido su último sueño cubierto con una manta escocesa y con la barbilla sobre el pecho. Miró el reloj de pulsera, y en la esfera fosforescente, sin ver la hora, vio como un oráculo lo que sería su primer reproche. No había estado a la altura de las circunstancias, porque la primera obligación de un abogado es ponerse en contacto con la parte contraria, sin dejarse intimidar por el desdén, ni por la elegancia del luto, ni por el abuso de estupefacientes, pero al mismo tiempo, estirando las piernas, se olvidó de la profesionalidad. Así podían transcurrir dos o tres días de duelo, mientras limpiaban el castillo de Barba Azul y vaciaban los botes de cera para borrar los cercos que habían dejado sobre los muebles las copas de anís. Al cabo de un rato la humedad del mimbre empezó a calar el cuerpo. Se levantó y entró en la casa cuando se despedían

los últimos invitados. Su cliente, amigo y sobrino del difunto, se había ido. También el doctor había desaparecido. El abogado se acercó entonces a la viuda para despedirse y ella recibió la cortesía aparentando tanto sueño que no trató de disimular un bostezo. Ella misma era un narcótico.

—¿Nos veremos?

—Le estoy esperando con una carpeta llena de papeles —dijo ella en tono familiar.

—¿Mañana?

—¿Tanta prisa corre? ¿Tiene una viuda que sacar las joyas a subasta en cuanto se queda viuda? —dijo sonriendo.

—No, por supuesto que no.

El joven recogió su gabardina algo desconcertado. Era el último en salir. El sobrino del general no había querido alojarse en la casa y había quedado con el abogado en que se verían aquella noche después del duelo en el hotel.

La primera persona que supo que el general Goitia no se había quedado dormido bajo la bombilla del porche sino que había muerto con la barbilla sobre el pecho y las rodillas encogidas fue el hijo del jardinero, Zorrilla, aquel muchacho pelirrojo que pescaba en el malecón siguiendo la pleamar. Lo supo pero no dijo nada. Eran las nueve y media de la noche, o las diez, el muchacho no tenía noción de la hora en tanto no llegara la plenitud de la marea, fija la mirada en los espejuelos del agua, atento solo al fuerte tirón del sedal y a los lomos oscuros y breves en el vaivén del oleaje. Había quien pensaba que el muchacho era incapaz de otra cosa.

Oyó el pistón de la Guzzi del doctor volviendo a casa. No tardó en enganchar un buen pescado, uno de esos que amenazan con derribar al pescador y llevárselo con el cebo. Aguantó el sedal y fue soltando y luego fue recogiendo metros y entre dos golpes de ola lo sacó agotado. Envolvió al pescado en una tela y lo desnucó de un golpe. Había quien pensaba que el muchacho era incapaz de otra cosa porque todo aquello lo hacía con destreza, y brevemente, y sin piedad, pero nadie podía juzgar hasta dónde llegaba su inteligencia, o como decía su propio padre, hasta dónde

alcanzaban sus luces, a pesar de que el doctor, después de haberle examinado en cierta ocasión garganta, nariz y oídos, había profetizado crudamente su opinión: este muchacho llegará a ser alcalde, o al menos teniente de alcalde. Y nadie pensaba que pudiera ser cierto, porque ningún adulto concebía unas elecciones municipales tan alejadas, y nadie comprendía tampoco la ironía del doctor.

El muchacho envolvió el pescado en una tela de saco. Recogió los anzuelos, el sedal, iluminó con una minúscula linterna el dique a su alrededor y la escollera donde rompían las olas y se echó la cestilla de mimbre en bandolera. No vio a nadie en el puerto. Siguió el paseo de la playa bajo las farolas y cruzó los jardines de una quinta cerrada buscando la oscuridad. Llegó a casa del general Goitia por la parte trasera. Pasó por el callejón entre la cocina y el seto de laureles. En la primera planta había una ventana con la luz encendida. Recogió unos guijarros y los arrojó contra los cristales. No acudió nadie y el muchacho repitió la operación. Al cabo asomó la señora Goitia, la mujer del general.

El muchacho dejó caer la tela y alzó la mano por encima de su cabeza con una merluza larga y gruesa, del tamaño del brazo de un hombre adulto, cogida por las agallas. La mujer levantó la guillotina de la ventana.

—¿Qué quieres?

—Soy Zorrilla.

Lolita se había despertado y ladró.

—Espera.

La vio que desaparecía dejando la ventana abierta. Un minuto después aparecía en la puerta de servicio, a oscuras, anudándose una bata sobre el camión. Estaba a punto de acostarse. Llevaba el pelo suelto y por debajo de la bata asomaba la punta de sus zapatillas rosa, de pluma, unas zapatillas como el muchacho no había visto en su vida, solo a ella, lo mismo que nunca había visto a una mujer con una bata parecida, fina y tornasolada, con brillos de gasoil, y solo ella despedía aquel olor, no de gasoil, sino mucho más tragante. Ella se detuvo en el quicio con la puerta entreabierta, mientras el muchacho alzaba de nuevo la merluza con el garfio de los dedos metido por las agallas. La mujer se apartó un mechón de pelo y frunció el entrecejo intentando averiguar lo que traía aquel muchacho en la oscuridad. La perrita

asomó el hocico pero no ladró, se retiró con prudencia, como si adivinara en el muchacho un rival más fuerte que ella. Lo que colgaba de los dedos del muchacho era un monstruo. Ana Rosa abrió la puerta del todo y le hizo pasar.

—¿Qué traes ahí? El general no come pescado.

—Es para ti.

Ana Rosa encendió la luz y el muchacho depositó la merluza sobre el mármol de la mesa. Era un buen pescado, grueso, firme, de lomo negro, grandes ojos brillantes y mandíbulas largas y potentes. Bajo el tubo fluorescente parecía un ejemplar capturado para la mesa de disección. El muchacho retrocedió unos pasos restregándose los dedos ensangrentados en la lona de los pantalones. No parecía orgulloso de su captura. Ni siquiera parecía esperar una recompensa. Contemplaba al animal como un fruto del destino, un golpe del azar, una parte del mar viviente que las olas habían sacado de lo profundo de la marea para arrojarlo allí, sobre el mármol de aquella cocina. Bajó los ojos y descubrió las rosadas zapatillas de Ana Rosa. Luego observó las fuertes escamas de la merluza. El agua escurría sobre el mármol. Era un animal muy hermoso. Pocas personas sabían que el hijo del jardinero podía sacar merluzas así.

—Déjalo y vete. El general aún no se ha subido a acostar.

Ana Rosa hundió las manos en los bolsillos de la bata y sacó un pañuelo. Luego abrió un cajón y encontró unas monedas. Se las dio de propina al muchacho.

—Vete, Zorrilla. Otra noche te quedas.

El muchacho hizo saltar las monedas en la mano pero no sonrió. Volvió a contemplar el pescado bajo la luz intensa. Solo se oía el zumbido del tubo fluorescente. Quiso decir algo pero solo emitió un balbuceo. Las monedas cayeron al suelo pero el muchacho no se agachó a recogerlas. Ella se agachó. Entonces su cabeza estuvo a la altura del niño y del pelo agitado brotó aquel perfume, mucho más agradable que el perfume de gasoil. Había personas que pensaban que el muchacho era incapaz de distinguir ningún perfume, pero el muchacho hundió los dedos en aquella cabellera, sucios como estaban de las agallas del pescado y martirizados por el roce del sedal. Ella se levantó y le empujó hacia la puerta. El muchacho se volvió.

Echó una ojeada al monstruo que yacía en la mesa con la nuca partida. Ella apagó el tubo fluorescente y todo desapareció.

Al principio pensó regresar a casa pero había olvidado algo aquella tarde en el jardín, de forma que siguió por el callejón de la cocina y el seto de laureles hasta el jardín delantero y las escaleras del porche. Allí estaba el general en el círculo de luz que trazaba la bombilla, con el mentón sobre el pecho y las piernas encogidas bajo la manta escocesa. Supo que estaba muerto pero no dijo nada. Recogió lo que había ido a buscar al jardín y se fue.

Muchas personas se hubieran preguntado cómo supo el muchacho, a dos o tres metros de distancia y en el círculo de luz de una lámpara de jardín, que el general estaba muerto y no reflexionando, o durmiendo, o en el sopor que ya entonces se le conocía y que el doctor atribuía a un ineluctable y progresivo envenenamiento, pero al muchacho no le costaba distinguir entre un hombre que reflexiona conteniendo la respiración y un hombre que ha dejado definitivamente de respirar, y entre un hombre que duerme y un hombre que ha alcanzado el sueño eterno. Lo cierto es que no se equivocaba. Tuvo el convencimiento de que la forma en que el general estaba sentado era la forma en que se sienta un muerto, y acertó.

Dos días más tarde asistió al funeral. No entró en la iglesia, ni acudió al cementerio. Contempló el paso de la comitiva desde un ribazo, y después fue corriendo a situarse en el puente del ferrocarril, sobre la carretera, sabiendo que la caravana de vehículos pasaría por debajo. Vio el coche de pompas fúnebres cargado de coronas de flores, seguido de media docena de vehículos de diversas marcas, pero todos de potente cilindrada, aunque obligados por las circunstancias a circular con solemnidad, es decir, con la mayor lentitud que puede hacerlo el tráfico rodado. Calculó el Zorrilla que alguno de aquellos automóviles alcanzaría fácilmente los doscientos kilómetros por hora en carretera. O más. Solo había una manera de averiguarlo, pero para ello debería cambiar su fortuna, o deberían pasar los años, y para entonces ya se habría cansado de ahorrar.

Vio cómo regresaban del cementerio, más ligeros. Y más tarde, al anochecer, desde el malecón, vio cómo se celebraba en la casa la ausencia definitiva del general. Pensó que la mujer se quedaría sola y su corazón

abrigó grandes esperanzas. No estuvo pescando, ni se le pasó por la cabeza echar un sedal. Sentado en un noray con las rodillas juntas y la barbilla en los puños, contempló las luces de la casa hasta que se fueron apagando. Mucha gente hubiera pensado que lloraba porque cayeron cuatro gotas y la lluvia le corrió por el rostro, pero su corazón se alegraba aunque fuera imposible confesarlo. ¿Y quién se lo habría de preguntar? Cuando se apagaron las luces de la casa fue rodeando la playa hasta llegar al jardín, delante del porche. Salvó el seto de laureles por un hueco que utilizaban los perros y que él solo conocía, y apostado bajo una de las ventanas de la primera planta arrojó un puñado de chinas contra un cristal. Mientras tanto el jardinero, su padre, que tampoco había asistido al entierro, anunciaba en el bar a quien quería oírle que en el refrigerio después del funeral se habían consumido más botellas de anís y coñac de las que él consumía en todo el año, cosa que nadie creía, y que solo en flores se habían gastado más dinero de lo que él gastaba en vestir a la familia todo el año, cosa esta última fácil de creer.

Dos

OceanofPDF.com

Al día siguiente del entierro de su amigo el general, el doctor Félix Castro se sintió indispuesto por el abuso de anís de la víspera y guardó cama. Su asistente, la vieja Toribia, le preparó para aliviarle precisamente una infusión de anís. Le había visto regresar la noche anterior en condiciones desastrosas, deshecho el nudo de la corbata, abierto el cuello de la camisa, apoyado en el quicio de la puerta buscando en lo profundo de los bolsillos una llave, mientras el automóvil, porque el doctor había acudido a los funerales en automóvil y no en la Guzzi, quedaba abandonado delante del jardín con la portezuela abierta, el motor en marcha, cubierto de barro hasta los parabrisas, mientras los faros tamizaban la lluvia fina hasta lo más profundo del bosque. La sirvienta se cubrió la cabeza con un pañuelo y salió recogiendo las faldas a quitar las llaves de contacto y apagar las luces. Luego volvió para empujar al doctor escaleras arriba hasta su dormitorio. Borró las huellas de lodo del vestíbulo y de la escalera y se retiró a dormir a un banco de la cocina. Maldijo a los borrachos por el lodo que traen en los zapatos, pero no porque la vida no pidiera que se ahogaran las penas en alcohol.

A la mañana siguiente Toribia entró en el dormitorio con un puchero humeante entre las manos, abriendo la puerta con el hombro. Avanzó casi a ciegas por la habitación en la claridad gris de la media mañana. Dejó el puchero sobre el mármol de la cómoda y descorrió las cortinas. El doctor sintió que una barra de bronce le golpeaba el entrecejo. La vieja murmuró un saludo, buenos días pero tiempo lluvioso, y acudió a recoger el puchero para acercarlo a la cama. El doctor no respondió. Se le llenó la boca de ardientes jugos gástricos y se los volvió a tragar como un hombre. Después de la barra de bronce el doctor sintió una tenaza en la garganta. Fue una suerte, porque de no ser por la tenaza la náusea le hubiera hecho vomitar. Se incorporó sobre la almohada.

—¿Qué es eso?

—Anís —dijo Toribia—. Vapores de anís.

El doctor la expulsó de la habitación mientras la vieja, del otro lado de la puerta con el puchero entre las manos, insistía.

—Un clavo saca a otro clavo.

—Vete al infierno tú y tus clavos, vieja maldita.

La sirvienta bajó a la cocina. Dejó el puchero sobre un mármol y el cocimiento de hierbas de anís se fue enfriando. Acercó una silla a la mesa. Se sentó con los brazos remangados. Tenía los antebrazos fuertes, membrudos, con sombrías quemaduras de aceite de cocina en la piel fina y sonrosada de buena ordeñadora de vacas montañosas. No le gustaba que la llamaran vieja, y tampoco lo era, o no lo sentía, pero sobre ella pesaba el tiempo de sus antepasados rurales, y la edad era un proceso indefinido de transformación, y lo mismo aparentaba cuarenta y tantos años robustos y maltratados que se hubiera podido decir que procedía de la edad de piedra. Hacía mucho tiempo que Toribia estaba al servicio del doctor, un hombre testarudo, bebedor y caprichoso, desagradecido como todos los hombres, ávido en conceder favores y días libres, a quien odiaba por ser hombre y a quien veneraba por el sueldo. Oyó crujir los resortes de la cama sobre su cabeza. Cruzó los dedos generosos que con tanta habilidad habían sabido manipular ubres de vaca y esperó.

Hubiera esperado una semana. Solo tuvo que esperar quince minutos. El doctor golpeó la tarima. Era la señal convenida para que la sirvienta acudiese. Ella arremetió con furia contra las escaleras. Llegó delante de la puerta del dormitorio y de nuevo esperó.

Dos minutos. El doctor no le ordenó que pasara. Hizo un esfuerzo con la garganta desollada por el abuso de tabaco y la resaca.

—Vete al Balneario y avisa al abogado de Madrid que no podré almorzar con él a mediodía.

La vieja pegó el oído a la puerta.

—¿Dónde?

—Al Balneario. Al abogado de Madrid —gritó el doctor sintiendo el fuego del anís en el esófago.

—¿A quién?

—Al abogado de Madrid —repitió con la náusea en la boca—. Sorda de los demonios, te voy a limpiar los oídos con ácido sulfúrico, ¿me oyes? Te voy a estirar las orejas hasta que te puedas limpiar con ellas el trasero.

Le asaltó la tos y le estalló la frente. La sirvienta tenía el oído fino pero sintió que ya había cumplido su venganza por el desprecio a su puchero de hierbas de anís, y mientras el doctor buscaba un pañuelo con los ojos desorbitados y las venas del cuello estranguladas ella bajó las escaleras y se calzó los zapatos. Oyó fuertes convulsiones en el piso de arriba y una expectoración larga y ronca que parecía un estertor. Dirigió una mirada al puchero frío y pensó que aquel hombre tenía lo que se había merecido. Luego recogió un paraguas. Buscó las llaves de contacto del coche. El automóvil se había quedado donde lo había dejado el doctor la noche anterior. Toribia no sabía conducir, o mejor dicho, nunca nadie la había enseñado, pero manejaba el automóvil con mucho empeño, haciendo crujir el volante, bien calado el culo en el asiento, con la nariz pegada al parabrisas, la mano en la palanca, los zapatones sobre acelerador y embrague, y lo sacó del barro con la misma destreza que hubiera sacado un tractor.

El doctor oyó saltar la caja de cambios, y se enjugaba la frente enrojecida cuando el mido del motor se fue perdiendo ladera abajo con fuertes sacudidas, como si rodara campo a través. Se sintió aliviado en el silencio. Fue tal el alivio y sintió con tal placer la paulatina descongestión de la cabeza que cerró los ojos para escuchar la lluvia y el inaudible roce de la niebla. Tenía un espejo de mano sobre la mesilla de noche, a la derecha de la cama, como las viejas solteronas, y al cabo de unos minutos estiró el brazo para alcanzarlo. Descansó con el espejo ovalado sobre el pecho, como si el espejo sirviera para cubrir sus sentimientos o para auscultar alguna tragedia de su corazón. Luego abrió los ojos con recelo para ver su aspecto aquella mañana y se descubrió viejo, tan viejo como la vieja Toribia, esto es, viejísimo, procedente de edades pretéritas, de glaciaciones olvidadas, y si no de la edad de piedra al menos de la guerra civil. La noche anterior, mientras regresaba del ágape fúnebre, en medio de la lluvia y de los vapores del alcohol, había creído tener una aparición. En el camino oyó voces que le hablaban. La lluvia y el barro cegaban la visión más allá de unos metros y

en el recodo delante de la casa, donde el automóvil se hundió en el barro hasta los ejes, el general se le apareció entre el vaho del parabrisas, bien plantado en su uniforme de campaña, chorreando el capote y empuñando la pistola de reglamento. «Dónde vas, Félix Castro, dónde vas hartos de años». Se aflojó jadeante la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa, como si hubiera llevado el coche hasta allí gracias a su propio esfuerzo. El militar sonreía pero de su boca manaba una fuente de gusanos. Tan repugnante fue la visión que abandonó el automóvil para precipitarse en la casa corriendo. Y ahora temía, en la resaca, que el general se presentara en uniforme de gala, con el sable en bandolera, a bombo y platillo de banda militar y a ritmo de alguna canción fúnebre y monárquica para acabar de destrozarle los sentidos. No sabía si aquellos eran los primeros síntomas del delirio o si la vejez consistía en frecuentar paulatinamente a los muertos, pero era hombre animoso y no conservaba rencor a los aparecidos, siempre y cuando no apresuraran el momento de acompañarlos al otro mundo, cualesquiera que fueran las ventajas del otro mundo sobre este perro mundo, ya fuera charlar de teología con los bienaventurados o jugar eternos campeonatos de mus.

Paseó la mirada por la habitación y sonrió tranquilo. Agradeció al general que su espectro no fuera intempestivo y no se encontrara allí en aquel momento. Por la ventana entraba una luz plateada y envejecida que la borrasca iba alzando hasta el punto del mediodía para oscurecer súbitamente después. Era el otoño, pensó el doctor con nostalgia. Era el otoño, pensó con cierta alegría escolar, sin olvidar que pasada la borrasca vendrían los días del mar color acuarela y los horizontes nacarados, y nada había más hermoso que el esplendor de los robles y castaños otoñando, y nada resultaba más grato que la perspectiva de seguir con vida para contemplar ese lujoso esplendor un año más. Y ahora podía preguntarle al espejo, espejito mágico, ¿un viejo puto como yo tiene derecho a disfrutar de las riquezas de la vida? Y en el espejito apareció un rostro con los párpados caídos, los labios pequeños y carnosos, la frente como un cerrojo y la voz pastosa, que respondió, tienes derecho a disfrutar de cualquier cosa, doctor, desayúnate unos huevos revueltos con aspirinas, échate un capote sobre los

hombros y sal de paseo al bosque. Gracias, espejito. Cuídate el hígado, Félix. Lo haré.

A pesar de la temible aparición del rostro aquel espejo era su consuelo. Lo dejó bocabajo sobre la mesilla de noche y se incorporó en la cama. Le pareció que la lluvia amainaba. Carraspeó con fuerza para limpiarse la acidez de la garganta. Se sintió regularmente en forma. Y con la inverosímil esperanza de que su voz se escucharía cantarina y firme en el teléfono, alcanzó el aparato con su mano izquierda, se lo instaló en el regazo y marcó el número de Ana Rosa.

Ella se había levantado temprano y estaba sola en casa. El doctor pensó que la primera cortesía era agradecer el abundante surtido de bebidas de la víspera. Y en segundo lugar, pero con firme convicción, asegurar a la viuda su apoyo, y si acaso no necesitase en absoluto su consuelo y pudiera prescindir de su apoyo, como era lo más probable, garantizarle al menos su complicidad.

—¿Ana Rosa?

Ella se acercó con el teléfono a la ventana y se sentó. Reconoció la voz del doctor. Estaba harta de fingidas condolencias y sin ganas de conversación. Tuvo la impresión de que el doctor estaba a su lado, como un parásito rollizo, y que había pasado la noche, ciego de anís, roncando con la bragueta abierta en algún sofá.

—Todo estuvo ayer muy bien organizado, el funeral, el entierro... todo.

—¿Ah sí? Eso se lo tienes que agradecer a la agencia de pompas fúnebres.

—Te lo tengo que agradecer a ti. ¿Has visto el periódico de esta mañana?

—No.

—Hay una esquela de media hectárea.

El doctor estaba seguro de ello. Él mismo se había encargado de mandarla poner.

—Esta noche cenaré con el abogado —prosiguió el doctor improvisando—. Puedes contar conmigo para lo que sea, juegos, oraciones o mentiras.

—Gracias, Félix, pero creo que lo llevaré todo yo sola.

—Lo comprendo. Recuerda —añadió con voz secreta—, recuerda aquel bolero: No volverás a tu abrigo, no volverás de tu amor.

El doctor tarareaba la musiquilla. Se sentía alegre, incomprensiblemente satisfecho. Del otro lado del teléfono Ana Rosa se excusó de no poder seguir hablando.

—¿No necesitas otra cosa?

—Te llamaré si lo necesito.

—Soy tu doctor —dijo el doctor despidiéndose.

Le enviaría a media mañana un cestillo de frutas con el hijo del jardinero, en vez de la ampolla habitual de morfina que se había convertido desde hacía tiempo en el lazo más tenue y sólido entre Ana Rosa y él. Después de dejar el teléfono oyó una explosión y la casa, bien asentada sobre la roca, vibró con un estremecimiento. Habían volado un barreno en las obras. Se levantó de la cama y desde la ventana vio la lluvia emborronada con polvo espeso por encima del perfil de la loma donde se hallaba la cantera. En el jardín, a sus pies, Toribia había olvidado la ropa tendida. Vio camisas empapadas, sábanas que parecían de plomo, y unas bragas gigantescas que no eran de él.

Toribia bajó la cuesta con el automóvil en caída libre, dando tumbos por las roderas del camino y espantando a los cuervos de los prados. Llegó al cruce de carreteras y salvó la vida pegándose al arcén. Cruzó la plaza y dejó atrás una estela de rostros estupefactos. Rodó sobre los adoquines del puerto sorteando cajas de pescado, rollos de cordaje y grupos de asentadores de la rula que no dieron crédito a sus ojos y se apiñaron bajo la protección de los paraguas. Oyó amenazas y vio puños levantados al pasar como una exhalación. Detrás de los cristales empañados del café el jardinero levantó el vaso y manifestó, con el carraspeo del primer aguardiente, que todo el mundo parecía haberse vuelto loco, por ejemplo Toribia, o el doctor, o quienquiera que fuese el condenado imbécil que conducía el automóvil del doctor como un borracho. Tres rostros más pegaron sus narices a los cristales a tiempo de verlo pasar, y alguien exclamó, se la va a pegar, y el jardinero apostó su gasto semanal en aquel establecimiento a que no se la

pegaba, y parece que hubiera reconocido que era Toribia quien iba al volante, y tuviera confianza en Toribia, porque el automóvil dobló la esquina rozando el bordillo de la acera con el guardabarros y desapareció intacto, arrastrado por algunos impulsos infernales o por la propia fuerza de la gravedad.

Sin embargo el automóvil respondía. Pasó el pueblo y enfiló otro camino. Al fin llegó a la pacífica avenida de tilos que conducía a la entrada del hotel.

Nadie había allí para poder asombrarse. Toribia redujo la velocidad bajo la cúpula de árboles dorados, sintiendo el mullido roce de los neumáticos sobre el camino de hojas muertas. Y con mucha destreza, casi como una reina del volante, giró en la rotonda de grava fina y se detuvo bajo la marquesina del porche con un leve crujido de amortiguadores. Entendía algo de mecánica, como a menudo sucede con los labriegos, y prefirió dejar el motor en marcha mientras entregaba su recado, porque conocía las dificultades del arranque en tiempo de lluvia, quizá porque la humedad entraba en el delco, o porque el doctor se ahorra quince mil pesetas de bujías nuevas, no estaba segura de ello. Una camarera de cofia almidonada dejó caer el plumero cuando la vio caminar dejando sobre el mármol huellas de pata de osa, desprendiendo vapor y restregándose las manos en el halda, hasta el mostrador de la recepción.

El abogado de Madrid estaba en el comedor desayunando. Toribia emitió un resoplido. Sus órdenes eran transmitir el mensaje. El conserje aseguró, aferrándose al mostrador, que con decírselo a él había cumplido. Toribia reflexionó un momento. Luego decidió que puesto que tenía el automóvil podía emplear la mañana en ir a visitar a un sobrino suyo que vivía en Lucas, un promontorio desde donde se dominaba en los días claros toda la costa, del cabo Machichaco al cabo Peñas, y donde en los días de borrasca se podían pelar castañas con las rodillas juntas delante de un fuego de chimenea. Su sobrino escucharía con interés todo lo que Toribia tuviera que contarle, y Toribia tenía muchas cosas que contar. Mostró los dientes al conserje sonriendo. Aceptó que el conserje transmitiera el mensaje. Cuando salió del hotel lanzando ojeadas a izquierda y derecha, hacia la insondable

profundidad de salones, divanes y pasillos, la camarera se creyó obligada a perfumar su rastro con un vaporizador.

En otros tiempos el hotel había sido un balneario, y de entonces conservaba un parque suntuoso, con inutilizadas pistas de tenis donde las malas hierbas habían terminado por adueñarse de las canchas, y con un frontón donde la hiedra caía de lo alto como una espesa cabellera. Los ecos de sociedad de *La Época* habían comentado un campeonato de tenis disputado en aquel terreno entre una tal señora Crampton, *sportswoman*, y una señorita Cecilia, de Avilés. Y se hablaba de seis revolucionarios fusilados una mañana de niebla en el frontón después de los acontecimientos del año 34, pero ya para entonces el balneario se había utilizado como cuartel provisional, el juicio sumarísimo había tenido lugar en una habitación de tarimas desvencijadas y el resto de las dependencias estaba en ruinas y los baños abandonados. Todo aquello se había desvanecido como se desvanecen los sonidos, tanto el leve rebote de la pelota de tenis en las pistas de ceniza como la descarga cerrada que había acabado con la vida de aquellos seis desdichados. El cemento de la pista de baile al aire libre se había resquebrajado y servía de territorio de caza a los lagartos, y había personas que aseguraban que algo había perdido el pueblo de Linces con aquel deterioro, porque en aquella pista de baile había dado conciertos en agosto el propio Sarasate, y otro famoso violinista cuyo nombre nadie recordaba pero que había deleitado a cuantos habitantes de Linces pudieron escucharle del otro lado de las tapias, mientras los huéspedes del balneario atendían el concierto en traje de noche y smoking o traje oscuro.

El propio edificio de los baños se encontraba en estado de abandono. Zorrilla, el hijo del jardinero, lo conocía bien. Frecuentaba las antiguas piscinas de azulejo desconchado llenas de escombros, los gabinetes individuales con bañeras de mármol como sarcófagos de emperador romano y alacenas abiertas a todos los vientos, los urinarios con depósitos de sales cristalizadas y fechas y nombres trazados a punta de navaja o lumbré de cigarrillo por todos los vagabundos que habían pasado por allí. La humanidad había dejado aforismos definitivos. Un *Gott mit uns* trazado en toscos caracteres góticos y un *Aquí cagó un infeliz*. Por causas misteriosas

que algunos relacionaban con la construcción de la zanja del ferrocarril a diez kilómetros de distancia el agua había dejado de manar por las fuentes de caño de bronce mucho antes de que los gitanos se llevaran el bronce de los caños. El hijo del jardinero recogía fragmentos de azulejo y fragmentos de vidrio. Con aquellos fragmentos su padre pensaba decorar la barbacoa que estaba construyendo en el jardín, aunque no parecía apresurarse en terminar la barbacoa, porque la quería bien hecha, y como él mismo sentenciaba, la prisa es enemiga de la perfección, y además, en aquel clima, de poco había de servir una barbacoa, pero no quería discusiones en casa y si no la terminaba el próximo año para el día del Carmen la terminaría para el día del Carmen del año siguiente y le daría una sorpresa a su mujer. Zorrilla recogía los fragmentos de azulejo cobrizo de los remates y rodapiés, y azulejos que se desprendían intactos con un segmento de greca en relieve. Había gruesos fragmentos de vidrio de colores de las vidrieras de puertas y ventanas. Los pies pisaban sobre un yacimiento que hubiera podido forrar cien barbacoas y en el galpón de su casa había seleccionado ya dos cajas de pescado llenas de los mejores fragmentos a la espera de que su padre rematara lo grueso de la obra. Los baños le interesaban. Pero a veces, en vez de dirigirse a los antiguos edificios de los baños, se dirigía hasta el fondo del parque, donde la tapia se juntaba con la peña. De un tajo de la peña cerrado por las zarzas seguía manando un hilo de agua que impregnaba la hierba de rastros sulfurosos, y entrando por la hendidura se descubrían alvéolos y oquedades y restos de mampostería, y sepulcros o bañeras labrados en la roca viva, porque aquello eran los baños antiguos, esto es, los baños verdaderamente antiguos. De la bóveda de piedra colgaban líquenes y musgo. El ambiente era tibio y algo sofocante como si las aguas termales todavía desprendieran una parte de su antiguo calor. La luz apenas llegaba al fondo del antro. Las paredes rezumaban. Un arco de ladrillo se había desprendido pero otro seguía en pie. Nadie había pisado aquel recinto desde el siglo II después de Cristo, pero allí, en el suelo de la gruta, bajo un fino disfraz de verdín, arcilla y ladrillo desmenuzado, yacía intacto un auténtico mosaico romano, con aves acuáticas y delfines entrelazados y máscaras de medusas. Era un tesoro misterioso. Había tenido Zorrilla la visión de una ambiciosa barbacoa toda ella forrada con aquel

mosaico romano, para orgullo de su padre y envidia de los vecinos. Pero no le había dicho nada a su padre de aquel hallazgo, a nadie había comunicado su descubrimiento, desconocido por la propia dirección del hotel.

El nuevo hotel se había construido a la entrada del parque, no lejos del lugar donde terminaba el paseo marítimo y se abría la encrucijada de caminos que llevaban al faro y a las nuevas urbanizaciones. Conservaba algunos restos del antiguo balneario y por ese nombre seguía siendo conocido. Tres bañeras de mármol de grano finísimo habían sido transformadas en jardineras. En una vitrina del vestíbulo se exhibía una colección de vasos particulares de tomar agua, grabados con iniciales o escudos heráldicos. El comedor se abría al exterior a través de una amplia cristalera, y allí estaba Miguel Goitia desayunando con su abogado, de espaldas al despilfarro otoñal de oro y sangre del arbolado del parque, de frente a un café con leche en servicio de alpaca, mientras su abogado sumergía los labios y ocultaba la expresión ceñuda en la taza de café.

Eran de la misma edad, Miguel Goitia prematuramente cano, con un collar de barba salpicado de sal y pimienta y con el mismo pelo enhiesto que su tío el general. Ambos rondaban los treinta años. El comedor estaba vacío, y en aquel lugar insólito tan lejos de Madrid, rodeados del lujoso esplendor del bosque, ellos eran los únicos clientes de un hotel que cerraba fuera de temporada, y un camarero suspicaz como un mayordomo y una camarera de cofia almidonada atendían su desayuno. Las mesas intactas parecía que esperaban un banquete de fantasmas. El suelo de mármol reflejaba la luz que se desbordaba por la cristalera. Los cubiertos lanzaban brillos satinados. Las voces eran discretas, únicas, sonoras, levemente amortiguadas por las ondulantes cortinas de lino en la soledad del comedor. Miguel Goitia alzó al aire el tenedor con medio picatoste ensartado para apoyar su argumento.

—¿Para qué me voy a quedar? ¿Para qué he venido yo aquí con mi abogado? ¿Para qué quiero yo un abogado? Es posible que todo esto sea muy complicado para ti, pero es mucho más complicado para mí, yo solo soy el sobrino del difunto y tú eres un hombre de leyes. ¿O no eres un hombre de leyes?

—Hoy comeré con el doctor.

—¿Y qué te va a decir ese viejo chivo?

—Me hablará de ella.

—¿De ella? —exclamó Goitia—. ¿Y qué más necesitas saber tú de ella? ¿Te va a enseñar un reconocimiento de deuda firmado en una servilleta de papel, o un compromiso de matrimonio en la cartulina de un menú? Vamos, Fredi. Ana Rosa Camp es lo que todo el mundo sabe, y únicamente eso, lo que todo el mundo sabe.

—Puede surgir algún recurso.

—Para eso estás tú aquí.

—¿Y el notario?

—Ya me encargaré yo del notario, pero para eso no me tengo por qué quedar contigo. Somos los únicos clientes del hotel, y eso sí, disponemos de todo el servicio para hacer que nos sirvan un vaso de naranjada, por lo menos hasta el treinta y uno de octubre, porque después los empleados libran, o se vuelven a su pueblo, o pasan al estado gaseoso, hasta el uno de abril cuando el hotel vuelve a abrir. Y yo no me voy a quedar aquí esperando a que los camareros se volatilicen.

—Está bien, soy tu abogado, lo haré yo.

—¿Lo ves? Yo tengo negocios, Fredi, yo tengo mis propios negocios. Mi herencia está en tus manos, pero yo vuelvo a Madrid. Por supuesto los gastos pasan a la minuta —dijo Goitia.

—Eso pensaba.

—¿Eso pensabas? Ponte en manos de abogados y terminarás en la ruina —concluyó.

Entró el conserje con una bandejita y un mensaje y se lo presentó al abogado. Goitia se interrumpió intrigado mientras el abogado lo leía. Era un hombre desconfiado. Miró a su amigo con ojos sospechosos. Acabó el picatoste y bebió un sorbo de café con leche. El abogado leyó el mensaje y dobló el papel.

—¿Qué dice?

—Es un aviso del doctor Castro. No podrá comer hoy conmigo.

—Me alegro. Y debería prohibirte que hablaras con él.

Calló unos instantes mientras su amigo guardaba el papel en el bolsillo. Luego prosiguió.

—Mira, Fredi, yo conozco este pueblo, conozco a esta gente, mi bisabuelo se curaba la gota en este balneario, y en aquella vitrina está su vaso con una J. G.

—¿Y eso?

—Eso significa que no quiero que haya dudas. Lo tuyo es recoger escrituras y hacer un inventario.

—¿Tu bisabuelo tenía gota? —preguntó Fredi con ironía.

—Todos tenían gota. La cogían en Madrid y se retiraban a Linces a cultivarla con esmero.

—Incluido el general.

—Incluido mi tío.

Se limpió los labios con la servilleta y se recostó en la silla. El abogado cruzó los cubiertos sobre el plato y apuró la taza de café.

—Creo que todo puede estar listo en un par de semanas —prosiguió el abogado—, antes de que cierren el establecimiento.

Su amigo sonrió.

—No te burles del establecimiento. Aquí tocó el violín Sarasate.

—No hablo en broma —dijo el abogado—. Y en caso de que las cosas se prolonguen siempre puedo ir a alojarme a casa de tu tía.

Goitia soltó una carcajada. Era un hombre nervioso y se frotó las manos con excitación.

—¿Lo crees? ¿De verdad lo crees?

—Todavía merece que le presten atención. ¿Qué edad tiene?

—Ya debe acercarse a los cincuenta. Pero como siempre se dice en estos casos, no lo parece.

—No, no lo parece. Me podría alojar en su casa hasta darlo todo por concluido —insistió Fredi con inquina.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio. Me gustó cómo me miraba la tarde del funeral.

Goitia soltó de nuevo la carcajada.

—Además, también tú puedes alojarte si tienes que regresar.

—Ni hablar.

Se levantaron y el camarero acudió sin un sonido. Mientras recogía la mesa la mujer de la cofia almidonada corrió las cortinas y todo quedó en la penumbra. El abogado reclamó un portafolios que había dejado al cuidado del conserje, en la recepción. Cruzaron el vestíbulo y se instalaron en uno de los salones. Todavía les quedaban unos papeles por ultimar. Luego Miguel Goitia subiría a la habitación para hacer las maletas. Antes de mediodía el sobrino del general regresó a Oviedo en un automóvil alquilado para tomar el avión que le llevaría a Madrid.

Pero lo cierto es que aquel hotel era un hermoso lugar y el abogado se sintió más a gusto cuando se vio solo. Subió a la habitación y pasó una parte de la mañana ordenando las cosas. Luego salió a dar un paseo por el jardín, donde el camino de grava le permitía andar sin mojarse los zapatos. Al cabo de unos metros prefirió adentrarse en el parque y por un sendero de hojas muertas llegó a las dependencias del viejo balneario. Olía a madera podrida. Todo olía a fermentación. Pasó bajo las techumbres arruinadas, abiertas al cielo, apuntaladas por vigas donde aún se descubrían restos de estuco. Cruzó los baños, los gabinetes con las puertas desvencijadas milagrosamente pendientes de una bisagra, las escombreras, caminando sobre cascotes y destrozándose los pies. Oyó ruido como de ratas y se sobresaltó. El ruido proseguía y en uno de los reductos encontró a un muchacho en cuclillas escarbando entre las piezas de azulejo.

—¿Qué haces aquí?

Zorrilla levantó los ojos sin responder. No había oído llegar al forastero. Descubrió la punta de sus zapatos, eran buenos zapatos, luego las piernas, luego alzó los ojos y lo tuvo encima de él.

—Recojo cascotes para la barbacoa —balbuceó sin un pestaño.

—¿Qué dices?

El muchacho no volvió a responder. Alcanzó un fragmento de azulejo junto al mismísimo zapato izquierdo del desconocido y lo guardó en una especie de zurrón que llevaba consigo.

—¿Para qué? ¿Para asarlos? ¿Recoges cascotes para asarlos en la barbacoa?

Zorrilla pensó que aquel hombre era lo bastante estúpido como para caminar con aquellos zapatos entre tanta inmundicia. El abogado se agachó

para estar a su altura pero entonces el muchacho se apartó con gesto de desafío. Cerró cuidadosamente la correa de su zurrón y se lo echó en bandolera. Había hecho una buena provisión. Debía llevar al hombro un buen par de kilos. Salió del reducto sin volver la vista hacia el forastero, sorteando el marco descuartizado de una ventana, haciendo rodar escombros al fondo de la piscina. A pesar de su provisión de baldosines pudo escalar sin gran esfuerzo la pared de piedra con el zurrón al hombro y una vez a horcajadas en el lomo de la tapia se volvió unos instantes para contemplar desde lo alto al forastero que había salido en pos de él. Por su aspecto era uno de los muchos vagabundos que frecuentaban aquellos lugares, aunque muchísimo más fino y afeitado, de modo que debía ser uno de los vagabundos que se alojaban en el hotel. El abogado le hizo una seña pero el muchacho comenzó a deslizarse al otro lado. Lo último que el abogado vio fueron sus manos. Luego oyó el ruido sordo del otro lado de la tapia cuando el muchacho cayó sobre sus pies.

Después de haber llevado el recado al hotel, Toribia decidió, ya que tenía el coche, ir a visitar a su sobrino, que vivía en Lucas. El sobrino era un hombre soltero, ya maduro, que lo mismo hubiera podido ser su hermano. Vivía en una casa entre el faro y el caserío del pueblo, en un prado que se desplomaba bruscamente en un acantilado vertiginoso sobre el mar. El hombre oyó el motor del coche y asomó la cabeza por un ventanuco. Descubrió a su tía con asombro y se ocultó. Era una persona huraña, de carácter caprichoso. Se le había visto pasear en calzoncillos bajo la lluvia. Toribia dio tres vueltas a la casa, espantando gallinas negras, hasta que su sobrino decidió abrir la puerta y recibirla. La hizo pasar al cuarto donde estaba encendida la estufa. El calendario, con una escena de caza sembrada de excrementos de mosca, era de dos años atrás. Aquello no tenía ninguna importancia, porque ni el calendario, ni la estufa, ni la casa eran del sobrino y por lo tanto no se sentía obligado a actualizar el calendario ni a rectificar fechas, no siendo tampoco de allí. Del sobrino eran las gallinas negras de pequeñas crestas de coral que corrían por el barro, y un cerdo sonoro pero

invisible de largas pestañas rubias que engordaba, ciego y albino, a base de peladuras de patata, en la oscuridad del chiquero.

El sobrino de Toribia había sido molinero en la Riera, y el duelo entre Lucés y la Riera consistía en que a los de la Riera, en Lucés, se les trataba de gochos, esto es, de cerdos, porque lo fueran o porque los criaran, la ofensa estaba en no hacer la distinción. Recíprocamente, los habitantes de Lucés eran conocidos en la Riera como los cuervos, por los muchos cuervos que había en sus prados, y porque con ello se intentaba ofender tratándoles de prestamistas, de usureros y de aprovechadores de naufragios. Muchas techumbres de Lucés habían sido levantadas con maderamen de barco. En las bodas aldeanas de Lucés las novias llevaban en su ajuar tejidos exóticos rescatados de cofres marineros. De padres a hijos se pasaban anillos que los cuervos, esto es, los vecinos de Lucés, habían extraído de dedos cortados. Lo cierto es que el primer faro de Lucés debió ser poco más que una hoguera encendida sobre un promontorio, al modo usual de la piratería de costa. Luego hubo una atalaya y una especie de gran brasero sobre bloques gigantescos en tiempos medievales o según eruditos más audaces, en tiempos de celtas y romanos. El faro del siglo diecinueve había tenido su farero a sueldo del Gobierno, la única remuneración fija de los contornos y por lo regular de sus ingresos, una especie de prestamista local. El faro actual era automático. Enviaba dos señales cortas y una larga. Su luz era un brazo poderoso que recortaba un instante los relieves de los promontorios vecinos antes de lanzarse cronométricamente hacia un imposible confín negro en alta mar.

El sobrino de Toribia, aunque nacido en la Riera, esto es, nacido cerdo, estaba al margen de la rivalidad entre cuervos y gochos. Su reino no era de este mundo. Vivía dominado por la obsesión de tener un nicho de su propiedad en el cementerio de Lucés, sólido, seco y bien construido. Vivía en Lucés, pero había sido molinero en la Riera. Hacía muchos años que había dejado de trabajar en el molino, superado por los tiempos y la técnica. Buscando hacer fortuna, había logrado acumular bajo la melancólica arboleda del canal, junto al embalse abierto y casi seco, más de dos mil trescientas botellas vacías de coñac González Byass, ninguna de ellas con premio bajo la etiqueta, aunque se garantizaba que en las etiquetas de

González Byass se sorteaba un premio de un lingote de oro. Bebió coñac hasta hartarse, hasta acabar con sus ahorros y hasta que lo embargaron. Escribió a los fabricantes exigiendo una explicación. Obtuvo respuesta de las bodegas, con una foto en la prensa del afortunado ganador del lingote, un sonriente empleado de comercio que respondía a las iniciales A.F.C. de Madrid, y que exhibía el tesoro en sus manos sin mayor esfuerzo aparente que si el lingote hubiera sido de chocolate. El sobrino de Toribia dejó de beber coñac el mismo día que recibió el correo. Fue tan súbita la abstinencia que quedó con las facultades mentales perturbadas. Alguien le ofreció en renta el caserío de Lucas junto al acantilado. Y desde hacía dos años, desde el año que indicaba el calendario, criaba allí gallinas negras y un gocho, esto es, un cerdo al año. Toribia le visitaba en ocasiones y se apiñaba con él junto a la estufa como dos piezas antiguas de terracota al calor del hierro.

Al mediodía la niebla subía de los valles. Toribia contó de una manera pausada y concienzuda la muerte del general López Goitia y el sobrino entendió que había muerto el general González Byass y se alegró. Su reino en efecto no era de este mundo. Toribia no le sacó de su error. Acercó las manos a la estufa y se desentumeció los dedos que tenía agarrotados del volante. El sobrino disimuló su júbilo aunque pensó matar una gallina. Permanecieron en silencio hasta bien pasadas las doce. Luego se apartaron de la estufa y Toribia salió a recoger unas castañas y ramilletes de orégano. El sobrino se impacientaba y se restregaba las manos en los pantalones de pana preparándose para sacrificar a la gallina en cuanto la tía se fuera. Toribia llenó una bolsa y la metió en el maletero del coche. No se despidió del sobrino pero antes de salir le pasó la mano por el pelo con cariño. Cuando al fin la mujer regresó a casa el doctor la esperaba entregándose a todos los diablos. Se paseaba por el comedor anudándose el batín.

—¿Cuánto tiempo se tarda en bajar el camino, cruzar el pueblo, entrar en el balneario, dejar un recado y volver a casa? Es la una y media. ¿A qué hora se almuerza aquí?

Toribia era rural y primitiva, pero no era necia.

—Hubiera llamado por teléfono —respondió.

—Yo envío los recados como se me antoja —gritó el doctor.

Toribia agachó la cabeza. Tomó la curva golpeando la mesa con la cadera y se sumergió en el sótano con la bolsa de castañas. En el comedor mohoso quedó flotando un rastro de olor a establo y olor a fuego de leña. El doctor abrió los brazos en cruz como un actor dramático.

—¿Y qué hago yo a estas horas en batín?

Zorrilla, el hijo del jardinero, apareció merodeando por la casa hacia la media tarde, y el doctor aprovechó para decir que le dijeran que llevara una cesta de fruta a casa de Ana Rosa Camp.

—Que baje en bicicleta —gritó.

—Ese chico no tiene bicicleta —respondió Toribia desde el sótano, de donde no había salido.

—Que baje como sea —ordenó el doctor.

La mujer surgió de los bajos fondos con un resoplido de paciencia y se dirigió a la cocina con pasos de elefante. Tenía en el sótano su taller de bricolaje, donde enderezaba quizás sus clavos herrumbrosos, y en todo caso forcejeaba con la tapa de una olla de presión y reparaba los pernos de la tabla de planchar. No le gustaba tener que salir de allí por cualquier capricho de su amo, un inútil incapaz de distinguir un tornillo de una tuerca y una llave inglesa de un destornillador.

Toribia se encargó de preparar la cesta de fruta. Lo hizo minuciosamente, casi con precaución, como si preparara un artefacto explosivo. Se habían recogido manzanas coloradas de muy buen aspecto, y también otra especie de manzanas más pequeñas, estriadas, de vetas amarillas, salpicadas por una lluvia de minúsculos cometas, agrias pero sabrosas, manzanas que ellos llamaban manzanas de mingán. Y añadió manzanas tabaqueras del color del tabaco y un puñado de diminutas manzanas que llamaban pernusinas. Puso algunas ciruelas y un puñado de castañas. Cubrió la cesta con un trapo de cocina y se la entregó al muchacho. El doctor le dijo que dijera a la viuda que le enviaba la fruta de los mejores pumares para que se fuera el olor de anís y cigarros que debía haber quedado en los salones después del refrigerio del funeral. El muchacho comprendió que enviaba la fruta a casa del general para que se

fuera el olor a cadáver, y algo había de acertado en aquel gesto, algo oscuramente ritual en aquella ofrenda de purificación. Zorrilla cargó con la cesta y recibió la propina y calculó que ya subía a trescientos setenta y cinco duros lo recibido en tres días, o sea mil ochocientos setenta y cinco pesetas, ni siquiera había imaginado que la muerte del general le pudiera hacer tan rico. Ni siquiera imaginaba para qué servía el dinero si no era para comprar nuevos aparejos de pesca, o la bicicleta que entonces le faltaba. Guardaba sus ahorros en una caja de *Apósitos Arthur Kampf Distribuidos por Laboratorios Resines, Badalona*, que había encontrado entre los escombros del balneario. El muchacho había dejado de ir a la escuela. Tenía nociones de geografía y sobre todo sabía contar, pero nadie podía decir lo que realmente sabía, ni siquiera aquellos que habían sido sus maestros de geografía o de aritmética, porque era un saber oculto muy difícil de discernir entre el silencio de la inteligencia oscura que a veces despuntaba y su desconcertante estupidez.

Salió de casa trotando entre las hierbas empapadas. Tomó por un atajo entre huertos y berzales. Siguió un sendero, cruzó la carretera y llegó por la calle trasera a casa del general. Ana Rosa le estaba esperando porque el doctor la había advertido. Estaba nerviosa.

—Yo no sé dónde voy a poner esto —dijo levantando la cesta de manzanas con ambas manos—. Se ponen en los armarios, ¿verdad? Se ponen entre los manteles y entre la ropa de cama, ¿no es eso? ¿Me quieren enterrar entre manzanas?

Le dio la propina y Zorrilla calculó lo ahorrado en la caja de apósitos y así lo dijo. Ana Rosa no entendió.

—¿Qué dices? ¿Qué caja de depósitos?

El muchacho se enojó. Bajó los ojos humillado y murmuró entre dientes de un tirón: *caja-de-apósitos-arthur-kampf-distribuidos-por-laboratorios-resines-badalona*. Era una fuerza brutal y ceñuda recitando la clave de su tesoro. Había una voluntad agresiva en la manera de fruncir el ceño y apretar el mentón. Ana Rosa se echó a reír y le obligó a levantar la cabeza poniéndole los dedos en la barbilla. El niño levantó la cabeza con los ojos fuertemente cerrados. Sentía el odio infantil ante la burla y sentía el aroma

exquisito, nunca identificado, similar a cierto finísimo olor a droguería, en la mano de la mujer.

—Eres un muchacho curioso, Zorrilla. Está bien que ahorres, y sobre todo ten cuidado que tu padre no eche mano de la caja.

El muchacho se relajó, primero la mandíbula, luego los párpados, luego los dedos crispados que dejaron marcadas las uñas en la palma de la mano. Vio las zapatillas rosadas de la mujer, tan absurdas, tan desconcertantes con su pequeño tacón, y su pompón, una especie de plumero, y sus punteras afiladas como el rosado hocico de dos minúsculos ratones, unas zapatillas tan minúsculas, que jamás se hubiera podido pensar que aquello eran unas zapatillas auténticas y no unas zapatillas de muñeca, de no verlas puestas en un pie de mujer. Observó la mano que estrujaba el escote de la blusa. Advirtió en el dedo, a juego con las zapatillas rosadas, una sortija de rubí. Y aquello solo podía significar que la casa albergaba cuantiosos tesoros.

—¿Quieres una manzana? —dijo ella.

El muchacho negó con la cabeza.

—¿Quieres quedarte un rato? —añadió la mujer tomándole la mano.

El niño asintió. Ana Rosa empezó a ocuparse de la casa. Le hablaba de espaldas mientras él seguía sus movimientos como un sabueso.

—Te agradezco la merluza de la otra noche pero después de lo que pasó tuve que repartirla. Era enorme.

—Era una buena merluza.

—No podía tenerla en la nevera durante los funerales, el tronco se lo llevó la asistente, la cola se la llevó también la asistente a casa de su madre, y la cabeza se la llevó el jardinero. O sea que habrás tenido el cogote de la merluza en la mesa de tu casa, era el cogote de tu merluza, y no creas que desprecié el regalo, pero nadie podía ponerse a preparar una merluza con el general muerto en casa ¿lo entiendes? No te tienes que ofender.

—Mi padre se comió el cogote.

—Se comió el cogote, ¿eh? Ya te he dicho que tengas cuidado con tus ahorros.

El muchacho fue a sentarse en una silla. Ana Rosa fue distribuyendo manzanas por el salón. La mesa se hallaba cubierta de papeles. Habían surgido carpetas de todos los rincones. Se movía entre un depósito de

recuerdos donde se mezclaban con perfecta indiferencia cartas amorosas y recibos de la luz. El muchacho seguía sus movimientos con las manos sobre las rodillas y no podía saber lo que la mujer había estado buscando, pero el doctor hubiera insinuado, no sin malevolencia, que simplemente buscaba la combinación de la caja fuerte. Ana Rosa se olvidó del niño y habló sola. Tenía la mirada extraviada y la elocución incoherente de las personas que no duermen, o que han dormido en exceso, el desvarío de los insomnes y el desajuste oral de quienes pierden la noción del tiempo porque no saben cuánto han dormido ni a qué hora próxima o lejana volverán a dormir, pero tampoco el niño prestaba excesiva atención a otra cosa que no fueran sus gestos imprevistos, el arte de girar sobre sí misma, detenerse, llevarse súbitamente la mano a la garganta mirando a su alrededor. Había dejado de repartir manzanas por los muebles y de remover papeles y se paró en medio del salón con las manos cruzadas, como si advirtiera de repente la presencia del muchacho.

—¿Qué quieres?

Se agachó para ponerse a su altura y le dejó un beso en los labios.

—¿Es eso? ¿O crees que por haberme quedado viuda vas a tener algo más? Eres un sinvergüenza.

El muchacho sentía cerca de sí el finísimo olor a farmacia, o a droguería, no podía identificarlo. Era el aroma del pecho de la mujer a la altura de sus narices, que también le recordaba muy vagamente un agrio olor a pañales, pero sabía que era perfume de mujer. Su olfato hallaba referencias animales que hubieran producido pavor al fabricante francés del perfume que Ana Rosa utilizaba, si no fuera porque en el fondo y la base de cualquier perfume se agazapa un olor fétido. Su nariz captaba las moléculas más efímeras sobre un suave y continuo olor a miel. Era ella. Sentía sus ojos negros, las pupilas hondas, burlonas, cariñosas, buscando no sabía qué resquicio en el terrible sentimiento de vulnerabilidad que le petrificaba. Y permaneció inmóvil, de modo que ella no advirtiera su rigor ni su congoja, ni tan siquiera el levísimo estremecimiento de las aletas de la nariz mientras olfateaba. Su instinto le advertía lo peligroso de cualquier movimiento y las consecuencias inauditas que podía acarrear el cumplimiento del deseo, esto es, la realización del instinto, ya fuera una dentellada en la vena azul del

cuello o dejarse arrastrar por la fragancia de sus pechos y hundir en ellos la nariz. Ana Rosa le pellizcó el muslo bajo los pantalones.

—¿Qué edad tienes, Zorrilla?

—Quince años.

—¿Y qué diría tu padre si oyera lo que te acabo de decir? Te cortaría el pito con las grandes podaderas.

Se apartó y le entregó una manzana de la cesta. El niño la cogió y se la acercó con ambas manos a la nariz. Entonces sus pulmones se inundaron con la fragancia de los pumares y su cuerpo se relajó de nuevo, lentamente, ordenadamente, primero los pulmones, en la respiración honda, sostenida, del aroma libre de los prados, luego los músculos, y luego, lo más difícil de todo, se relajó la imaginación. Parecía que en aquellos segundos se había ventilado algo más que una paliza por parte de su padre. Allí ocurrían cosas que no evocaban amenazas, ni voces, ni cintarazos, ni que su padre le cercenara el pito con las grandes podaderas. Vio la sonrisa de ella por encima de la manzana que mantenía apretada contra la boca. Vio los papeles y el desorden, y el maravilloso rubí que Ana Rosa llevaba en el dedo como un recurso de hipnotismo. Ella le explicó lo que tenía que hacer. Vas a volver a tu casa, decía, y dejar de ser un sinvergüenza, cualquier cosa que eso significara, desde la pesca nocturna en la escollera hasta el deseo de ella, de su desorden y de su rubí. Vas a dejar de mirarme de ese modo y vas a dejar de pensar cosas inmundas, y quería decir con ello que abandonara el impulso de precipitarse sobre un frasco de agua de Colonia y empapar sus ropas y acaso prenderlas Riego. Lo había visto. Había visto un automóvil aromático perdiendo gasolina y súbitamente arrojando fuego. Vas a volver a casa del doctor a darle las gracias de mi parte por la cesta de manzanas, suponiendo que ninguna esté envenenada, decía, y vas a volver a tu casa y vas a ponerte a estudiar para ser un buen jardinero.

—¿O no?

El niño sintió de nuevo la burla. De repente hincó el diente a la manzana y despegó el culo de la silla de un salto. Buscó la puerta de la calle como un gato acorralado y echó a correr. Aquella noche regresó a esconderse entre el macizo de hortensias con grandes precauciones. No perseguía nada, no deseaba nada. Tenía las manos limpias. Únicamente deseaba permanecer en

cucullas en el jardín. Únicamente deseaba hallar cobijo en el territorio frío y húmedo de los caracoles.

En tres cosas se había formado el doctor Castro una opinión sobre el abogado y de las tres, en una se equivocaba y en dos cosas tenía razón. En primer lugar Alfredo Gavilán era un abogado inexperto, y no por la edad, porque rondaba los treinta años y a esas alturas muchos abogados han salvado ya algunas vidas o han resuelto complicados enigmas, como a menudo se ve en las películas de abogados. Era un abogado inexperto porque solo hacía dos años que se había graduado, y eso era poco. Solo hacía dos años que había podido poner en el portal de su casa una placa de latón que decía Alfredo Gavilán, Abogado, y esa placa ni siquiera le garantizaba una manera decente de vivir, ni se lo hubiera garantizado nunca de no ser por el azar y porque Miguel Goitia, en un arranque de amistad, había decidido nombrarle abogado suyo. Antes sí, antes había resuelto casos de accidentes de tráfico, trámites de pensiones y se implicó en un desahucio y algunas cosas más, pero nada de eso había impedido que tuviera que despedir a su secretaria y que sobre su bufete el objeto más voluminoso fuera un pisapapeles con muy escasos papeles que pisar. Miguel Goitia era un amigo de juventud. Habían consumido mucho tiempo juntos en los billares. Miguel Goitia poseía una fortuna personal y si para algunas gestiones necesitaba un hombre de leyes de confianza lo más lógico es que recurriera a su amigo, aunque este hubiera tardado cuatro o cinco años más de lo previsto en terminar la carrera, tanto por la dificultad de tener que estudiar y ganarse la vida como por la afición al billar.

Pero las cosas iban bien, felizmente. Y ahí es donde por segunda vez tenía razón el doctor. Le había parecido ver en el joven hombre de leyes un hombre de suerte y en suma equilibrado, y no porque hubiera adivinado en Fredi Gavilán sus buenas cualidades de jugador de billar, que no las adivinó, a pesar de ser el equilibrio una de las principales, al mismo título que el pulso y la medida sobre la mesa verde y ante la carambola. Había visto la felicidad del abogado en la paciencia que había tenido al escucharle

la tarde del funeral y en la inocencia con que se disponía a acometer lo que a todas luces sería un trabajo sucio.

Así pues el doctor tenía razón en esas dos cosas, pero en la tercera deducción se equivocaba. Fredi Gavilán no era un ingenuo y para dar cuenta de ello y explicarlo de algún modo también se podría recurrir a los salones de billar. Se aprende mucho a base de combinaciones geométricas irrepetibles, y de sobresaltos, y de horas malgastadas pero nunca perdidas bajo la luz cenital donde el hombre y el taco de billar forman un híbrido, como el centauro, y la carambola envía el sonido primordial de cuanto puede la destreza y raras veces, y solo a los principiantes, concede el azar. Había una experiencia contenida en esos años que Fredi no había desdeñado, aunque solo fuera por un inexplicable y silencioso conocimiento de la naturaleza humana que, según los aficionados, únicamente se manifiesta en los salones de juego. Y si de ahí había pasado a cruzarse de manos en un bufete, con un título de licenciado en derecho enmarcado a sus espaldas, y la paciencia de quien deposita su salvación en una llamada telefónica, su esperanza no había quedado defraudada. Miguel Goitia le había llamado para decirle, quiero que vengas conmigo a Linces, mi tío el general López Goitia ha muerto y quiero que te encargues de todo lo legal. Poco importaba no saber dónde estaba Linces ni quién era exactamente el general Goitia. Bastaba con encontrarse frente a un caso. Bastaba con ser el abogado y amigo de un hombre de negocios que, como muy pertinentemente le había señalado, tenía las iniciales de uno de sus antepasados grabadas en un vaso de vidrio que se exhibía en la vitrina del vestíbulo del hotel. El vidrio se había vuelto opaco. Le acompañaban vasos de mayor alcurnia y dedalitos de plata con miniaturas de blasones de picas y osos. El abogado se entretuvo examinándolos. Se le antojó que eran parte de la historia de España reducida a problemas de hígado, de gota o de esterilidad.

El doctor Castro le había enviado un mensaje avisándole de que no podía comer con él aquel día pero habían cenado juntos, y no se podía negar que la cena había sido provechosa. Provechosa por el besugo al horno de Casa Garrafones, un restaurante con estufa en la sala, serrín sobre el embaldosado y un gigante por cocinero, donde el doctor había reservado

mesa alabándole mucho el pescado de aquellos mares. Y provechosa también por la conversación de sobremesa, aún con la servilleta anudada detrás de las orejas, delante de una fuente que ostentaba, como un escudo heráldico, la triste cabeza del pescado y su ancha espina. Para cuando terminaron de cenar era ya pasada la medianoche y a esas alturas el doctor ya había comprobado que de sus tres razones acerca del abogado, en las dos primeras acertaba, pero en la tercera no tenía razón. El abogado era inexperto y afortunado al mismo tiempo, pero no era un ingenuo. El doctor opinaba, en resumen, que de aquel joven no había nada que temer y había mucho que esperar.

Y lo opinaba sinceramente, porque el joven había prestado tanta atención al besugo como a cuanto el doctor había tenido que decirle, y aún más, el abogado no había dudado en salpicar la cena de preguntas acerca de quién era el general, quién era la viuda y quién era aquel gigante del fogón que les había traído el besugo hasta la mesa. Y por parte del doctor no había ningún problema para responder de Paco Garrafontes y del papel que había jugado en concursos regionales de besugo al horno y bacalao al pilpil. Pero resultaba más difícil hablar del general, y sobre todo hablar de la viuda. Hablar de él, con el recuerdo de los últimos días, era referirse a un anciano impertinente, voceras, tullido, disminuido en lo mental para todo lo que no fuera referente a la ira o la crueldad, para lo que desarrollaba una suerte de instinto muy certero. Desde que se había retirado a Linces, el objetivo de su vida había sido morir frente a un crepúsculo, algo loable en sí, poético, elemental, si no fuera porque un objetivo más amplio incluía incordiar a los amigos. Nadie piensa que la decrepitud pueda ser tan cruel como para transformar a un héroe de guerra y a un político cuartelero en un anciano impertinente, y eso lo podía afirmar el doctor con tanta mayor libertad cuanto que él mismo veía acercarse la frontera de ese estado donde desaparecen del horizonte los pecados capitales y se instala la incontinencia senil. Los pecados capitales, sí, la avaricia, la lujuria, los siete pecados capitales, de los cuales el último en desaparecer es la ira, razón por la cual a menudo se representa a la vejez arrojando un zapato o derribando un servicio de mesa con un revés de bastón. La vejez es iracunda y ruin, decía el doctor después de exhibir la cartera para pagar la cena. No debemos

lamentar que un hombre se haya liberado de la vejez para ir a descansar a una fosa. Si no es posible morir en la edad generosa no lloremos al menos la ruindad. El misterio es saber cuál es la alquimia que transforma al hombre, cuál es el recorrido que lleva de una juventud generosa a una vejez ruin, y si los testigos que están a nuestro lado sabrán descifrarlo.

El abogado asintió, viendo cómo el doctor se acaloraba. Aquel hombre, ni avaro ni iracundo, aunque no sabía si lujurioso, juzgaba al general con ciertos aspavientos, como si se le hubiera atravesado una espina de besugo en la garganta. Le brillaban los labios carnosos. Recogió la servilleta y se enjugó los labios y la frente.

—Todavía estoy sorprendido de ver lo mucho que me equivoqué en la vida.

Sintió un empacho y guardó silencio. El abogado le incitó a proseguir.

—¿Y ella?

—Ya lo sabe usted. ¿O no lo sabe? ¿O no se lo han dicho?

—Solo he oído hablar de ella cuando se ha quedado viuda.

—La espléndida viuda —dijo el doctor—. Se la conoce por ese nombre desde que el general comenzó a vomitar bilis hace media docena de años. Y sin embargo el general no se casó con ella, eso sí que lo sabe usted.

—¿Por qué?

El doctor se encogió de hombros.

—¿Por qué razón se mantiene una querida sin pasar por el juzgado? Conveniencias, convenciones. Una querida es otra cosa cuando se convierte en la propia mujer. Y sin embargo llegó a presentarla en sociedad en un banquete por Santa Bárbara, en medio de las coronelas, y las generalas, siendo gobernador de Navarra, todas ellas envueltas en cortinajes y en trajes de noche como faldas de mesa camilla, y ella esbelta y bonita con veintisiete años, charlando con los generales y los coroneles. Seguramente fue un capricho. Se le antojó bailar con las Fuerzas Armadas. Pero es evidente que entre Sodoma y Pamplona hay un término medio, y Ana Rosa hubiera sido feliz en París. Santa Bárbara es la patrona de Artillería, ¿lo sabía usted?

Fredi lo ignoraba. Había hecho su servicio militar en infantería.

—¿Y ella nunca pensó en dejar al general? —preguntó.

—¿Para qué? ¿Para volver a despachar retales de popelín en la camisería? ¿Para fugarse con algún capitalista enamorado hasta de su nombre? No. La tiene usted en poco. O la juzga mal. ¿Quién le ha dicho que Goitia no fuera generoso?

—No pretendo eso.

—Lo era. Y la trataba con cariño, aunque en ocasiones parecía que respiraban vitriolo.

—Pero no se casó con ella —insistió Fredi.

—No. No hubo pactos matrimoniales ni sombra de ello. Ni hay papeles ni hay convenios, o sea que su cliente puede dormir tranquilo —añadió el doctor con una sonrisa pérfida.

—No le llame mi cliente.

—De eso se trata ¿no? —¿Cree que ella dejará la casa y renunciará a presentar pleito por lo que le pudiera corresponder?

—El abogado es usted, amigo mío, y estos son casos sucios. Pero es posible que cuando la vaya a ver, ella le cierre la puerta en los hocicos, disculpe, y empieza a llenar baúles de ropa, y a meter sombreros en las sombrereras, y a recoger lencería, y ordene un coche y se vaya con todo su equipaje y un maletín de joyas, dejando los armarios vacíos y los cajones abiertos, y a usted y al sobrino con dos palmos de narices, y los pleitos, la casa y los títulos para ustedes también, si es eso lo que desean.

—¿Sería correcto?

—Sería lo más correcto. Ya se ha dicho que las mejores batallas son las que no tienen lugar. Pero puede suceder lo contrario. Puede que se atrinchere. Hay quien prefiere las galernas del Cantábrico a ingresar en una clínica de desintoxicación.

—¿También eso?

—¿Y qué pensaba usted? Pero no se engañe. Ana Rosa ha conocido a grandes poetas que le dedicaron sus mejores versos. Déjeme recordar. *Alcohol de azul correspondido... Éter de olvido... Jaspe líquido, donde su orgullo pierde y su memoria esconde.* Trilogía de la ducha. Esto es así y no se lo voy a ocultar. ¿Cuándo piensa ir a verla?

—¿Cómo?

—¿Cuándo piensa entrevistarse con ella?

—Oh, no tardaré.

El abogado guardó silencio unos minutos. Luego siguió con el hilo de sus pensamientos.

—¿Desde cuándo utiliza morfina?

—¿Desde cuándo? Desde que el general la instaló en una *suite* del hotel Wellington y allí se reunían las mejores plumas de la capital del Reino y algún lobo estepario. Y un servidor. ¿Es usted poeta, amigo Fredi?

—No.

—Entonces nos quedaremos sin un soneto a Paco Garrafones —concluyó sonriente, cambiando de tema—. *Pródigo mar, bendito cocinero...* —añadió dirigiéndose al patrón.

El gigante se limpiaba las manos en el mandil, detrás del mostrador. Acudió con una bandeja y dos copas y una botella de aguardiente de la casa. El doctor examinó la minúscula copa al trasluz. El abogado mojó los labios en el borde del cristal y el alcohol hizo desaparecer los últimos relentes del besugo. Era un aguardiente de bayas del bosque. Dejaba un aroma de hierbas silvestres y un regusto de crema para los zapatos. Aguantó una mueca y se esforzó por conservar cierta expresión de *gourmet*. Dejó el aguardiente sobre la mesa y sintió la tibieza del licor gratificándole las tripas.

—¿Recio, eh? —dijo el doctor.

—Sorprendente.

—Destilado por manos expertas con fruta recogida en luna llena por manos vírgenes. Una especialidad del país. ¿Lo duda?

—No siento haberlo probado —respondió Fredi con prudencia.

—Yo tampoco siento haber cenado con usted —dijo el doctor.

Garrafones acudió a recoger la factura. El doctor no permitió que Fredi le invitara. Había sido su cena. El gigante estrujo los billetes en el puño y el doctor se levantó para darle unas palmadas en el hombro que alumbraron una amplia sonrisa en el rostro del tabernero.

—Hasta otra vez, Garrafones. Tu fama pasará los puertos.

—Hasta cuando usted quiera, doctor.

Salieron a la calle. La noche se había despejado. El resplandor del faro iluminaba con un mensaje intermitente el promontorio de la bahía. El

doctor se aferró al brazo de Fredi y caminaron juntos por el paseo marítimo, bajo el rosario húmedo de las farolas. El doctor oscilaba. Imprimía a su paso el ritmo de un péndulo. La marea golpeaba contra el parapeto con un rumor de guijarros arrastrados. El doctor extendió la mano hacia el mar de tinta china.

—Mire el mar, abogado. Admírelo... ¿Qué diría si la viera usted a ella esta noche?... *Aun a pesar de las tinieblas bella, aun a pesar de las estrellas clara...* ¿Es usted lector de poesía?

—Tampoco.

Llegaron a la altura de la casa del general y ambos volvieron la mirada hacia el jardín. El porche estaba a oscuras, lo mismo que la planta baja. Arriba se veían dos ventanas iluminadas, y una silueta cruzó detrás de las cortinas de gasa. Se detuvieron un instante con la vista puesta en las ventanas.

—No duerme. ¿Qué cree usted que está haciendo a estas horas?

—Las maletas.

—No sea cruel.

Siguieron caminando. Algo se movió en la oscuridad del jardín sin que ellos se percataran. El hijo del jardinero les vio pasar agazapado en el macizo de hortensias. Reconoció al hombre que había visto por la mañana paseando por el parque del balneario. Sintió miedo a ser descubierto y pensó que había sido muy hábil escondiéndose en el refugio de los caracoles, en vez de ocupar cómodamente y a solas uno de los sillones de mimbre del porche, el trono de mimbre del general. Cerró los ojos fuertemente para hacerse invisible y no ver ni ser visto. Se mantuvo quieto en su refugio de hortensias. Sintió la sombra de los dos hombres bajo la farola más cercana. Luego prosiguieron su camino. Escuchó inmóvil la conversación que se alejaba.

—Habrá cenado sola y habrá vaciado los armarios de arriba abajo, cartas, álbumes de fotos y todo eso, y ahora se estará volviendo loca a solas, y no se dormirá hasta el amanecer. ¿Y qué podemos hacer nosotros? A media tarde le envié una cesta de manzanas.

—No acabo de entenderlo —murmuró Fredi.

—Es posible. Pongamos que necesita otro repaso —dijo el doctor con impertinencia.

—No será necesario —replicó Fredi alarmado—. Pongamos que por esta noche ya lo he entendido bastante bien.

El doctor guardó silencio. Se aferró de nuevo al brazo de su acompañante y agachó la cabeza acometiendo la dilatada curva del paseo marítimo.

—Si me permite le acompañaré hasta el balneario —prosiguió—. Tengo una mula a mi servicio que bajará con el coche a recogerme.

Era pasada la medianoche cuando el doctor llamó a Toribia desde la recepción del hotel. Los dos hombres se despidieron en el vestíbulo. El abogado subió a la habitación. No se había aflojado el nudo de la corbata cuando le avisaron que tenía una llamada al teléfono. Era Miguel Goitia que llamaba desde Madrid.

—¿Fredí? —exclamó el sobrino alegremente—. Te llamé desde el aeropuerto y no estabas. Te llamé a la hora de cenar y habías salido. Llegué a Madrid sin problemas. Madrid te añora. ¿Cómo estás?

—Me iba a acostar. He pasado la tarde trabajando.

—Bien, Fredí, bien. Eres un buen abogado.

Hubo un silencio cauteloso. Luego una cuestión imprevista.

—¿Y en qué has estado trabajando?

El abogado no se dejó sorprender.

—En las primeras indagaciones —respondió sin inmutarse.

La respuesta solo surtió efecto unos instantes.

—¿Indagaciones? ¿Qué clase de indagaciones? Tú lo que tienes que hacer es conseguir que esa mujer firme cuatro papeles y que se vaya de ahí.

—En eso estoy, Miguel. Pero se necesita tiempo para preparar los cuatro papeles, tú mismo lo has dicho.

—Yo no te dije que te metieras en indagaciones.

—Es igual, llámalo como quieras. ¿Tuviste buen viaje?

Goitia se malhumoró.

—Sí, sí, tuve buen viaje, el avión salió a la hora, las azafatas nos dieron un caramelo y no hubo aterrizaje forzoso. Y ahora escúchame. Eres mi abogado, y yo te pago dietas, te pago minuta y te pago gastos de hotel. No

me importa que te metas en averiguaciones, no me importa que hagas vida social con las ratas del balneario y no me importa que te acabes acostando con la señorita Camp, o con la viuda Camp, o como quieras llamarla. Pero lo que yo necesito es que se firmen papeles. ¿Está claro?

—Está claro —dijo el abogado apaciguándole.

—Buen chico.

Goitia insistió en lo poco que le interesaban los ecos de sociedad de la playa de Linces. Quería resultados.

—Procuraré mantenerte al corriente.

—Así me gusta, Fredi. Te llamaré mañana, o pasado mañana, en cuanto tenga un rato libre. Yo no me meto en averiguaciones. Yo tengo demasiadas cosas que hacer.

Fredi escuchó el tintineo del hielo en el vaso de whisky. No respondió nada. El sobrino del general cambió de registro antes de colgar.

—Y no te olvides de llamar a tu mujer.

—No te preocupes, Goitia, así lo haré.

El abogado dejó el teléfono con alivio. Hablar con Goitia le irritaba. Había acabado por adoptar la táctica de la tierra quemada, cediendo terreno estéril en las conversaciones para poder realizar su trabajo a gusto de una vez. Terminó de quitarse la corbata y los zapatos y se tendió cuan largo era en la cama. Las cortinas ondulaban. La ventana se había quedado entreabierta. Podía oír el rumor de la marea como un ejército en marcha. A sus espaldas sentía el silencio profundo del balneario, el silencio tupido del bosque y las montañas como una partitura poderosa y continua en la oscuridad. Aguzó el oído y escuchó un zumbido muy lejano en el corazón del hotel. Era el sentimiento nunca compartido de alguna presencia en la noche, indescifrable y cósmica, que jamás se manifestaba. Disfrutó de aquella soledad unos minutos antes de descolgar el teléfono y llamar a su esposa. Eran las altas horas de la madrugada. Fredi imaginó el brusco timbre del teléfono. Ella despertó sobresaltada, incorporándose en la cama, buscando a tientas el interruptor de la lámpara en la mesilla de noche, suponiendo una catástrofe. Oyó su voz casi dormida.

—¿Margarita?

—¿Suced algo?

—No sucede nada, Margarita. Soy yo.

Fredi sonrió. Ella era una mujer que pensaba que un abogado en desplazamiento debe llevar pistola.

—¿Dónde estás?

—Estoy en un balneario con cincuenta habitaciones para mí solo. Imagínate que fueran para nosotros dos solos —añadió cariñoso.

—No digas tonterías. Para qué queremos cincuenta habitaciones para nosotros solos —dijo ella todavía en sueños.

—No me has entendido. Estoy en un hotel vacío de cincuenta habitaciones, eso es todo.

—¿Y qué haces en un hotel vacío?

—Te echo de menos. Me voy a meter en la cama dentro de unos minutos y estoy oyendo el mar. ¿Has hablado con Goitia?

—Me ha dicho que tenías que quedarte.

—Es un asunto que estará resuelto en un par de días. Duerme tranquila.

—Eso estaba haciendo. Y tú me llamas para proponerme orgías en balnearios desiertos.

—No te imaginas lo que haríamos juntos si estuvieras aquí conmigo.

—¿De verdad?

—De verdad. Ahora voy a apagar la luz y voy a meterme en la cama. Pero antes quería darte un beso.

—Eres un abogado muy tierno.

—Soy un abogado peligroso. No sabes de lo que te estás librando. Ella se echó a reír.

—Buenas noches, Fredi.

—Buenas noches.

Colgaron el teléfono simultáneamente. Y simultáneamente, a tantos kilómetros de distancia, apagaron la luz. Aún vestido Fredi permaneció tumbado en la cama, a oscuras, con la cabeza levantada sobre la almohada. El resplandor del faro barría la habitación. Era un fantasma silencioso y exacto, obsesivo en su exactitud. Proyectaba en la pared la ondulación de las cortinas frente a la ventana entreabierta. La habitación respiraba al ritmo del brazo de luz. Aumentaba súbitamente de volumen y recogía al segundo sus sombras. Durante un buen rato Fredi se dejó llevar por aquella

fascinación. Luego salió de aquel estado hipnótico. Se levantó a oscuras, buscó el pijama a tientas y apenas se había metido entre las sábanas se durmió.

OceanofPDF.com

Tres

OceanofPDF.com

Cuando el sobrino de Toribia supo que había muerto el general González Byass sacrificó una de sus pequeñas gallinas negras de cresta de coral y la guisó con nabos, y echó nabos al cerdo albino que engordaba a oscuras en el chiquero, y celebró el acontecimiento, porque le perseguía la culpa de las dos mil trescientas botellas de coñac González Byass inútilmente vaciadas en busca de la fortuna oculta en el sorteo de la etiqueta, y para demostrarse a sí mismo que ninguna cadena le mantenía aferrado a las ilusiones y errores del pasado, a los postres de aquella misma comida se pasó al enemigo, es decir, a una marca de coñac de la competencia, y vació una botella de Álvaro Domecq. Hacía más de dos años que el sobrino de Toribia había dejado la bebida y la botella de Domecq surtió el efecto de una bomba. Su cabeza, tan dolorosamente oscura que en algunas ocasiones corría a arrojarse al cuello del cerdo en el chiquero, buscando en el abrazo con el cerdo el consuelo de algún sufrimiento compartido, alcanzó una suerte de iluminación. Sus tripas ardieron en el fuego de la crisis gástrica. Sus tímpanos zumbaron en un increíble salto de tensión arterial. Una alegría incontenible le rompía el pecho. Le faltaba el aire. Y antes de que la intoxicación le hiciera caer redondo al suelo se puso en pie, derribó la silla, empujó la fuente con los restos de la gallina y corrió al borde del acantilado enarbolando la botella vacía. Corría por el prado hacia el mar como si fuera a despegar buscando altura. Y allí hubiera ocurrido una irremediable desgracia si en el último instante, al borde del acantilado, junto al vacío, no le hubiera detenido la alegría de vivir o el instinto vital. Se detuvo y arrojó con furia la botella. El vidrio describió una curva en el firmamento y lanzó un destello. Era una trayectoria lenta jugando un instante en el aire con la ley de la gravedad. Había marea baja y el casco fue a estrellarse treinta metros más abajo en el pedral. El sobrino de Toribia se llevó entonces las manos a la boca formando bocina. Llenó de aire sus pulmones y lanzó un

grito inhumano que fue recibido por el guardián del faro y por quienes recogían percebe. El mar estaba de un azul plumizo con pequeños rizos blancos. El molinero, aliviado y jubiloso, sonrió al ancho mar. Cuatro hombres que andaban a la busca del percebe levantaron la vista y le amenazaron con el puño. La recogida del percebe en aquel pedral estaba prohibida. El casco se había estrellado a escasos metros de sus cabezas pero en el contraluz no supieron si la silueta que vociferaba en las alturas era la de un loco de la cofradía de pescadores o la de un guardia civil.

El sobrino de Toribia regresó a casa aliviado y con las manos hundidas en los bolsillos. En el camino le alcanzó la furgoneta de un viajante de electrodomésticos que tenía tienda en Linces. Era un hombre jovial, burlón, risueño. Los negocios le iban bien. Dominaba el comercio local de batidoras, hornos eléctricos y molinillos de café y se difundía en la comarca la reposición de viejos aspiradores. Puso la furgoneta a su altura, asomó el brazo por la ventanilla y dijo en verso.

—Nicolás, dónde vas.

El sobrino de Toribia volvió la cabeza y siguió caminando por la cuneta. Iba feliz, vencido el demonio del alcohol pero con la tibia digestión del coñac en el cuerpo.

—Tu puta madre —dijo sin detenerse.

Horas después el viajante de electrodomésticos se cruzó con Toribia en el pueblo. Paró la furgoneta junto al borde de la acera y asomó la cabeza por la ventanilla.

—He visto a tu sobrino por el camino de Luces arrastrando los pies por la cuneta, con las manos hundidas en los bolsillos y cara de idiota.

—Tu puta madre —dijo Toribia sin inmutarse.

El viajante de electrodomésticos no se dio por ofendido. Arrancó la furgoneta y se encogió de hombros.

—Eso mismo ha dicho él.

El hijo del jardinero despertaba por las mañanas cuando nadie aún había despertado en su casa, cuando su madre dormía y cuando su padre dormía y roncaba vuelto contra la pared, justo en la habitación contigua de donde

dormía el muchacho. A través del tabique oía los ronquidos de su padre, y en sueños era como dormir junto al émbolo de una caldera de vapor. Al despertar en la humedad del cuarto se rompía aquel hechizo y los ronquidos daban la hora, es decir, que el muchacho ya sabía cómo roncaba su padre poco antes del amanecer. Roncaba a velocidad de crucero, no eran los ronquidos irregulares y espesos de la borrachera nocturna. Roncaba como un buen padre debe roncar. Venía la luz a las cortinas de la ventana mientras del otro lado del tabique roncaba un buen padre y dormía su madre. El muchacho permanecía inmóvil y aterido entre las sábanas mientras la claridad crecía y en la pared se iban dibujando como en un conjuro cartográfico las manchas de humedad.

Era el primero en levantarse, antes aún de que en casa hubiera las primeras voces y las primeras discusiones. No iba a la escuela. Ya no iba a la escuela, y alguien hubiera dicho que por ser un muchacho demasiado inteligente ya no necesitaba ir a la escuela, y otros hubieran dicho por la razón contraria que sería una pérdida de tiempo que siguiera calentando un banco en la escuela, y de todos modos el muchacho se encontraba en edad de buscar trabajo o de aprender un oficio, si es que según los unos alcanzaba para tanto, y si es que según los otros le sobraba para ser abogado o ingeniero, las opiniones se dividían, aunque en presencia de su padre el jardinero nadie se atrevía a opinar. El muchacho desayunaba solo. Minucioso como un relojero sabía prepararse un café con leche y desmenuzaba galletas en el tazón con el oído alerta para cuando sonara la sirena de la subasta de pescado, y quienes lo veían allí, merodeando entre las cajas de calamar y sardina, examinando en primera fila el blindaje de los centollos, discurriendo entre la agonía de los pescados de altura, atento a las voces y a las cifras de la puja, pensaban que al muchacho le gustaban los negocios, pero al muchacho le gustaban las cosas del mar. ¿Qué quería? Eso le preguntaba su padre, acostumbrado a roncar contra la pared y a sentir que hablaba con la pared cuando se dirigía a su hijo y este le contemplaba con la misma expresión blanca del encalado del tabique, sumido en lo más profundo de sus pensamientos y de sus intenciones, cualesquiera que estas fueran y supuesto que el muchacho tuviera intenciones. Había quienes daban la razón a quienes veían en el chico un genio silencioso contra

quienes únicamente adivinaban bajo el silencio un caso de patología psicológica o de debilidad mental. Quienes le habían oído silbar sabían que tenía un sentido melodioso, pero no se puede deducir la inteligencia de las personas solo con haberlas oído silbar. Y por lo tanto, como no era posible saber a ciencia cierta lo que valía aquel chico, o si valía algo en absoluto, su padre le dejaba deambular a sus anchas a lo largo del día como quien ha criado en casa un animal inofensivo, aunque extraño, no dócil, aunque sufrido, capaz de aguantar unos correazos con la hebilla las tardes de mala leche y peor uva, las tardes de frustración. El muchacho temía a su padre en todas las circunstancias menos cuando le oía roncar por las mañanas como un buen padre del otro lado del tabique. Y en crisis de arrepentimiento el padre a su vez aseguraba en el bar a quien quería oírle, mientras se llevaba la mano a la hebilla del cinturón, que aquellos que pensaban que su hijo era un disminuido andaban equivocados, y alguna vez el muchacho daría una sorpresa, y acaso llegara a ser alcalde como pronosticaba el doctor.

El muchacho terminó de desayunar y salió de casa antes de que se levantara nadie. Echó a andar hacia el puerto pero cambió de opinión y salió a la carretera, a la encrucijada donde aún brillaban en el amanecer las luces de neón del Club Oasis, las luces amarillas, verdes y rojas de un rótulo pálido y una palmera desproporcionada, las luces que aún parpadeaban y que permanecerían encendidas todo el día, salvo dos horas a la media tarde, porque salvo esas dos horas el Club Oasis no cerraba jamás. En la misma encrucijada tenía su taller el marmolista. Era un galpón adosado a un chalet de una planta con un jardín donde se apilaban las losas de piedra cortada y los bloques aún por cortar. Los árboles a su alrededor aparecían cubiertos de un polvo finísimo que iba haciéndose más tenue hasta desaparecer en un radio de cincuenta metros. Delante del taller estaba estacionado un camión con el remolque cargado de grandes losas de mármol, como un libro sin encuadernar. El chófer dormía en el Club Oasis o en la cabina del camión. El hijo del jardinero sabía perfectamente que detrás de las puertas blindadas del Oasis había mujeres, y no mujeres corrientes de las que vociferaban levantando los brazos o descargando cajas de pescado en la subasta, sino mujeres negras, blancas y de todo color, y todas ellas putas, y no había que juzgar la inteligencia del muchacho para

darse cuenta de que sabía de lo que se trataba, y porque lo sabía estaba allí. Conocía a alguna de aquellas mujeres multicolores, y aunque nunca había podido meter las narices en sus asuntos, en una ocasión le habían regalado un refresco por entre los barrotes de una ventana, y en otra ocasión había asistido a una pelea donde dos de ellas se deshicieron el peinado a manotazos delante del establecimiento, y cualquier día, como aquella misma mañana, podía asistir a la ceremonia del cubo de la basura, es decir, dos mujeres sacando a la puerta un enorme cubo de la basura, lo que permitía que el muchacho, acercándose a una distancia peligrosa, a la corta distancia que hubiera facilitado a cualquiera de aquellas mujeres arrastrarle por la oreja, pudiera percibir no solo el agrio olor de la basura sino también el aliento indescriptible que emanaba por la puerta abierta del local, un perfume sudoroso y grato, tibio, alcoholizado y lujurioso, el aliento de las muchas putas y los muchos camioneros que se suponía estaban encerrados allí. Y en aquel momento, cuando ni remotamente podía ser la hora del desayuno en aquella casa sin horas, el muchacho suponía que camioneros y putas dormían enlazados, o jadeaban enlazados en lechos de terciopelo rojo de varias hectáreas de colchón, maculados de flores de almidón y baba, entre búcaros de flores y restos de cena fría. Así era. O no era. Y lo mismo podía suceder en la intimidad de los camiones estacionados delante del Club Oasis, porque el muchacho había averiguado que alguno de aquellos hombres que transportaban pesadas cargas de hierro y piedra de Avilés a Bilbao o de Santander a Vigo preferían compartir con las mujeres el duro confort y la viril sexualidad de la cabina del camión al lujo oriental de las habitaciones del Oasis, como héroes navegantes que besan a la puta en la playa bajo el signo del Zodiaco y se van.

Iban a ser las ocho de la mañana según las apariencias y el instinto. El muchacho saltó la pequeña tapia del taller del marmolista y cruzó el jardín polvoriento entre bloques de mármol y losas de granito. Dentro de un galpón con cubierta de chapa dormían las máquinas de cortar la piedra. Una grúa herrumbrosa montada sobre un puente de raíles transportaba los bloques al taller. El muchacho pasó bajo las cadenas. Esperó unos instantes aferrándose con las manos al gancho frío de la grúa que apenas osciló.

Luego cruzó la otra mitad del jardín, volvió a saltar la tapia y llegó a las traseras del Oasis.

Desde allí se descubría en lo alto el armazón que mantenía el rótulo y el penacho metálico de la palmera visto del revés. De una ventana salía una lengua de humo que había ensuciado la fachada y otra ventana había sido clausurada con una chapa y dos tablones, y lo cierto es que la gente recordaba y el muchacho había oído hablar del incendio del Oasis, una falsa alarma, una estufa mal encendida, o lo que fuera, pero más de quince personas se habían encontrado en bata y calzoncillos gesticulando delante del Club a las cuatro de la madrugada, mientras un torbellino de humo envolvía el rótulo luminoso y el aire se llenaba con olor a chamusquina y caucho quemado. Dos hombres habían apagado el incendio con el extintor de sus camiones, dos hombres con gran presencia de ánimo y en paños menores, y el Club había proseguido sus actividades sin más apercebimientos que un borrón en la fachada trasera y una visita y cuatro copas de cumplido de la policía local. Durante quince días habían corrido comentarios asombrosos sobre putas en cueros con el cabello en llamas y hombres con el vientre renegrido y las partes abrasadas pero nada de eso era verdad. A las ocho de la mañana el Club Oasis dormía. A las ocho y media abría el taller del marmolista y se comenzaba a trabajar. Era fácil imaginar la voluptuosa fatiga del Oasis, su desidia, su tupida y espesa indolencia de whisky de garrafón, al comprobar que nada en aquel búnker del placer se movía cuando lanzaban su primer insoportable chirrido las máquinas del taller. Nadie podía soportar aquel ruido, nadie podía soportar aquella estridencia acidulada que hacía rechinar los dientes y llevaba vinagre a las encías, nadie podía soportarlo salvo que trabajara con el casco insonorizado de los empleados del marmolista y mal se imaginaba nadie a las putas realizando su trabajo con aquellos cascos. El rótulo luminoso del Club Oasis no alteraba su ritmo de parpadeo. El aire desgarrado al contacto del disco de metal sobre la piedra añadía una insostenible violencia al rosa, verde y amarillo de los colores del rótulo y al sueño erótico de la palmera de neón en la pálida luz de la mañana. Un hombre salió de un camión para orinar junto a las ruedas de su remolque. El hijo del jardinero permaneció agazapado a dos pasos de él sin ser visto. Luego, cuando el hombre regresó

a su cabina abrochándose la bragueta con los ojos levantados a la claridad del cielo, el muchacho salió de su refugio para situarse junto a la puerta de servicio del Club. En el taller las máquinas lanzaban largos alaridos cortando el mármol y gemían puliendo el granito. El hombre del camión asomó la cara por la ventanilla y empezó a afeitarse en el espejo retrovisor. Pasaron quince minutos antes de que se abriera la puerta blindada del Club Oasis y dos mujeres sacaran el cubo de la basura con los desperdicios nocturnos de botellas vacías, servilletas de papel, serrín y alguna flor de plástico. Lo arrastraron sin gran esfuerzo y bostezaron ostentosamente llevándose la mano a la boca, descubriendo el sobaco sin vello, antes de abrir de verdad los ojos con resignación. El muchacho se hallaba tan cerca que hubieran podido rozarle estirando el brazo.

Para ellas el muchacho no existía porque eran animales de luz eléctrica y música ambiental. Para ellas era invisible, protegido por la estridencia de las sierras del marmolista y por la pantalla de la vida exterior. La primera era una puta pelirroja, de rostro escurrido y aspecto de haber dormido con diez directivos del Sindicato de Transportes por Carretera. Llevaba puesta una camisa de tenis sin mangas, de color amarillo, y unos pantalones del mismo color. La segunda era una puta negra, del color de las tostadas con mantequilla, con el rostro algo pringoso por el maquillaje de la noche anterior. Era bella y exótica, de labios abultados, violáceos y rugosos, algo más oscuros que la piel. Llevaba una falda estampada y un chaleco con botones de carey cubriéndole los pechos. La primera mujer dejó el cubo de la basura y se ajustó el tirante de la camiseta sobre el hombro. Al momento volvió la espalda al mundo y desapareció en el interior de la casa. La negra bostezó de nuevo. Después de cerrar la boca con un ruido pulposo descubrió al muchacho.

—¿Qué haces ahí?

El chico permaneció mudo. La negra pensó que venía por el cubo de la basura.

—Si buscas al cabrón de tu padre no está en el cubo de la basura.

—No.

—¿Entonces qué buscas? ¿Vienes a ver a las amigas?

El muchacho imaginó la tijera de las nalgas debajo del vestido. La sierra del marmolista se hizo más intensa y sintió ganas de orinar. Sabía que iba a ocurrir así porque había desayunado café con leche y no había orinado, y la presencia de la puta le hinchaba la vejiga y las partes, y todo el calor del cuerpo se le iba a la entrepierna mirando aquellos labios de neumático de tractor. El hombre que se afeitaba en la cabina del camión lanzó una voz. Tenía media cara cubierta de espuma y la otra media relucía al sol de la mañana.

—Negra —gritó con una gran sonrisa.

—Tu puta madre —gritó la negra.

—Nikili-kili-pipili-pipili —respondió el hombre poniendo los labios en forma de culo de gallina.

Luego lanzó una risotada obscena. La negra desapareció en el Oasis y echó el cerrojo a la puerta blindada. Al hijo del jardinero se le relajaron los músculos. Esperó unos instantes junto a la puerta y buscó la manera de alejarse de allí entre el laberinto de los camiones estacionados. Llegó al bosquecillo de matorrales polvorientos. En vez de saltar la tapia se dispuso a rodear el taller. El marmolista paró un minuto la sierra y se quitó el casco.

—Zorrilla, si te ve tu padre alrededor de la casa de putas te corta los huevos con las podaderas.

El muchacho calculó que serían las nueve de la mañana y se alejó hacia la playa con las manos hundidas en los bolsillos. A nadie se le podía ocurrir que caminaba con los oídos cargados de estridencias y que sus ojos veían sangre ante sus pies. Todo su espíritu se ahogaba en el despecho, y aunque nadie podía verlo, ni saberlo, ni sospecharlo, hubiera rajado el vientre a una merluza de un solo tajo con su navaja de pescador, y se hubiera arrojado la guirnalda de las tripas alrededor del cuello, y se hubiera puesto a bailar como un niño salvaje. Tan violenta era su furia que jadeaba pero al llegar al puerto se sintió más sosegado. Allí estaban las grandes mujeres de nalgas de caballo y pechos generosos, embutidas en delantales de hule amarillo y botas de caucho.

—Zorrilla, parece que te has orinado.

—Deja en paz al muchacho.

—¿Has visto cómo tiene los pantalones?

Ayudó a cargar una carretilla de pescado y recogió una propina. A media mañana el muchacho se marchó. Salió de allí con la nariz al viento buscando rumbo.

La viuda del general Goitia fue a media mañana al taller del marmolista a encargar el monumento fúnebre para la tumba del general y el jefe del taller la recibió con muchas deferencias. Mandó parar las máquinas y salió a su encuentro con el casco debajo del brazo. Ana Rosa se acercó sorteando los bloques de piedra y las losas sin desbastar. Llevaba un vestido azul oscuro y un pañuelo de lunares amarillos. Debajo del sobaco apretaba un diminuto bolso negro. Escondía los ojos detrás de unas enormes gafas de cristales ahumados. El jefe del taller le enseñó piedras con gesto presumido, como un sastre que enseña retales. Ana Rosa dudó. Paseó la mirada a su alrededor abarcando aquel ámbito polvoriento. Luego volvió a las muestras que le presentaba el marmolista. Se levantó las gafas por encima de las cejas y escogió un granito negro salpicado de espejuelos de mica y plomo. No quería nada ostentoso. El general había dejado escrito que sobre su tumba se pusiera simplemente una losa y una cruz, y una inscripción que dijera *In hoc signo vinces*, en bronce, más o menos, *In hoc signo...*, etcétera, muy propio de un general, repitió el marmolista habituado a leer el latín de los epitafios, no más o menos, en bronce, insistió Ana Rosa, y mientras el marmolista humedecía en los labios la punta del lapicero para tomar nota del pedido en su cuaderno anillado, Ana Rosa tuvo la coquetería de sonreír ante aquellas toneladas de piedra que la rodeaban. Su traje azul destacaba entre los bloques sin desbastar como el plumaje de un pájaro exótico. Saludó con una inclinación de cabeza a los operarios que esperaban al pie de las máquinas silenciosas. Y cuando el jefe del taller cerró el cuaderno ella le ofreció su mano para despedirse, y el hombre la recibió entre sus manos callosas, avergonzado de que fueran callosas y de un dedo que le faltaba. Ella se alejó del taller y se rompió el paréntesis mágico. El aire se desgarró dolorosamente cuando las máquinas volvieron a funcionar.

El abogado se despertó en la habitación del hotel a las diez de la mañana y por primera vez en dos días su cuerpo no se hallaba indispu-

Los dos días anteriores habían sido un incesante y precipitado calvario entre la cama y el cuarto de baño. Algo le había sentado mal en la cena con el doctor Castro en Casa Garrafones, el mejor restaurante del norte de España, pensaba con amargura. No pudo ser el besugo, ni el vino de la cena. Quizá fuera el queso del postre, un queso donde latía una suerte de vida azul y microscópica que pudo causar estragos en sus intestinos. Quizá fueron los caracoles del aperitivo, o el fulminante veneno de algún mejillón. Poco le importaba averiguarlo. Durante dos días le había atormentado un hervor en las tripas que le había mantenido postrado, salvo cuando la urgencia le llevaba a evacuar una interminable diarrea apestosa. Había perdido peso y probablemente se había deshidratado. En todo caso había perdido color. El primer día lo pasó totalmente en ayunas. El segundo día desayunó una manzanilla y a mediodía pidió que le subieran un caldo de gallina que se tomó en la cama con gesto doliente. Por fin, aquella mañana, después de una noche de tregua, sintió que la guerra de sus tripas había concluido. Sus intestinos se recuperaban de la catástrofe con un leve gorgoteo. Pedían algún alimento sólido y prudente y el abogado se decidió a levantarse y bajar a desayunar.

El día anterior había recibido una llamada telefónica de Miguel Goitia interesándose por sus negocios. El momento había sido clave. El timbre había sonado entre dos agotadores viajes al cuarto de baño. Miguel Goitia quería noticias frescas de las gestiones realizadas y esperaba fulgurantes resultados. El abogado tuvo que confesar que no habían existido tales gestiones. De su cuerpo brotó una voz extenuada.

—Me encuentro enfermo.

—¿Enfermo? ¿Tengo a un abogado enfermo ocupándose de mis negocios?

Fredi Gavilán hizo un esfuerzo para precisar lo lamentable de su estado. Balbuceó una explicación sobre la cena en Casa Garrafones y una posible intoxicación.

—Creo que fue un bígaro —dijo con un hilo de voz.

—¿Un bígaro?

—Es una especie de caracolillo.

—¿Caracolillos? ¿Me estás explicando que los bígaros son una especie de caracolillos? Escucha, Fredi. He tomado bígaros de aperitivo durante toda mi vida y jamás, me oyes, jamás he estado enfermo —tronó el sobrino del general con una voz rebosante de buena salud—. Conozco kilómetros de barras de bar donde se sirven bígaros y jamás he oído hablar de nadie que haya estado enfermo. ¿Me quieres decir de dónde vienen las enfermedades? ¿Me quieres decir de dónde vienen? De la cabeza. De los nervios. O sea que no echas la culpa a los bígaros.

—Puede que fuera otra cosa —insinuó débilmente el abogado.

—No me importa. Me da igual. Es duro decírtelo, Fredi, pero no me importa.

El abogado suspiró. Le dolía la cabeza y sentía los ojos calenturientos. El sobrino del general prosiguió implacable.

—Lo que sucede es que tú no quieres ir a ver a esa bruja que está usurpando mi herencia, y te comprendo, porque es una bruja, y eso es lo que te altera a ti los nervios. Pero ese es tu trabajo, Fredi. Esa es tu obligación. Yo no estoy pagando a un abogado delicado de salud para que se tome unas semanas de reposo en un balneario.

—Pienso ir a verla en cuanto se me corte la diarrea —aseguró el abogado.

—Diarrea...

—Mientras tanto estudio los recursos legales.

Miguel Goitia asumió la situación.

—Supongo que te encierras a estudiar en el retrete —se burló—. Vamos a dejarlo ahí. Yo espero resultados. Y no echas la culpa a los bígaros, pobres animalitos. Súbete los pantalones, apriétate el cinturón y vete como un hombre a ver lo que quiere esa reina de copas. Ya sabes que bebe ¿no?

—No sabía.

—O se droga. Qué sé yo. Vete a verla y liquida lo que tenga derecho. Y si no tiene derecho a nada, mejor.

Miguel Goitia siguió distribuyendo consejos y reproches. No tenía otra cosa que hacer. El abogado le escuchó con paciencia, postrado en la cama, lívido. Cuando por fin pudo colgar el teléfono respiró aliviado. Hablar con Miguel Goitia le irritaba profundamente. Era un combate de boxeo. Se veía

atrapado entre las cuerdas sin poder escapar. Recibía una lluvia de insolencias sin devolver una sola bofetada. Era un cobarde, lo sabía, y no podía dejar de reprochárselo a sí mismo. Era un abogado medroso y derrotado, a la merced de una bacteria intestinal. El triunfante Goitia era distinto. Miguel Goitia era un ocioso rentista injustamente lozano, cuyos negocios consistían en echar una ojeada por las mañanas a la cotización de cuatro o cinco sólidos paquetes de acciones, y según fueran al alza considerarse por encima de la inteligencia de los demás mortales, y si fueran a la baja sospechar en su entorno un complot de la humanidad. Él era el abogado. Su negocio era aquel, es decir, encontrarse debilitado y pálido en la habitación de un hotel desocupado, proyectando medidas de desposesión y desahucio, defendiendo los intereses de una foca bursátil, aguantando a quinientos kilómetros de distancia sus improperios mientras en el horizonte se cernía la galerna otoñal. Sintió que las tripas le amenazaban con un nuevo ataque. Fue una falsa alarma. Las tripas aflojaron su presión. Supo que no tendría que encerrarse a pelear una vez más con el ángel de los excrementos, en la burla del libro de Job.

Al cabo de un rato llamó a su mujer. No había hablado con ella desde hacía dos días. La voz dulce de Margarita fue bálsamo para sus oídos. Respondió con ternura.

—He pasado cuarenta y ocho horas con un pie en la tumba y el otro en el retrete. Ha sido espantoso.

—¿Qué te pasó?

—Me sentó mal algo que cené hace dos días. Creo que fue un queso azul que soltaron a los postres —dijo con la sensación de que Goitia le escuchaba—. Los bígaros desde luego no fueron.

—Ya sabes que no puedes tomar quesos fuertes —dijo ella—. El único queso que te sienta bien es el queso de Mahón.

El abogado sonrió. Habían pasado la luna de miel en Mahón hacía dos años. Excelente queso, sí señor. El Norte era distinto.

—Esta tierra tiene quesos terribles. Apocalípticos.

—¿Has tomado Cicuntridén-12? —preguntó ella como si mencionara un nuevo tipo de armamento.

—Eh... no. Creo que no.

—Pues tienes que tomar Cicuntridén. O Varialgicina Ypartil, que lo hay en cápsulas, de la que tiene paracelmolato. Eso te quita la diarrea en un santiamén. Y mucha vitamina C.

Tenía ciega confianza en los laboratorios farmacéuticos.

—Esta mañana estoy mucho mejor. Creo que por esta vez me han indultado.

—De todos modos lleva la Varialgicina en el bolsillo. Te puede ocurrir lo peor.

—No saldré sin ello —respondió Fredi emocionado delante de tanta solicitud.

Se despidieron con cariño. El abogado no quería pensar que la confianza le venía de oír hablar a su mujer. Se levantó de la cama con el ánimo más melancólico y más sano. En vez de pedir que le subieran el desayuno decidió bajar al comedor.

En pocos días se había familiarizado con los interminables corredores de puertas cerradas y los salones inopinados que se abrían en cualquier recodo como cámaras de reposo para los fantasmas. Veía pasar a veces entre dos cortinas a una camarera llevando una brazada de ropa blanca, y no era una camarera sino el ánima en pena de una camarera condenada a deambular eternamente por el balneario con su brazada de sábanas. El ascensor subía de los infiernos. La sala de billar era un desierto de grandes mesas blancas, mesas de juego cubiertas de largos sudarios para que pasaran el invierno. En un gabinete se exhibía una vitrina con pitilleras de plata y pistolas de duelo. Jamás hubiera pensado que aquel lugar hubiera sido propio en otros tiempos para curarse la gota o la neurosis, y para solventar en el parque duelos de amores entre neuróticos y gotosos, y para recibir familias numerosas de la aristocracia rural cuyo primogénito ya fumaba, y palidecía, y acababa dejando la pitillera en prenda en alguna apuesta de billar. El comedor desierto aparecía sumergido en la luz blanca de una pecera. Le esperaba el director.

—Me alegro de que se haya decidido a bajar. Es muy triste tener un solo huésped y que el hotel parezca vacío. Es preferible tenerlo vacío.

Consultó el reloj como si cronometrara la ejecución de una sentencia.

—De todos modos solo falta una semana para cerrar.

Era un hombre cortés, de ojos rasgados y astutos, con cierta autoridad en los gestos, palabras medidas y acento de quien sabe hablar francés. Conocía lo que su cliente hacía allí. Sabía a lo que había venido el abogado en aquel septiembre. No solo a contemplar los primeros chaparrones y cultivar una infección gástrica, no solo a pasearse con las manos en los bolsillos entre las mesas de billar ensabanadas y examinar el palmarés de fotografías, y descubrir frunciendo el entrecejo a una jovencita acompañando a un general, el general con el taco de billar en la mano, en posición de firmes, y la muchachita muy veraniega colgada de su brazo, la cabeza ligeramente ladeada, los ojos ocultos en la media luna de sombra de la pámela, la sonrisa reducida a un punto que estallaba en el blanco y negro de la fotografía como una irresistible incitación al crimen y a la fractura del cristal. Eran los dos, el general y ella. Era ella, cuando todavía no era morfinómana, o ya lo era, quién sabe, cuando frecuentaba los billares del balneario aferrada al militar como a un insecto blindado, cuando los poetas de Madrid le dedicaban sus mejores versos, aquellos versos de bebidas, éter y azul correspondido de una confidencial *Trilogía de la ducha* que el doctor había citado y que el abogado, en un increíble alarde de memoria, había logrado retener. Y nunca hubiera podido imaginar el abogado, tan tierno con Margarita, tan conmovido por sus consejos farmacéuticos, tan blandos sus sentimientos como el queso de Mahón, que iba a sentirse fascinado por otra mujer. Pero a quién se lo hubiera podido contar, a quién le hubiera podido contar que una vez cumplidas sus obligaciones con Goitia y con Margarita, una vez pasado el rito del teléfono, la prueba del impropio y la prueba del cariño conyugal, su espíritu quedaba libre para enfrentarse con la viuda. El propio director del hotel había logrado pulsar la cuerda sensible. Aquel hombre delgado y astuto comprendía lo que era la soledad de un balneario y la responsabilidad de los sentimientos. Le instaló en el amplio comedor vacío y permaneció a su lado acomodando el servicio del desayuno.

—Llamó la señorita Ana Rosa —explicó con un titubeo.

—¿No me pasaron la llamada a la habitación?

—Sí lo hicieron. Estaba usted ocupado —añadió algo sarcástico—. ¿Se encuentra usted mejor esta mañana?

—Mucho mejor.

Se acercó un camarero con la cafetera y la jarrita de leche. Llenó la taza y regresó con pan tierno y mantequilla. El director siguió sus movimientos con ojos escrupulosos. Cuando el camarero se alejó el director transmitió el segundo recado. Aquel iba a ser un día importante. El abogado suponía que aquel iba a ser un día importante, pero su imaginación no lograba alcanzar hasta qué punto iba a ser un día catastrófico, porque ni la imaginación, ni las citas concertadas logran predecir la magnitud de los seísmos. Se sirvió el desayuno con calma. Aún se sentía débil. A través de los ventanales del comedor el jardín aparecía húmedo y musgoso. La propia debilidad física le daba un sentimiento de melancolía difícil de precisar.

—La señora dejó una cita para usted a las cinco de la tarde. Supone que no tendrá inconveniente en ir a esa hora.

—Ningún inconveniente —dijo el abogado.

—¿Puedo sentarme a la mesa con usted?

El abogado detuvo un momento la industriosa aplicación de mantequilla sobre el pan tierno y levantó los ojos hacia su interlocutor. El director sonreía esperando una respuesta. Su acento era francés pero sus ojos eran británicos. Azules, aguados, inexpresivos, solicitaban permiso sin traicionar su reserva de mayordomo de mansión aristocrática.

—¿Desea usted café? —preguntó Fredi algo sorprendido.

—Gracias, he desayunado al empezar el servicio —dijo el director ocupando una silla—. En realidad tengo que hacerle una confidencia, una sola. ¿Se pueden hacer confidencias a un abogado?

—Precisamente.

—Eso suponía. Se trata de la señorita Camp, de la viuda del general Goitia, como usted quiera llamarla.

—Podríamos llamarla Ana Rosa —dijo el abogado recordando la fotografía de la jovencita con pámela en el salón de billar.

El gerente sonrió.

—Como usted guste. La señora ha hablado conmigo. La telefonista me pasó la llamada.

—¿Y bien?

—No hay nada tan penoso como participar en un asunto ajeno, y este es un asunto ajeno. Ajeno a mis funciones, claro está. La señora deseaba invitarle a cenar y yo pensé en sus intestinos. Me permití declinar la invitación.

—Ha hecho usted bien —dijo el abogado engullendo el pan con mantequilla.

Lo cierto es que delante de aquel desayuno se encontraba mucho mejor. El estómago respondía con ganas. Por otro lado la compañía de aquel hombre prudente y triste le producía un ligero alborozo. Le animó a que siguiera hablando y el director se inclinó hacia delante en actitud conspiratoria.

—Y hay algo más. Muchos deseamos que hubiera algo más. Todo en este lugar nos concierne. ¿Ha vivido usted en algún pueblo pequeño?

—Nunca.

—Pues este es un pueblo pequeño. Y este es un gran hotel para un pueblo tan pequeño —dijo señalando con un amplio gesto de la mano el comedor vacío—. Lo digo sin amargura. Yo no soy un superviviente. Pero todos estaríamos mucho más satisfechos si después de arreglar sus asuntos la señorita Ana Rosa abandonara el pueblo. Es la opinión de mucha gente. Yo opino como mucha gente.

—¿Y por qué me lo dice usted a mí?

—Si es usted abogado, usted puede hacer que las cosas vayan de ese modo.

—¿De qué modo?

—Persuadiendo a la señorita Camp de que este no es su lugar.

—¿Nadie se lo ha dicho a ella hasta ahora?

El director cerró los ojos un instante y los abrió con un cauto brillo de acero. Se encogió de hombros. Nadie se lo había dicho a ella, pensó el abogado, nadie se lo había dicho en vida del general, y esas cosas se resuelven en los pueblos asesinando al perro de la casa, y luego al gato, y arrojando piedras al tejado, y sembrando sal y arrojando gatos muertos al jardín, y evidentemente todavía era demasiado pronto y no se había llegado a eso. Así era la gente del Norte, pensó. Pero no, así era la gente de los cuatro puntos cardinales. ¿Quién sabía que Ana Rosa Camp era el *ángel*

azul de la *Trilogía de la ducha* quienquiera que fuera el autor? ¿Quién salvo el doctor? ¿Y eso a quién le importaba? El abogado fingió indiferencia y se volvió hacia el director del hotel. Se había anudado la servilleta por detrás de las orejas y aunque creía ser un abogado sereno y serio tenía aspecto de conejito con los labios manchados de café.

—Mire usted...

—Vicente Torres.

—Mire usted, señor Torres. No le quiero ocultar que mi labor aquí es conseguir que Ana Rosa Camp desaloje la casa que legalmente pertenece al sobrino del general Goitia, y conseguir que queden intactas las cuentas bancarias, y rastrear otros bienes y otras cuentas, y todo eso en el plazo más breve posible. No se lo quiero ocultar porque es algo que se espera y se sabe en la Plaza Mayor. Pero dígame usted, ¿por qué quieren en la Plaza Mayor que Ana Rosa se vaya de Linces?

El director del hotel empezó a divulgar horrores con un murmullo. Era muy sencillo. Brotaban de sus labios los horrores con toda naturalidad. Se hacía portavoz del círculo de artesanos, de la cofradía de pescadores, de las mujeres de la rula, del Bar el Farol, de los paisanos del concejo, de la parroquia entera, no del párroco, a quien la mujer untaba la negra pata para alcanzar su complicidad. Nadie podía degradar más su cuerpo con el alcohol y las drogas y enseñarlo con mayor provocación, aunque por respeto al general nadie tampoco se atreviera a escupir en el suelo a su paso, pero podía esperarse, una vez muerto el héroe, o el carnicero, lo mismo daba, una vez muerto el anciano que inspiraba temor podía esperarse una hecatombe de muchachos sacrificados por darle muerte a ella, o de muchachos que iban a acabar en sus brazos inyectándose basura en las venas por complacerla a ella, ese era el temor. Y más aún crecería la tensión si las deudas se acumulaban, o si la mujer pleiteaba, o si se atrincheraba en el ningún derecho que tenía, pero que siendo como era podía creer tener. El director del hotel parecía haberse olvidado de la jovencita de la pamelita que sonreía en la fotografía de la sala de billar. Había cruzado los dedos de las manos formando una piña y estrujaba allí un limón imaginario, hasta el punto de que le blanqueaban los nudillos.

—¿Y si decide quedarse aquí?

El director del hotel levantó los ojos al cielo raso.

—¿Y si decide instalarse en el hotel? —repitió el abogado—. ¿Hay alguna ley que lo impida?

El director argumentó rápidamente que bien sabía el abogado que el hotel cerraba fuera de temporada. Y no había leyes que impidieran a la gente frecuentar los balnearios, antes al contrario, había leyes de higiene y salud que incitaban a ello, pero también había en el gremio de la hostelería lo que se conocía bajo el nombre de derecho de admisión. No cabía la más mínima duda de que para la dirección de aquel establecimiento, tanto como para la empresa, Ana Rosa Camp sería persona *non grata*. ¿De qué servían los tiempos gloriosos de los campeonatos de ping-pong y billar? De nada. Estrictamente de nada. ¿Podía una morfinómana buscar la salud en un manantial de aguas científicamente recomendadas para la gota? No, rotundamente no. Una morfinómana debe buscar la salud en Suiza, donde el director del hotel estaba lo suficientemente informado para saber que existían clínicas especializadas, y el abogado agachó la cabeza, porque en ello coincidía con el doctor.

—No dispondrá de medios.

—Quién sabe. ¿Está usted seguro?

—¿Y por qué cree usted que ella ha vivido treinta años con un general, diez de los cuales con un general senil incapaz de servirse del taco?

El director del hotel sospechó una intención obscena y se mostró cauto.

—No es seguro que el general no pudiera servirse del taco.

—Tiene usted razón. Pero lo importante no es eso. Lo importante es que pudiera servirse del talonario de cheques.

—¿Hay alguna posibilidad de que el talonario pase a sus manos?

El abogado meditó unos instantes sobre la rebanada de pan con mantequilla donde había quedado marcada la huella de su última dentellada. Se hallaba sometido a una cuestión que no le correspondía responder y en todo ello su papel no estaba claro. Ah, sin duda alguna aquellos tiempos del tenis, del ping-pong y del billar fueron tiempos coronados por la aureola de los veranos de gloria, y el abogado pensó que si Ana Rosa Camp tenía entonces dieciocho años, y el general cincuenta y ocho, él mismo tendría ocho, y en ningún caso le hubiera sido posible competir de haberle sido

otorgado frecuentar aquellos círculos. Habían pasado veinticinco años desde la fotografía del salón de billar a la situación actual. Le pareció que nunca lograría saber nada de aquella mujer. Nunca lograría traspasar la frontera de conocimiento que marcaban los versos recitados por el doctor. Su mirada se perdió en los ventanales y cuando advirtió que el director del hotel se impacientaba ya era demasiado tarde. Otra dentellada a la rebanada de pan le llenaba la boca y era de pésima educación responder y masticar.

—Usted comprenderá —dijo aquel hombre.

Lo cierto es que el abogado no comprendía. Guardó silencio. ¿Cuál era el sentido de la corrupción en un lugar donde sin duda los muchachos del taller local de motocicletas se ponían hasta las orejas de pastillas multicolores los fines de semana? ¿Dónde se hallaba el escándalo en aquel puerto de bonanza y de masturbación? ¿Cuál era el impacto de una bella mujer madura, ansiosa y derrotada, frente a la oferta cruda del cine de película semanal? El director del hotel repitió su comentario.

—Usted comprenderá porque es hombre de leyes.

Y repentinamente Fredi Gavilán se sintió indispuerto, pero no de las tripas. O también de las tripas. Poco importaba. Se volvió enojado hacia el director frunciendo el ceño, poniendo el gesto más canalla, aunque los nudos de la servilleta por detrás de las orejas acentuaban su expresión de conejito enfadado. Le brillaban los labios de mantequilla.

—¿Tengo yo cara de hombre de leyes?

Se percató de que era una definición que convenía perfectamente a un abogado y rectificó.

—¿Tengo yo cara de matón?

—No he querido decir eso.

—Porque solo un matón le dice a una mujer sola que haga las maletas y se vaya.

—Sería más propio aconsejarle una clínica de reposo —musitó el director.

—Me gusta el aire de Lince —exclamó el abogado alzando las narices en el comedor—. Me gusta el aire de Lince y es muy probable que también le guste a ella.

—No se discute que el aire de mar...

—¿Qué se discute?

—Con un cliente no se discute nunca.

—¿Me puede usted decir qué se discute?

El director irguió el busto. El abogado había alzado la voz y el camarero de plantón junto al buffet alzó una ceja. Parecía dispuesto a saltar para defender a su jefe. El abogado trató de mostrarse conciliador.

—Disculpe. Creo que tengo el estómago algo ácido y eso se nota en la conversación.

El director apartó la silla y se puso de pie. Muy correcto, glacial, pero con deseos de agradar, propuso que se olvidara todo lo mencionado. Faltaba una semana para el cierre del hotel y de ninguna manera su profesionalidad debía quedar en entredicho. ¿Los veranos de gloria? ¿Hacía treinta años? Interiormente, pero con la mayor cortesía, aquellos años le importaban una higa, harto de ver desfilar maletas, baúles y sombrereras, humillado por las nurses impertinentes y los perritos de compañía, cuando él era un modesto conserje que iniciaba su carrera y apenas empezaba a escalar los peldaños del universo de la hostelería a cuya cúpula del hotel Palace de Madrid jamás lograría llegar. De modo que no le mencionaran los veranos de gloria. Con las manos cruzadas en la espalda y en el presente del solitario comedor, propuso sus servicios al abogado advirtiéndolo por primera vez su aspecto conejil. El abogado refunfuñó una especie de agradecimiento.

—¿De verdad no necesita nada? —insistió el director.

—No, creo que no. En fin, sí. Necesito Cicuntridén-1 o Varialgicina Ypartil con paracelmolato —recitó Fredi de un tirón.

El director no perdió el aplomo.

—Veré lo que puedo hacer.

El abogado siguió desayunando sin aquel testigo. Al cabo se desanudó la servilleta y mientras terminaba el café vio pasar una silueta por el parque. Escudándose en los árboles y algo difuminado por el vaho de la mañana el hijo del jardinero se dirigía a las ruinas de los baños. Llevaba el zurrón al hombro y cuatro o cinco monedas en los bolsillos, por eso iba contento. Iba a cosechar cascotes a la escombrera. Pero ni el muchacho, que se coló como un hurón en la mina de la escombrera, ni el abogado que le contemplaba protegido por la cristalera del comedor, sospecharon lo importante que iba a

ser para ambos ese día, ni la catástrofe que se cernía sobre sus cabezas, y lo cierto es que nadie lo hubiera sospechado, porque ni siquiera los borrachos se creen capaces de profetizar el curso de los acontecimientos, por lo menos en Linces, por lo menos en aquel puerto de mar, y como muy bien argumentaba el jardinero en el bar con todo el énfasis del orgullo herido, si él hubiera sabido que iba a tener un hijo de aquellas características, en vez de darle una tunda de vez en cuando para corregirle cualquier mal hábito le hubiera estrangulado con el cinturón.

El abogado se limpió los labios con la servilleta y se levantó de la mesa del desayuno. Pensó que le convenía dar un paseo por el jardín y cruzó el comedor y el vestíbulo para salir por la puerta principal. Rodeó el edificio del hotel para llegar a la parte trasera, a lo que se daba en llamar el parque, donde unos minutos antes le había parecido ver al muchacho en el engañoso resplandor de la cristalera. Para el abogado todavía era la mañana. Para el muchacho el día había comenzado poco antes del amanecer. Todo se disolvía en el color gris del musgo. El abogado se dirigió al pabellón arruinado de los baños y allí encontró al muchacho acucillado entre los escombros, examinando con minuciosidad de relojero fragmentos de azulejo, antes de desecharlos o de juzgarlos dignos de decorar la barbacoa de su padre y meterlos al zurrón. El abogado se detuvo en el umbral de la puerta desvencijada y apoyó la mano en el quicio que ya enseñaba el hueso. El muchacho no le oyó. Luego un sexto sentido le advirtió de otra presencia y volvió la cabeza, todavía en cuclillas, con una esquirra de amatista en las manos y el ojo desconfiado. Y dicen que hubo entre ellos alguna complicidad, o algún gesto de simpatía, o que algo indefinido pasó entre ellos. A todo el mundo le parecía obvio que entre el abogado y el chaval se había establecido un flujo de cariño por causas desconocidas, no causas graves, no sospechas inmundas, ninguna de esas calumnias indecorosas por las que un padre hubiera debido ahorcar a su hijo o estrangularle desde la cuna, sino alguna clase de entendimiento mutuo allí en las ruinas, un interés compartido por los cascotes de azulejo o simplemente la sorpresa de verse allí por segunda vez. Lo cierto es que el muchacho se mostró receloso,

como era su carácter frente a los desconocidos, por si fueran vagabundos o rivales en aquel asunto de los escombros. Se incorporó lentamente y guardó el precioso triángulo color amatista en el zurrón. El abogado no se apartó para dejarle paso.

—¿Cómo te llamas?

—Zorrilla.

—¿Zorrilla? Ese no es un nombre.

—Zorrilla es mi nombre.

El abogado sonrió pero no franqueó el paso. El muchacho miró a su alrededor y se sintió acorralado. Aquel reducto no tenía más salida que el boquete de la puerta donde estaba el abogado.

—¿No me recuerdas?

El muchacho sabía perfectamente de quién se trataba pero no reveló su opinión. Era un hombre con quien ya se había tropezado. Merodeaba por allí. No por los cascotes, no por las esquirlas de azulejo. Vivía en el hotel ocupando prácticamente todas las habitaciones y se divertía acudiendo a las ruinas de los baños para atrapar vagabundos y casualmente para toparse con él. Le había visto en el pueblo y en casa del general Goitia, con los invitados nocturnos a la fiesta del funeral. Y le había visto en bicicleta camino del faro, resoplando en la subida, dejando el resuello en la cuesta, le había visto de espaldas en una bicicleta pero visto de frente en la misma bicicleta resultó no ser él, aunque persistía la idea de que le había visto de espaldas en una bicicleta. Era un abogado de Madrid y en esto su información era de una precisión absoluta. Pero no dijo nada. Era obvio que después de su alarde aquel hombre le dejaría pasar.

El abogado no se movió. El hijo del jardinero agachó la cabeza y pasó bajo su brazo. Luego, en vez de encaramarse sobre la tapia, rodeó la piscina colmada de cascotes. Un corrimiento de terreno, quizá la infiltración del primitivo manantial subterráneo, había producido una brecha en el muro. El hijo del jardinero se deslizó por aquella resquebrajadura y solo aguantando la respiración y dejando hilachas de la camisa logró salir. El abogado se acercó al lugar donde el muchacho había estado acucillado. Lo cierto es que sentía un afecto instintivo por aquel muchacho y sus ínfimos tesoros, y hubiera sido difícil explicar la categoría de su afecto. El abogado no tenía

hijos, aún no tenía hijos, o nunca tendría hijos, y de haberlos tenido hubiera sido hombre de enviarlos a las más cotizadas escuelas especiales para toda clase de limitaciones de la inteligencia, en vez de enderezarlos por el buen camino a, supuesto que de ese modo se consiga influir en el cociente intelectual. Y para aquellos para quienes el hijo del jardinero nunca tuvo limitaciones intelectuales sino antes al contrario, el afecto del abogado hubiera podido ser el acicate para conducirlo al instituto de Oviedo y quién sabe si a la Universidad. Eso es lo que el abogado hubiera hecho de haber sido el padre del muchacho, enviarlo a algún internado o institución especializada para que averiguaran lo que el chaval tenía dentro de la cabeza, mucho o poco, demasiado o demasiado poco, a que le examinaran con encefalogramas y le midieran de una vez por todas la cacerola, pero eso era algo que no se le podía reprochar al verdadero padre del muchacho, y ni siquiera se podía mencionar en su presencia por respetar su orgullo, tanto si el niño era un genio como si era un subnormal. Eso dividía al pueblo en dos parcialidades a espaldas claro está del jardinero, pero no era esa la situación del abogado, que lo ignoraba todo. Se dijo que había cobrado afecto al hijo del jardinero por la misma razón que el niño le había demostrado simpatía, y si aquello era turbio, indecente y bochornoso, y si las minas de los baños estaban pringadas de excrementos y de inscripciones obscenas, razón de más para no mencionarlo y para callarse en el bar.

El muchacho se alejó del balneario y se dirigió hacia el pueblo, poniendo buen cuidado en evitar la plaza y no pasar delante del bar, porque si su padre le veía no dejaría de salir para registrarle los bolsillos de los pantalones y confiscarle las doscientas cincuenta pesetas que llevaba. Advirtió la presencia de su padre y sus amigos detrás de los cristales sin ser visto y por la calle lateral salió a la carretera. De allí tomó el camino que subía a casa del doctor. Suponía con tino que el doctor podía necesitar algún recado y conseguir con la propina aumentar a trescientas cincuenta pesetas o a cuatrocientas pesetas el caudal que llevaba. Pero el doctor no estaba en casa. O si estaba se había encerrado en su consulta como solía hacerlo, con el zorro disecado, y la vitrina de bisturíes, y el angustioso olor a ácido fénico. Toribia vio llegar al muchacho y primero cerró la puerta de la despensa. Después salió a tender la ropa y pidió al muchacho que la

ayudara a llevar el barreño hasta el tendedero. De vuelta a la casa con el barreño vacío le ofreció un vaso de vino y unas pastas, pero nada en metálico, no una propina en dinero, porque aquello era contrario a su sentido de la realidad.

—No te cansarás —dijo sentándose a su lado en la mesa de la cocina, apoyando los fuertes antebrazos en la tabla—, no te cansarás de hacer el haragán todo el día, mientras la gente humilde lava y tiende y plancha la ropa ajena, no te cansarás.

El muchacho guardó silencio, aferrado al vaso de vino. No le gustaba el vino pero suponía que debía aferrarse a ello, porque la mesa era grande y la cocina siniestra. La tabla frotada con lejía mostraba el relieve natural de las estrías de la madera, suaves al tacto, agradables al tacto, conduciendo la yema de los dedos por el dibujo acanalado, una buena mesa con buenos bancos, y Toribia una mujer con buenos dientes, según los enseñaba sentado frente a él, y con buenas razones para hablar, porque aquella era su cocina.

—Bebe, bebe como un haragán —prosiguió la mujer mientras el muchacho se llevaba el vaso de vino a los labios con gesto de hombre y mordisqueaba la galleta con gesto de niño.

Toribia sonreía con dientes feroces y en el caso de una mujer tan primitiva aquella sonrisa demostraba una especie de instinto maternal. El zurrón del muchacho estaba en el banco, a su lado, y lo abrió. Examinó con ojos interesados la media docena de fragmentos de azulejo que el muchacho había recogido aquella mañana. Probablemente tenían algún valor. Pero no sabía qué valor podían tener, ni lograba desentrañarlo. Alzó la mirada escudriñando los ojos del muchacho por si su expresión revelaba algo. Volvió luego a los azulejos y dándose por vencida los guardó de nuevo en el zurrón.

—Borrachos y haraganes, desde pequeños os gusta el vino y haraganear por ahí recogiendo piedras y cascotes quién sabe para qué. ¿Eh? ¿Para qué?

El muchacho mantuvo la boca cerrada. Toribia arrojó medio cuerpo por encima de la mesa y preguntó con un susurro.

—¿Los vendes?

El muchacho cobró confianza pero siguió en silencio. No sabía hasta qué punto Toribia era una mujer astuta o una mujer necia, y si al cabo le

proponía comprarle algún cascote se lo vendería con gusto, con lo cual, y con las toneladas de cascote que se podían sacar de las ruinas de los baños, su futuro estaba asegurado, pero no tardó en salir de dudas.

—Seguro que los vendes a los pobres incautos diciéndoles que son antiguos de cuando la república, seguro que los vendes y te lo gastas en beber.

De nuevo arrojó el cuerpo por encima de la mesa con gesto amenazador.

—¿No es así?

De repente tuvo el pensamiento de que quizá el muchacho también recogía clavos usados con lo cual podía ser eventualmente un socio en su propio negocio de chatarra lo mismo que un rival, y aquella idea la llenó de perplejidad. Se rascó la cabeza y consideró al muchacho con mayor respeto.

—¿Y clavos? ¿También recoges clavos?

Se oyó una voz suplicante desde la consulta.

—Toribia...

—Espera.

La mujer salió de la cocina y regresó al poco rato. Era el doctor. Había llamado para averiguar quién era la visita. La mujer regresaba después de haber satisfecho su curiosidad. El hijo del jardinero había acabado con las galletas y consideraba indeciso lo que quedaba del vaso de vino.

—Vamos, vamos —dijo Toribia olvidándose de los azulejos y de los treinta o cuarenta kilos de clavos que atesoraba en el sótano—. Está dormido —dijo refiriéndose a la entidad ausente o sobrenatural que había reclamado su presencia—. Está dormido encima de un libro de anatomía. ¿Sabes lo que es la anatomía? —preguntó agarrando con ambas manos sus tetas exhaustas en un gesto obsceno y feroz—. Todos ocupándose de las marranas, ellos todos —prosiguió con una insospechada fluidez de palabra mientras el niño calculaba el volumen de las tetas—, ellos todos preocupados por las marranas en un pueblo de marranos, cerdos, gochos, qué dice tu padre, ¿eh? Dice lo que decimos todos, eso sin contar con el riesgo de enfermedades y las desgracias en las familias entre hermanos y hermanas, hijas y padres, ahijadas y padrinos, eso sin contar con el turismo. Siempre se quejan del turismo, ¿verdad?

El muchacho asintió. Toribia se abalanzó sobre el medio vaso de vino y lo vació de un trago. La cocina era suya. Podía beber lo que quería, podía hablar de lo que quería, podía dar y quitar. Paseó a su alrededor una mirada imperiosa penetrando en todos los reductos de la penumbra, asesinando a las moscas con la mirada, estimando en todo su valor la panoplia de sus armas, los cucharones cruzados, la olla desvergonzada con su gran culo tiznado, la espumadera, el tajador, los cuchillos, el almirez de bronce, la batidora Turmix, recién incorporada, recién aterrizada sobre el mármol de la encimera como un vehículo espacial. Desde aquella cocina el mundo podía sentirse amenazado. Su testigo era aquel muchacho. Y le hubiera gustado poder decir al muchacho cuáles eran sus encantos cuando era moza, fuerte domadora de mozos en las romerías, cuando la república, en la edad de aquellos cascotes de azulejo, cuando plantaron de laureles los paseos, cuando los caballos tiraban de las carretas de heno y los bueyes arrastraban las barcas a la playa en la bajamar. Lo único, fijarse, lo único que no había cambiado era la luz del faro, pensó con ojos blancos y redondos y las cejas enarcadas delante de su propia intuición.

—Lo único que no ha cambiado es la luz del faro —repitió en voz alta pero convencida de que el muchacho seguía sus pensamientos.

Luego apretó los dientes y respiró con fuertes resoplidos, fruncido el entrecejo por el esfuerzo intelectual. Permaneció unos minutos en silencio, rumiando su memoria, regurgitando sus razones, satisfaciendo la nostalgia de haber sido una moza de buenas ubres y a pesar de todo haberse quedado soltera. En el arco de su memoria, desde el alba de sus días hasta aquellas mismas jornadas de una vida sin edad, el faro seguía repitiendo cada noche el mensaje elemental de sus destellos, dos largos destellos y un destello breve, indiferente a las vicisitudes humanas y al curso de los acontecimientos, y la vieja veía en aquella constancia que superaba el espacio de una vida algún indescifrable signo de la eternidad. Pero era una mujer demasiado práctica y concreta para perderse en tales abismos. Superó pronto la angustia metafísica que la evocación del faro aparejaba. Aquella era su cocina, el universo mundo, y en la penumbra de sus dominios y en la compañía infernal de sus utensilios se sentía segura y fuerte, participando de alguno de los atributos de la divinidad.

Se retrajo en el banco y lanzó brutalmente.

—¿Te acuerdas cuando se quemó la casa de putas?

El muchacho se encogió imperceptiblemente, desconfiado, sin saber dónde podría terminar aquello.

—Yo lo vi. Salían llamas por la ventana como por un embudo — prosiguió Toribia—. Yo estaba allí —añadió con una sonrisa grotesca—, yo estaba allí pero no en la casa de putas, ¿me entiendes? no en la casa con las putas. Yo vi salir las llamas por la ventana trasera como por un embudo lanzando llamas, como si la ventana fuera un mechero de gas. ¿Y sabes lo que vi?

Irguió el busto como un emperador satisfecho.

—Ahhh...

No lo podía olvidar. Ni el embudo de llamas lanzando por el aire una lluvia de cristales rotos ni el fuego súbitamente sofocado diez minutos más tarde como por un gran sifón. Había estado cargando leña en el portamaletas del coche del doctor a primeras horas de la mañana. Y paseaba en el coche buscando alguna cosa, buscando algo en el amanecer, con las pálidas luces del coche aún encendidas, buscando lo que al descuido se encuentra a esas horas en algunas obras antes de que nadie acuda al trabajo, lo cual no es robo, ni puede considerarse robo, y menos aún teniendo en cuenta las normas imperantes en aquella cocina, y la prueba de que no es hurto ni robo es que la suerte le había sonreído y había encontrado unas tenazas y unos hierros de encofrar, y habiendo cargado con ello en el coche regresaba pasando por detrás de la casa de putas cuando estallaron los cristales y salió por la ventana una lengua de fuego. Allí estaban los camiones estacionados. El infierno. El sótano de la casa de putas comunicaba con el infierno y el aliento de azufre se le salía por la primera planta. La Biblia. Divina justicia. Saltó la ventana por los aires con todos los cristales hechos añicos porque se les había reventado una estufa de butano. ¡El copón!, exclamó por fin Toribia con sorda resonancia de blasfemia. Un desmadre de putas en salto de cama y hombres en calzoncillos. Media docena de putas y cuatro o cinco varones en calzoncillos, de modo que alguno estaría durmiendo con dos putas, calculó Toribia con los dedos sin perdonar puta que no cumpliera cada noche su

oficio. Y allí paró ella el coche en seco a riesgo de que se le preguntara después qué hacía ella allí. En la primera confusión nadie supo lo que había sucedido. Vio correr a aquella chusma de un lado para otro, ellas desmelenadas, multicolores, ellos sujetándose los calzoncillos y alguno más prudente en el peligro llevando en la mano la cartera. Cerró el contacto del coche y apagó los faros. Uno de aquellos hombres saltó a la cabina de un camión, lo puso en marcha y empezó a maniobrar para apartarlo de la casa. Otro gesticulaba llamando a los bomberos. Las putas se apiñaron en un grupo temeroso, y aunque todo el mundo parecía haber perdido el sentido, ella, Toribia, siguió allí, sin perder el sentido, sin que se le escapara un detalle de la escena, esperando vagamente una segunda explosión que se llevara el edificio entero por los aires y no temiendo por eso correr ningún peligro, ni que el coche del doctor corriera peligro con ella y la carga de leña y la ferralla dentro. La ventana era un embudo de humo negro. Olía a caucho quemado y a lana de colchón. Otro camión se apartó del edificio maniobrando su remolque como un brazo articulado, arrojando por los escapes niquelados chorros de humo de gasoil. Rugía el motor de los camiones, se estremecían las carcasas como si llevaran un rinoceronte encerrado en el motor. El infierno, la Biblia y el copón. Nunca había visto camiones maniobrando con mayor destreza ni hombres tan afanados sobre el volante. Las jilguerillas temerosas, las flores multicolores, lanzaban gritos de muñecas desolladas y el demonio se las hubiera llevado al infierno de un solo resoplido. Pero ella siguió allí, Toribia siguió allí, con el brazo apoyado en la portezuela, los ojos atentos, los oídos atentos, hasta que decidió bajar.

—Ahhh. ¿Por qué decidió bajar?

Ella sola preguntaba y respondía. Nunca había visto por dentro una casa de putas, y ese era el momento de echar una ojeada antes de que todo desapareciera. Y no había visto a nadie que llevara la caja registradora debajo del brazo, y si salvaba del incendio la caja registradora podría obtener el beneficio de lo que la caja registradora tuviera dentro, o al menos el beneficio de alguna recompensa, un tanto por ciento de lo que la caja registradora tuviera dentro, porque una casa de putas tiene un dueño y en caso de siniestro, dijo Toribia bien informada, el dueño está obligado a

pagar la recompensa legal. Bajó del coche y rodeó la casa por la fachada principal donde aún permanecía encendido el rótulo de El Oasis. Alguien la vio, algunos la vieron porque alguien gritó, dónde va esa bruja, y un camión hizo sonar el claxon y otros gritaron, cuidado, se va a asfixiar, más ocupados en salvar sus calzoncillos que en sanear las cuentas de la casa. La ventana era un surtidor de humo negro, perezoso y espeso, como cuando se queman neumáticos. Y en esto, como si en aquella casa no se hubieran cometido suficientes pecados, se escuchó el rugido de una catarata y el humo cesó. Fue como un milagro. Pareció que en el interior de la casa hubieran vaciado un gigantesco caldero. Salió expulsada la tromba de un último aliento de humo negruzco y no solo cesó el humo, sino que al cabo de pocos segundos brotó una nube de humo blanco, tan blanco y algodonoso como el otro era negro y espeso, y los camiones se detuvieron en plena maniobra delante del milagro, los hombres abrieron la boca y las putas dejaron de gritar.

Toribia hizo una pausa. Se detuvo sin aliento y un poco embrollada. Seguro que el muchacho no sabía cómo era por dentro una casa de putas, pero ella sí lo sabía, porque entró. Y entró sin miedo. ¿A qué había de tener miedo? Olía a caucho quemado, y a neumático quemado, y por encima de todo olía a química desinfectante. Era el olor de las cuadras de vacas, de las cuadras de ordeño, cuando viene la inspección y se acaban de desinfectar. Ese era el olor del incendio y el olor de la catarata que había apagado el incendio. En la planta baja había un bar con divanes rojos, y taburetes rojos. Estaba a oscuras. Brillaba el latón de la barra. La botillería se alzaba detrás del mostrador como en una sacristía. No había rastro de caja registradora, según percibió a la primera ojeada. Sin duda en aquel local reinaba la confianza y el dinero iba a parar directamente a una caja de caudales. Vio una puerta a la izquierda. A la derecha, detrás de una cortina, arrancaba la escalera. Todo estaba intacto, como queda intacta una cuadra de ordeño tapizada de rojo cuando el ganado ha salido y se aprovecha para desinfectar. Descubrió alguna mancha en el suelo cubierto de moqueta. En la barra quedaban dos vasos de la noche anterior, a medio vaciar. Pero es poco todo lo que pudiera imaginar el muchacho sobre el interior de una casa de putas donde no cuelgan bragas y sostenes sobre el respaldo de las sillas, ni se

acumulan manchas inmundas en el tapizado, pringues sospechosos, pero aun así era poco todo lo que el muchacho hubiera podido imaginar en aquel antro escandaloso, sin ley, ni dios, ni caja registradora, rico en botellas de licor, milagrosamente salvado de un incendio que hubiera podido calcinar el edificio hasta sus cimientos por la cantidad de alcohol y pecado que se acumulaba allí. Toribia arremetió contra la cortina y se lanzó escaleras arriba. A izquierda y derecha se abrían pequeñas habitaciones. Descubrió los camastros deshechos. Una habitación aparecía sembrada de fragmentos de un espejo hecho añicos. Se había desprendido una escayola del cielo raso. El aire era denso y formaba una corriente a lo largo del pasillo hacia el exterior.

Allí fue donde vio a un hombre, al fondo del pasillo. Estaba claro que era un hombre, dijo Toribia sin sonrojarse, porque aunque estaba tiznado estaba desnudo, y no llevaba consigo la caja registradora sino que mantenía en las manos un extintor. Era un hombre fuerte, renegrado, hirsuto el pelo chamuscado, negras las cejas, blancos los ojos, de aspecto fiero, una especie de fogonero atlético y grasiento. Bien dotado por la naturaleza en los atributos de los que el hombre está dotado, añadió Toribia, aunque al descubrirla a ella, más asombrado él que ella, se cubrió sus vergüenzas con el extintor. Gritó una orden. Suponía Toribia que era el dueño, porque solo el dueño, aunque sea el dueño de un burdel, arriesga así su vida por salvar sus bienes, esto es, sus bienes inmuebles, porque sus bienes muebles, el ramillete de florecidas, ya se habían salvado y empezaban a rodear el edificio con grandes precauciones, atraídas por la nube de humo blanco. Aquel hombre era el gerente del burdel, o su dueño, prosiguió Toribia, el que no dormía con las putas, sino que dormía junto a la caja de caudales y junto a un extintor. Y puesto que él era el dueño nada podía hacerse en provecho propio, salvo admirar su arrojo y su buena planta. Pero si alguna vez Toribia había soñado con un novio, si su memoria evocaba un novio maquinista, y un novio minero en Mieres y jefe de tanquetas de cuando la guerra y de cuando la república, y un sólido novio de granja de ordeño, su novio era aquel, el hombre tiznado con el extintor. Y poco importaba encontrarle en un burdel incendiado si ese había sido su destino. Las apariciones escogen momento y lugar y no dan lugar a explicaciones.

Cualquier día, cualquier tarde, en cualquier instante podía surgir en su misma cocina, surgir desnudo del fogón cualquier novio difunto, con algún instrumento entre los brazos, una piqueta de minero, unos prismáticos de oficial de blindados, una pala de fogonero o una llave y un paño aceitoso de maquinista, cualquier instrumento que ocultara sus viriles atributos del mismo modo que el otro ocultaba los suyos con el extintor, o aparecer en el culo de una olla tiznada, muerto y resucitado, como un naipe de la misma baraja, para gozar con su dolor y con lo que nunca había sido su compartida felicidad. No sabía si aquel niño con sus pocas luces podía entenderlo. Tampoco ella misma lo entendía, pero barruntaba que en el umbral de la vejez, viéndose mujerona, virgen y vieja, con buena salud y fuerte capacidad de ahorro, las alucinaciones atormentarían sus últimos días en tanto que concibiera el deseo de encontrar un hombre como aquel.

—A ti no te importa ¿eh?

El muchacho había escuchado sin pestañear. Toribia se arrojó por encima de la mesa y le sacudió el brazo.

—¿Eh?

—Elay una puta negra en El Oasis.

—¿Cómo dices?

El niño repitió la frase. La mujer le miró extrañada.

—Yeso qué tiene que ver.

Probablemente el niño no entendía. Le vio un instante tal como era, delgaducho y bien formado, pelirrojo, de ojos grandes, desconfiados, acaso un niño más secreto que todos los secretos que ella misma conservaba. Le examinó con ojos maternos, apreció sus rasgos delicados, su barbilla afilada, su rostro de pómulos altos y sonrojados, con una salpicadura de pecas y un misterioso vello dorado sobre el labio superior. Pensó que sería necesario darle una propina. Eso era lo que el niño entendía y esperaba, y ella pensó que podía defraudarle y ponerle fuera de su cocina sin que el muchacho protestara por ello, pero también pensó que la magnanimidad es gesto de mujeres poderosas y ella era poderosa en su cocina. Se levanto y se puso de puntillas para llegar a lo alto de la alacena. La falda descubrió el ribete virginal de las enaguas. Alcanzó una lata herrumbrosa de café brasileño *Moinho de Ouro, Predileto, 89 Rua Marabá, Rio de Janeiro, 1 Kg*

bruto aprox. pero que contenía al menos cuatro kilos de pesetas rubias. Volvió con la lata a la mesa, la abrió delante del muchacho y le entregó un puñado de monedas donde a ojo se podía calcular que había veintitantas pesetas. El muchacho las recibió en el cuenco de ambas manos y las trasegó cuidadosamente a su bolsillo. Luego, al contarlas, resultó que había treinta y seis pesetas rubias. Con lo cual, sumando, había logrado reunir aquel día doscientas ochenta y seis.

—Y ahora vete —dijo Toribia—. En cuanto asome el oso pardo tendré que echarle de comer.

El muchacho salió con el bolsillo abultado y el zurrón terciado al hombro. Aguantó el bolsillo con la mano para no ir perdiendo la calderilla al bajar la cuesta. No tenía ninguna prisa y podía regresar a casa dando un rodeo, evitando calles y plazas. Pero de algún modo su ánimo se había enardecido y estaba furioso. Alguien le vio caminar junto a la carretera y pasar por la estacada de una huerta de frutales, pero nadie podía adivinar lo que llevaba en su bolsillo y en su cabeza. Luego dijeron que le habían visto acechante y huido, pero no era cierto, únicamente la imaginación de la gente inducía a error. Entró a su casa por la puerta trasera. Pasó la tarde preparando anzuelos, cebo y sedales para salir a pescar al espigón al caer la noche, con la pleamar. Pero antes ocultó sus ganancias en una lata herrumbrosa muy parecida al bote de café *Moinho de Ouro* que Toribia guardaba en su cocina, pero en su lata ponía *Apósitos Arthur Kampf, Distribuidos por Laboratorios Resines, Badalona*. La había encontrado entre los escombros del balneario, tiempo atrás.

Ana Rosa Camp había decidido sepultar al general Goitia bajo doscientos cincuenta kilos de granito, que era el peso de la losa que había ido a encargar esa mañana, pero no le había sepultado en su corazón. Había pasado con el viejo los mejores años de su vida, desde que él no era tan viejo, veinticinco años de su vida que sumados a los dieciocho que tenía cuando le conoció ponían su edad en cuarenta y tres años, una cifra que ella misma contemplaba con asombro, incapaz de comprender lo que había pasado desde entonces, porque su ánimo seguía fustigado por las mismas

incertidumbres y los mismos deseos que en el tiempo aquel. Y ello no era debido a la morfina. Se pensaba que el tabaco, el alcohol y la morfina mantienen el espíritu alerta manteniendo alerta el deseo, y se pensaba que procuran la incertidumbre del espíritu ante la incertidumbre de los suministros, y al fin se pensaba que procuran la paz del espíritu cuando el deseo y la incertidumbre desaparecen y solo reina la paz. Sabía perfectamente cuál era el licor conveniente según las ocasiones. Champán para las bodas, jerez en los bautizos y anís en los funerales, porque el champán alegra, el jerez entona y el anís hace llorar. Pero la morfina había entrado en su vida como un tigre domesticado. Poco importaba el camino recorrido por su espíritu. Del brazo de un general de artillería Ana Rosa había brindado con el champán de todas las bodas que no habían sido la suya, había probado el jerez de todos los bautizos de guarnición, había servido el anís del más cercano de los funerales. Quedaban los dominios del tigre. Ana Rosa Camp no hacía grandes esfuerzos con la aritmética ni le interesaban las cifras para definir su edad. Sus cuarenta y tres años eran un triunfo de la perseverancia para mantenerse del lado de la buena fortuna y su espíritu se hallaba en paz. Aquella tarde el tigre de la morfina bostezaba, lujoso y satisfecho, exhibiendo el enigma de su piel. Se había instalado en el porche con un paquete de cigarrillos al alcance de la mano y la mirada puesta en la húmeda tarde de septiembre. Se había arrojado un chal sobre los hombros. El horizonte se disolvía en una bruma de color malva, más allá del seto de laureles. Había empezado a hablar sola, recapitulando una minuciosa conversación interior. Y mientras sus labios se movían imperceptiblemente dialogando con los fantasmas de su cerebro sonó el timbre del teléfono haciendo saltar por los aires la paz de su espíritu, el malva del horizonte, la dignidad de los laureles y su propia conversación interior. Fue una interrupción grotesca.

—¿Tienen cuartos de cordero?

—¿Cómo dice?

—¿Han recibido cuartos de cordero?

—¿Por quién pregunta?

Era una voz grosera y carnívora, procedente de un mundo ávido y brutal.

—¿No es la carnicería de Piernavieja?

—No, no es la carnicería de ese nombre espantoso, ni ninguna otra carnicería —respondió indignada colgando el aparato.

Volvió al sillón de mimbre y encendió un cigarrillo. Entonces sonrió divertida. Se figuraba que aquello podía haber sido la carnicería de Piernavieja despachando cuartos de cordero a clientes ávidos y brutales. Se figuró con un mandil manchado de sangre y las manos enrojecidas enarbolando un gran cuchillo. Su imaginación era ágil y cruel. ¿Por qué no haber tomado nota? ¿Cuántos cuartos de cordero? ¿Para entregar a quién? En cuarenta y tres años de vida nunca había matado a nadie, ni había degollado ningún cordero, eso era bien cierto. Corderos y hombres lo merecían. Hombres y bestias merecían el cuchillo y Ana Rosa sintió su ánimo alegre en la fugaz venganza sobre la vida. Luego la tarde de otoño pudo sobre ella, regresó a la húmeda paz del porche y permaneció a la escucha de su voz interior.

Nunca había matado a ningún hombre, pero en ciertos momentos de su vida había deseado matar alguno. Había tenido a varios hombres en el punto de mira de su odio. Había odiado a los hombres que la habían odiado, había amado a quienes la habían amado, y para el general Goitia, que no entraba en ninguno de esos apartados de sus sentimientos, conservaba una profunda gratitud. Porque si bien era cierto que nunca había amado al viejo, también lo era que nunca le había odiado, y hasta el último momento se había encargado de mantenerle tesa la boina y limpia la baba, por orgullo y por gratitud, ¿y quién podría decirlo mejor que el viejo? Tan condecorado de medallas como armado de cuernos su espíritu aún deambulaba por la casa. «Ana Rosa», decía, «fuiste mi niña bonita, mi ninfa adorada, el orgullo de la guarnición».

—No digas sandeces, Goitia.

—De verdad. Te lo digo completamente en serio.

—Yo también lo digo en serio.

El sabor de tus pezones me persigue. Te quise más que los poetas que te adulaban en la tertulia del Wellington.

—No tenía que haber dejado el Wellington.

—Tengo frío.

—Yo también tengo frío.

—... *Tauro es mi signo, Virgo tu constelación... Ángeles azules cantarán tus alabanzas...*

—Los Coros del Ejército Rojo.

Ana Rosa sonrió recordando a los poetas que habían frecuentado la tertulia del hotel Wellington, comunistas o renegados pero amigos del general, todos aquellos poetas rojos que se hubieran dejado matar por ella, al mismo tiempo que compartían con ella caviar y queso puro de oveja, la más refinada y clandestina sociedad literaria a cubierto de venganzas y represalias bajo el capote protector del general Goitia y de su... ¿cómo lo diría ahora?... de su Venus y poco menos que su madre, porque ninguno de ellos a pesar de tanto verso lograba librarse de cierto tipo de sumisión filial. Caviar y queso puro de oveja. Lo primero lo suministraba el agregado comercial de cierta embajada y se servía con toda sencillez en un tazón de loza blanca, y en cuanto al queso puro de oveja, no había queso de mejor calidad, incluso corriendo el riesgo de contraer la brucelosis en aquellos tiempos de gastronomía sin complejos. Era un queso castellano, compacto, débilmente perfumado de avellana, que el general mandaba traer de un campo de maniobras en los páramos de Lora. Y en los apartamentos del Wellington se consumían cinco de aquellos quesos al año, el diez por ciento de la producción, de los cincuenta quesos que elaboraba una mujer cuyas huellas dactilares quedaban impresas en la corteza como una firma rústica. Había sido bañada con mirra en una bañera del Wellington. Pasaba días enteros sin levantarse de un lecho de diez metros cuadrados, con tantos cojines como hubiera disfrutado Luis XIV y media docena de ceniceros al alcance de la mano. El teléfono de su mesilla de noche, un alambicado artilugio nacarado, tenía línea directa con el Ministerio. Y los coros del ejército rojo le dedicaban sus sonetos, porque entre los hombres que la habían amado y que la habían odiado también figuraba algún miembro de aquel ejército de poetas, y el general, aun después de muerto, recitaba sus versos con el mismo aliento que arrojaba esputos, como si su espíritu, con la muerte y el tránsito, no hubiera alcanzado la salud. Hombres y corderos, todos ellos merecían el sacrificio y su distribución en cuartos y en canales por Carnicerías Piernavieja. El despilfarro del crepúsculo pasaba del malva

al oro antes de ensangrentar el horizonte. Ana Rosa cruzó las piernas y disfrutó del cigarrillo. No pudo controlar un leve estremecimiento del pie.

Eran las cinco de la tarde. A las seis el tigre domesticado extendía el analgésico esplendor de su piel como una alfombra bien mullida. A las seis y media sonó de nuevo el teléfono. Era el doctor que quería saber si ya había recibido la visita del abogado. Un cuarto de hora más tarde llamaron a la puerta y era el propio abogado. Ana Rosa salió a recibirle y no sabía de qué podría hablar con el abogado en un atardecer esplendoroso, y le observó con interés y extrañeza, como un tigre examina a un abogado, mientras le invitaba a pasar al salón.

—A menos que prefiera instalarse en el porche.

Pero el joven no pareció haberla oído. Llevaba una cartera de cuero debajo del brazo y paseaba la mirada por la casa como si calculara su valor catastral. De forma que ella repitió el ofrecimiento.

—Podemos instalarnos en el porche —insistió.

—Estaba mirando el salón —dijo el abogado—. Estuve aquí la tarde de los funerales. Con tanta gente me pareció más pequeño.

—¿Le gustaron los funerales?

—Fueron muy concurridos.

Ana Rosa pasó a su lado.

—Quiero decir, si estuvo bien atendido.

—No faltó el anís.

El abogado no se desprendió de la cartera de cuero rojo y sonrió con aspecto de buen muchacho a quien no le sorprende la costumbre de ser bien recibido.

Finalmente decidieron salir al porche. Ana Rosa ocupó su sillón de mimbre y ofreció al abogado el sillón gemelo, aunque no exactamente el sillón gemelo porque allí quedaba muy claro que aquel había sido el sillón del general. Entonces el abogado dejó la cartera encima de la mesa. Ana Rosa miró el portafolios con recelo, como si llevara dentro un artefacto explosivo. Pero sabía que la situación era suya, completamente suya, y el abogado era su huésped, su invitado, a quien podía tratar con la cortesía de sus buenos momentos o con el desenfado, la violencia y la ignominia con que sabía tratar a sus poetas cuando de poetas se trataba, y de nuevo se vio

desbordada por una ola de recuerdos que la sumergían en otras circunstancias, eso era lo que el tigre de Bengala guardaba entre sus atributos y en los signos indescifrables de la piel.

—Usted sabrá —dijo sin detenerse un instante—, usted sabrá lo que trae en esa cartera para que yo firme, o no firme, o para que yo busque en una cartera similar algo que usted en nombre de su cliente haya de firmar, incluso me pongo a imaginar que usted fuera mi abogado y no el de su cliente...

—No es el caso —interrumpió el abogado.

—No, no es el caso, usted sabe que no es el caso. Pero pongamos que no hay conflicto sino progresos, incesantes progresos que nos evitarán tener que discutir y argumentar. ¿Hay... cómo dicen ustedes, hay muchos legajos?

—Creo que existe una testamentaría...

—Qué palabra tan horrible.

—Lo siento.

Ana Rosa sonrió. Se había envuelto en el chal y el abogado admiraba sus hombros dorados, sus brazos bordados de seda, su mano alzada con el cigarrillo a punto de consumirse, todo ello con una elegancia antigua que parecía rescatada de las fotografías, pero el sarcasmo devolvía la imagen con una imperceptible señal de peligro. El abogado estaba seguro de que en algún momento tendría que contarle aquello a su mujer. La situación exigía responsabilidades. Era una obligación decirle a Margarita cómo era ella, quién era ella, sin parecer enamorado o seducido por su reputación.

—Creo que podemos entendernos —dijo el abogado echando mano a la cartera.

—Estoy segura de que podemos entendernos, pero no abra usted todavía la cartera —prosiguió con una sonrisa—. No quiero dilatar las formalidades, ni que usted retrase un momento la presentación de... ¿cómo dijo?... sus legajos. Se tomará un whisky antes de hacerlo. Brindará sobre la cartera roja en nombre del sobrino del general —sugirió triunfante.

—Me encarga que le envíe sus saludos.

—Devuélvale mi desprecio —dijo ella como una reina sin alterar su sonrisa—. ¿Sabe usted lo que yo hice este verano? Recibí a mis sobrinos de

Madrid. Sí, mis sobrinos. No solo el general tenía sobrinos. ¿Piensa usted que en mi caso ellos darían la batalla legal?

—No sé si quedará algún resquicio.

Ella se amohinó.

—No sé si quedará whisky para usted.

El joven abogado tenía la edad que ella tenía cuando frecuentaba a los poetas y hubiera podido ser uno de ellos. Rectificaba en su pensamiento la primera impresión de inocencia, de abogado sin malicia, cargado con sus papeles y con sus obligaciones como con un deber escolar, pero lo rectificaba para añadir la proporción de cinismo y de cortesía profesional que todos los abogados del universo poseen cuando sus conclusiones ya se han formado, justas o injustas, evidentes o tortuosas, pero en cualquier caso favorables a su cliente, y en aquel caso concreto deseando solventar sin demasiados aspavientos un trámite de muy escasa brillantez legal. ¿Qué hubiera dicho el viejo Goitia? ¿Cómo se hubiera excusado? Firma, mujer, firma, acabarás odiando la playa de Linces y yo no tengo excusa, después de todo te queda una cuenta en Suiza, y ellos lo ignoran, ahí te queda una fortuna para que sigas un tratamiento precisamente en Suiza, o para que te dediques a viajar buscando la primavera en Roma y el invierno en Gstaad, o para mantener el más sano de los vicios y dejar de envenenarte la sangre con productos farmacéuticos. Sobre todo no vuelvas a poner los pies en Linces y olvídate de los veranos. Eso hubiera dicho el general, añadiendo... *ángel azul, perseguido por la ira de quienes no te han poseído*, agregando algún comentario más demoníaco y más cuartelero, y Ana Rosa aún escuchaba el timbre de la cucharilla de plata golpeando la loza para que el círculo se sentara alrededor del tazón de caviar. Aquel joven abogado hubiera podido ser alguno de los jóvenes poetas, y también abogados, jóvenes sensibles y borrachos, tan tiernos, tan capacitados para entender la vida con sus versos como ella lo estaba para comprenderles a ellos únicamente con sus sentimientos. Audaces y arrojados en la conjura política tanto al menos como se arrojaban tostada en mano hacia el caviar, lo mismo alababan el inexplicable aroma avellanado de aquel queso estepario extraído de lo más profundo de las parameras que vituperaban las maniobras militares. ¿Cómo era?... aquellas parameras de tomillo y romero

que *atravesaba la muerte con herrumbrosa lanza*, según citaba el poeta y asentía el general. Y así acababan derrengados en los divanes, o sumidos en las páginas de un libro junto al círculo de luz de una lámpara de pergamino, o refrescando la borrachera completamente vestidos bajo la ducha, silbando una canción. Eran estratos sucesivos de conciencia, sin pauta de comportamiento, ni ética que no fuera aquel consumo, donde al cabo se engarzaba un collar de perlas con las perlas de su ingenio que tanto amenizaban las veladas del general. A fin de cuentas el joven abogado merecía su whisky y su perdón en honor de los jóvenes fantasmas que su presencia evocaba. Ana Rosa se ausentó unos momentos del porche y volvió con una botella mediada, un vaso chato y un cubo de hielo. Aquella tarde ella no bebía. Dejó que el abogado se sirviera.

—¿Qué sabe usted de mí que no esté en esos...?

—Legajos.

—No consigo retener la palabra.

El abogado pescó dos cubitos de hielo.

—Poca cosa —respondió sin levantar la mirada del vaso—. Pero no es necesario saber mucho más.

—Pensaba que los abogados eran gente curiosa.

—Se confunde usted con los detectives.

Ella se inclinó sobre la mesa hasta casi rozar la cartera con el brazo. El abogado se inquietó con el grotesco pensamiento de que se la fuera a arrebatar.

—Me inspira usted confianza —dijo ella.

Y de repente sintió que quizá debiera ser sincera con él. Y confiarle que no tenía la menor intención de firmar nada, ni suplicar nada, ni otorgar nada. Era un capricho. O su más firme voluntad. Y al mismo tiempo pensó que debería contarle una historia antes de que oscureciera, mientras aún podía dominarle con su mirada brillante y con sus ojos de pupilas dilatadas, mientras aún quedara suficiente luz en el porche para guiar su pensamiento, a sabiendas de lo difícil que resulta guiar el pensamiento de un abogado que vela por los intereses de su cliente y mantiene el ojo alerta sobre los papeles de su portafolios. Ella puso la mano azul sobre el cuero y encendió un cigarrillo.

—¿Conoce usted el hotel Wellington?

—He tomado copas en el bar.

—Yo viví bastantes años en el Wellington. Le habrán dicho que me llamaban la ninfa del general.

—No lo sabía.

—Es posible que también me llamaran la Venus, o cosas más sonoras. Lo cierto es que yo tenía una *suite* a mi disposición y prácticamente también la voluntad del general.

—Tampoco lo sabía.

—Miente —dijo con voz cautivadora.

—No, no miento. Se lo aseguro.

Ella guardó silencio y el abogado hizo tintinear el hielo en el vaso de whisky.

—Es igual —prosiguió Ana Rosa—. ¿Tampoco sabe quiénes eran mis amigos de Madrid?

—Tampoco.

Ella entonces lanzó una carcajada.

—No frecuentábamos los mismos ambientes —dijo el abogado a modo de excusa.

—Por supuesto. Ni usted tenía edad para ello —dijo Ana Rosa con ternura, concediendo al abogado el privilegio de la juventud—. Pongamos que todos ellos eran jóvenes, como usted lo es ahora, fuertes, luminosos y con imaginación, como sin duda también lo es usted. Todos tenían buena planta, largos brazos, cerebros exaltados y miradas ardientes —prosiguió—. ¿Por qué, dígame, por qué tenían los brazos tan largos?

El abogado arrugó los hombros y recogió algo más su cuerpo en el sillón.

—Señora Camp...

—¿No le interesa lo que digo?

—Señora Camp —sugirió tímidamente el abogado—, no nos hemos reunido aquí para hablar del hotel Wellington.

Pero ella no le veía a él allí presente sino que los veía a ellos por encima de los años allá en Madrid. Los veía derrengados en los divanes, alcanzando vasos, botellas y cigarrillos con sus largos brazos, y estirando sus largas

piernas sobre las espesas alfombras del hotel, alabando las no compradas gracias de la vida, gratificando con sus carcajadas el solemne y versallesco decorado donde quedaba entronizada su sensualidad. El general los recibía halagado, quizá dolido, siempre caballeroso, con espíritu de academia militar. Brotaban dardos envenenados, se aniquilaban valores de la historia literaria, discutían de literatura, pero también, y sobre todo, resucitaban violentas partidas de dominó y complicadas carambolas de billar, lo que en su boca eran términos de guerra y argumentos de necesidad o de sabia estrategia. Uno dormitaba y otro elaboraba reproches sobre la oportunidad de haber jugado un seis doble en cierta partida de sobremesa dos días atrás. Otro describía con metáforas geométricas la trayectoria del marfil sobre la mesa verde en su mejor juego de taco, y el general, sin botas, estirando sus cortas patas en un butacón, se complacía en su mente y aumentaba su propia cuota de whisky por encima de los límites de la hipertensión. Alguien recitaba en inglés *Full many a glorious morning have I seen...* y otra voz respondía con uno de sus versos *¡Oh escogida mañana, semejante a la lágrima de un niño!*, mientras los balcones del Wellington se teñían con los primeros rubores de la madrugada, leves y frágiles madrugadas después de noches tumultuosas en la primavera de Madrid. Se lo explicó con aquellas mismas palabras al abogado y describió el alba haciendo jugar en la sombra delante de sus ojos estupefactos la yema rosada de sus dedos.

Pero no todo era contemplar el amanecer desde los balcones del Wellington mientras alguien recitaba una línea de Shakespeare para saludar la gloria de la mañana después de una noche interminable de caviar, queso puro de oveja, cigarrillos y alcohol. Corrían torrentes de agua, caían torrentes de agua de lo alto de los cielos, y nadie sabía de dónde procedía el rumor de aquel caudal. Unos dormían en los divanes, otros recibían el amanecer, otros liquidaban hasta la náusea el enésimo paquete de cigarrillos, y el general dijo, Ana Rosa, está corriendo el agua en el cuarto de baño, van a ser las cinco de la madrugada, vete a comprobar si no se ha suicidado en la bañera uno de tus amigos. Y Ana Rosa obedeció desperezándose, salvando vasos y botellas por el suelo, evitando largas piernas extendidas sobre las alfombras. Nunca ha habido amaneceres más gloriosos en Madrid. Corría una cascada de agua en el silencio intacto del

amanecer, tan pálido, tan discreto, tiñendo apenas los cristales, dilatando el instante de anunciar su triunfo en los tejados. Alguien dejaba correr agua desde lo alto de los cielos en el cuarto de baño, y allí, bajo la ducha, estaba el poeta, el mejor de todos ellos, el más grande, completamente vestido, no suicidado sino borracho, de pie bajo el chorro de la ducha con sus largos brazos abiertos en cruz. Era un rostro doliente, humillado por el agua. Mechones de pelo empapado le cubrían la frente. La cabeza se vencía sobre el hombro como un Cristo en la agonía. Musitaba palabras inaudibles y su barbilla de chivo se apoyaba en el nudo de la corbata conversando con su propio corazón. Aquellos brazos crucificados dejaban caer una cortina de agua por los faldones chorreantes de la chaqueta. Sin duda la borrachera le había llevado a un estado de trance. Sus palabras eran versos. Ana Rosa saltó a la bañera y se abrazó a él. Así como el alcohol y el sufrimiento reducen al hombre a su verdad, así ella se había enamorado de aquel hombre. ¿Pero quién? ¿Quién puede ducharse con los brazos en cruz, vestido y borracho a las cinco de la madrugada que no sea un poeta? ¿Quién puede ir más lejos en la expresión del sufrimiento? Sentía la tetilla de su pecho contra su mejilla. Sentía el agua tibia confundiendo su llanto. Rodeó su cuerpo con amor y claro está que también ella había bebido y su estado era patético pero nunca había experimentado con un hombre un sentimiento tan exaltante de plenitud.

Pasaron minutos que parecieron horas. Al cabo todos acudieron alarmados por su ausencia y el general entre ellos. Les descubrieron abrazados, ella enlazada a su cintura, él con los brazos alzados, ambos empapados entre nubes de vapor. El grupo compacto permaneció a la puerta del cuarto de baño, uno con un vaso en la mano, otro con un libro, otro con un cigarrillo y las gafas empañadas por el vaho, todos absortos y humildes como delante de una escena mística. El general se abrió paso hasta la bañera. «Ana Rosa, sal de esa bañera», dijo con dulzura, «vamos, Ana Rosa, sal de ahí». Ella obedeció y el general la ayudó a salir ofreciéndole la mano. Luego la envolvió en una toalla. El grupo apiñado a la puerta del cuarto de baño se apartó de su camino. El general la condujo al dormitorio. Ella tiritaba y sonreía, encogida bajo la toalla, con el rostro oculto bajo mechones de pelo, dejando un reguero de agua por la alfombra. El general

la desnudó y la metió en la cama envuelta en seda y lana. Apenas acostada se durmió. No se supo cuánto tiempo permaneció el poeta con los brazos extendidos. Alguien cerró el grifo de la ducha, alguien logró convencerle de que no era el cordero de Dios y de que ya eran las cinco y media de la madrugada de un miércoles de mayo y que a las nueve y media como mucho, con ser un gran poeta, tendría que ir a trabajar. Al día siguiente ella recordó la escena como si hubiera acaecido en un pasado remoto y se hubiera cargado de significado, aunque entonces no supiera cuál era el significado de abrazar a un poeta crucificado bajo el chorro de una ducha, ni siquiera lo sabía ahora, al cabo de los años, y es posible que nunca alcanzara esa revelación.

No había quedado nada en entredicho, ni su amor por aquel hombre, ni la paciencia del general. Eran malos tiempos para la lírica, se decía entonces, y malos tiempos también para que una mujer engañara a un capitán general de artillería, el arma más celosa de los Ejércitos. Pero no se había de encender la llama de los celos, ni el general Goitia lanzaría su rayo destructor para expulsarla del paraíso del Wellington y condenarla a errar por el mundo en busca de cobijo, a errar por Madrid buscando refugio, quién sabe si en la propia buhardilla del poeta, o en la trastienda de la camisería de donde años atrás el general la había rescatado. Nada de eso iba a suceder. El poeta era un hombre condenado a muerte, ella se había enamorado de un agonizante. Quizá el general hubiera pegado dos tiros al traidor con su pistola de reglamento de no haber sabido, como todo el mundo sabía, que un cáncer le devoraba el pecho. Pero de ese modo, con la vida salvada por el propio mal que había de llevarle a la tumba, el poeta pudo responder al amor. Tenía treinta y tres años, la edad de los predestinados. Ella cumplía treinta. El general, fuerte como un roble, limpios los pulmones y sano el corazón, comprendía el alcance de la tragedia que solo un genio de la estatura de Rossini, decía alzando el dedo, podía haber puesto en música. Sereno y algo grandilocuente paseaba sus cuernos con la dignidad de un personaje de ópera atrapado en los renglones de la partitura. ¿Se burlaba? ¿Se complacía viendo a la mujer en la palma de su mano, como una figurita de caja de música, enamorada de un desdichado sin más recurso que no rendirse ante el tabaco observando los progresos del

cáncer de pulmón? No. El general Goitia no se burlaba. Supo estar a la altura de las circunstancias. Tuvo mayor grandeza de ánimo. El poeta entraba en el círculo de su comprensión. Salió a la luz la *Trilogía de la ducha*, la obra lírica más estremecedora de aquellos años. En la *suite* del Wellington se leyeron en tertulia los versos más tiernos y desgarradores que hayan producido el amor y la muerte. Nadie que no haya sufrido puede escribir esos versos. Nadie que no haya amado puede contemplar la inminencia de la muerte con mayor gratitud. El poeta fue perdiendo sus pulmones a pedazos. Y cuando al cabo de unos meses sus compañeros de versos y de oficina acompañaron sus restos al cementerio, pudo decirse, en la tertulia del Wellington, que el poeta había muerto crucificado de amor en una ducha de aquel hotel.

Ella sintió vacías las entrañas y el general se mostró tierno y dulce con ella. Porque aquella muerte redimía su honor de artillero, y aquellos versos entregados a la imprenta enorgullecían oscuramente el instinto viril de haber tenido a un gran poeta por rival. Se acercó a Ana Rosa y le puso la mano en el hombro, recogiénola en su brazo, inclinándose cuan grande era sobre la fragilidad y la aflicción de la mujer. «Ana Rosa, cariño, nos iremos de Madrid». Ella no comprendía entonces el alcance de su afecto. Se acabaron las existencias de whisky. Se ahuyentaron los malos espíritus con el humo del tabaco. Pasaron semanas sin que circulara el aire por aquellas habitaciones y quedó sellado el acceso al reducto encristalado de la ducha. Y luego pasaron un par de años con su cortejo de sentimientos, sin que remitiera el desengaño ante el amor que le había sido arrebatado por la muerte. «Ana Rosa, corazón, nos iremos a vivir a Linces», sugirió el general como primer remedio para aliviar la angustia y las punzadas de dolor en el estómago. Y Ana Rosa, que contemplaba el océano con mayor ambición que cualquier otro poder que influyera en su vida por encima de los encrespados tejados de Madrid, finalmente accedió. Su juventud había desaparecido en un sumidero. La muerte le había arrebatado otra forma de amor. Pero entonces, ¿quién era él? ¿Qué representaba aquel hombre único que se llevó consigo el presentimiento de ser el hombre insustituible? ¿Qué entendía el abogado? Muchas veces ella y el general habían veraneado en Linces, en el propio balneario donde se hospedaba el abogado, dijo Ana

Rosa, por si el abogado no estuviera al tanto de ello, ni hubiera contemplado las fotografías de los tiempos del billar, la pérgola y el tenis. Pero se trataba de asumir el fracaso porque después de haberse enamorado de un poeta no era fácil seguir siendo la querida de un capitán general. ¿Necesitaba otras explicaciones? De esa forma tan sencilla había cambiado su vida, con una sola frase, casi un susurro. «Vámonos a Linces, Ana Rosa, por tu bien». La cobardía tiene un precio pero también obtiene su recompensa. Nada de eso estaba escrito en los papeles que el abogado llevaba en su portafolios. Ana Rosa sabía, o conocía, hasta qué frontera le habían conducido sus palabras, hasta qué límite, cercano a las exigencias del oficio, le había logrado cautivar.

El abogado juntó las piernas con la cartera sobre las rodillas y se inclinó sobre la mesa. Ana Rosa se detuvo unos instantes para encender un cigarrillo y el abogado aprovechó la pausa para intervenir.

—Señora Camp...

—Imagino que nada de esto le interesa.

—Señora Camp —insistió suavemente el abogado—, todo lo que usted ha contado me interesa prodigiosamente. Pero no estamos aquí para hablar de ello.

La mujer le miró sin sentirse agraviada. Había anochecido y solo veía su sombra.

—¿Entonces?

—Traigo aquí unos papeles que quiero que examinemos juntos —dijo el abogado como si anunciara por primera vez la razón de su visita.

—¿De verdad lo desea?

—Sería lo más conveniente.

La mujer suspiró y volvió la mirada al ancho mar.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el abogado.

—Creo que me encuentro en situación de tener que examinar papeles, y será necesario encender la luz. Y no tengo fuerzas para arrojar la luz de una bombilla sobre un anochecer tan suntuoso. ¿Me lo va usted a reprochar?

El abogado abrió la cartera. Se quedó pensativo unos segundos y volvió a cerrar la cremallera.

—No, no se lo voy a reprochar. Supongo que no importa si usted examina los papeles mañana por la mañana y me los devuelve firmados.

—Eso haremos —dijo ella convencida.

Oía la voz del general susurrando a su oreja, eres una serpiente, Ana Rosa. Y la mujer no pudo quedarse tranquila en la butaca y por ocultar el susurro del general fingió una tos.

—Usted pensará que no tengo ninguna intención de firmarlos —dijo en voz alta.

—Eso es más o menos lo que piensa el sobrino del general.

Ana Rosa volvió a toser. El abogado se acercó.

—¿De verdad se siente usted bien?

—¿Puede usted dejar de preguntarme si me siento bien?

El abogado averiguó la hora alzando la muñeca y arrimando las narices al reloj.

—Creo que será mejor que me vaya.

Súbitamente empezó a tronar. Un relámpago cruzó el cielo y se escuchó el rodar de un trueno.

—Creo que tendremos una ducha —dijo Ana Rosa sin sarcasmo.

El abogado se levantó y bajó las escaleras del porche con la intención de salir por el jardín.

—Nos veremos mañana —dijo al despedirse.

—Hasta mañana —dijo ella acompañándole hasta el porche.

No obtuvo respuesta. Se escuchó el golpe de la cancela y el abogado desapareció. Ana Rosa permaneció unos minutos en el porche. Luego volvió a entrar en casa, cerró la puerta encristalada y decidió encender la chimenea del salón.

El abogado había quedado a cenar aquella misma noche con el doctor pero no sabía si el doctor estaba esperándole o si saldría a su encuentro, y por evitar un error siguió el camino de la playa. La pleamar llegaba hasta el parapeto y el rosario de farolas iluminaba el súbito golpe de las olas. Por encima del promontorio la luz del faro barría la noche a intervalos regulares. A la altura del puente el abogado encontró al doctor esperándole y durante un buen trecho caminaron en silencio. El hijo del jardinero, que a

esas horas salía a pescar al malecón, les vio venir sin que los dos hombres advirtieran su presencia.

—¿Cómo la ha encontrado? —preguntó el doctor.

Parecía tranquila. Si es cierto que se droga no le faltaba el ánimo. ¿Quién le suministra la morfina?

El doctor fingió ignorarlo y guardó silencio. Siguieron caminando. Cuando hubieron entrado en el puente el hijo del jardinero salió de su escondite cargado con su caña, su cesta y sus trebejos. Los dos hombres se alejaban, cargados de espaldas bajo la luz de las farolas.

—¿Y usted cómo se encuentra?

—Tengo en el bolsillo un puñado de pastillas de colores contra la diarrea —dijo el abogado con la esperanza de que el doctor no le llevara a cenar a Casa Garrafones.

—Eso se arregla con una buena cena en Casa Garrafones —dijo el doctor con entusiasmo.

Llegados al otro lado se perdieron en la oscuridad. Después de la cena el doctor propuso algo de diversión. Sugirió el nombre del Oasis, explicando que se trataba del único lugar ameno de los contornos, que resultaba ser al mismo tiempo la casa de putas, y le llevó allí no solo por las mujeres, decía el doctor, sino sobre todo por la música. Después de tomarse un whisky el doctor desapareció escaleras arriba con una mujer. Al abogado le desbraguetó una negra y le buscó la pulpa macerándole con habilidad los cojones detrás de una cortina. Regresó al hotel solo, porque después de quedarse rendido en uno de los divanes, se cansó de esperar a que volviera a aparecer el doctor.

El hijo del jardinero siguió el paseo de la playa con la discreción que era habitualmente suya, ocultándose detrás de los setos, utilizando los pasadizos entre los jardines, salvando vallas con el instinto furtivo de su segunda naturaleza. Llegó al malecón y caminó en la noche hasta alcanzar la escollera. Venía el viento de través. Eran las nueve de la noche. Lo sabía sin necesidad de llevar reloj. Nunca había tenido un reloj que pudiera decir que era suyo. Había tenido un reloj que Ana Rosa Camp le había regalado,

o que Ana Rosa Camp por encargo del general le había regalado a cargo de haber cumplido diez años y de sus buenos servicios, pero aquel reloj solo había durado dos días en su muñeca. Su padre se lo había confiscado asegurándole que era demasiado joven para usar reloj y que se lo entregaría cuando volviera del servicio militar y nunca había vuelto a tener reloj. Probablemente aunque algún día hiciera el servicio militar tampoco volvería a tener reloj. Ni lo sentía ni lo lamentaba. Eran las nueve de la noche. Esos eran sus datos. El viento venía de través.

Subía la pleamar con oscuras montañas de agua. Al resguardo de un bloque de hormigón preparó el sedal y los anzuelos. Traía cebo de quisquilla y un cebo especial con pequeños gusanos blancos extraídos de un tronco de madera podrida. Para las personas entendidas en cebos, el cebo de gusano blanco de madera podrida era aconsejado en noches sin luna y aguas revueltas, y se decía que el gusano era fosforescente y más apetecible para la avidez de la lubina, que lo detectaba fácilmente en la oscuridad. Preparó dos cebos y largó la caña. Las olas rompían con fuerza en la escollera. Cada ola venían a ser entre cinco y diez toneladas de agua rompiendo en la escollera, y cada golpe de agua llevaba aparejada una salpicadura de doscientos cincuenta kilos de agua hecha espuma, el equivalente en peso a cinco sacos de cemento en hirviente espuma de mar. El muchacho calculaba esas proporciones. Del mismo modo que calculaba la hora sabía estimar los golpes de mar. La gente que pensaba que el muchacho no tenía una inteligencia normal se equivocaba. O no se equivocaba, porque, acertara o no, tampoco era normal calcular a simple vista el empuje en toneladas de las olas. Guardaba las distancias y seguía con la vista aguzada en la negrura el lomo sucesivo de las olas, donde se alzaban y desaparecían dos corchos y donde su sedal servía de antena al viento. No era fácil mantenerse en aquel lugar.

De la escollera volvió al malecón porque le resultaba más fácil largar la caña en el malecón que en la escollera. Era una noche trágica pero el muchacho aún no lo sabía. La tragedia se cernía sobre su cabeza, infinita y oscura como una maldición evangélica, como la noche surcada de relámpagos, pero el hijo del jardinero no prestaba atención a los relámpagos porque había venido al malecón a pescar. Llevaba una chaqueta gruesa de

pañó azul, de anchas solapas cruzadas, como las que llevaban habitualmente los pescadores, y en el acto de pescar se sentía importante porque sabía hacerlo. El viento del largo le llenaba los pulmones, los oscuros paquetes de agua rompían contra el dique, y el muchacho no apartaba los ojos del sedal. Él no lo hubiera dicho de ese modo pero era un fuerte sentimiento de libertad solitaria. Mantenía tensa la muñeca al tirón de la caña y a la fuerza del viento y las olas. Murmuró para sí:

«Vamos, vamos, hay pez, hay pez».

Cuando recuperó sedal y recogió los anzuelos un cebo había desaparecido y el otro se encontraba en mal estado. Cambió los cebos. Volvió a ensartar dos de aquellos gusanos gordos que se retorcián al sentir el gancho y volvió a lanzar la caña. En media hora no hubo nada y caminó por el malecón para cambiar de emplazamiento. Halló un lugar donde el agua respiraba con fuerza. Cada golpe de ola alzaba una marejada sorda que salpicaba el noray. Al cabo de dos tentativas sacó una lubina de un palmo y de aproximadamente un cuarto de kilo de peso. La libró del anzuelo. Estrelló de un golpe la cabeza del pez contra el hormigón y le sacó las vísceras de un tajo recto y cuidadoso. Otros guardaban el pescado intacto pero él lo destripaba como sabía hacerlo. Volvió a lanzar la caña con nuevo cebo y volvió a sacar una lubina con la que procedió de la misma manera. Sonrió murmurando para sí algún cumplido sobre su buena suerte, pero sabía que no solo era la buena suerte sino cómo hacerlo, qué clase de cebo utilizar en una noche revuelta, saber cada noche lo que trae la pleamar. Sonrió murmurando cuando ya el chubasco que traía los relámpagos le azotaba el rostro. Recogió el sedal y la caña y enrolló los anzuelos. Había estado pescando poco menos de una hora, esa había sido su buena suerte, con el pescado esperando su buen cebo en la noche cerrada. Regresó agachando la cabeza contra la lluvia, con los hombros encogidos y las solapas levantadas, y ya caía el chaparrón haciendo hervir el suelo cuando llegó a las traseras de la casa del general.

Lanzó guijarros contra los cristales. Ana Rosa encendió la luz y apareció en una ventana. El viento golpeaba los postigos.

—¿Zorrilla?

—Hay pescado —gritó el muchacho ahogando con prudencia su propia voz.

—Estás loco. ¿Qué haces ahí?

—Hay pescado —repitió el muchacho con mayor confianza alzando el pescado por las agallas como un trofeo.

Al cabo de unos minutos la mujer apareció, cruzada de brazos y encogida contra el viento, en la puerta de la cocina.

—Ven —gritó.

Parecía frágil y apresurada en el marco luminoso de la puerta. El muchacho abrió la cancela y cruzó el jardín.

—Estás empapado —dijo ella cerrando la puerta contra el viento detrás de él.

El muchacho arrojó su trofeo sobre la mesa de la cocina como un hombre que regresa de la pesca. Sabía que había de ser así. Siempre que había un buen pescado o un pescado fino acababa arrojando su triunfo sobre la mesa de aquella cocina. Los peces todavía rezumaban agua y sangre. El muchacho se secó las manos. Su chaquetón chorreaba agua y sus botas de agua dejaban un charco.

—Estás loco, Zorrilla. Salir a pescar en una noche así.

—Dos lubinas de cuarterón —dijo el muchacho apartando mechones de pelo mojado de su frente—. Las más finas.

—Ven.

Subió con él al cuarto de baño y le dio lecciones de no andar a la intemperie en noches parecidas. ¿Qué iba a hacer?

—Quítate la ropa y ponla a secar. Toma una toalla. Tenías que tener a tu madre ocupándose de ti y comiendo tu pescado y no a mí ocupándome de ti como si fueras mi chico y recibiendo tu pescado que no pienso comer.

El muchacho sacudió las botas.

—No te rías.

El muchacho se quitó la ropa y se envolvió en una toalla que le llegaba hasta los tobillos. Se desprendió del chaquetón, de la camisa y de los pantalones y se quedó en medio del cuarto de baño tiritando de frío, regocijado bajo la luz pálida, divertido por su propia imagen en el espejo, envueltos los puños y los hombros en la toalla y enjugándose el agua que le

escurría por la nariz. Ana Rosa había vuelto al salón y preparaba una bebida caliente. El muchacho bajó las escaleras como un fantasma dejando la huella de los pies en la moqueta.

—Siéntate ahí.

El tubo de neón de la cocina se había quedado encendido. Desde aquel ángulo del salón se veían los dos peces sobre la mesa como un bodegón bajo una lámpara quirúrgica. El hijo del jardinero respiró con orgullo.

—Mi madre lo prepara frito envuelto en pan rallado.

—¿Qué?

—El pescado —dijo el muchacho haciendo un gesto hacia la cocina—. Mi madre lo prepara frito.

—¿Ah sí?

Ana Rosa le puso un tazón en las manos.

—Bebe esto, luego me explicarás cómo se prepara el pescado. ¿Por eso has venido? ¿Eh?

—Cuando hay buen pescado lo traigo.

—¿Has venido por eso? —insistió ella.

Había calentado agua y puesto una infusión en la cafetera del pequeño bar del salón y había añadido media copa de ron. Ella se sirvió una copa de coñac y la entibió entre las manos. El muchacho hundió las narices en su tazón y tragó a grandes sorbos la bebida caliente. Luego alzó los ojos y paseó la mirada a su alrededor. Admiraba todo cuanto encontraban sus ojos. Había un lienzo con caballos lanzados al galope. En la chimenea ardían dos troncos y el viento roncaba en lo alto envidioso como un perro. Había un gran retrato del general envuelto en una capa y con el pecho cruzado por una banda azul. El general contemplaba el salón con ojos astutos desde la prisión del lienzo, algo apagado el brillo de las pupilas, lejano y estéril entre los resplandores del fuego, como si estuviera en el infierno o hubieran pasado siglos desde que había dejado de existir. Sobre una mesita de caoba había pequeños recuerdos en marcos de plata, fotografías diminutas, indescriptibles. El muchacho lo admiraba todo y apreciaba el contacto voluptuoso de la alfombra bajo la planta de sus pies desnudos. Volvió a hundir la nariz en el tazón y respiró con fuerza y orgullo.

—¿Te ha gustado? —dijo ella.

—Sí me ha gustado.

—¿El ron? ¿Te ha gustado que le pusiera una copa de ron?

—Me ha gustado —repitió el muchacho sin más explicaciones.

Ana Rosa se echó a reír.

—Vamos, Zorrilla. Es el mejor cóctel contra los resfriados.

Apuró el coñac y se arrodilló delante de él.

—Estás helado —exclamó—. Te van a tener que cortar los pies.

Sentía un impulso maternal y sentía los pies del muchacho entre sus manos como un juguete de porcelana y también sentía los celos del muchacho al ser considerado como un niño, sin que ella hiciera ningún esfuerzo por remediarlo, al contrario, acentuaba sus gestos de cariño y protección cuando el muchacho hubiera deseado recibir palabras muy distintas, la recompensa del pescado que rezumaba sangre y agua sobre la mesa de la cocina, las alabanzas por su habilidad de pescador, la hombría de su pericia en el malecón afrontando las montañas de agua negra y la impasible crueldad del triunfo, el pescado destripado por sus propias manos para llevarlo hasta allí bajo la lluvia, ensartando sus dedos bajo las agallas, como una ofrenda y también el precio de estar con ella allí. Pero eso ella lo ignoraba, o lo descartaba, y el muchacho frunció el entrecejo tratando de hallar una explicación. Y ella insistía en acariciar sus pies helados, buscando con sus manos la forma de los dedos, la perfecta forma de los pies adolescentes, firmes y fríos, nacarados al resplandor de la chimenea como si la carne buscara el fuego, y frágiles también, como si la porcelana se pudiera romper.

—Me vas a contar lo que has hecho todo el día —dijo Ana Rosa.

El muchacho echó la cabeza atrás con gesto de desafío.

—Por la mañana fui a la casa de putas.

—De acuerdo, por la mañana fuiste a la casa de putas —repitió ella sin inmutarse.

Y volviéndose hacia el fuego preguntó:

—¿Y después?

—Después me ocupé de mis asuntos. Me ocupé de mí y de mis asuntos —insistió el niño—. ¿Y tú?

Vamos, Zorrilla. Me pasé el día esperando que me trajeras algo de pescado. Sabía que irías a pescar.

—¿De verdad?

—De verdad. Tengo preparada la propina.

El muchacho consideró la situación. Le habían servido un ponche y le ofrecían un fuego de chimenea. Aquella mujer estaba loca pero él no estaba loco y sabía el precio de estar allí.

—No quiero propina.

Ella se echó a reír de nuevo. Llevaba el pelo suelto y una bata fina con el cuello forrado de plumas, una de aquellas batas que el hijo del jardinero no había visto jamás. Ana Rosa alcanzó la pitillera y encendió un cigarrillo y el muchacho la vio fumar sentada frente al fuego, con las piernas recogidas. Había algo en aquel bienestar que le irritaba y no sabía la razón. Era un motivo sordo, un alud de escombros que amenazaba derrumbarse y provocar un acceso de ira en algún oscuro rincón de sus sentimientos hacia aquella mujer. Sintió la garganta húmeda y la baba llenarle la boca. La mujer tenía sus motivos y él tenía sus motivos para estar allí y mantenerse juntos, gozando de su fuego, de su alfombra, de su ponche, respirando la fragancia dulce y medicinal que emanaba de ella, que despejaba lentamente el fuerte olor a salitre que le llenaba las narices y los pulmones, pero en su interior había odio y no sabía la razón. Porque la compensación al imposible sentimiento amoroso que le invadía en aquella casa era el odio. Era una emoción difusa. Crecía con un empuje irresistible precediendo el alud de escombros, cascotes y mina que llevaba en su interior. Y no podía explicarlo ni mucho menos dejar que ella lo advirtiera.

—¿La propina? ¿No quieres propina?

—No.

—Eres muy exigente, Zorrilla —dijo ella con ironía—. Una buena propina por dos pescados que ni siquiera voy a comer no es poca cosa.

Se dio la vuelta aireando el salón con su perfume.

—¿Qué quieres?

El muchacho hundió la cabeza entre los hombros.

—Cuando yo tenía tu edad quería ser bailarina y a lo mejor tú quieres ser bailarín.

—No quiero ser bailarín.

—Ni aprender un oficio ni recibir propinas.

Aquella mujer estaba loca y como estaba loca se echó a reír, pero él no estaba loco.

—Vamos, Zorrilla, tienes que tener confianza en mí. ¿Qué quieres? ¿Instalarte en esta casa? —dijo ella.

El muchacho no apartó los ojos del fuego. Ella no estaba en su sentido. Se movía y preguntaba cosas absurdas solo por volverle loco a él, y todas las precauciones eran pocas. A él le correspondía no perder el sentido. Entonces comprendió que nada tenía que ver ella con el bienestar que sentía en aquella casa. Súbitamente pensó que odiaba su presencia. Pensó también en el general. Hubiera aullado como un perro viendo al hijo de su jardinero instalado en su salón, envuelto en una de sus grandes toallas, y la mujer agitándose, rematadamente loca, apurando una copa de coñac en la mano y sin dejar de fumar.

—Creo que me voy a vestir y voy a volver a casa —dijo el muchacho muy correctamente con un murmullo.

—Yo aprecio tus visitas, Zorrilla.

—Yo sé que aprecia mis visitas.

—Si hubiera tenido un hijo me hubiera gustado que fuera como tú, buen pescador. Y ahora sube al cuarto para cambiarte de ropa. Ya se habrá secado. ¿Quieres algo más?

El muchacho estiró los pies desnudos hacia el fuego. En su cabeza proseguían las averiguaciones. El bienestar que sentía en aquel salón no tenía nada que ver con la mujer. Al contrario. Hubiera deseado estar solo, con los pies desnudos frente al fuego, bajo el retrato del general. Ella era la mina de aquel lugar, la ruina de aquel momento. Ni siquiera tenía excusa. Ella recibía buen pescado, recibía el pescado de anzuelo nocturno que sube con la pleamar y a pesar de todo arruinaba el mejor momento. Había alguna confusión. En aquel salón cabían cuarenta personas, esas eran más o menos las personas que habían estado allí el día de los funerales del general, cuarenta personas, calculó paseando la mirada a su alrededor, y desafió su propio cálculo porque le agobiaba imaginar las circunstancias, y hubiera deseado estar solo porque en su interior crecía inexplicablemente el odio.

Se arropó en la enorme toalla. Entonces advirtió que ella era una mujer vieja, mucho más vieja que la mujer negra de la casa de putas. Observó sus pupilas fatigadas, sus grandes ojos bellos y cansados, el ribete violáceo de los párpados, y ella no sentía la mirada del muchacho despreciando su decadencia y su fracaso. Ana Rosa recogió el tazón del suelo.

—Zorrilla.

—Diga, señora.

—¿Quieres algo más?

El muchacho negó con la cabeza.

—Entonces sube a cambiarte. Porque no te vas a pasar la noche envuelto en una toalla.

El hijo del jardinero se levantó y subió las escaleras mientras ella llevaba el tazón a la cocina. Se puso los pantalones y la camisa que ya se habían secado. Se abrochó el chaquetón marinero con las solapas cruzadas. Había llegado con las ropas empapadas. Ahora estaban secas. Luego iba a salir y se volvería a empapar. Aquello le irritaba porque no tenía sentido, y se vio a sí mismo en el espejo, fuertemente envuelto en el chaquetón azul, con las manos hundidas en los bolsillos, aferrando en el puño la navaja de pescador, dispuesto a salir a la intemperie después de haber disfrutado del fuego. ¿Por qué? La bonita velada se reducía a escombros. ¿Por ella? No tenía sentido. Ella desnudaba a un muchacho para envolverle en toallas y luego le mandaba vestirse para que se volviera a empapar. ¿Por qué? Sintió que la mujer había subido las escaleras y estaba a sus espaldas. No había oído sus pasos en los peldaños alfombrados pero sintió su presencia. La vio en el espejo detrás de él y ella dijo:

—Bien, Zorrilla, estás tan guapo con tu chaquetón marinero que pareces un capitán.

Salieron al rellano y ella apagó las luces del cuarto de baño. Y en lo alto de la escalera Ana Rosa le puso la mano en el hombro, seguramente con cariño, pensó el muchacho, seguramente era un gesto de protección, pero aquel ademán solo sirvió para desatar el odio. El alud tanto tiempo retenido se desbordó en su interior. Sacudió la mano que le protegía y se volvió indeciso frente a ella. Era una mujer vieja y sorprendida por la brusquedad del muchacho. ¿Qué sabía de él? ¿Qué sabía de sus instintos? ¿Por qué le

enviaba a la calle? La situación era tensa, le silbaban los oídos. Quienes pensaban que Zorrilla era un débil mental, un oligofrénico con algunos resplandores de inteligencia y habilidad para el cálculo, hubieran profetizado lo que sucedió en aquel momento. Pero aquellos que mantenían que el hijo del jardinero era un muchacho normal y silencioso que buscaba una oportunidad, solo hubieran podido pensar que su trágica oportunidad había llegado. Se volvió hacia la mujer y la empujó en el vientre. Ana Rosa sonrió como si se tratara de un juego. Luego receló unos segundos.

—¿Qué haces, Zorrilla?

—Vieja puta —balbuceó el muchacho con la boca amarga.

—¿Qué haces?

El muchacho la empujó de nuevo y la mujer se aferró a la barandilla de la escalera. Entonces el muchacho pensó arremeter contra ella y precipitarse con ella desde aquella altura pero sintió la navaja en el bolsillo. Abrió la navaja y le asestó una puñalada en el vientre. La navaja entró con fuerza, como destripando un buen pescado. La mujer abrió la boca y exhaló un gemido, no un grito, ni un alarido, únicamente un gemido, como si un dolor interno le hubiera encogido las tripas. Puso la mano extendida en el rostro del muchacho para apartarle y se llevó la otra mano al lugar herido. Ana Rosa vio la sangre en su mano. Se le doblaron las piernas. Entonces el muchacho le dio un puntapié en el costado y la mujer rodó escaleras abajo con un mido sordo, retumbando como un alud de escombros. Al caer arrancó de un tirón dos botones al chaquetón marinero del muchacho y el hijo del jardinero perdió un buen rato buscándolos. Luego la vio en el suelo muerta o casi muerta y en su cabeza empezaron a pasar cosas.

Primero pensó en quitarse el chaquetón y quedarse allí disfrutando de un buen fuego, desafiando al retrato del general, porque desde que el general había muerto en aquella casa faltaba un hombre. Pero los oídos le zumbaban con alarma y con odio. Por la comisura de los labios le corría la saliva. Dijo algo en voz alta, insultos. Luego se sintió más aliviado, como si hubiera cumplido algún oscuro compromiso, y pensó en huir. Miró a su alrededor y vio de nuevo a la mujer muerta, o casi muerta, como un pescado después de golpearle la cabeza contra el hormigón del muelle. No se acercó a comprobar lo sucedido porque no sentía por ella ningún interés. Se

sacudió los pantalones con un gesto viril y se dirigió a la cocina. Se limpió las manos con un pañuelo. Recogió sus trastos y salió por la puerta trasera cerrándola tras de sí. No llovía. El chubasco había pasado. Caían gruesas gotas de agua de las enredaderas y sus pies chapotearon en el césped encharcado cuando cruzó el jardín y se perdió en la oscuridad.

En el camino de vuelta se encontró con el abogado que regresaba al hotel después de haber dejado al doctor en los terciopelos del Club Oasis. El abogado caminaba con las manos en los bolsillos. Estaba empapado desde el cogote hasta los pies. Los hombros de la chaqueta rezumaban agua. Había alzado las solapas para protegerse inútilmente de la lluvia y caminaba erguido. El abogado reconoció al muchacho. De no haber sido un muchacho le hubiera parecido que el hijo del jardinero estaba beodo, por los extraños empellones de su modo de andar. Se paró bajo una farola y le llamó:

—¡Zorrilla!

Algunos hubieran pensado que el hijo del jardinero se alejaba del chalet de la playa como un criminal, abochornado y amparándose en las sombras. Otros imaginaron que, inconsciente de lo que había sucedido, el hijo del jardinero caminaba arrojando la sombra de su silueta al claro de luna, bañada su faz en la luz de dos cuernos de luna que asomaron entre los nubarrones. Lo cierto es que el muchacho intentó ocultarse. Todavía llevaba en su cabeza las últimas palabras de Ana Rosa, todavía resonaba en sus oídos la cuestión. ¿Qué haces? Y todavía masticaba entre sus dientes el insulto, vieja puta, ni siquiera negra, turbadora mujer de tul y gasa, mujer de perfume, mujer irisada, perniciosa y bella como relentes de gasoil. El hijo del jardinero volvió un instante los ojos. Todo su rostro era una mueca desconfiada bajo el claro de luna.

—Buenas noches, abogado.

El abogado frunció el entrecejo, desconcertado. El hijo del jardinero emprendió un pequeño trote y se alejó.

—¡Eh, muchacho! ¡Cómo sabes que soy abogado!

A muchos no hubiera sorprendido que el hijo del jardinero estuviera al corriente de aquel detalle, pero otros dudaron del testimonio del abogado cuando el abogado fue contando, entre inquieto y halagado, que la noche del crimen él mismo se había encontrado con el muchacho, sin imaginar

que huía, ni mucho menos imaginar que hubiera habido un crimen, y que el muchacho le había reconocido y estaba al corriente de su profesión.

OceanofPDF.com

Cuatro

OceanofPDF.com

En su segunda cena con el doctor el abogado eligió el menú que le pareció menos severo para sus tripas. A pesar de ello aquella noche tuvo pesadillas. Quizá no había que culpar a la mala digestión. Había soñado con la joven prostituta negra, con semen derramado y muerte por asfixia. El responsable de los malos sueños no era el menú de Casa Garrafontes, sino el final de la velada en la casa de putas. Se despertó con acidez en el estómago y con la última visión del Club Oasis y su parpadeante palmera de neón en la tenebrosa encrucijada. Había bebido whisky como quien bebe ácido sulfúrico. Era el alba. Había olvidado echar la cortina y amanecía en los cristales de la habitación.

Sabía que la noche anterior, a su regreso al balneario, empapado, despreciándose a sí mismo, había alcanzado los límites del aburrimiento y de la degradación. Nada tenía sentido excepto dormir en un hotel vacío. Eran las seis de la mañana. Despertaba habiendo alcanzado el primer objetivo, dormir tres o cuatro horas seguidas. Recordaba vagamente un paseo solitario por la playa. Se dio la vuelta en la cama, volviendo la espalda a la luz, y decidió perseguir su segundo objetivo, dormir cuatro o cinco horas más. Lo consiguió dejando de lado malos sueños y pesadillas, universos de sexo y peluche, cenas de vino tinto y estofado, asuntos sórdidos, muerte, morfina, poetas, galas de pasadas primaveras, dejando de lado todo cuanto le retenía allí, en el confinamiento del balneario fuera de temporada, para sumergirse en la intemporalidad del sueño como un niño que vuelca la caja de los juguetes y se acurruca envuelto en cortinajes dispuesto a morir o dormir. Pero un abogado no es un niño, y a las diez de la mañana, cuando el cerebro divagaba por un espacio celestial blanco y continuo, le llamaron de la recepción. Hubiera ahorcado al responsable con los cables del teléfono. Lanzó la mano al aparato para acallarle. La luz

entraba a raudales. Acercó el auricular a su oído y con los ojos cerrados respondió:

—¿Sí?

Del otro lado de la línea hubo silencio. Era Miguel Goitia. Lo supo antes de oír su voz. Adivinó su respiración de buey taimado.

—Se te han pegado las sábanas, abogado. ¿Sabes qué hora es?

Fredi lanzó una ojeada al reloj sobre la mesilla de noche.

—Las diez de la mañana.

—Exacto.

—Precisamente estaba pensando llamarte —dijo con voz pastosa.

—¿Ah sí? Enhorabuena, Fredi. Por fin mi abogado piensa en llamarme. Supongo que será para darme noticias de mis asuntos.

Fredi se incorporó en la cama. Detestaba a aquel hombre. Odiaba a su amigo. No soportaba su voz ni su presencia, es decir, no soportaba sentirle alrededor de su cama en la mañana tibia y otoñal para reclamar, golpeando una mano con otra, noticias de lo que encerraba su cartera. Ahogó un bostezo y fingió consultar papeles mientras arreglaba el embozo de las sábanas.

—Estaba con tus cosas porque ayer fui a ver a la viuda, ya me entiendes.

—Sí.

—Pues bien, creo que no va a haber ningún problema.

—Bien.

—Fue una entrevista cordial. Incluso agradable. Tu tía es toda una señora, una persona muy sensible.

—Bien, bien.

El abogado se animó.

—Examinamos la situación a fondo, me habló de su futuro, me transmitió saludos para ti y se quedó con los papeles para firmarlos. Precisamente yo estaba ahora examinando las copias por si queda algún cabo por atar. Dejará la casa en breve plazo y renunciará a cualquier reclamación mueble o inmueble con la elegancia que le caracteriza. Correrán por su cuenta los recibos de la luz hasta la fecha y los de la contribución. De verdad ha sido un gusto conocerla personalmente —dijo

Fredi sin asomo de ironía—. Deberías pasar unas semanas en Linces y estoy seguro de que te cautivaría también a ti.

El sobrino del general guardó silencio. El abogado sintió vagamente que en el domicilio de Goitia en Madrid se acumulaba la furia y que en algún momento desbordaría todo a lo largo de la línea como un chorro de vapor. Apartó ligeramente el teléfono de su oído y esperó. La primera reacción de Miguel Goitia fue cautelosa.

—¿O sea que todavía no ha firmado nada?

—No te preocupes, Goitia. Pasarás las próximas navidades en la casa de tu tío en la playa de Linces —puntualizó alegremente el abogado—. Como propietario legal, quiero decir.

—¿O sea que no hay papeles? —insistió el sobrino que parecía no oír.

—Mañana los recojo —explicó Fredi—. Quiero decir, hoy mismo.

Se escuchó un resoplido y un golpe seco, como si hubieran mordido el teléfono.

—¿Me oyes?

Goitia no respondió. Crujía la línea, como si después de haber mordido el teléfono estrujaran el cable para extraer el jugo eléctrico. Fredi se inquietó. Intentó aliviar la situación con nuevas explicaciones.

—Todo está pactado. Tu tía firma, me entrega los papeles, yo regreso a Madrid y se ejecutan las escrituras. ¿Qué te parece? Sin desahucios, sin procesos, con las manos limpias.

El silencio se prolongaba del otro lado de la línea. Luego se oyó la cavernosa voz de Goitia.

—Fredi...

—Dime, Goitia.

—¿He oído bien?

Fredi no respondió.

—¿He oído que has dejado los malditos papeles a la vieja y te has vuelto al hotel con las manos vacías? ¿A un hotel balneario de veinte mil pesetas diarias más gastos, bar, salón de billar, pista de baile, servicio en las habitaciones, y todo porque no se te ocurre recoger los papeles firmados y volver a Madrid?

—Si crees que este hotel es el palacio Pitti...

—Déjame de palacios Pittis.

—Tu tía...

—Esa mujer no es mi tía —gritó el sobrino del general—. Esa mujer está bailando un chotis con mi abogado y mi abogado no se entera. ¿Te enteras, Fredi? ¿Sabes lo que es despertar a la vida? ¿Sabes lo que significa decir mañana firmo cuando no se tiene ni la más remota intención de firmar?

—Hay algo más que eso.

—¿Hay algo más que eso?

—Esa mujer es sincera. Ana Rosa Camp no es lo que tú te figuras.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que yo me figuro?

—Es una persona cordial, quizá un poco angustiada y con problemas farmacéuticos, pero intelectualmente una eminencia. Ha frecuentado poetas, cita a gente que cita versos en inglés, cosas de esas.

—Calma, Goitia —dijo Goitia.

A Fredi le pareció una observación prudente y añadió:

—Calma, Goitia.

Goitia bajó el tono de la voz.

—Escúchame, Fredi. Vamos a ser razonables. Vamos a conversar como buenos amigos. Somos buenos amigos. ¿O no lo somos?

—Sí, Goitia, somos buenos amigos —dijo Fredi algo aliviado. Empezaba a sentirse mejor.

—Entonces escúchame con atención —prosiguió Goitia con voz aterciopelada—. A mí me importa un rábano a quién haya frecuentado esa mujer. A mí me importa el último maldito pimientito de este país su cociente intelectual. Yo quiero esos papeles firmados en mi mesa y para eso pago a un amigo mío que además es mi abogado. ¿Estás conforme con eso?

—Sí, Goitia. Eso está hecho. Únicamente quería explicarte que Ana Rosa Camp...

—Me encantarán tus explicaciones, Fredi. Estoy seguro de que pasaremos largas veladas juntos con un whisky en la mano mientras tú me explicas tus relaciones con Ana Rosa Camp. Pero de momento no estamos en eso —gritó súbitamente Goitia rompiendo la tregua—. De momento yo quiero esos papeles.

—Los tendrás mañana. Hoy mismo.

Hubo una risa sardónica y Fredi se interrumpió.

—Te llamaré esta noche —dijo Goitia dejando flotar en el aire una amenaza.

—De acuerdo, pero no te consiento...

—¿Qué es lo que no me consientes?

El abogado trató de esgrimir razones sensibles contra la coraza de aquel rinoceronte pero renunció a ello.

—Nada.

El rinoceronte lanzó de nuevo su carcajada. Emitió un resoplido y dio por concluida la conversación.

—Te llamaré esta noche y veremos quién tiene razón y cómo salen las cuentas. Conozco las astucias de esa señora.

—Te llamaré esta noche —ofreció a su vez el abogado.

—Te llamaré yo.

Goitia colgó el teléfono y el abogado se sintió humillado. El enojo se reducía a los límites de sus relaciones con Goitia, a la pura sumisión de sus relaciones, sin que hubiera espacio para lamentarlo verdaderamente, como si entre ellos se establecieran los términos de una partida en la que Goitia hubiera de resultar obligatoriamente ganador. Echó una ojeada al reloj de noche. La conversación había durado unos minutos y pesaba ya sobre su pecho como el plomo de los siglos. Pensó llamar a su mujer, Margarita, para aliviar los primeros instantes de la mañana con una conversación cariñosa y suave, pero luego cambió de opinión. Dobló la almohada para acomodarse mejor frente al balcón y encendió un cigarrillo. La soledad era su mejor aliado. La incomprensión, su destino. Cerró los ojos unos minutos, paladeando el tabaco. Luego se distrajo con las figuras de humo en la pálida luz que entraba del exterior.

Nadie podía imaginar a aquellas horas la tragedia que se había de anunciar aquel día, y el abogado menos que nadie. Recordaba retazos de conversación de la noche anterior. Primero con Ana Rosa en casa del general, y luego con el doctor, camino del Oasis, tan bonito nombre en aquel clima ingrato para la casa de putas. «¿Quién se figura lo que puede sentir una mujer enamorada de un poeta moribundo? ¿Locura? Tómese otro

whisky, abogado». Eso decía Ana Rosa, bañados los ojos en colirio, fosforescente el nácar de los dedos en el atardecer del porche, vivos los ojos como peces de las grandes profundidades. «¿Destrucción? Tómese otro whisky, abogado, usted tiene los pies bien plantados en el mundo de las tres dimensiones». Así decía, incomprensible en su mundo poblado de fantasmas, y al mismo tiempo terriblemente práctica, aferrándose a la mínima invitación de la realidad. Y el doctor, caminando en la noche hacia la palmera de neón y el resplandor intermitente del Oasis, añadía inconscientemente un eco a sus palabras. «¿Bien? Ella está bien. Pero llega un momento en que las mujeres, todas las mujeres, piensan haber destruido su vida». Caminaba el doctor con paso testarudo. Avanzaba en línea recta hacia el burdel, guiado por el deseo de salvar su vida en brazos de una redentora por una noche más. Junto a aquel hombre cargado de espaldas, que rompía imperturbable su reflejo en los charcos más oscuros, la destrucción calzaba unos sólidos zapatos y la locura era un espejismo de neón parpadeando en la oscuridad.

El abogado se encontraba en malos términos con su conciencia. No era un cobarde, pero aquella mañana se despertaba en malas relaciones consigo mismo y la conversación con Goitia no contribuía a mejorar su estado de ánimo. «¿El sobrino? Nadie sabe si invierte su dinero en la Bolsa o en las carreras de caballos, pero lo seguro es que necesita amortizar su nivel de vida con la herencia del general». De nuevo era el doctor quien hablaba, pisando charcos, hundiendo la cabeza en los hombros contra la llovizna, atraído como un insecto hacia el luminoso confort del burdel. Nada le hacía desviarse de su camino. De los retazos de conversación que Fredi podía evocar en la mañana se desprendía la misma inquebrantable firmeza. «¿Y ella? Una odalisca, como en los lienzos de poetas de corte y de hombres armados en los que figuran odaliscas», afirmó sorprendentemente el doctor ante el asombro del abogado, «lo que no excluye ni la sinceridad, ni el fracaso, ni el amor». Reconocía el abogado cierta calidad exótica en la seducción de la viuda pero llegados a la puerta del Oasis la conversación se vio interrumpida. Alzó la mirada al cielo y vio el rótulo nocturno triunfando y extinguiéndose sobre su cabeza en la magnífica tristeza de las cortinas de

agua, y siguió al doctor al interior del burdel más por una suerte de naciente camaradería que por encontrar consolación.

Pero aquella mañana el abogado se sentía un cobarde, y no era un cobarde, aunque su arrojo quedaba por demostrar. Acabó el cigarrillo y apartó las sábanas a un lado. Se acercó al balcón. No llovía. El día se anunciaba de un gris satinado, bruñido, con diminutos rizos en la superficie del mar. Abominó de la ducha, después del remojón de la noche anterior. Se vistió y decidió bajar a desayunar sin afeitarse. Cruzó los salones de juego y el ámbito fantasmal de la sala de billar, con las mesas cubiertas con sudarios blancos y los pálidos retratos colgados de las paredes. Se movía con familiaridad, como si deambulara por una casa deshabitada que por cierta alteración de su existencia se hubiera convertido en su propia casa. El director del hotel le esperaba en el comedor vacío. La mesa del desayuno estaba puesta. Un camarero con la servilleta colgada del brazo le sirvió el café.

Eran las diez y media y para entonces la noticia de lo ocurrido en casa del general se había extendido en tres direcciones. La sirvienta de Ana Rosa, dejando caer las llaves, lanzando un grito y echando a correr en busca de ayuda se había encargado de transmitirla al café del pueblo. Toribia, que pasaba frente a la puerta del café, llevó la noticia al doctor a toda la velocidad que podía soportar el motor del automóvil, y el doctor no entendió lo sucedido, ni lo que Toribia intentaba explicar con gestos simples de las manos, ni la imprecación con que Toribia quiso ocultar su propia sorpresa. Finalmente el doctor llamó al director del balneario para que transmitiera lo ocurrido al abogado. Nada estaba claro. El director del hotel, con una inexplicable torpeza, balbuceó un comentario estúpido sobre el tiempo antes de dar la noticia.

—Bonita mañana, señor.

—Puede usted decirlo.

—Cayó agua anoche.

—Eso también puede usted decirlo —gruñó el abogado quemándose los labios con el café.

Súbitamente el director del hotel se inclinó sobre su hombro.

—Ha ocurrido un accidente en casa del general —murmuró al oído del abogado.

—¿Un accidente?

—Esa mujer se ha roto la nuca rodando por las escaleras. Está muerta, o casi muerta. Alguien la empujó después de meterle una navaja en el vientre hasta el puño.

—¿Una navaja?

—Tenía que suceder.

—¿Qué me está usted contando? —preguntó el abogado extrañamente indignado.

El director del hotel se incorporó. El abogado dejó la servilleta sobre la mesa. El director repitió el mensaje, repitió la noticia como la había aprendido, sin añadir una palabra más, y el abogado repitió su comentario, «qué me está usted contando», hasta que fue patente que el director del hotel no sabía mucho más, pero con lo que había dicho ya bastaba y era como si lo supiera todo. La primera reacción del abogado fue cobarde. Por su cabeza cruzó como un relámpago una idea mezquina. Si Ana Rosa no había firmado los papeles iba a tener dificultad para firmarlos. Su segundo pensamiento fue llamar por teléfono a Madrid a su mujer. Necesitaba protección y sintió que llamando a Margarita podría hallarla. Aquella oscilación ignominiosa del pensamiento duró unos instantes. En pocos minutos se repuso. Hizo dos o tres preguntas al director, que respondió compungido y discreto como un enterrador. Finalmente se levantó sin concluir el desayuno y se dirigió a la cabina de la recepción.

—¿Castro?

Del otro lado del hilo le respondió la voz remota de Toribia.

—¿Quién pregunta por el doctor Castro?

—Soy el abogado. ¿Ha dejado el doctor algún recado para mí?

—Ha dejado órdenes.

Arrastraba la voz. Eran las once de la mañana pero aquella mujer había bebido. El teléfono se hallaba en el arranque de la escalera y resonaba la voz en toda la casa.

—El doctor le espera en casa del general, y si no le encuentra usted allí le espera en el café.

—¿Sabe usted exactamente lo que ha ocurrido?

Toribia lanzó un sollozo que pareció una blasfemia.

—¿Sabe usted si el doctor...?

—El muchacho... —sollozó la mujer.

—¿Cómo dice?

La mujer dejó escapar un fuerte ruido de cañerías. Lloraba y se restregaba la nariz, y era incapaz de articular una sola palabra.

—Toribia.

Redobló el ruido de cañerías. El abogado se convenció de que por aquel lado no podría averiguar nada y colgó el teléfono. Decidió acercarse a casa del general y subió a la habitación a recoger una chaqueta. De nuevo pensó en llamar a Madrid. ¿Por qué? ¿Qué habían de decirle en Madrid? Salió del hotel sin saludar al director que le esperaba con rostro enigmático en la recepción. Fue caminando por el paseo de la playa sin apresurarse. Había bajado la marea. Una colonia de gaviotas se arracimaba al sol en la media luna de arena cubierta de desperdicios. Una vez en casa del general dio la vuelta al edificio para entrar por la puerta de la calle. Se había formado un grupo de curiosos. Había dos automóviles estacionados junto a la verja del jardín. El primero era de la policía. El segundo, aunque no lo parecía, también.

Un hombre le detuvo en el zaguán de la casa.

—¿Quién es usted?

—Soy abogado.

El policía reflexionó unos segundos.

—¿Tiene usted algo que ver con la dueña de la casa?

—Precisamente no es la dueña de la casa —balbuceó Fredi inoportunamente—. Yo represento al heredero del general.

—Ya —dijo el hombre acariciándose la barbilla.

—¿Puedo entrar? —insistió el abogado.

—Diríjase usted a aquella persona que está junto a la escalera —respondió el policía franqueándole el paso—. Es el inspector. Él le informará.

El inspector era un hombre con una apacible cara de perro y ademanes pausados. Daba la impresión de que se encontraba allí por casualidad.

Había llegado de Oviedo un cuarto de hora antes para hacerse una idea de la situación. Le acompañaba otro individuo de paisano, probablemente un agente local. El abogado advirtió que el doctor no estaba con ellos. Tampoco encontró lo que esperaba encontrar. En su mente se había formado la imagen de Ana Rosa tendida en el suelo, descompuestos los miembros como una muñeca de trapo, abiertos los grandes ojos blancos, inmóvil como en un viaje espacial. O quizá hubiera esperado encontrarla cubierta con una sábana como tantas veces lo había visto en el cine. En lugar de ello el inspector contemplaba una mancha sobre la moqueta no más grande que la que hubiera dejado alguien al cortarse un dedo. El inspector volvió ligeramente la cabeza cuando se acercó el abogado. Fredi se presentó.

—¿Es usted pariente de la mujer?

—Soy abogado —repitió Fredi—. ¿Dónde está ella?

—Está en coma y en estos momentos la llevan en una ambulancia camino de un hospital de Santander.

—¿No ha llegado el doctor Castro?

—No sé quién es el doctor Castro —replicó el inspector.

Hubo una pausa. Fredi paseó la mirada a su alrededor. Alguien medía el suelo, como también lo había visto hacer en las películas. El salón conservaba el calor de la noche anterior y el olor del fuego de chimenea. El abogado descubrió la cartera roja que encerraba los documentos olvidada sobre un mueble. Una lámpara de pergamino había permanecido encendida toda la noche. Había también un inexplicable aroma a café. El abogado advirtió unas tazas sobre la mesa y pensó que los policías se habían servido. La puerta de la cocina estaba abierta. Sobre la mesa de formica alguien había depositado una extraña ofrenda. El abogado estiró la cabeza con asombro. Eran dos pescados. El inspector le tomó por la manga de la chaqueta.

—¿Tiene usted idea de lo que ha pasado aquí?

—No lo sé. Anoche estuve con ella por un asunto de negocios. Teníamos que vernos hoy.

—No va a poder ser —dijo el inspector sin ironía.

Le soltó la manga y hundió las manos en los bolsillos. El abogado se aflojó el cuello de la camisa.

—No, ya veo que no va a poder ser.

El inspector levantó los ojos hacia lo alto de la escalera. Luego volvió la mirada a la mancha sobre la moqueta.

—¿Es sangre? —preguntó el abogado.

—Llevaba un puntazo en el vientre. No es lo más grave. Cayó de allá arriba y ha contado los escalones uno a uno con la nuca. No era bonito de ver, no señor.

El abogado guardó silencio.

—¿Conoce usted a un muchacho que llaman Zorrilla? —preguntó el inspector.

—Sí, le conozco.

—Parece que también estuvo aquí anoche —prosiguió el inspector señalando los pescados sobre la mesa de la cocina—. ¿Quién le ha dicho a usted que la dueña de la casa había sufrido un percance?

—El director del hotel.

El inspector lanzó un suspiro.

—Habrá que encontrar al muchacho.

El abogado asintió con la cabeza. Súbitamente tuvo la impresión de que nada tenía que hacer allí. Uno de los agentes había terminado su labor y llevó aparte al inspector para consultar algún detalle. Por una de las ventanas asomaron las cabezas de un par de curiosos que habían invadido el jardín. Un individuo apareció en lo alto de la escalera y lanzó una voz. El inspector dejó un instante la conversación.

La cama está hecha, y no hay una jodida prueba de que alguien se haya quedado aquí a dormir.

—¿Y qué?

—Nada. Alguien dejó mojadas las toallas pero nadie se quedó a dormir.

—Deja de palpar toallas y de oler colchones —gritó el inspector—. Busca el joyero.

El inspector se volvió hacia el abogado que ya se dirigía hacia la puerta.

—¿No le parece?

El abogado se encogió de hombros. El hombre en lo alto de la escalera desapareció.

—Las cosas se explican mucho mejor cuando ha desaparecido el joyero —prosiguió el inspector—. Luego viene lo demás.

El abogado hizo un gesto vago con intención de despedirse.

—Quizá tenga que preguntarle un par de cosas. Supongo que podré encontrarle en su hotel. ¿Dónde está alojado?

—En el balneario.

—De acuerdo.

El hombre que estaba con el inspector tomó nota.

—Si quiere verla a ella tendrá que ir al hospital de Santander —dejó caer el inspector volviendo a su cuaderno de notas—. Pero no será nada divertido. Nada bonito de ver, no señor.

El abogado salió a la calle. Una pequeña muchedumbre de quince o veinte personas se había agolpado junto a la puerta de coches. El abogado se abrió paso. Había algún rostro conocido, de los que le había parecido frecuentar en los días que llevaba allí. Saludó a un camarero del hotel que estiraba el pescuezo por encima de la gente. Una mujer joven con la cabeza envuelta en un pañuelo le agarró por el brazo y preguntó con avidez.

—¿Está muerta?

Alguien que estaba a su lado respondió.

—Ni se muere ni está muerta. Se la han llevado a Santander.

—Ah —dijo la mujer.

El abogado se libró de los curiosos y cruzó la calle. Se detuvo unos instantes y vio la casona con puertas y ventanas abiertas, desahuciada de verdad, asediada por toda aquella gente como si estuvieran esperando alguna señal para lanzarse al saqueo. Sintió una necesidad inmediata de alejarse de allí. Tenía que hablar con el doctor y apresuró sus pasos para dirigirse al café. Pero el doctor tampoco se encontraba allí, de modo que el abogado se sentó a esperarle en una mesa. Los hombres que se hallaban en la barra le miraron sin saludarle. Formaban un grupo en un extremo de la barra y en el otro extremo, cabizbajo, ceñudo, con el pelo hirsuto y aspecto de hallarse enfrentado a un grave problema, se hallaba el jardinero. Alguien le había avisado también de lo ocurrido. Delante de los ojos terna una copa de coñac. Se había levantado con mal cuerpo y en su cabeza las reacciones eran confusas. El muchacho no había vuelto a dormir a casa. Había tardado

largo rato en digerir la noticia y para tranquilizarse había dado dos guantazos a su mujer por si tuviera alguna responsabilidad en el asunto. Luego, con más calma pero con cara de pocos amigos, se había encaminado al café.

El jardinero se mostraba huraño y tenía sus razones, porque era un hombre orgulloso y nunca hubiera permitido que se burlaran de él. Todo el mundo conocía su voz ronca, sus ademanes bruscos y la inconfundible amenaza que brillaba en su mirada cuando alguien en su presencia mencionaba algún asunto relacionado con su hijo, porque todo el mundo sabía que el tema del hijo del jardinero dividía en dos grandes grupos a los clientes habituales del café. Y dividía en dos grandes grupos al pueblo entero, en la medida en que todo el pueblo se sentía preocupado por un muchacho suficientemente avisado como para sobrevivir con un padre borracho y una madre llorona y depresiva, y lo suficientemente necio, inocente o incapaz como para no tener noción del alcance de sus actos. En el café reinaba el silencio. Cuando el abogado entró, unos le volvieron la espalda, otros buscaron en su rostro alguna novedad. Todos tenían en su mente noticias de lo sucedido. Eran cerca de las doce del mediodía. El abogado enseguida entendió que no debía haber entrado allí. El jardinero hizo frente a la clientela, de codos en la barra, y gritó:

—Que nadie diga que mi hijo ha matado a nadie.

Nadie estaba allí para contradecirle ni tampoco para darle la razón. Se oyó ruido de gargantas arrasadas por el tabaco. Resopló la máquina del café. Alguien dejó caer una cucharilla.

—¿Entendido?

—Tranquilo, nadie dice nada de tu hijo.

—¿Nadie?

—Deberíamos pegarle fuego a la casa de esa mujer.

Hubo murmullos de aprobación y alguna protesta y aquello pareció tranquilizar al jardinero, que asintió con un gesto hosco y se volvió de nuevo hacia el mostrador. Se rascó la cabeza con perplejidad. Siendo un hombre violento no comprendió que gozaba de todas las simpatías. Luego

escondió la cara entre las manos y ahogó un sollozo. Se oyó un cuchicheo. El grupo se multiplicaba en los espejos y entonaba murmullos dispares como un coro de tragedia griega. Un hombre vino a sentarse a la mesa del abogado. Tenía los ojos vivos y azules y la nariz gruesa y húmeda. El bigote era un cepillo de fuertes cerdas, ya canoso, teñido de nicotina. Sus dientes se proyectaban fuera de la boca. El abogado sintió una íntima repulsión y se apartó. El desconocido despedía un fuerte olor a heno, cálido, no del todo desagradable, pero el abogado no se hallaba en condiciones de apreciarlo.

—Es un hombre destruido —dijo el desconocido guiñando un ojo hacia el jardinero—. Ese muchacho va a acabar con su vida antes de que él acabe con la vida del muchacho. ¿No lo cree usted?

El abogado enarcó las cejas. Lo cierto es que no sabía si estar de acuerdo con él.

—El muchacho no es responsable de sus actos —prosiguió el desconocido—. Pero la vieja zorra sí lo es. O lo era. ¿Ha muerto?

—No, no ha muerto. Según la policía no ha muerto —informó escuetamente el abogado.

—¿Viene usted de allí?

—He pasado a informarme.

—¿La ha visto a ella tendida en el suelo con la nuca partida?

—No. ¿Y usted? —preguntó el abogado con ironía forzada.

—Yo estaba allí a las nueve de la mañana —explicó tranquilamente el hombre con una sonrisa siniestra—. Mi hija sirve en la casa. Ella descubrió a la vieja zorra tirada en el suelo, con la mano en el vientre y el pescuezo como un sacacorchos. No estaba muerta. ¿No ha muerto después? —inquirió el hombre por segunda vez.

El abogado no respondió. El hombre hizo un gesto hacia el grupo que estaba en la barra.

—La mitad de esa gente le dirá que era una vieja zorra. La otra mitad le dirá que no. Yo le digo que era una mujer perversa. Ella corrompía todo lo que tocaba. ¿Me entiende usted?

—No, no le entiendo —casi gritó el abogado.

—¿Usted tiene hijos?

—No.

—Por las mil vacas de mis antepasados, si usted no tiene hijos no puede entender nada. Mi hija, que va todas las mañanas a hacerle la cama a la vieja zorra, lo entiende mejor que usted.

—¿Qué tengo yo que ver con ello?

—Nada. ¿Y usted cree que él entiende algo? —añadió misteriosamente lanzando una nueva ojeada en dirección al jardinero.

El hombre hizo una pausa. El abogado se impacientó.

—¿Hay algo que debiera entender? —gritó.

Se dio cuenta de que su voz había brotado con una violencia incontenible, histérica. Los clientes de la barra volvieron la mirada hacia él. Estaba perdiendo los nervios. Por segunda vez pensó que no debía haber entrado allí. ¿Por qué no aparecía el doctor? Empezó a dudar de la cita. ¿Por qué demonios le esperaba en aquel café? Se apartó echando el brazo sobre el respaldo de la silla. Aquel hombre hedía. Su olor llegaba por encima del mármol de la mesa.

—Ese muchacho es inocente, por mis vacas, y usted es abogado. ¿O no lo es? Y si el muchacho es inocente ¿dónde está el muchacho?

El abogado se levantó violentamente, derribando la silla y haciendo tambalear la mesa.

—¿Lo tengo que saber yo?

El hombre le miró boquiabierto, con los dientes proyectados en una mueca de desconcierto. Súbitamente en el local se hizo el silencio. Volvió a resoplar la máquina del café. Los gestos se detuvieron petrificados por el grito del abogado. El espejo devolvía la imagen compacta del grupo, prolongando la muchedumbre en la tenebrosa profundidad de su imagen, como si el grito hubiera traspasado los límites de la tercera dimensión y resonara en el territorio virtual del reflejo. Nadie se movió. El hombre que olía a vacas articuló un sonido inexpresivo.

—¿Lo tengo que saber yo? —repitió el abogado.

La expectación le enardecía. Alguien escupió en el suelo. Por un instante sintió que su presencia en el local guardaba relación con algo que todos aquellos hombres ocultaban. Y no solo se lo ocultaban a él. No solo encubrían delante de él algo a medias desvelado, algo demasiado corrompido, que ni siquiera en aquel lugar de serrín y salivazos podía

manifestarse impunemente. No había lugar suficientemente ignominioso para proferir la sospecha de tal ignominia. Entonces se oyó una voz ronca cargada del aliento del coñac. Lentamente el jardinero se volvió hacia la sala sin dejar de apoyar los codos en la barra de cobre. Levantó un dedo firme señalando al abogado en el fondo del local.

—Abogado, si usted encuentra al muchacho díglele que su padre le va a arrancar la piel a tiras.

Nadie se atrevió a arriesgar un comentario.

—¿Se lo dirá?

—Yo no sé dónde está el muchacho.

El jardinero se volvió hacia el grupo de clientes buscando su apoyo. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos enrojecidos.

—Nunca ha habido en la familia un asesino —vociferó lanzando una mirada de desafío a su alrededor—. El muchacho se ganaba la vida. ¿Quién dice lo contrario? El muchacho hacía servicios y sabía pescar.

El camarero alzó la barbilla del otro lado del mostrador. Con una seña indicó al abogado que se fuera. El jardinero se volvió de nuevo hacia él.

—¿O no?

—Sin duda. Era un buen muchacho.

—¿Era un buen muchacho?

—Lo era —reconoció el abogado intentando ganarse su simpatía.

—Díglele si lo encuentra que su padre le va a arrancar la piel a tiras.

Lentamente el abogado se dirigió hacia la puerta. Los rostros permanecían tensos. El hombre que olía a vacas golpeó el suelo con el pie. Sus ojos indicaban una situación de extremo peligro, sin que en ningún momento se pudiera averiguar de dónde procedía la amenaza. Alguien dejó caer un vaso que se estrelló contra el suelo. Nadie movió un músculo. El jardinero alzó de nuevo el índice amenazador.

—En este pueblo a los maricones se les cuelga por los pies, y a las gallinas viejas se les retuerce el pescuezo. ¿Entendido?

Los clientes aprobaron. Eran principios sobre los que todo el mundo estaba de acuerdo.

—¿Entendido?

—Déjalo, Juan, no merece la pena —intervino el camarero echando mano de un paño.

—El muchacho es mi hijo.

—Déjalo, Juan. No hay cuerdas para colgarles a todos.

—A mí me sobra cuerda para colgar a uno —gritó el jardinero con la euforia de un iluminado—. Que se lo vaya diciendo el abogado a su amigo el doctor. ¿Lo oye?

El abogado se detuvo un instante llegando a la puerta con la mano en el picaporte.

—¿Lo ha oído?

—Tranquilo, Juan.

—Que se lo vaya a decir.

El abogado salió del café sin tener intención de llevar el recado. Se dirigió apresuradamente hacia el hotel. No estaba seguro de haber comprendido exactamente la situación, porque entre todas las inmundicias que se abrieron camino en su mente no estaba seguro de haber comprendido nada. Supo que las cosas podían haber sido de otro modo a como él hasta entonces las había imaginado. Lo cierto es que no había pensado ni un minuto en Ana Rosa. ¿Y qué? ¿Tenía aquello alguna influencia en el cumplimiento de su obligación profesional? Y a esas alturas ¿quedaba algo por cumplir? Dobló la esquina alzándose el cuello de la chaqueta y oyó voces. Alguien había visto a la mujer del jardinero, envuelta en una bata azul, subida en el tejado de su casa, desmelenada y loca, vociferando maldiciones y estrujando entre las manos un pañuelo. Linos vecinos consiguieron persuadirla de que bajara encaramándose en una escalera de mano. El abogado llegó al hotel. Había recibido dos llamadas. La primera de un desconocido. La segunda del inspector de policía con el que había conversado en casa del general y que resultaba ser el desconocido de la primera llamada. No tuvo deseos de estar disponible para nadie y después de hacerlo saber en la recepción encargó que le subieran el almuerzo a su cuarto. No sentía ningún apetito y el almuerzo, dos sándwiches, unas peras y una botella de agua mineral del balneario, se quedó sin tocar en la bandeja. Necesitaba descanso. Tumbado en la cama, con los pies cruzados y las manos bajo la nuca, cerrados los ojos frente a la claridad del balcón,

reflexionó sobre las asombrosas acusaciones dirigidas contra el doctor. No podía creerlo. En primer lugar no podía creer las acusaciones de un borracho. En segundo lugar, y aquello desmentía la naturaleza ambigua del asunto lo mismo que un vicio expulsa de su ámbito una afición incompatible, él mismo había podido comprobar que el doctor era cliente de la casa de putas, lo que a su juicio excluía otra perversión. Luego recordó al muchacho cargado con la caña y el macuto, deslizándose como una sombra, según se había tropezado con él la noche anterior.

«Buenas noches, abogado».

Había un misterio en su huida. ¿Dónde estaría en aquel momento? Posiblemente eso era exactamente lo mismo que quería averiguar el inspector.

Una parte del cerebro del hijo del jardinero era oscura, velada, y no conservaba rastro de lo sucedido, como una placa fotográfica inservible después de haber sido sometida a un resplandor demasiado violento. Aquello daba la razón a quienes pensaban que el muchacho sufría una disminución de facultades que le impedía ser responsable de sus actos y de sus movimientos, carne ciega y dolorosa sumergida en el remolino de las circunstancias, vulnerable como un crustáceo que cambia de caparazón. Pero otra parte de su cerebro, la más inmediata a su contacto con la realidad exterior, era de una precisión asombrosa. Era una placa fotográfica de grano finísimo, que precipitaba en sales de plata los destellos más efímeros de la vida a su alrededor, de tal modo que la noche anterior, al cruzarse con el abogado después de haber recogido lo que le correspondía en casa de Ana Rosa, el muchacho había podido saludarle diciendo «buenas noches, abogado», sin saber a ciencia cierta lo que era un abogado, ni el momento en que había sabido que aquella persona lo era, calculando de una ojeada su estatura y peso, examinando el estado de sus ropas empapadas, advirtiéndole instantáneamente su estupor, observando al mismo tiempo su reflejo en un charco bajo aquella farola del paseo de la playa donde les había sorprendido el azar. Luego el muchacho emprendió la huida porque su instinto de las profundidades le aconsejaba buscar un lugar para ocultarse. Era un

muchacho orgulloso. Llevaba en su pecho el sentimiento inconfesable de haber triunfado de algún tenebroso desafío. Y bajo el brazo, en el macuto, llevaba el joyero. Siguió trotando buscando la sombra alta de las tapias cuando asomó un cuerno la luna. Volvió la vista atrás y vio al abogado inmóvil bajo el círculo de luz de la farola. Luego solo atendió a su propia carrera y entró en la zona oscura de su cerebro, lo que algunos llamaban su incapacidad mental.

Pocos indicios conservaba de todo lo sucedido, salvo el tesoro que apretaba bajo el brazo. Su encuentro con el abogado tenía otro significado. Eran dos productos químicos cuyo contacto provocaba algún tipo de reacción, pero eso el abogado de momento lo ignoraba aunque las circunstancias le hacían sospecharlo. De otro modo ¿por qué volvía su pensamiento hacia el muchacho si no existía entre ellos ninguna relación? ¿Qué tanto le intrigaba su misterio? Tumbado en la cama, con el estómago encogido, rodeado del silencio del balneario, el abogado procuró apartar el pensamiento hacia otro ámbito de sus preocupaciones. Había dormido una buena siesta. Habían pasado casi veinte horas desde el encuentro con el muchacho la noche anterior. Podía ser que el tiempo le jugara una mala pasada, o la conciencia del tiempo no fuera la percepción absoluta de las horas, sino el resultado abreviado y tenso de la emoción. Descubrió sobre la mesa la bandeja del almuerzo con la botella de agua mineral y su tesoro de burbujas. Mordisqueó un sándwich de contenido verdinegro. Después abrió los batientes del balcón y permaneció un rato apoyado en el pretil frente al paisaje. La brisa acabó de despejarle. Entonces volvió a tumbarse en la cama, dejando las cortinas de gasa ondular al viento. Aquello le trajo memorias domésticas, nostalgia de otras horas, recuerdos de tul y gasa en viaje de bodas. Sintió nostalgia de hogar. Entonces descolgó el teléfono y llamó a su mujer.

—¿Margarita?

—Fredí, ¿cómo no has llamado esta mañana? —exclamó ella con su clara voz alegre.

Fredí se emocionó. No supo qué decir. Primero tuvo intención de contar lo ocurrido sin omitir detalle, como quien vacía un cesto de ropa sucia.

Luego contempló el cuadro en su mente pintado con grandes brochazos. Finalmente prefirió resumir.

—Se han producido acontecimientos. La señora Camp se ha caído por una escalera y está hospitalizada.

—Vaya —comentó ella con una sencillez asombrosa.

—Parece que las cosas se van a complicar.

—¿Para ti?

—Bueno, en realidad no para mí. Se van a complicar los asuntos legales. Y también otra clase de asuntos —explicó saboreando con cierta amargura aquella nebulosa.

Pensó que en algún momento se lo tendría que contar a Miguel Goitia. El sobrino del general no podría enterarse de otro modo de lo ocurrido, a menos que leyera la prensa del Norte, y no por las noticias del mundo del acero y del carbón sino por la página de sucesos. Incluso en ese caso habría que ver cómo lo interpretaba y a quién acusaba de complot o de traición.

—¿Y tu diarrea? —preguntó Margarita llevando bruscamente la conversación a otro hemisferio.

—¿Mi diarrea?

—Aquella cena de queso fermentado y caracolillos pútridos. Me hablaste de una cena con el diablo.

Fredi sonrió. Le gustaba hablar de su propia salud.

—Se cortó como había venido. Todavía siento gases. Pero las circunstancias no están para gases.

—Es normal.

—¿Qué?

—Los gases.

—Sí, ya sé que son normales los gases, pero las circunstancias no me dejan tiempo para pensar si son normales los gases. Esta mujer, Ana Rosa...

—¿Cuándo regresas?

De nuevo Fredi volvió a las suposiciones. Temía hablar, del mismo modo que necesitaba conversar con ella. Hubo un silencio. Se imponía el sentimiento de que el hogar era algo lejano y evanescente como el tenue ondular de las cortinas. Quizá volviera a Madrid en dos días, o en tres días, o el mismo día de mañana. ¿Cómo decir que se hallaba en otro universo?

Explicó que en todo caso no tardaría. Luego se despidieron con besos y cariño, ella fresca, jugosa, indiferente, como las mujeres que recobran su independencia el tiempo de un paréntesis que no tienen ninguna prisa por cerrar, él taciturno, afligido, libre ya de diarreas pero abrumado por alguna especie de responsabilidad que no se sentía inclinado a asumir.

Dejó el teléfono y miró el reloj. Eran ya cerca de las siete. Las cortinas se hinchaban generosamente al viento. Recogían la plenitud fúnebre de la brisa crepuscular. Se lavó el rostro con agua fría y bajó a la recepción. No tuvo ocasión de preguntar si había recibido algún recado. En la oscuridad de uno de los salones más recónditos, sumergido en una penumbra de acuario, entre brillos de cobre y grandes macetas, grueso y apoltronado como un batracio, le esperaba el doctor.

Abrió un ojo esférico cuando el abogado le dijo que le había estado buscando por la mañana en el café.

—¿En el café? Yo nunca voy al café. ¿Quién ha podido decirle eso?

—Toribia.

—¿Toribia? ¿Qué idea tiene Toribia de mandar a buscarme al café?

La cuestión quedó sin aclarar. El doctor se revolvió con un gruñido. Había en sus movimientos una torpeza engañosa. Se había despertado aquella mañana con el temblor de las explosiones de dinamita de una cantera cercana a su casa. Horadaban la roca con los barrenos, explicó, perforaban la roca durante días y luego, un día cualquiera, un lienzo de montaña saltaba por los aires, la tierra se estremecía, y el universo entero parecía acercarse un poco más a la frontera de su destrucción. Temblaba su casa hasta los cimientos, desaparecían entre nubes de polvo fragmentos enteros del paisaje, surgían en su lugar aristas vivas y rocas destripadas, mientras en algún lugar de la comarca la autopista progresaba en el mismo paisaje y sobre la misma roca que la dinamita destruía, como una suerte de proceso invertido en continua transformación. Y solo las vacas seguían pastando indiferentes en el prado, como si la tierra no temblara también bajo sus cuatro patas, y la cercanía del apocalipsis no bastara para detener el balanceo rítmico de su cola, ni fuera suficiente para cortarles la leche.

Ese había sido su despertar aquella mañana. Y se guardó de hacer mención de la succulenta noche pasada en compañía de la más activa de las

putas del Club Oasis hasta las pequeñas horas de la madrugada, porque la conmoción causada por la noticia le había borrado la memoria, y solo una circunstancia merecía ser tomada en cuenta de todo cuanto podía recordar. Había regresado a las cinco de la mañana y no llovía. A las nueve la dinamita le había hecho saltar de la cama. Creía en los presagios. Creía en el sentimiento de la fatalidad y tenía toda la vida a sus espaldas para sentir que los presagios le rozaban la piel. Adivinó que algo grave había sucedido aquella noche. Luego le dijeron lo ocurrido. También había estado a mediodía en casa del general y también había conversado con el inspector de policía. ¿Qué podía decirle? El suelo se deslizaba bajo sus pies. Parecía que el destino se abría en grandes zanjaz, no al modo de las cargas de dinamita sino como resultado de poderosas tensiones subterráneas, con el fragor de los acontecimientos largo tiempo diferidos.

Los ojos del doctor se abrieron con espanto. Extraordinariamente fatigado, deshechas las carnes, no había querido regresar a casa y había estado esperando toda la tarde en aquel salón.

El abogado acercó una butaca para escucharle y encendió un cigarrillo. Una camarera envuelta en un nimbo luminoso cruzó la perspectiva del pasillo con una brazada de sábanas planchadas. En algún lugar resonaban las calderas. Eran las últimas revisiones. Era el ordenamiento definitivo del balneario antes de cerrar por fin de temporada. El doctor abrió sus grandes ojos ambiguos.

—¿Le preguntó algo la policía?

—Me preguntaron si sabía dónde estaba el muchacho —respondió el abogado.

—¿Por qué? ¿Por qué había de saber usted dónde está el muchacho? —replicó el doctor malhumorado.

El abogado se encogió de hombros. No le había extrañado la pregunta. De algún modo le había parecido natural. El doctor permaneció pensativo unos segundos. Luego prosiguió.

—¿Y no le preguntaron por ella?

—¿Por ella?

—El inspector. El hombre de la cara de perro.

—No, no me preguntaron por ella. Supongo que saben para lo que yo estoy aquí.

—Ah, lo saben —exclamó el doctor con ironía.

—O no lo saben. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Ninguna. ¿He dicho yo acaso que tuviera alguna importancia? —replicó el doctor visiblemente enojado—. Yo pregunto si le preguntaron por ella, como le han preguntado por el muchacho, como le han podido preguntar por mí. ¿O no? ¿O no le han preguntado por mí?

—Solo me preguntaron por el muchacho —repitió el abogado.

—¿Y no le extraña?

—No me extraña.

—Una mujer rueda por las escaleras, se rompe el pescuezo, interviene la policía, y no se sabe si el caso va a dejar de rodar.

El abogado advirtió la crudeza de sus palabras. La impaciencia del doctor le irritaba. Adivinaba cuál era su preocupación y procuró ocultarlo. Volvió la mirada hacia el rectángulo de luz de la cristalera, donde un jardinero extrañamente silencioso, adusto como el espíritu del otoño, limpiaba con un rastrillo el paseo de grava. Un minuto después el hombre había desaparecido dejando en su lugar un montón de hojas muertas.

El abogado examinó fríamente la situación. Pensó en la amenaza que había lanzado el jardinero en el café y en el fundamento de sus acusaciones. Aquel viejo chivo putero y pedófilo, a quien sobresaltaban las explosiones de una cantera como si reventaran los pecados del alma, tenía sin duda muchas cosas que ocultar. Cabía algo más que una sospecha. Imaginó al muchacho entregado como juguete a sus delicias, entregándose por propia voluntad, apenas seducido por el fulgor de una moneda o la promesa de un regalo mayor, astuto y cauto en su extravagante comportamiento o perspicaz en la lucidez de su codicia, violento en el rechazo de las caricias lo mismo que podía sentirse humillado en el consentimiento. ¿Qué se sabía de ello que no surgiera de las murmuraciones del café? ¿Cómo había terminado por llegar a los oídos del padre? ¿Se había difundido la calumnia, si calumnia había, en sórdidas inscripciones grabadas a punta de navaja en las letrinas? Colgado por los pies, con la corbata y las manos rozando el suelo, el doctor ofrecería el triste aspecto de quienes ni siquiera son

redimidos por la muerte más afrentosa. Su inquietud se prestaba al sarcasmo y sin embargo había algo fundamentalmente hermético en su prudencia. Respiraba en silencio, como una divinidad anfibia y oriental. ¿Y ella? El doctor pareció haber adivinado su pensamiento. Por sus ojos pasó un relámpago de desafío.

—¿Ella? —exclamó con una sonrisa irónica—. No se vaya usted a creer lo que van diciendo de ella por los bares.

—¿Sobre ella?

—O sobre usted, o sobre mí. Sobre cualquiera de los dos.

—Yo llevo una semana en este pueblo.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso está usted hecho de diferente carne y el muchacho no trata con usted? ¿Alguien no le ha murmurado al oído lo que ya se murmura?

El abogado le miró escandalizado. El doctor tuvo un gesto desdeñoso y prosiguió.

—Este pueblo no hace diferencias —dijo tras una pausa—. Y si ya ha oído algo de lo que van diciendo de otros, acaso lo digan también de usted.

—No creo que deba tolerar...

Por primera vez el doctor sonrió con benevolencia y suspiró.

—¿Qué tiene usted que tolerar? Yo no quiero arriesgar un escándalo por corrupción de menores, ni quiero arriesgarlo por ella. ¿Me entiende? Usted es abogado y me agradecerá que le hable claramente —prosiguió con su aplomo habitual.

Sus ojos blancos y esféricos brillaron en la oscuridad. Su presencia era tan material y voluminosa que parecía aumentar de proporciones a cada respiración. No se tenía que disculpar, ni abundar en la sospecha, ni justificar su conducta, la propia y la de ella, en todo lo que se refería al muchacho, como si todo viniera muy de atrás en el tiempo, porque siempre es antiguo lo relacionado con vicios y virtudes, siempre surge un hallazgo que tampoco es necesario justificar. ¿A ojos de quién? ¿Ante quién? ¿Frente a un policía con cara de sabueso? ¿A ojos de la sociedad? Tanto valía ser pasto de la lengua ajena como guardar la virtud en casa, donde la muerte la pueda encontrar. El doctor sabía lo que era navegar en aguas turbias y vivir entre la enfermedad y las inmundicias, la caridad y las obsesiones, y

conocía por su profesión las debilidades humanas, propias y ajenas, algo que un abogado debería también conocer.

—Yo solo quiero saber...

—Usted no logrará saber nada. Más vale dar por cerrados ciertos asuntos, lo mismo que se cierra este balneario por una temporada. Y tratándose de mí, o de ella, yo no he venido aquí a discutir ignominias, ni siquiera a confesarle mis propios vicios.

—Entonces...

—Mañana quiero ir a verla y quiero que usted me acompañe. Esa mujer está sola en una cama de hospital.

—¿Ha tenido usted noticias?

—Probablemente a estas horas ya le han enderezado la columna vertebral con una varilla de acero inoxidable, y le habrán perforado la cabeza con media docena de electrodos y quién sabe cuántas cosas más. Está en coma, y eso equivale a decir que ni agradecerá ni le ofenderá nuestra visita. Pero es necesario que yo vaya y que usted me acompañe. A fin de cuentas, usted también deja un asunto por concluir.

El abogado se ofendió. El recuerdo de los papeles no firmados le humillaba.

—Eso es lo de menos.

—Quizá. Estoy de acuerdo que en las actuales circunstancias eso es lo de menos.

—Le acompañaré —dijo el abogado—. Agotaré los recursos para satisfacer a mi cliente.

—¿Me acompañará solo por eso?

—No, no le acompañaré solo por eso. Pongamos que yo también tengo interés en verla a ella.

El doctor miró el reloj y dejó caer los párpados.

—Son las ocho y ahora debo irme —dijo con indiferencia.

Se levantó del sillón haciendo un esfuerzo, dando por concluida la conversación. Paseó la mirada a su alrededor y se palpó los bolsillos de la chaqueta como si olvidara algún objeto. El abogado se levantó para acompañarle pero el doctor le apartó con un gesto del brazo y prefirió caminar solo a través de los salones. Sorteó las mesas de billar, cubiertas

con amplios sudarios. Habían encendido la lámpara monumental de la sala de juego. En lo alto de una escalera dos hombres recogían los cortinajes. Las alfombras amortiguaban los sonidos. En el bar desierto la botillería lanzaba destellos. Del otro lado de la cristalera empezaba a anochecer.

El doctor desapareció por el último pasillo, oscilante como un navío, poderoso en su torpeza, despertando un invisible taconeo entre grandes macetones de palmeras sobre el mármol del vestíbulo. Iba dejando una estela de compasión y de infamia que ningún abogado podría desentrañar. Entonces el abogado, inmóvil en el centro de aquel laberinto, recordó los consejos desinteresados de su mujer. «Cuídate las tripas, acuéstate temprano, no cojas frío». Pero siendo abogado nunca le había faltado audacia, y siendo un hombre libre nunca había renunciado a la sed de conocimientos. Primero pensó subir a la habitación y hacer una llamada a Madrid para hablar con Miguel Goitia pero renunció a ello, sobrecargado de indiferencia por los negocios que le habían llevado allí. Después decidió respirar el aire de la noche. Se alzó el cuello de la chaqueta y salió a dar un paseo por el parque del balneario. Tenía la buena fortuna de encontrarse solo en el instante que más necesitaba la soledad.

La recepción del hotel estaba desierta. Sobre el mostrador de caoba una lamparita proyectaba su círculo de pergamino. Aún parecían alejarse las misteriosas pisadas del doctor sobre el mármol, dejando ver el fondillo de sus pantalones antes de evaporarse en la oscuridad.

La noche era fresca. Bajo las columnas del porche resonaba el mar cercano, invisible, recogido en la bóveda como en un cuenco. La luz del faro rasgaba las colinas, surgiendo de la nada. Las cristaleras del hotel proyectaban un juego de sombras chinas donde se recortaban las siluetas de los hombres que descolgaban los cortinajes. En lo alto surgían las chimeneas. Fue un breve espectáculo de magia y funambulismo. Al cabo desaparecieron. El abogado entonces salió de la protección del porche y avanzó por el paseo de grava. Se detuvo un instante. Respiró a pleno pulmón y el oxígeno fresco le llenó de euforia. Los primeros árboles del parque se fueron alzando en la noche, y el abogado sintió que sus funciones de abogado cobraban una dimensión secreta, inesperada. Un íntimo escalofrío le recorrió la columna vertebral porque súbitamente se convenció

de que sabía dónde estaba el muchacho, solo él lo sabía, y sonrió al pensar que nadie hubiera dado con ello, ni siquiera él mismo, de no haber salido a respirar el fresco de la noche para recibir la certeza del hallazgo como una revelación. Entonces dejó el paseo de grava para dirigirse a las ruinas del balneario donde se había encontrado con el muchacho por primera vez.

Se dejó atraer hacia las ruinas cruzando la pista de tenis abandonada, rodeando la gran sombra del frontón bajo la copiosa cabellera de hiedra. Un vuelo de pájaros sorprendidos en el sueño le sobresaltó. Sintió en el rostro el velo de una tela de araña y llegó a los edificios derruidos como inspirado por el rumor de las ratas y el juego fosforescente de los insectos nocturnos. Las ventanas desvencijadas lanzaban un ajedrez de destellos rotos. El relente de la noche acentuaba el olor a madera podrida y escombros, y entre la confusión de formas le pareció adivinar una respiración. Un gato huyó bajo sus pies. A punto de perder el equilibrio entre los cascotes el abogado desconfió de su primera intuición, pero no totalmente, no del todo, y entre los muros desplomados, y las piscinas cegadas, y el laberinto de caños y azulejos cuarteados, sentía una presencia, tan oculta en la sombra como la sombra misma. Tropezó con el envoltorio de harapos de un mendigo. Por encima de su cabeza, entre las peligrosas vigas de la tejavana, asomó la luna. Las ruinas cobraron una dignidad solitaria y azulada. Siguió registrando escombreras y visitando reductos. Al cabo de media hora el abogado se rindió a la evidencia. El muchacho no estaba allí.

Sin embargo, tan fuerte era su intuición que no se dio por vencido. Sabía que se hallaba en terreno conocido del muchacho. Aquellas minas eran su santuario. Cruzó de nuevo los baños, apartó con el pie una bolsa de desperdicios y salió al exterior evitando el golpe de una contraventana desplomada que giró sobre una bisagra a un golpe de viento. A punto estuvo de hablar en voz alta. «Sé que estás ahí, muchacho, te siento». El paño de ventana osciló con un chirrido. «Sé que estás ahí y necesitarás un buen abogado». Guardó silencio. Las nubes corrieron sobre la luna y las sombras cambiaron de lugar.

Por la maleza, siguiendo el cauce de las viejas canalizaciones, corría un hilo de agua del antiguo manantial dejando un rastro sulfuroso y algo fosforescente. Con la hierba hasta los tobillos, empapándose en el rocío, el

abogado siguió el curso del arroyo por una senda imperceptible hasta el lugar donde el regato surgía de la peña. El parque del balneario se cerraba allí en matorrales espesos, jamás visitados por el jardinero, una selva pútrida de zarzas y helechos, con hedores de azufre y densas nubes de mosquitos que lanzaban brevísimos destellos de color azul. El abogado sintió que sus zapatos se hundían en el fango. Cada uno de sus pasos dejaba un ruido de ventosa. Llegó a la hendidura de la peña y pisó terreno sólido. Por los labios de aquella hendidura solo pasaba el pecho de un hombre. Necesitaba luz. Se palpó los bolsillos y encendió el mechero. «Sé que estás ahí, muchacho», repitió sonriendo. Con la respiración contenida por la opresión de la roca, desgarrando la camisa, penetró en la oquedad.

Nadie había puesto los pies allí desde hacía mil quinientos años. Nadie había entrado en aquellos baños de troglodita desde que los romanos los habían dejado de utilizar, pensó, desde que los desprendimientos habían cegado la entrada dejando la mínima hendidura por la que surgía el manantial, y en aquel interior resonante, en aquella caverna tibia como el vientre de una madre, sintió un rastro y sintió verificada una presencia. Nadie había entrado allí en mil quinientos años, salvo el muchacho, pensó con el legítimo orgullo de su intuición confirmada, impresionado de encontrarse ante un considerable hallazgo arqueológico, mientras alzaba la llama del mechero hacia los antiquísimos restos de mampostería, y descubría las resquebrajadas bañeras de mármol, elegantes como sarcófagos, y sentía bajo sus pies, en el resbaladizo verdín del pavimento, el grano desigual de los mosaicos que descubrían algún destello de oro, y en la atmósfera sulfurosa, opresiva, la llama del mechero resplandeció aún más. Por un instante se vio sobrecogido en aquel ámbito misterioso. Sentía la presencia del muchacho pero no había rastro de él, y lo cierto es que todo justificaba sus expectativas, las huellas sobre el musgo, el roce de otras manos sobre un fragmento de estuco con guirnalda ocre de flores y pájaros, y sobre todo el profundo convencimiento de que el muchacho había estado allí. El agua surgía de las entrañas de la tierra con un extraño hervor. Había ido dejando un sedimento de siglos, con relieves calcáreos y herrumbrosos en forma de riñón. «Has estado aquí, muchacho», musitó el abogado en voz alta, y la caverna permaneció silenciosa, como si para sus

palabras no hubiera eco. Se arriesgó a avanzar unos pasos. Del techo rezumaba agua tibia, como gotas de sudor. Al fondo el muro de mampostería había cedido bajo la presión de la roca, hinchado de humedad, formando un recoveco por donde brotaba otro caño de agua. Llegaba de allí una débil corriente de aire y pensó que por alguna chimenea los baños comunicaban con el exterior. Se agachó para examinar la huella de unos pasos y al fin halló la prueba que buscaba. Allí estaba el macuto del muchacho, y sus cañas de pesca. Pero nada más.

¿Qué esperaba encontrar? Halló dos colillas y una piedra que servía de asiento. El muchacho se había fumado un par de cigarrillos. Tabaco rubio, femenino. Sherlock Holmes los hubiera recogido. Paseó la mirada a su alrededor alzando el mechero y su propia sombra giró en las paredes. Nadie más que él conocía aquel escondrijo, de eso estaba seguro. Le pareció advertir un movimiento en el fondo de la cueva pero era su imaginación. Examinó de nuevo el lugar. Sintió la opresión de los vapores sulfurosos en el extravagante decorado de aquellas minas sepultadas. Le habían hablado de exploraciones y nunca había pensado encontrarse en una situación como aquella. ¿Quién conocía su existencia? Desde luego el muchacho. ¿Nadie más? Nadie más. Sonrió al pensar que compartía el descubrimiento. Luego contempló de nuevo el macuto y las cañas de pesca. Si el muchacho no estaba loco, si los circuitos de su cerebro funcionaban aproximadamente como los de un muchacho de su edad, aquella gruta bastaba para deteriorarlos, para alterar la circulación con los vapores de azufre, y calentarle la imaginación en las bañeras subterráneas, y alimentarle de monstruos con los vestigios de ocre sanguinolento que surgían de la humedad de los estucos, y llenarle el inconsciente de riquezas con el oro de los mosaicos fragmentados. Eso era todo y no era poca cosa, pero su descubrimiento, en las razones prácticas y a la vista de las colillas, de las cañas y del macuto abandonado, se detenía allí.

Le pareció que la llama del mechero se consumía después de un último fulgor y prefirió salir de la cueva antes de quedarse en la oscuridad. Volvió sobre sus pasos y halló sin dificultad la hendidura de la roca por la que había entrado. Se deslizó otra vez por ella dejando el pecho en las paredes, y en pocos minutos se encontró de nuevo entre la maleza, chapoteando en el

fango, respirando el aire limpio y agradeciendo la brisa que llegaba del mar. Llenó sus pulmones bajo la libertad del cielo nocturno. Le pareció que la luna brillaba con un resplandor desconocido mientras los ojos admiraban la suntuosa claridad de la noche. Caminó entre los helechos hasta hallarse en terreno despejado. Estaba de nuevo en el parque. Entonces se dio cuenta de su aspecto, de los destrozos de su camisa, de sus manos desolladas, de sus zapatos embarrados hasta los tobillos, y de la mejor manera que pudo, imperturbable, se dirigió al hotel.

El edificio estaba a oscuras. Parecía un lugar deshabitado. La luz de las cristaleras había desaparecido. Apenas se adivinaba el resplandor de la lámpara en la recepción. Antes de llegar al porche se detuvo un instante y se sacudió ingenuamente la ropa. Entonces levantó la vista y bajo las columnas del porche, entre la arquitectura de sombras, distinguió la brasa de un cigarrillo. Alguien le estaba esperando. En aquel momento hubiera preferido no encontrar a nadie pero antes de oír su voz adivinó quién era. Unos segundos más tarde recibió la confirmación.

—Parece que llega usted de muy lejos, abogado.

El abogado no se atrevió a responder. Reconoció la voz del inspector de policía. El hombre permanecía apoyado en una de las columnas. La hebilla de su cinturón lanzó un brillo metálico. Avanzó unos pasos y salió de la sombra. El abogado descubrió su cara de sabueso, su rostro redondo y afable, ancho de mejillas, largo de nariz, de buen rastreador. Se acercó al abogado y le ofreció un cigarrillo.

—Parece que llega usted de la selva —dijo con burla—. Lástima de traje.

El abogado aceptó el cigarrillo que el inspector le ofrecía. Intentó encenderlo con su propio mechero sin lograrlo y aceptó también el fuego del inspector. Disimuló lo mejor que pudo los desgarrones de su camisa y se abrochó la chaqueta. Entonces se dio cuenta de que había perdido un botón. Dos botones. Finalmente se abrochó el tercer botón.

—Le estaba esperando —dijo el inspector—. Quería hablar con usted.

—¿Sobre los últimos acontecimientos? —preguntó el abogado.

—Como usted quiera llamarlo. Yo solo tengo un acontecimiento apuntado en mi libreta. Se llama Ana Rosa Camp y está en coma.

—¿Y el muchacho?

—Eso es lo que tengo que resolver.

—¿Quiere usted que entremos en el hotel?

El inspector miró con desconfianza el lóbrego vestíbulo.

—Prefiero que demos un paseo —dijo echando a andar con las manos en los bolsillos y el cigarrillo en la comisura de los labios.

El abogado le siguió. Era un hombre fuerte y ancho de espaldas, que hacía resonar sus pasos por el paseo de grava como si arrastrara cadenas. Se dirigió hacia la glorieta con la seguridad de que el abogado venía tras él. Cuando le sintió a su lado habló sin volver la cara.

—El doctor ha estado aquí. Le vi marchar —dijo con indiferencia—. ¿Qué piensa usted de ese hombre?

—¿Qué tengo que pensar?

—Nada. Pongamos que era una pregunta casual. Se trataba de aclarar las cosas. Usted ha venido aquí por unos asuntos determinados y yo he venido por otros asuntos. Me preguntaba si en algo podíamos coincidir.

—¿No se ha aclarado nada? —preguntó el abogado con malicia.

—Hay algo que se ha aclarado y algo que no se ha aclarado. Por ejemplo, el muchacho se llevó el joyero, eso está claro. Lo que no está claro es la clase de relaciones que mantenía con esa mujer y con el doctor.

—¿Se llevó el joyero? —preguntó el abogado realmente sorprendido.

—Sí. Ya me oyó usted decir que algunas cosas suceden por razones evidentes. Pero luego hay razones que ya no son tan evidentes, razones turbias que la gente normal no llega a comprender. Yo soy una persona normal ¿usted me entiende?

El abogado no respondió. Había algo en aquella situación que escapaba a su entendimiento. No llegaba a comprender que el muchacho fuera un ladrón. El inspector llegó a la rotonda y se detuvo. Más allá se alzaban como lanzas las verjas del hotel. El rumor del mar se hacía misterioso, con un leve chapoteo cercano.

—¿Cuáles son las razones turbias? —preguntó.

—Vamos, vamos —dijo el inspector impacientándose ligeramente—. Un dormitorio que huele a morfina desde el rellano de la escalera, un

jardinero que lanza blasfemias y amenaza con colgar a medio pueblo por los pies...

—¿Ha estado usted en el café?

—Sí, también he estado. No son muchos los recursos de la policía. Por ahí he podido averiguar ciertas cosas. Es curioso.

—¿Qué?

—También relacionan al muchacho con usted.

El inspector se dio la vuelta haciendo frente al abogado.

—Supongo que por otras razones —se apresuró a añadir—. En todo caso me gustaría que me tuviera al corriente si tiene usted noticias de ese chico.

—¿Por qué había de tenerlas?

El inspector se rascó la cabeza con parsimonia como si controlara sus gestos. Luego respondió sin intentar disimular su malhumor.

—Mire usted, a mí no me importa que destroce usted sus trajes, yo no soy su sastre, y si lo fuera sus costumbres harían funcionar mi negocio. Puede usted salir por la noche a revolcarse en las zarzas, o recorrer los arroyos con sus mejores zapatos, o que le persiga una jauría de perros. Pero de verdad, si habla usted con el muchacho quiero ser el primero en enterarme.

—¿Qué riesgo corre?

—Usted es abogado y debería saberlo.

El abogado bajó los ojos. Miró sus pantalones y su chaqueta. Lo cierto es que el traje estaba destrozado.

—¿Por qué intentaría el muchacho hablar conmigo?

El inspector se encogió de hombros.

—El doctor tiene una sirvienta testaruda como una mula y silenciosa como un buey.

—¿Toribia?

—Eso es. Es posible que el muchacho también intente hablar con ella. Por decirle la verdad yo también estoy metido en un zarzal, o en un mar de lodo. No resulta ser un asunto muy grato.

—¿Los hay a veces?

—Pongamos que algunos asuntos apestan más que otros cuando uno se pone a averiguar.

El abogado permaneció en silencio y el hombre arrojó al suelo su cigarrillo apagado. Tuvo un gesto de fatiga y sus rasgos parecieron más perrunos. El abogado sintió cierta simpatía por él. No vio ningún automóvil en las cercanías. El hombre debía de haber venido andando. Caminó algunos pasos acompañándole hasta la verja, monumental y versallesca como el jardín de un palacio en la oscuridad. Se despidieron al pie de las rejas en el semicírculo de la entrada. El inspector le estrechó la mano.

—No lo olvide —dijo refiriéndose al muchacho—. Quizá es lo mejor que pueda hacer por él.

—Lo tendré en cuenta.

Luego desapareció. El abogado regresó al hotel sacudiéndose una vez más los pantalones. El vigilante de noche, un hombre mayor, en guardapolvo azul, con un manojito de llaves en la cintura como un sereno, dormitaba en su butaca de mimbre. Sabía que el abogado era el único huésped del balneario y se levantó para dirigirse al cajetín y entregarle su llave. Murmuró algunas palabras como si hablara en sueños. Contempló el aspecto de su huésped y pensó en Cristo flagelado. Luego se quedó contemplando los pies del abogado que desaparecían en el techo como un prodigio cuando tomó el ascensor.

A la mañana siguiente el abogado bajó a desayunar al comedor y se encontró con la desolación de los muebles recogidos, el bufete vacío exhalando relentes de pan viejo, las sillas alzadas sobre las mesas con las patas al aire como una selva de patas de silla en un mundo súbitamente invertido, y en un rincón reservado, con un mantel impoluto y la cubertería relumbrante, le esperaba una mesa intacta y bien dispuesta, ostentando el único y excepcional servicio de desayuno que se optaba por servir y era el suyo. Un camarero de buena alzada, fuerte, de largos brazos, sin duda excelente trabajador en las labores del campo, consultó el enorme reloj de pulsera que llevaba en la muñeca cuando le vio entrar. Era el hombre que se quedaría durante el invierno de guardián del balneario. Eran las diez y

media y a cambio de un café tardío y tibio el abogado le ofreció su sonrisa sin que el gigante se inmutara. No era por enemistad. El gigante consiguió en algún lugar un panecillo tierno, tan insólito en aquel desmantelamiento como la propia presencia del abogado. Quedaba un cuenco de mantequilla y una reserva de mermelada. El camarero ofreció con voz cavernosa un segundo tazón de café.

—¿No está el director?

—Marchó al pueblo —dijo Polifemo alzando la ceja con ojo torvo.

—¿Tardará mucho en volver?

—Horas —respondió escuetamente el gigante.

El abogado desayunó lentamente. Pensó un instante en los precipitados acontecimientos del día anterior, su visita a casa del general, asediada por la muchedumbre de curiosos, custodiada por la policía. La escena del café, con su iniciación a sibilinas conjeturas y su cortejo de improperios. La ambigua conversación de la tarde con el doctor, en la penumbra de los salones desertados y acompañado por la hedionda sospecha como un ángel de la guarda cornudo y maricón sentado a su lado. ¿Por qué mostrarse agresivo? ¿Por qué buscar en las sucias debilidades ajenas motivo de escarnio y no de compasión? Finalmente pensó en ella, Ana Rosa, recluida en la más absoluta privación de los sentidos, viajando en la noche cerebral hacia quién sabe qué destino, perseguida por la sombra del muchacho con el que sabía jugar pero el muchacho no pudo, o al que pudo seducir pero el muchacho no quiso, cualquiera que fuera la confusión de los términos y lo equívoco de sus relaciones. ¿Era un juego? ¿Eran sus juegos? En un comedor erizado de sillas patas arriba, en aquel mundo al revés, con un panecillo embadurnado de mantequilla en la mano y la taza de café delante de los labios, el abogado comprendió lo inestable de la situación. Y no temía el desarrollo de los acontecimientos, en los que el azar, o su disposición, o la soledad de aquel maldito balneario encajado entre la galerna del Cantábrico y la montaña, le habían empujado a participar. Sabía que seiscientos kilómetros hacia el interior del país las cosas se verían de otro modo y no dudó un instante de la inocencia fundamental de los hombres. Madrid tenía la virtud de hallarse del otro lado de las montañas, lo que significaba hallarse del otro lado de muchas cosas. Amplias llanuras,

interminable paisaje. El abogado lanzó una dentellada al panecillo y saboreó la nostalgia de un desayuno en Madrid, lejos de allí.

El camarero gigante se acercó a la mesa y con dos o tres delicados manotazos empezó a recoger el servicio. El abogado esperaba una llamada de Miguel Goitia pero su sensibilidad, tanto como su estado de ánimo, le impedían afrontarlo con entereza. No quería hablar con Goitia, que de alguna forma estaría ya al corriente del asunto en la versión más negativa para sus intereses. Había pensado en derivar la llamada hacia el director del hotel, pretextando cualquier indisposición, o simplemente excusando su ausencia. Pero el sobrino del general parecía extender el pánico con la sola amenaza de su voz y el propio director, como si intuyera el compromiso, se había ido. De repente pensó plantearlo de otro modo y aquel hombre podía ser la solución. Regresaba de la cocina, oscilante como una torre humana, a recoger los dos o tres objetos que quedaban sobre la mesa.

—Estoy esperando una llamada de Madrid y necesito alguien de confianza para recibirla —dijo el abogado.

Polifemo lanzó un gruñido.

—El director está ausente. ¿Sería tan amable de responder en mi nombre usted mismo?

El gigante resopló.

—Dirá que me he ausentado por un asunto del negocio. El negocio, ¿me entiende?

Polifemo aspiró lentamente las migas del mantel con un minúsculo artilugio.

—El negocio —repitió como si hubiera aprendido una clave funesta.

—Eso es. A mi regreso llamaré yo.

El abogado dejó la servilleta y se levantó de la mesa. Imaginó a Miguel Goitia enfrentándose por teléfono con Polifemo en una dialéctica de frontón. Eran pesos de la misma categoría, cada uno en su especialidad. Ni Polifemo lograría callarle, ni Goitia conseguiría que entendiera una sola palabra. Antes de salir dejó una propina sobre el mantel como quien apuesta en un partido. Polifemo recogió el dinero con una sonrisa y alzó el mantel.

El abogado se sentía el centro de una situación incomprensible, precisamente porque le era imposible averiguar cuál era su lugar en aquella

situación. Salió a pasear al jardín, y agradeció el aire fresco y cargado de yodo de la bajamar, el relente de salitre y algas marinas que tonificaba los pulmones y despejaba los misterios nocturnos. Dudó bajar a la playa y perder la mañana en un largo paseo al filo de las olas, desde la punta rocosa donde rompía el cataclismo del acantilado hasta la escollera del puerto, hundiendo los pies en la arena, entre las algas y los detritos y los hallazgos inesperados, botellas, flotadores, cadáveres, todo lo que el mar generoso recogía y vomitaba con la indiferencia astronómica de las mareas y que un hombre inteligente como él, el abogado, sabría interpretar como signos arrojados a la arena o jeroglíficos de una civilización. Llegó hasta la verja de hierro forjado, el magnífico enrejado versallesco que abría en semicírculo la entrada al balneario, donde el viento modulaba suavemente el silbido templando las rejas como los tubos de un órgano. Desde allí se dominaba el largo abanico de la playa con su ribete de espuma. Luego regresó sobre sus pasos por la avenida de grava. Con las manos en la espalda y los pulmones agradecidos paseó por el parque del hotel.

Llegó a la escombrera de los edificios abandonados. A la luz del día las minas cobraban un aspecto miserable, sin la magia de laberinto informe y peligroso que les otorgaba la oscuridad. Empapadas por el rocío de la mañana las vigas podridas despedían vapor. El ladrillo de los muros aparecía rugoso y muerto, despojado del sudario suntuoso del claro de luna. Dudó un momento y renunció a acercarse. Súbitamente sintió el cansancio de los vivos frente a la degradación y se alejó de allí sin volver la mirada. Le pareció oír un silbido pero fue únicamente en su imaginación. Además, nadie silbaba en las ruinas. No debía proyectar una presencia allá donde la presencia no existía, aunque su voluntad se ejercitara en provocar la presencia del muchacho. Siguió caminando hasta el lugar donde terminaba el camino de grava. La senda se perdía entre la vegetación pútrida por donde corría el minúsculo arroyo sulfuroso del manantial. La maraña le pareció más tupida e impenetrable que por la noche, como si el misterio que encerraba buscara manera de protegerse mejor a la luz del día. Un pájaro salió volando de los matorrales con un escandaloso grito de alarma. El abogado no osaba adentrarse. No lo deseaba verdaderamente. ¿Y si el muchacho hubiera regresado en la noche y se encontrara allí? Una columna

de mosquitos se alzó en un ondulante torbellino, como la aparición de una señal celeste. Sus zapatos pisaban el suelo tembloroso del cenagal. Imaginó el castigo de las zarzas y aquello acabó de disuadirle. La roca se erguía disimulando la hendidura de su vientre. Dejó caer el recuerdo de su aventura nocturna como un lienzo en sombras, como un acto concluido sobre un insospechado decorado teatral.

De regreso al hotel, alguien le estaba esperando en la rotonda de grava. Alguien lanzó un silbido y agitó la mano y al acercarse descubrió a la sirvienta del doctor. Bien plantada en sus zapatones, sólida y desgredada, envuelta en sus harapos multicolores, con una especie de zurrón en bandolera que se suponía era su bolso de señora, o el saco de las provisiones, o el pozo sin fondo de sus hurtos y de sus mañas, Toribia llevaba media hora esperándole y eso no lo sabía el abogado, pero Toribia se impacientaba, y después de lanzar silbidos ganaderos a los cuatro vientos del jardín a punto estaba de marcharse, y se hubiera marchado de no haber sido importante su cometido, personalmente vinculante y de importancia, comprometida en sus tripas con algo que tenía que decir al abogado y que hervía en su interior. El abogado se acercó sorprendido. La mujer juntó sus gruesas manos de fregona.

—¿Abogado?

—¿Qué haces aquí?

Fuera de la verja estaba el coche del doctor con la portezuela abierta y el motor en marcha. La sirvienta se acercó estimando al abogado de arriba abajo con mirada de campesina.

—El muchacho quiere verle —lanzó súbitamente sin dar explicaciones.

—¿Cómo?

—El muchacho quiere verle —repitió la mujer bajando la voz.

El abogado miró al coche vacío con el motor que atronaba.

—¿Dónde está?

—Si el abogado quiere, el abogado viene, y si no quiere que le zurzan al abogado —dijo la mujer como si hablara con otra persona—. ¿Está claro?

—Debería dejar un recado.

—No hay recados.

—¿Sabe el doctor que has venido a verme?

—El doctor no sabe nada. Solo vengo de parte del muchacho que quiere verle. Quiere verle a usted que es abogado. ¿O no es abogado?

—Mira, Toribia...

—¿Viene?

El abogado lanzó una ojeada hacia el hotel donde el camarero gigante se había acercado hasta la cristalera como si fuera a atravesarla.

—Vamos —dijo dirigiéndose hacia el vehículo.

La mujer marchó delante de él y esperó a que el abogado se acomodara antes de rodear el vehículo y subir ella por la otra portezuela. El automóvil arrancó con un violento tirón.

Ella no había encontrado al muchacho sino que el muchacho la había encontrado a ella, primero en la casa de putas, ¿en la casa de putas? exclamó el abogado, donde el muchacho había acudido a pedir algo de cenar, ¿a cenar?, y por la gracia de la negra, la mujer negra, aquella puta negra a quien Toribia consideraba una salvaje aclimatada, el chico había obtenido un plato de patatas fritas y media hamburguesa, eso era lo que había obtenido, o lo que el muchacho dijo a Toribia que había cenado sacándolo de la casa de putas por la puerta de servicio, como se alimenta a un perro, y al menos eso probaba la facilidad que tienen esas mujeres de no hacer preguntas y ayudar a los fugitivos, sin hacérselo pagar. Toribia había recibido al muchacho todavía con los labios embadurnados de grasa y el plato de cartón en las manos, y le había subido al automóvil en el mismísimo asiento que ahora ocupaba el abogado, sobre los mismísimos resortes que se hincaban en el delicado culo del hombre de leyes, y tampoco le había hecho preguntas, sino tan solo saber qué había hecho, qué había sucedido, qué quería de la mujer negra, qué quería de ella, lo cual eran demasiadas preguntas para alguien que se jactaba de no preguntar. Y el muchacho no había respondido. Solamente le atormentaba ser recibido en casa a zurriagazos por su padre o quizás algo peor. Ser colgado por los pies, como tanto amenazaba el jardinero por el pueblo, ser rebanado en lo que le quedara de virilidad, y quién sabe qué desdichas. De modo que Toribia le había subido en aquel potente automóvil, robusto vehículo de seis cilindros

y veintiséis años, dijo golpeando el volante como si se tratara del anca de un caballo, y a toda la compresión de las velocidades más cortas por los caminos más ásperos y embarrados, le había puesto a buen recaudo, llevado a buen lugar.

El abogado se aferró a una manija mientras saltaban los engranajes del cambio y el automóvil acometía la pendiente.

—¿Anoche?

—Anoche —afirmó la mujer.

Y no sabía dónde había estado el muchacho anteanoche, quizá en los bosques, quizá en las minas, quizá escondido en los bidones de gasoil que se apilaban detrás de la casa de putas, todo era verosímil, porque con su buen olfato rural la mujer había detectado en las ropas del chico rastros de musgo y hierba, rastros de yeso y de gasoil.

—¿Llevaba algo con él?

—Su persona, sus calzones y su chaquetilla —respondió la mujer escuetamente y el abogado supo que mentía. Según el inspector de policía el joyero había desaparecido y el abogado no lo había visto entre las cosas que el muchacho había dejado en la gruta.

—¿No llevaba nada más?

—¿A qué se refiere?

—¿A qué cree que me refiero?

—No lo sé.

La mujer se volvió hacia la ventanilla y escupió. El abogado cambió de conversación.

—¿Dónde está ahora el muchacho?

—Yo le llevo a él.

El motor rugió con el eje en las roderas del camino dejando a la derecha la alta torre del faro. El automóvil fue zarandeándose al entrar en los prados, campo a través, marcando en la hierba la huella negra de los neumáticos. A la derecha el acantilado se precipitaba en el mar. Un vuelo de gaviotas se alzó del borde mismo del barranco. La barra del mar se levantaba por encima de donde se desplomaba el horizonte de prados. Toribia volvió al camino entrando por un paso de vacas. El bosque se deshacía en niebla y le pareció que alguien soltaba un escopetazo.

—¿Se encuentra bien?

—Le falta una limpieza de bujías —respondió Toribia toda entregada a su pasión por el vehículo— de otro modo no soltaría truenos por el escape y hubiera respondido de otro modo en el último viraje, viejo buey, pero responde.

—¿Se encuentra bien el chico?

—Bien, se encuentra bien.

La mujer señaló un caserío en un grupo de dos o tres construcciones destartaladas, entre el bosque y los maizales. Explicó que allí vivía su sobrino. Explicó que su sobrino había dejado la bebida para entregarse a la cría de las mejores gallinas de la parroquia, después de haber sido alcohólico y molinero, criador también de un cerdo anual en aquel caserío que el abogado veía y adonde el automóvil se dirigía bebiendo el aire de los prados llanos después de la esforzada subida. El volante saltaba en las manos de Toribia con fuertes sacudidas. Rodaban por un camino empedrado. Finalmente entraron en una especie de corral formado por una empalizada entre dos graneros. En el centro se levantaba un gran tilo que había empezado a vestirse con las galas del otoño. Gallinas negras de cresta de coral se alejaron espantadas cuando el automóvil se detuvo con las más atormentadas explosiones del motor.

En el umbral de la casa apareció un hombre de aquella raza de gigantes que se criaban en la región. Llevaba una llave descomunal colgada al cinto. Toribia le hizo una seña y el hombre alzó la llave. ¿Habían encerrado al muchacho?

—Él tiene al chico —dijo Toribia apeándose.

—¿Lo tiene encerrado?

—Tiene encerrado al cerdo y tiene encerrado al chico. No es mala persona. Ha sufrido mucho. Lo cierra todo.

El abogado se bajó del coche. El automóvil siguió estremeciéndose con el motor en marcha. El abogado siguió los pasos de Toribia hacia la casa, sorteando las inmundicias y los charcos de orín. La mujer y el sobrino intercambiaron gruñidos en algo que parecía ser un lenguaje de interjecciones, o el idioma propio de aquella especie de primitivos animales

que hablaban en su lengua religiosa. El hombre miró directamente al abogado. Una mata de pelo le ofuscaba la nariz.

—Sígame —dijo empuñando la llave.

Rodearon el caserío y agacharon la cabeza bajo el arco del chiquero, donde el abogado sintió el resoplido del cerdo. Cruzaron un patio cubierto de inmundicias. En una rincón se acumulaban hierros viejos, extraños utensilios de labranza. Una banasta de tomates podridos había regado su mercancía alrededor. Toribia se quedó atrás. Finalmente, después de rodear la casa llegaron a un cobertizo.

El hombre abrió la puerta de aquel trastero y le dejó solo, y el abogado agradeció que le dejara solo, porque le pareció que así podría afrontar mejor la situación de hallarse con el chico encerrado bajo una llave de tres cuartos de kilo de peso propiedad de un gigante que podía, o no podía, haber abusado de él según le viniera en gana, y podía, o no podía, a sabiendas de lo que corría por ahí, tomar su parte de carne de aquel muchacho puesto que otros la habían tomado, y podía o no haberlo hecho, pero también comprendió el abogado que tres vueltas de llave en un cobertizo con el muchacho dentro eran una forma de protección. Distinguió tres o cuatro objetos en la penumbra filtrada por las tablas del techo. El abogado se sentó en un sillón desvencijado. El muchacho estaba allí, sentado en un baúl forrado de cuero. Una botella polvorienta lanzaba destellos verdosos. Había un plato de loza en el suelo con restos de comida y una corteza de melón. El muchacho tenía en la mano un mendrugo de pan. Estaba descalzo. Los largos calcetines le prolongaban un palmo los pies. A su lado estaban las botas con los lazos deshechos.

—¿Has comido?

El muchacho hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Me has mandado venir?

En su mirada brillaba un destello de inteligencia, un vivo y agudo reflejo de luz que se cruzó con los ojos del abogado sin súplica ni desafío, lo que hubiera dado la razón a quienes intuían una mente superior bajo el rapado cráneo del muchacho, y hubiera sumido en confusión a quienes solo veían el ávido y obtuso recolector de propinas, devorador de melones, y el muchacho, por afianzar la razón de los primeros, mantuvo la mirada fija,

insistiendo en la mirada del abogado, por averiguar si encerraba una amenaza y desentrañar su disposición, y también, de manera mucho más inteligente de lo que hubiera podido maquinar cualquier voceador de café, por saber cuál era el mejor modo de aprovechar su presencia y qué partido podía sacar de él. Tenía la cara sucia, tiznada de gasoil o de barro. Era evidente que el gigante criador de cerdos y propietario de gallinas no había juzgado conveniente entregarle una jofaina de agua para que se pudiera lavar. Lejos, del otro lado de la casa, se oía el motor del automóvil en marcha. El muchacho dejó el mendrugo de pan y se reclinó en el baúl.

—¿Es usted abogado?

No pudo ir más lejos. El abogado lanzó una carcajada, se echó a reír destrozando la tensión de media mañana de suposiciones. Levantando el polvo de las tablas y haciendo crujir el mimbre del asiento, oyó lo más absurdo que se pudiera escuchar en aquella circunstancia, y era que todo el mundo parecía interesado en cerciorarse de su oficio.

—¿Eso es lo que quieres saber? ¿Si soy abogado?

—No solo quiero saber eso —dijo el muchacho humillado.

—Bueno, supongo que quieres saber algo más. Supongo que quieres saber lo que se dice de ti en el pueblo.

El muchacho no respondió a la provocación y eso era también prueba de inteligencia. Le bastó bajar los ojos con desprecio. Dejó rodar al suelo el mendrugo de pan como si provocara al abogado a recogerlo, o más aún, como si arrojara el mendrugo a los perros y con el desdén se fuera a dejar morir de hambre, pero es posible que dejara rodar el mendrugo simplemente por el gusto de verlo rodar. Permaneció largo rato con la vista fijada en el suelo. Calculaba el punto de higa en la perspectiva de las rayas de la tablazón buscando el camino de su propia fuga. El abogado se acercó y le sacudió el hombro.

—Tienes a medio pueblo soliviantado, entre los que piensan que eres idiota y los que piensan que no lo eres pero que te has portado como si lo fueras. ¿Qué pasaba con esa mujer, con Ana Rosa?

El muchacho se libró del empujón.

—¿Eh? ¿Te sometía?

No veía otra manera de herirle que la de verle sumiso, y se preguntó por qué razón deseaba herirle.

—La has cagado.

—¿Por qué?

—Así se dice, ¿no? Así lo ves, meterle una navaja por las tripas y largarte con el estuche de las joyas. ¿Quién te sometía? ¿Ella o el doctor? ¿Quién de los dos ha acabado por hacerte rico? ¿Sabes en qué clase de basura andas metido?

El muchacho recibió la andanada de preguntas sin abrir los labios.

—¿Pensabas arrojar al doctor por la escollera y desvalijarle los bisturís de la consulta? ¿Piensas que son de plata?

El muchacho aguantó la violencia y dejó escapar un gemido. Le relucía el cráneo bajo el pelo rapado. En su cabeza se depositaba una aureola bajo el rayo de luz, todo él bañado en una penumbra de estampa sagrada. Tenía un codo herido. Había hundido la barbilla en el pecho y babeaba.

—Eres un desastre. Y ahora dime lo que quieres.

Volvió la cabeza y por la mueca el abogado pensó que enseñaba los incisivos. Hubo mido de herramientas afuera. Afilaban un cuchillo. El sobrino de Toribia trabajaba en el corral y pudo suponer que la propia Toribia escuchaba detrás de las tablas. El muchacho callaba. Hubiera preguntado si la mujer había muerto pero no le salía aquella pregunta de la boca.

—Me imagino que querrás saber qué ha sido de ella.

—¿Qué ha sido de ella?

—La tienes en coma en un hospital. Es decir que la tienes viajando en las tinieblas por un tiempo desconocido.

Extrañamente excitado el abogado saboreaba lo amargo de aquella situación. Volvió a sentarse en el desvencijado sillón de mimbre. No podía saber si el muchacho comprendía, o se ausentaba con otros intereses y otras intenciones, como los cerebros obstinados, secretos y taciturnos de Capricornio, aunque reaccionara al castigo. Tendido en el baúl forrado de cuero, casi abrazado al cofre, parecía cabalgar sobre una caja de dinamita. Se incorporó al sentir que el abogado estaba a alguna distancia. El abogado

se cruzó de brazos. Lamentó haber agotado las recriminaciones y dejó paso a cierto cauteloso sentimiento de ternura.

—Y ahora ¿qué quieres que haga?

—Quiero mandar un recado a mi madre.

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Necesito dinero.

—Naturalmente, necesitas dinero, ¿cómo vas a pagar a esta pareja de hospederos?, ¿cómo me vas a pagar a mí?

—Tengo dinero ahorrado —dijo el muchacho.

—Bien, tienes una fortuna ahorrada en alguna caja de zapatos y querrás que yo vaya a tu casa a recogerla de manos de tu madre.

El muchacho no respondió.

—¿No es eso?

El muchacho asintió con la cabeza. El abogado hizo un gesto vago con las manos.

—¿Y qué vas a hacer después?

—Quiero salir de aquí.

—¿De aquí? Me lo imagino. Este lugar solo es bueno para gallinas y para cerdos. Supongo que ya habrás pensado adónde quieres ir. Y supongo también que pasarás por el balneario para recoger tus cosas.

El muchacho se mostró sorprendido. Pasaron unos instantes de silencio. Sobre ellos quedaba suspendido un secreto, como si ambos se hallaran en el vientre de la gruta decidiendo algún movimiento crucial en la situación.

—No tengo necesidad de mis cosas —dijo el muchacho al fin.

—¿Te quieres ir con las manos en los bolsillos?

—Solo necesito mi dinero.

—Solo necesitas tu dinero. Lo demás lo tienes resuelto. Cuánto dinero tienes. ¿Cinco mil pesetas? ¿Diez mil pesetas?

—Más que eso.

—Cuánto. ¿Cien mil pesetas? ¿Lo que en un par de años le has sacado al doctor?

El muchacho no dijo nada.

—¿Sabes hasta dónde puedes ir con eso?

—No sé hasta dónde puedo ir con eso —repitió el muchacho con voz cerril.

—Irás hasta la próxima encrucijada, donde te estará esperando una pareja de la guardia civil. Eso si no te está esperando tu padre para sacarte el alma de una paliza.

—Tengo otros planes.

—Supongo que tienes otros planes contando con el estuche de las joyas. ¿Lo sabe la pareja que te ha invitado aquí? —dijo el abogado paseando una mirada alrededor, sospechando que Toribia estaba a la escucha.

El muchacho no respondió.

—¿Cuánto tiempo hacía que tenías relaciones con el doctor?

El muchacho apretó los dientes y bajó la cabeza.

—¿Y con ella?

El muchacho repitió aquella extraña mueca enseñando los incisivos y el abogado comprendió que se trataba de una sonrisa, una dolorosa sonrisa buscando la buena voluntad del abogado, la comprensión que le era negada por la vida misma, juguete de los sentimientos expuestos a la intemperie, como se exhibe una espalda desollada, sentimientos tan dolorosos que solo podían ser resueltos con crueldad.

—Veré lo que puedo hacer —concluyó el abogado.

El muchacho aceptó su buena voluntad, infantil, ingenuo, reducido a la miseria de animal violado, tan lejos de aquel otro muchacho astuto, buen pescador, que llevaba dentro. Luego levantó los ojos con desconfianza y el abogado no pudo evitar el profundo brillo de agonía y desarraigo de su mirada, los dos grandes ojos testigos de la iniquidad y sospechosos del lucro que podía obtener sometiéndose a ella, propinas a cambio de favores, y el cariño confuso, adolescente, inexpresable que había podido sentir por la mujer, hasta el punto de hacerse insoportable viéndola rodar por la escalera. El abogado se hundió vertiginosamente en aquel abismo, la santidad de los niños descarriados, la dolorosa violencia encerrada en un ciego y sordo organismo en crecimiento, la humillación de la ternura en un cobertizo lleno de trastos. Y no supo responder con frases firmes, ni podía entregarse a cualquier compromiso patético para cargar con una más de las innumerables desdichas de este mundo. Una barrera le separaba de aquel sufrimiento.

Surgió limpio y pulcro, sin deudas sentimentales ni hipotecas sobre los sentimientos. Habitaba un mundo de circunstancias ajenas a aquella confusión y salvaba su propia fragilidad manteniendo una curiosa incertidumbre entre lo que eran sus sentimientos hacia el muchacho y el resultado de aquella tensión. A lo lejos se oía el motor del automóvil esperándole. Era el más acuciante aviso del vencimiento que le aguardaba fuera, cuando saliera de aquel destartelado cobertizo para poner los ojos en otra realidad.

—Haré lo que juzgue más conveniente —se corrigió poniéndose en pie.

Se dirigió hacia la puerta de tablas y golpeó con los nudillos. Su cabeza rozaba las telarañas del techo. Sacudió la puerta y comprobó que le habían encerrado. El sobrino de Toribia acudió con la enorme llave. El muchacho no se había movido del baúl. El hombre comprobó de una ojeada que todo estaba en orden y volvió a cerrar con grandes precauciones después de que saliera el abogado, como si hubiera cobrado una pieza demasiado valiosa como para correr el riesgo de dejarla escapar. El abogado se pasó la mano por el pelo. Al encontrarse a la luz del día el cielo le pareció más claro. Toribia se apresuró a reunirse con él.

—¿Le ha visto? —preguntó la mujer con la misma urgencia que si hablara de un animal recientemente capturado.

—Naturalmente que le he visto. ¿Alguien piensa que es un espíritu?

Dio la vuelta a la casa chapoteando en el estiércol y en el barro mientras la mujer seguía sus pasos.

—¿Va a hacer algo por él?

—Sacarle de ahí, ¿no es cierto? Lo primero es sacarle de ahí. ¿O quiere usted dejarle ahí para que su sobrino se divierta?

—Va a matar una gallina para que coma —se defendió la mujer.

—Me congratulo —respondió secamente el abogado.

Llegaron al lugar donde aguardaba el automóvil con las puertas abiertas. Subieron a un tiempo sin decir palabra y cerraron las portezuelas con fuerza. Luego Toribia hizo rechinar los engranajes y arrancó. Siguiendo su costumbre fue atajando por los caminos de lodo y por los prados, entre maizales y bosques, bordeando el acantilado, llegando al faro, descubriendo las más amplias perspectivas del paisaje, el océano verdoso y rizado, los

valles soleados como piel de tigre, la ría bruñida y perezosa y los acantilados negros, como una repentina exhibición general de la comarca, hasta precipitarse cuesta abajo por el camino de Linces, bien agarrados en la pendiente, ella al volante, él a la manija, dejándose llevar por el irresistible rugido del motor y por la fuerza de la gravedad.

El abogado no había tenido ocasión de contemplar el valle y el pueblo desde la altura y finalmente aquella sería la visión que perduraría. Ante sus ojos se alzó el mapa topográfico de la región con su orografía minuciosa, tal como el ojo del faro lo veía. El acantilado recortaba un perfil siniestro sometido al incesante ataque de las olas. La ría exhibía su curva sinuosa hasta la turbia flor de la desembocadura. El puerto se recogía al abrigo geométrico del espigón, insignificante y plácido. Aquella era la visión que perduraría, repitió para sí, los prados recortados en rígidos dameros de registro catastral, escalando el valle, la cortina pétrea de sierras cerrando perspectivas nebulosas, la autopista de juguete y sus minúsculos camiones, los chalets de primera línea de playa y la encrucijada del burdel. Sobre el relieve del lugar que le acogía desde hacía algo más de una semana la memoria se detuvo en la fugaz apreciación de los detalles, como si hubiera pasado un cuarto de siglo allí. La inmovilidad geográfica del paisaje le llenó la vista al tiempo que el aire de los prados altos le inundaba los pulmones. Descubrió súbitamente la composición pictórica en la vertiginosa revuelta del camino, antes de precipitarse cuesta abajo en aquel endemoniado vehículo, conducido por una mujer tan hábil con la fregona como llevando un tractor, todo ello recibido a sabiendas de que aquella visión perduraría, sí, repitió en su fuero interno, porque tanto se hallaba el espíritu dispuesto a recibirlo como la mente necesitada de una composición de lugar. Vio el parque del hotel a vuelo de pájaro, con el pretencioso edificio del balneario en perspectiva caballera, perfecto y regular como un castillo francés. Adivinó las ruinas de los antiguos baños entre la enramada del parque. Descubrió la peña que ocultaba la gruta. Se mostró a sus ojos el dédalo de otros caminos, paseos de veraneante y sendas de pastor. Nada borraría el mapa de Linces de su recuerdo, lo supo en el momento mismo en que su

mirada se abría al paisaje, entre la barra inmutable del océano y el lienzo gris de las sierras, entre el profundo oleaje oscuro y la herida blanca de la cantera, donde en aquel mismo instante, como aguardando su aparición en el otro extremo de aquella gigantesca tarjeta postal, los barrenos removían media montaña y levantaban lentísimas nubes de polvo y piedra, silenciosos en la distancia, apenas un sordo temblor. Aquella visión perduraría porque necesitaba saber que una región así había albergado un drama cuyas proporciones iban a influir en su memoria, y poner a prueba sus criterios prácticos, y evaluar su capacidad de mentir.

También el otoño temprano del norte añadía la inquietud agonizante que el abogado creía ser melancolía, y era el sentimiento de la muerte de las cosas en el más lujoso despilfarro otoñal de seda verde y oro, en la más amenazadora exhibición de crepúsculos sangrientos sobre la alta montaña, todo cuanto podía reclamar el estado de ánimo conmovido de quien había acudido allí para gestionar un asunto de herencia y se veía introducido en un sórdido laberinto de infamia, de humillación y de avidez. Y su interlocutor del momento se precipitaba cuesta abajo por una torrentera con un automóvil de otros tiempos, entre el estruendo de la caja de las herramientas y el rechinar del cambio de marchas. Probablemente no era de otro modo como se efectuaba el descenso a los infiernos en vehículos industriales, después de la visión panorámica de la tierra, sus ríos, sus prados, sus mares, en la paz celestial del atardecer.

Sacudido hasta la médula y conmovido en sus tripas, el abogado meditaba. Condenado a aquel viaje sabía que sus tribulaciones habían empezado. Preguntó a Toribia si esperaba matarle y obtuvo como respuesta un gruñido que significaba que le dejaría sano y salvo en el hotel. Se aferró a la manija del mismo modo que la mujer se aferraba a la salvación del volante. El debate de la propia conciencia, entre brutales sacudidas, comenzaba allí.

A media tarde llamó a su esposa pero ella le había llamado antes. También había llamado Goitia en su ausencia pero Polifemo no supo decirle gran cosa de la conversación y en el fondo de eso se trataba. Con Margarita las cosas fueron de otro modo.

—Me respondió un ogro —dijo ella alegremente—. Me dijo que habías huido a las montañas con una bruja. ¿Es cierto?

Era Polifemo. El camarero que me sirve el desayuno. Tenía órdenes de vérselas con Goitia.

—¿Cómo van tus asuntos?

Se había tumbado en la cama y se hallaba confuso. Le entró una gran desazón. ¿Qué podía decirle? Ella tenía la voz fresca. Debía contarle todo o no debía contarle nada y en la duda de no encontrar las palabras guardó silencio. Sentía la inminencia de romperlo precipitándose en explicaciones y argumentos que acabarían en un tumultuoso rodar, lo mismo que el automóvil se había precipitado a trompicones por el camino transformado en torrentera.

—Fredí, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien —dijo al fin—. En cuatro días me tienes en casa y vas a creer que te cuento mentiras si te cuento lo que sé.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado además de lo que ha pasado?

Se echó a reír y tuvo noción de que sudaba entre convulsiones. Cerrando los ojos veía el paisaje a vuelo de pájaro. Cerró los ojos y vio de nuevo la comarca de Linces a sus pies, en la dorada paz del atardecer, la idílica paz de un pueblo de campesinos y pescadores entregados a sus labores como en una miniatura iluminada de los trabajos y los días, y en aquel laberinto topográfico se ocultaba el emblema de la propia destrucción. Vio las barcas oscilantes pintadas de rojo, verde y azul junto a los muelles donde se aparejaban las redes, vio las huertas de col y berza con mujerucas que doblaban el sufrido espinazo sobre los surcos bien dibujados, vio los oblicuos prados recién segados con caballos percherones de rubias crines arrastrando pesadas carretas de heno, todo ello al escondido ritmo oscuro del hacha del leñador. Y sobre ello se imponía la explosión de la cantera reventando las entrañas de la tierra, desgarrando las tripas de la montaña, alzando en la concavidad lejana una cortina inmóvil de polvo y piedra, tan lenta en su evolución como la perezosa rotación de la Tierra, tan alejada del instante vertiginoso en que la dinamita detonaba que no parecía de su misma esencia, ni proceder en su difuminado sosiego del mismo fulminante

origen de la explosión. ¿Qué símbolo había encontrado allí? Vio la comarca de Linces poblada de sus muertos en la prolija ilustración de un libro de horas, y la voz fresca de Margarita, hablando desde el mundo de los vivos, en Madrid, añadía no se sabe qué patetismo a aquella revelación.

—¿Te ocurre algo, Fredi? —repitió ella sobresaltada por el prolongado silencio.

—¿Qué quieres que me ocurra?

—Yo no quiero que te ocurra nada. Solo he preguntado si te ocurre algo.

—No me ocurre nada.

—Estás irritado, Fredi. Te lo noto en la voz. Por eso pensaba que te ocurría algo.

—Yo no estoy irritado —replicó él—. ¿Por qué había de estarlo?

Discutieron unos momentos y ella tuvo el buen sentido de no alzar la voz.

—Si no estás irritado quizá sigues teniendo algún problema con las tripas.

—¿Las tripas?

—Algo te pasa, Fredi.

—A mí no me pasa nada con las tripas. Precisamente me pasa de todo, pero no me pasa nada con las tripas. ¿Me entiendes?

—Entiendo lo que me dices pero no entiendo por qué estás irritado.

—De acuerdo, estoy irritado pero no es por las tripas.

Ella calló. Fredi tenía que mostrar su cariño pero no supo hacerlo. Era incapaz de arrancarse al fúnebre estado de meditación en que se hallaba sumergido y ello aumentaba su malhumor. ¿Por qué había de reprochárselo ella? ¿Acaso sabía cuál era el encadenamiento de circunstancias que le había llevado a aquella situación? Era grotesco. Un abogado acude a una liquidación de herencia y acaba en la alternativa de ser el encubridor de un niño homicida o convertirse en su delator. ¿Cómo explicárselo a ella? Hubiera preferido que le dolieran las tripas. Trató de mostrarse conciliador abreviando la conversación y solo consiguió empeorar las cosas.

—Hubiera preferido seguir hablando con el ogro que me respondió primero —dijo ella.

—¿Polifemo?

—Quien sea. Parecía un hombre torpe pero correcto, y hay quien no sabe ser lo segundo.

—Margarita...

No era una mujer fácil de seducir una vez ofendida y el abogado estuvo a punto de explicárselo todo. No pudo hacerlo y prefirió sentirse víctima aventajada de las circunstancias y cargar él solo con la propia cruz. Había algo de dignidad en ello y se sintió confortado en su orgullo.

—Margarita, dentro de cuatro días, a lo más tardar una semana, estaré de regreso en Madrid y entonces comprenderás lo que me pasa —dijo con voz grave.

—¿Ah, te pasa algo? —respondió ella sarcástica.

—Sí, me pasa algo y estoy irritado, y te lo explicaré todo cuando vuelva a Madrid —prosiguió él sin inmutarse, tratando de conservar la calma—. Son cosas que no se pueden decir por teléfono y ni siquiera sé si sabré contártelo.

—Supongo que no será indiscreto que un abogado cuente cosas a su mujer —dijo ella apenas ablandada.

—Supongo que no habrá inconveniente en que las cuente —dijo él con voz serena.

Se despidieron reconciliados, ocultando cada uno su enojo para poder seguir cultivándolo en una secreta parcela de rencor. El abogado se hallaba ocupado en otras meditaciones y al cabo de unos minutos había olvidado el incidente. Cuando se vio solo, después de colgar el teléfono, su espíritu volvió a la contemplación del paisaje que perduraría en su memoria. La topografía de la comarca de Linces se desplegó ante sus ojos como un lienzo oriental de tinta y oro. También podía ser que la explosión de la cantera pronosticara un nuevo desgarramiento de sus propias tripas, y que en eso, como en tantas otras cosas de la vida cotidiana, Margarita tuviera razón. Apartó con disgusto tales pensamientos. La tarde se le echaba encima con sombras sutiles. Suponía inútilmente hallarse en posesión de los hilos del destino, no en lo que le concernía personalmente, y menos aún en lo que concernía al litigio de Miguel Goitia con una mujer que había emprendido un viaje prescindiendo de los cinco sentidos, ni tampoco en lo que concernía a la torpe concupiscencia del doctor. Los hilos de su poder se

referían al destino que aguardaba al muchacho, cuya figura destacaba sobre aquel paisaje que extrañamente iba adquiriendo rasgos de acuarela china a medida que el cielo se anegaba en los tintes nacarados del último resplandor.

Y no era aquel el único aspecto de las cosas. Tampoco iba a olvidar la habitación del hotel y repasando los detalles advertía la siniestra curvatura de las patas de la cómoda, el ondulante presagio de las cortinas hinchadas al viento, la impoluta virginidad del espejo y la extravagante hechura de un florero abusivamente rescatado de algún desván para añadir prosapia y rango de anticuario a la decoración. Se duchó para desprenderse del olor y la mugre que impregnaba sus ropas. Era un olor tenaz, como si su piel se hubiera impregnado con el sulfuro de la gruta la noche anterior, o como si el viaje con Toribia hubiera añadido un olor rural y profundo, las emanaciones fétidas de aquella mujerona que solo el domingo de Pascua, a medias sumergida en una enorme tina de cobre, conocía el agua y el jabón. Desnudo y fresco, también advirtió al salir de la ducha su barba de dos días, porque durante dos días había olvidado afeitarse, como había olvidado cualquier otra atención a su cuerpo, y así, en pelotas y afeitado, se reconoció a sí mismo dispuesto a afrontar la situación.

Se trataba de ir a buscar los ahorros del muchacho. La idea le hizo sonreír y le llenó de ternura. Bajo el cráneo pelado los ojos del muchacho reclamaban los medios de su fuga sin pedir nada a nadie, únicamente sus ahorros, testarudo y necio hasta el final, y al mismo tiempo cargado de razón y de confianza en las posibilidades que un muchacho despierto puede obtener de la vida iniciada bajo tales condiciones, con diez mil pesetas en el bolsillo y un homicidio frustrado a sus espaldas, precisamente la clase de apuro en que todos los recursos son pocos y por consiguiente mayores son las metas que alcanzar. Diez mil pesetas y una muda limpia y una aguda inteligencia velada por inexplicables nieblas de estupidez, rendido al engaño de lo que pudiera esperarle más allá de las montañas, más allá del mar, más allá de su pueblo, con el espíritu antiguo de los indios que partían a hacer fortuna huyendo de la miseria o de un drama similar a aquel.

El abogado alcanzó una camisa y empezó a vestirse. ¿Qué clase de hombre era? El sentido común es una fuerza que empuja a la traición en cualquier circunstancia y más aún en una circunstancia como aquella, tan descabellada, tan ajena a su cometido, tan indiferente a sus intereses que por un momento se vio en la piel de otro hombre presentándose de noche en casa del jardinero a reclamar los ahorros de su hijo en nombre del propio hijo, aguardando en el umbral, bajo la bombilla de cuarenta vatios, mientras el jardinero iba a buscar la caja de zapatos, o el calcetín, o el recipiente de los ahorros, supuesto que ni remotamente supiera a qué se refería ni dónde se hallaba aquel dinero, y más probablemente fuera a buscar, sin pronunciar palabra, el mango de un azadón para castigar a bastonazos al imprudente que acudía a mofarse de su dolor y prolongar su escarnio. No. Lo cierto es que el abogado no imaginaba una escena parecida. ¿Cuál era su compromiso? ¿Qué fidelidad le había jurado al muchacho? ¿Hablar con la madre y decirle, señora, su hijo necesita ayuda, y tal y tal es la situación? Alcanzó los pantalones y acabó de vestirse. Nada de eso. Ningún recurso era imaginable que no incluyera otras decisiones, es decir, la deslealtad de acudir al doctor, y por la lanza que hirió el costado de Cristo confiárselo al cura de la parroquia, y por qué no, solicitar la ayuda y el consejo de las prostitutas del burdel. ¿Pero quién podía, bajo las estrellas de otoño, compartir una calamidad como aquella? Acabó, pues, de vestirse y bajó a la recepción del hotel. La soledad resonante de aquel laberinto convenía a sus reflexiones. Polifemo, el camarero de la mañana, había ocupado sus funciones de portero de noche. Apenas cruzaron un saludo. El abogado se dirigió al salón encristalado que en otros tiempos había servido de jardín de invierno. Una palmera con aspecto de alcachofa y varios naranjos prosperaban en grandes macetones. Allí se almacenaban las kentias y dracenas y las demás plantas tropicales que decoraban el vestíbulo. El abogado agachó la cabeza bajo la selva domesticada y por aquella puerta de cristales salió al jardín.

Había anochecido. Por encima de la enramada del parque el cielo era de un azul suntuoso. Aquel lado del jardín se utilizaba de vertedero. La hojarasca se incineraba en grandes túmulos que despedían un humo acre y lanzaban luciferinos destellos de brasas. En un galpón se amontonaban los

sacos de fertilizante. De la oscuridad emanaba un olor ácido y fermentado. El abogado se llevó a las narices el pañuelo empapado en colonia y rodeó las sombras del edificio. Sentado en un banco descubrió a un hombre que sin duda le estaba esperando, pero el abogado le saludó primero.

—¿Inspector?

El policía volvió la cabeza sorprendido al verse interpelado por aquel lado. El abogado tuvo una duda, pues solo el destino podía ponerle de nuevo en presencia de aquel hombre. El inspector respondió al saludo. Llevaba la chaqueta de la víspera. En el banco, junto a él, descansaba su sombrero. El flequillo escaso, algo canoso ya, le cruzaba la frente. El rostro de sabueso plácido inducía a la confianza y algo había en su persona que recordaba a un sargento sin demasiada exigencia en el servicio, indulgente con los reclutas.

—Buenas noches, abogado. Le estaba esperando —exclamó jovialmente.

Su voz carraspeaba, como si hubiera pasado el día siguiendo un rastro con la nariz pegada al suelo, sin hablar. Tenía los párpados grandes, cansados, exhibiendo un par de bolsas como guantes de boxeo. Se limpió la garganta y prosiguió.

—El portero me dijo que probablemente no saldría usted esta noche, pero yo me dije que sí que saldría y me senté aquí a esperar. Bonita noche, ¿no es cierto?

—¿No pidió que me llamaran?

—No quise molestarle. Estaba seguro de que bajaría. Nadie se resiste a dar un paseo en una noche así.

Levantó los ojos al cielo.

—¿No es cierto? —repitió.

—Bajo las estrellas de otoño —recordó el abogado.

—En efecto.

El inspector encendió un cigarrillo y sus ojos reflejaron la llama del mechero.

—¿Poeta?

—No, no —se excusó el abogado sonriendo—. Debe ser publicidad para cruceros, como el sol de medianoche, supongo.

—¿Se iría usted en un crucero?

—Le confieso que me iría de vacaciones.

El inspector cruzó las piernas.

—La verdad es que prefiero que no sea usted poeta —dijo sin contemplaciones—. Me conformo con que sea usted abogado. Estoy seguro de que será mejor para los dos.

El abogado guardó silencio, de pie junto al banco, con las manos en los bolsillos. El inspector cambió el sombrero de lugar y el abogado se sentó a su lado. El inspector saboreó su cigarrillo mirando de frente.

—¿Tiene algún compromiso esta noche? —preguntó sintiendo el olor del agua de Colonia.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Lleva usted medio litro de agua de Colonia entre el pecho y la camisa. Quizá hay algún lugar en Lince donde tenga usted que ir bien perfumado. ¿El burdel?

—No tenía intención de ir a ningún lugar concreto. No llego a conocer el pueblo.

—Vamos, abogado —dijo el inspector riendo—. Usted conoce el café, conoce dos o tres lugares y conoce la casa de putas. Y parece empeñado en conocer todo el territorio. Usted no sale por la puerta principal, sale por la puerta de cristales. Afortunadamente este banco estaba bien situado. ¿Iba usted simplemente a dar un paseo?

—Pongamos que iba simplemente a estirar las piernas. Usted mismo lo ha dicho. Bonita noche.

—En ese caso le acompaño —dijo el inspector cogiendo el sombrero y levantándose inesperadamente cuando el abogado apenas se había sentado.

—¿Es decir?

—Le invito a que demos un paseo juntos —insistió el inspector.

El abogado lo miró desconcertado. Cualquiera que fuera su intención al salir del hotel ahora se encontraba en compañía del inspector de policía, y aquel hombre era su único interlocutor. Echaron a andar y el inspector comenzó a explicar lo que había sido su jornada. En efecto, había pasado el día con la nariz pegada al suelo. Inventario judicial en la casa. Entrevistas con tres o cuatro personas. Un desplante en casa del jardinero (el padre del

muchacho aseguraba que ya se encargaría él de enderezar la vida a quienes se la habían torcido a su hijo, y por enderezar entendía introducir el mango de una azada por el ano de los responsables y sacárselo por la garganta, un hombre brutal, el jardinero, expeditivo, aunque con ello solamente intentara hacer subir el montante de la espléndida gratificación que le cerraría la boca, el inspector conocía el género, y en cuanto al muchacho mejor no se viera en presencia del padre, por si intentaba enderezarle de igual manera y sin posibilidad de que mediaran sobornos).

—¿Sabe algo del chico? —preguntó el abogado con cautela.

—He averiguado que estuvo merodeando por aquí, y que estuvo merodeando también por ese prostíbulo, El Oasis, pero las chicas dirán lo que sea por la cuenta que les tiene. ¿Y usted?

—Poco me va a mí en ello.

—No diga eso.

Se habían alejado del hotel y caminaban por el paseo marítimo. La marea llegaba a la pleamar y batía contra el parapeto con un golpe sordo de cloaca. El resplandor de los relámpagos de una tormenta en alta mar hacía aún más idílica la noche de otoño.

—Tiene usted razón —dijo el abogado—. Es posible que el caso no me sea indiferente. Hay situaciones que motivan a los individuos más de lo que los individuos quisieran, y esta es mi situación. Sin embargo, ¿cómo saber a qué motivos debe uno responder?

Al inspector la cuestión le pareció demasiado complicada y resolvió por lo sano.

—Mire usted, yo quiero regresar a Oviedo cuanto antes y dejar concluido este asunto.

—¿Con el muchacho?

—Naturalmente que quiero llevarme al muchacho.

El abogado se detuvo un instante.

—¿Ha hablado con Toribia?

—¿La sirvienta del doctor?

—Sí.

—Es como hablar con una pala excavadora.

El abogado pronto decidió que debía decirle al inspector lo que sabía, si acaso el inspector no sospechaba ya algo, y no porque fuera su obligación, porque no se sentía con obligación alguna hacia quienquiera que fuese, ni siquiera hacia el muchacho, sino por las consecuencias que pudiera tener su silencio, más amargo, más doloroso en aquellas circunstancias que el desprecio de sentirse de algún modo un delator. No se sentía con obligaciones, no. Ni siquiera hacia el muchacho. Aquella idea le enojaba. Un abogado le debe lealtad a su cliente y hubiera sido grotesco considerar al muchacho como un cliente. Entonces ¿por qué se enojaba? El mar oscuro se abría en amplios delantales de encaje al golpear contra el parapeto y aquel impaciente hervor añadía su turbulencia al conflicto de honor que le embargaba. ¿Y en qué se jugaba el honor? ¿En evitar que un niño cayera en manos de la justicia y permaneciera entre las garras de un exmoliner del que no se podía absolutamente garantizar que fuera un exalcohólico? ¿De dónde procedía entonces aquel sentimiento de traición? Siguieron caminando. El inspector pareció adivinar su pensamiento y se adelantó a cualquier confesión. Fue pulido y discreto como si temiera herir sus sentimientos. Quizá únicamente medía sus palabras con argucias de sabueso.

—Hay cosas que están claras y otras que han quedado en la penumbra —dijo el inspector—. Pero de las cosas que han quedado claras hay una que no sé explicar y sin embargo estoy seguro de ello. Usted sabe dónde está el muchacho, ¿no es cierto?

—¿Y qué si lo sé? —respondió bruscamente el abogado.

—No se precipite. Usted es abogado y sabe lo que es eso mejor que yo.

—Lo sé, ese es el caso —prosiguió el abogado—. Van a coger a ese chico para arrojarle a un laberinto de psiquiatras y jueces de menores, y de ahí meterle en un correccional a practicar los Juegos Reunidos en las letrinas con sus compañeros durante cuatro o cinco años, o mandarle a una granja de rehabilitación, si acaso a esa mujer se le ocurrió darle a probar la morfina, y al cabo surgirá del recorrido convertido en un matarife, con media docena de cicatrices y otra media docena de tatuajes, y la mente aún más nublada de lo que pueda tenerla ahora, eso si en el intervalo, y en un destello de inteligencia, no decide poner fin a sus días colgándose de un

picaporte con las piernas estiradas y el culo a medio palmo del suelo. Eso es lo que sé y usted también lo sabe y en cualquier caso nadie puede hacer nada por evitarlo. ¿Le extraña que me calle? ¿Le extraña que no corra al juzgado adelantándome a los acontecimientos? ¿No es eso lo que debiera hacer un hombre de leyes?

—¿Dónde está? —preguntó el inspector con suavidad.

—Lo tiene encerrado un sobrino de Toribia en un caserío del pueblo de Luces. Puede ir usted a recogerle esta noche, antes de que ese hombre decida cobrarse su hospitalidad con lo que sabe que puede ofrecer el muchacho.

—¿Tiene el estuche de las joyas con él?

—¿Qué hay en ese estuche? ¿Un collar, dos pulseras, alguna condecoración en oro y brillantes del general?

—Poco importa lo que haya en el estuche. He preguntado si lo tiene con él.

—Yo qué sé si lo tiene con él —exclamó el abogado.

Su rostro era negro en la oscuridad. El inspector caminaba a su lado y pareció no dar importancia a la protesta. Permaneció en silencio. El brazo de luz del faro había comenzado a barrer los promontorios. En aquel lugar el parapeto se abría en una media luna de playa y el golpe de mar se transformaba en el susurro prolongado de los guijarros arrastrados por la resaca. Al cabo de unos minutos el inspector habló de nuevo. Le parecía necesario mitigar la situación.

—Procuraremos que no sea como usted piensa —dijo con la mirada puesta en la punta de los zapatos—. Me refiero a todo ese asunto de psiquiatras y juzgados. También puede ser que al chico le convenga...

—Cállese.

—¿No desea usted acompañarme?

El abogado fingió no haber oído. Ni siquiera se sentía aliviado. Se aflojó el nudo de la corbata y volvió la vista al mar.

—¿No desea venir y estar presente?

—No.

—En ese caso debo abandonarle. He dejado el coche cerca del hotel pero creo que pasaré a por un vehículo a la comisaría —dijo excusándose

—. Es un acto profesional, ¿comprende?

El abogado no respondió. Le irritaba la conmiseración del inspector, las disculpas no exigidas y aquella suerte de indulgencia en la voz por un sentimiento de culpabilidad no compartido. Decidió abreviar y despedirse. Los guijarros rodaban en la playa con un rumor siniestro de calaveras. El inspector añadió un detalle repugnante.

—Gracias por su ayuda —dijo estrechándole la mano.

Los dos hombres se separaron y el abogado recuperó su instinto de libertad nocturna solo cuando hubo repetido para sí que nada de aquello le concernía, solo cuando pudo ahogar en su fuero interno la estrecha conciencia del daño causado en función de no se sabe qué posible virtud.

Tenía hambre. No tenía que demostrar nada, ni probar lo milagrosamente sólido de su estómago, pero decidió irse a cenar a Casa Garrafones. Cruzó el puente sobre la ría. El brazo de agua era una lámina negra con largos destellos ocelados en la plenitud de la marea. Garrafones se sorprendió al verle llegar solo, acostumbrado como estaba a recibirle acompañado del doctor. Le puso plato y mesa con tapete de hule a cuadros. Sacudió una servilleta y anunció su escudo heráldico.

—Hay bonito con tomate y chipirones.

—Bonito con tomate.

—¿Para beber?

—Vino del garrafón.

El abogado cenó con pausa, de cara a la cocina, de espaldas a la puerta, en actitud orante sobre el plato, masticando con aplicación y untando el tomate con gesto humilde. Después de cenar quiso seguir paladeando su soledad y nada mejor para ello que sentirse adecuadamente acompañado. Siguió la carretera hasta la encrucijada y se dirigió al Oasis. Allí solicitó los servicios de la negra que tan mañosas caricias le había prodigado en su visita anterior.

Habían pasado tres horas cuando regresó al pueblo, satisfecho y algo cargado de alcohol. Habían pasado tres horas y no sabía lo que había podido ocurrir en todo ese tiempo que se le antojaba innecesario, dilaciones, extravíos, negociaciones, pero tuvo oportunidad de cruzarse con el vehículo de la policía, sin alarma ni destellos, iluminado en su interior. Allí estaba el

muchacho, con su cráneo rapado, las orejas separadas, los ojos grandes y blancos, sentado entre el inspector y un hombre uniformado, bañados los tres en la iluminación irreal del vehículo como si se tratara de un transporte ultraterreno, deslizándose en silencio, lentamente dirigido, en la palidez amoniacal de los bienaventurados, hacia un limbo situado en otras constelaciones. Fingió no verles y ellos sin duda no le vieron. Se propuso telefonear más tarde a la comisaría para saber cómo habían ido las cosas. Después, ya avanzada la noche y hasta las primeras horas de la madrugada, el abogado tuvo problemas de digestión con el tomate. No sabía si era la úlcera, o los ácidos segregados por el remordimiento, o el castigo de Judas que le devoraba las entrañas, y temió que aquella corrosión de las tripas ya nunca le dejaría dormir. Finalmente cerró los ojos al amanecer y despertó al mediodía. Se sintió aliviado, porque el castigo a su bellaquería no había ido más allá de una mala digestión.

Cinco

OceanofPDF.com

Macarrones.

El hijo del jardinero oyó que en su presencia se mencionaba un plato de macarrones, o creyó oírlo, y poco importa si efectivamente lo oyó o no. Alguien dijo, macarrones, y el muchacho volvió la cabeza y salió de su estado de somnolencia y pareció prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Eran reacciones elementales, como el flujo de saliva que le humedeció las encías, o la exclamación contenida que se escapó de sus labios cuando se golpeó inopinadamente el codo contra un radiador. Alguien puso tintura de yodo en la llaga que el muchacho traía en el codo izquierdo, después de levantar la costra de sangre reseca, sin que nadie pudiera averiguar dónde se había producido la lesión, apenas algo más que un rasponazo, ni en qué circunstancias se la había producido, posiblemente porque ni el propio muchacho lo recordaba o si lo recordaba prefería ignorarlo. Alguien dijo, macarrones, y el muchacho alzó la cabeza, y efectivamente, aquella noche le dieron de cenar en la comisaría un plato de macarrones, lo único que había disponible en la cantina, y se le ofrecieron dos ciruelas que aceptó y una taza de café que se negó a tomar. Viéndole tan inofensivo alguien le trajo un helado. Dos horas más tarde la misma persona dijo, ha cenado un plato de macarrones, pero el muchacho ya no supo a quién se dirigía, ni quién andaba interesado en lo que él hubiera cenado. Únicamente persistían las voces extrañamente resonantes en los locales de la comisaría, un eco sordo de cueva, como si el recuerdo se complaciera en evocar un lugar misterioso entre todos, solo por él conocido, creía, secreto y no lóbrego, acogedor, húmedo y tibio como el vientre materno de donde nunca debiera haber salido, aquella gruta en el corazón del balneario donde habían quedado abandonados su macuto y sus artilugios de pesca, y el abogado suponía que también el estuche de las joyas y se equivocaba, la gruta que constituía el último refugio de su espíritu en medio de la

confusión. Cenó el plato de macarrones y escuchó voces en un despacho y un cruce de llamadas telefónicas. Ha cenado macarrones, fue la respuesta. Intentó reconocer las voces y todas resultaron anónimas, lo cual fue un gran alivio para el muchacho. Temía oír la voz de su padre. Nada temió tanto en esas horas como ser entregado a los furores paternos, a la lluvia de palos que le esperaba lo mismo por robo y tentativa de homicidio que por no haber dormido en casa, indiscriminadamente, lo mismo por haber sido el juguete de los vicios ajenos que por no encontrarse sentado a la mesa a la hora de cenar. El abogado decía que nunca la justicia debía intervenir con mayor causa que en aquellas circunstancias. Con llevarle a un tribunal al muchacho se le salvaba la vida, o al quedar tullido de por vida, y bajo los jueces de tutela quizá se enmendara y aprendiera un oficio, al menos así se lo decía el abogado a su mujer con el optimismo hipócrita de los hombres de leyes. Mientras tanto las circunstancias no fueron ni más ni menos dolorosas que si el brazo de la ley no hubiera intervenido. El muchacho cenó macarrones. Le limpiaron la herida del codo. Pidió una manta y se le vio dormir con los puños cerrados. Quién sabe si durmió aliviado. Más tarde se le vio sentado con las manos en las rodillas, y luego tumbado mirando al techo, y en lo enigmático de su talante nadie podía averiguar si lamentaba que le hubieran atrapado, o lamentaba lo hecho. Escuchaba las voces, libre ya del temor de que pudiera ser entregado a la ira de su padre, y a ratos creía haber regresado a la cueva de donde no debiera haber salido, masticando una brizna de musgo, atendiendo al goteo del agua, reclinado en una mampostería de ladrillo romano, viajando muy lejos en la oscuridad.

El abogado permaneció unos cuantos días más en Lince. Tuvo tiempo por lo tanto de saber que el hijo del jardinero había cenado un plato de macarrones, y que al día siguiente le habían llevado a Oviedo donde los mecanismos habituales de redención y castigo se hicieron cargo de él. Poco le importaba aclarar a su mujer cuáles eran esos mecanismos. Ella supo lo necesario para hacerse una idea del compromiso moral que el abogado sentía hacia el muchacho. Suponía no perderle la pista, saber cuáles fueron las consideraciones del juez de menores, y más aún los dictámenes de los psiquiatras, por si con ello conseguía aclarar su propia opinión al respecto, el misterio que encerraba aquel cráneo rapado a quien ningún halago ni

amenaza habían conseguido sacar una palabra que no fuera necesaria para obtener un plato de comida o cualquier ventaja que la nueva situación y el nuevo rumbo de su vida le pudieran proporcionar. Con lo cual demostraba su aguda inteligencia y un gran poder de adaptación a las circunstancias más penosas, y al mismo tiempo era la mejor prueba de la vertiginosa regresión de su espíritu hacia un territorio oculto donde el muchacho permanecía agazapado. Y aquella tensión de fuerzas, ni la mujer del abogado la entendía, ni el abogado la acertaba a explicar. Sobreviviría, resumió el abogado en el minucioso relato de los hechos que habría de contar a su mujer a su regreso a Madrid. Sobreviviría, repitió. Y con ello esperaba que el muchacho surgiría más brillante, más luminoso al cabo de los años, bajo el taciturno manto de una adolescencia prácticamente carcelaria consumida entre los muros de un reformatorio.

Pero quería volver atrás, a las últimas razones de su estancia en Linces y a los últimos días en el balneario. También el doctor parecía intrigado por todo lo ocurrido y precaverse contra todo lo que a él le concernía, porque a la mañana siguiente, en cuanto supo que el muchacho había sido hallado, pasó a verle. No había tenido noticias suyas desde la tarde en que habían conversado en la penumbra cubierta de sudarios del salón de billares del hotel. Parecía haberse relajado y haber resuelto muchos problemas, a juzgar por su aire sabio y algo espeso. El abogado advirtió el vello rubio de sus brazos, porcino y viril a pesar de la edad. Se asombró de no sentir rencor, ni siquiera repugnancia hacia aquel hombre. Resultaba imposible desentrañar los rasgos de un devorador de carne fresca, corruptor de menores, situado de nuevo en la esfera de los amigos y compañeros de armas del difunto general, de forma que no intervenía ningún criterio moral ni principio de buenas costumbres para poder juzgarlo. Tenía los ojos consumidos a cargo de un par de noches de mal sueño. El jardinero deambulaba por sus pesadillas bien equipado de sogas y bastones, así como de un criterio aparentemente sólido de honor humillado. Pero el doctor entendía cubrir la amenaza de ese frente lo mismo que en pocos días había sabido recomponer con la exacta proporción de cinismo la sofocante publicidad de su degradación.

—No juzgue a las personas y no será juzgado —dijo serenamente—. Y no crea que busco absolución por lo que se pueda decir de mi conducta, ni protección legal. No crea que tengo miedo. No busco explotar la vena ecuánime, sino la vena generosa de las personas. Yyo apelo a su generosidad.

—¿En qué sentido?

—Sé que usted le ha tomado aprecio al muchacho y créame, también le aprecio yo.

—No lo dudo —respondió el abogado sin sombra de ironía.

El viejo erotómano, carnosos y bovinos, todo él un lento ovillo de pulsiones insatisfechas, se detuvo para reflexionar. Tenía el ojo pálido y la piel del color de los adoquines. El abogado supo entonces que el inspector de policía tenía razón. Una gratificación espléndida cerraría la boca del jardinero y apartaría la amenaza de denuncias. El jardinero se alejaba de los sueños del doctor contando entre un índice y pulgar húmedos de saliva un buen fajo de billetes de banco, y desaparecía de sus pesadillas con los innecesarios instrumentos de tortura, bastón y cuerda, debajo del sobaco. El abogado rompió el silencio.

—¿Y ella?

—¿Aún desea ir a verla? —preguntó el doctor levantando una ceja.

—No olvide que mi cliente es el sobrino del general.

—No diga tonterías.

—Nada justificaría mi estancia aquí.

—No diga tonterías —repitió el doctor—. Si usted quiere ir a verla le acompañaré con mucho gusto. Pero olvídense de justificar cualquier cosa ante quien sea, incluido ese ejemplar de mentecato ávido que usted llama su cliente. Puede decirlo con franqueza. Ha descubierto mi debilidad, y si se quiere mi ignominia, y le interesa saber cuáles han podido ser las debilidades de ella, ¿no es cierto?

—Se engaña usted —replicó secamente el abogado.

—Y naturalmente no logrará averiguarlo por el estado en que ella se encuentra, y créame que yo también lo ignoro —prosiguió el doctor desoyendo las protestas del abogado.

—No busco indiscreciones.

El doctor no se inmutó. Quedaba convencido de que no hay mayor curiosidad que la que necesita ocultarse. Removió porcinamente la carnosidad de sus párpados para descubrir la aguda mirada inquieta.

—En todo caso pasará a buscarle mañana.

Se dieron cita en el vestíbulo del hotel.

Aquel mismo día el abogado tuvo ocasión de hablar por teléfono con Goitia. Fueron explicaciones tajantes, resumidas en comentarios dilatorios del estilo, ya aclararemos eso más tarde, o bien, eso necesitará aclararse, aunque lo que quedó meridianamente claro fue el deseo de Goitia de que su abogado se fuera al infierno, expresado sin paliativos, utilizando dos o tres palabras de peso a las que el abogado, retenido por la cortesía legal tanto como por su cobardía, no supo contestar. Goitia estaba al corriente de lo sucedido, sin entrar en más detalles. ¿Cómo se había enterado? ¿A través del doctor? ¿A través de la crónica de sucesos del *Heraldo del Norte*, del *Clarín de la Costa*, de la *Nueva España*, cualquiera que fuera el diario local? Sabía en todo caso que Ana Rosa se encontraba en tal estado que poco o nada podría firmar. Es decir, no podría firmar nada. Por mucho tiempo. Por un número ilimitado de años. Y sus conocimientos le permitían sospechar que en esas condiciones Ana Rosa seguía siendo la parte contraria de un pleito cuya resolución podía prolongarse tanto como la imprevisible y estéril evolución de un proceso comatoso. ¿Y qué podía el abogado explicar en aquellas circunstancias que no fuera devolver el insulto?

—Puedes ir buscando otro abogado.

—¿De veras? —respondió Goitia sarcástico—. ¿Me sugieres que me busque otro abogado? Pensaba que me dirías, de acuerdo Goitia, soy un inútil, soy un necio, pero me he pasado diez días tomando las aguas en un balneario a costa del más estúpido de mis clientes.

—No te consiento...

—Sí, sí que me lo consientes. Esa mujer tenía que haber firmado los papeles antes de caer en coma. Ya te dije que recurriría a todo tipo de trucos.

—Estás loco, Goitia. Eres un miserable.

—No, no estoy loco. Y la prueba de que no estoy loco es que te puedes ir metiendo la cuenta de gastos por el mismo lugar por donde yo pienso meterte los documentos.

—Goitia.

—Un amigo. Eso es tener un amigo abogado.

—Puede haber otro recurso —replicó el abogado inocentemente.

Goitia se echó a reír.

—Seguro que puede haber otro recurso.

—Puede haber otro recurso —repitió el abogado conciliador—. Además han pasado muchas cosas.

—¿Y qué tengo yo que ver con lo que ha pasado? ¿Me lo vas a contar?

El abogado se irritó.

—Tendré la obligación pero no tengo ganas.

—Vamos, Fredi, vamos a mirar con detalle cuáles son los poderes que tienes para revocarlos uno a uno.

—Te pediré explicaciones. Puedes ir pensando en buscarte otro abogado.

—En primer lugar soy yo el que te ha despedido, en segundo lugar soy yo el que te va a pedir explicaciones.

—He actuado correctamente —le interrumpió con energía el abogado.

—Y en tercer lugar quiero saber si esa mujer te propuso algo más que una copa cuando fuiste a verla, o si se trató simplemente de incompetencia profesional.

—¿A qué clase de proposiciones te refieres?

—No me refiero a nada.

—Eres un miserable, Goitia.

—Yo no necesito abogados que hagan pactos de cama a espaldas mías —dijo el viperino Goitia.

El abogado no pudo responder. La indignación le anudaba la garganta.

—Tu carrera se ha acabado —prosiguió Goitia exultante—. Te hundiré. Te expulsarán del colegio de abogados.

—Eres un miserable, Goitia. Te has vuelto loco.

—Nos veremos las caras.

—Efectivamente, nos veremos las caras.

—Ya hablaremos en Madrid.

Goitia colgó el teléfono dejando el aire cargado de amenazas. El abogado permaneció unos segundos impotente con el auricular en la mano. El talante de Goitia le acobardaba, y poco le importaba reconocerlo en función de unos valores situados muy por encima de las infamias que Goitia imaginara a costa suya, y sobre todo muy por encima de las actuaciones necesarias para liquidar, entre el sobrino de un general de antaño y una persona reducida al estado de coma, una sórdida preeminencia y unos derechos de sucesión.

Aquella misma tarde el abogado decidió emprender una nueva expedición a la gruta con ánimo, se dijo, de explorarla más minuciosamente. Ese era el motivo falaz que le vino a la mente, una especie de excusa con grotescos ribetes arqueológicos apenas dignos de ser tenidos en consideración cuando el motivo real, la poderosa razón que guiaba su instinto era de muy distinta índole. Le parecía que en la gruta encontraría el reposo a tanta agitación extrema, a la tensión de los últimos días como a la estúpida conversación con Goitia, y por encima de todo necesitaba recluirse en aquel antro para tomar conciencia de su significado y para que perdurara su memoria, lo mismo que ya retenía, aun antes de abandonar Lince, la revelación panorámica de su paisaje. También sucumbía a la irresistible tentación de volver a frecuentar el refugio secreto del muchacho, como si esperara encontrar allí la clave de su misterio al mismo tiempo que el estuche de las joyas, de lo que no daría parte a nadie, según se había propuesto y se sentía capaz de cumplir.

Se hizo con una linterna de bolsillo para no tener que depender de la llama del mechero. Se calzó los zapatos ya destrozados de la exploración anterior (y acudía gustosamente a la palabra exploración para justificar aquella curiosidad, a sabiendas de que exageraba, como si arrojar un vistazo a las entrañas de la tierra, de aquella tierra, fuera algo más que un chapoteo en el barro y una opresión en el interior de la gruta para alcanzar la categoría de una verdadera expedición en busca del tesoro, de aquellas cuya lectura había enardecido en otros tiempos su imaginación juvenil). Se vistió el traje desgarrado y sucio que no había entregado a reparar, y así, con el

atuendo de un pordiosero, se dirigió hacia los antiguos baños sin ser visto. Pasó por las minas decimonónicas sin detenerse a examinar una vez más las dependencias, piscinas y cascotes. Alcanzó el arroyo en lo profundo del parque y siguió el hilo de agua como si remontara el tiempo. A su paso se levantaron las nubes de mosquitos en altas columnas giratorias y recibió el homenaje de una multitud de minúsculas mariposas azules, nerviosas y eléctricas en el aire denso cargado de humedad. Le pareció ver una serpiente, larga forma de misteriosos anillos verdes con indescifrables estrías negras en los costados, y no dudó de que fuera el espíritu intemporal del agua y de la tierra, cuya morada se hallaba en aquel manantial.

Abriéndose paso a través de la maraña de helechos y matorrales llegó a la hendidura de la peña de donde brotaba el agua. Le retuvieron los largos dedos de las zarzas, marcando con sangre su camisa. Observó la entrada angosta de la gruta. Era el resultado de una enorme roca desprendida en algún lejano cataclismo que obstruía la boca. Como la vez anterior, pudo deslizarse entre los labios de la peña dejando la piel de las manos y los botones de la camisa. Una vez dentro, en el ancho bostezo de la bóveda, encendió la linterna y paseó la mirada a su alrededor.

El aire tibio y la atmósfera cargada de vapores sulfurosos le resultaba familiar. El círculo de la linterna descubrió las estalactitas del techo de donde rezumaban brillantes gotas de agua. Las delgadas sombras giraban en un ballet inverso al movimiento del rayo de luz. Le pareció ver deslizarse una sombra viva. Algo le rozó la cabeza. El murciélago volvió a pasar a su lado y al cabo halló la salida dejando al abogado con el corazón palpitante y un sobresalto metido en el cuerpo. Giró de nuevo la linterna y esta vez fue su propia sombra la que se alzó y se proyectó amenazadora detrás de él.

Sin duda tiempo atrás la caverna había tenido otras dimensiones y el arco de la bóveda se abría con más envergadura al exterior. Los desprendimientos habían cegado la entrada pero todavía podían apreciarse las paredes igualadas a golpe de cincel. Descubrió el muro de mampostería, sólido ladrillo romano, desnudo en parte y en parte aún recubierto de estuco. Sobre aquel antiquísimo enlucido se adivinaban vagas formas de faunos y fieras, guirnalda de flores en ocres sangrientos, perfiles grotescos con un rasgo amarillo y un ojo de color ceniza, trazos insólitos de azul

turquesa, escenas de orgía pánica consumidas por la humedad y que el círculo de luz de la linterna devolvía misteriosamente a la vida antes de sumergirlas de nuevo en la eternidad.

Avanzó con precaución hacia el interior de la cueva, de donde procedía el hilo de agua. El suelo parecía sembrado de restos de cerámica de dudosa utilización y vestigios de las canalizaciones por las que el agua discurría. En un alvéolo lateral se encontraban las cuarteadas bañeras de mármol, apenas reconocibles. Un bloque desprendido del techo obstruía la cavidad más profunda. De allí procedía una débil corriente de aire que por algún conducto natural llegaba del exterior. En una suerte de capilla cincelada en la roca halló una bañera intacta, larga y estrecha como un sarcófago. El agua seguía rebosando de sus bordes con una especie de hervor, formando una cabellera de algas descoloridas. Sin duda la temperatura original del agua era elevada y en aquel lugar perdía parte de su calor desprendiendo gases, acumulando delicados estratos sulfurosos y componiendo petrificadas flores de azufre y oropimente. La linterna descubrió un insólito jardín y el abogado lo recorrió con manos de ciego sintiendo bajo los dedos las aristas de minúsculos cristales. La atmósfera era turbia. Se acumulaba el aire envenenado. El abogado agachó la cabeza para evitar los salientes del techo y volvió sobre sus pasos hacia la cavidad principal.

Allí estaba el macuto del muchacho y las cañas de pesca, tal como los había descubierto en su anterior visita. El aire de la gruta les había recubierto de una finísima capa de polvo como si llevaran años abandonados. También el verdín había vuelto a recubrir sus pasos sobre el mosaico, los pasos del muchacho y sus propios pasos, de forma que todo parecía intacto, protegido por una incesante proliferación de algas microscópicas, por el sutil tejido vegetal que se nutría del agua como de un caldo biológico. El abogado avanzó con precaución, sintiendo el suelo deslizarse bajo sus pies.

Alguien dijo: «Espera», y luego dijo, «Cuidado», y la gruta repitió esas palabras con una delicadísima resonancia en la que el abogado no reconoció su propia voz. «Espera», repitió, y el silencio de la gruta devolvió intacta la música de su garganta, no un eco, ni una alteración de las palabras, sino una limpia reverberación más sutil que la propia acción de pronunciarlas en el

misterio de la gruta, salpicado por el destello de setenta intermitentes gotas de agua rezumando de las estalactitas del techo, sobre el rumor procedente del orificio por donde la corriente de aire se precipitaba con un lejano fragor. Sin duda la carretera, dijo el abogado, sin duda la carretera, repitió incongruentemente, pensando que hasta allí llegaba el rumor del mundo exterior por un laberinto de conductos subterráneos, y temió que el hechizo acabaría por romperse si pronunciaba alguna palabra más. Se agachó sobre el verdín y descubrió los mosaicos olvidados. Bajo el delicuescente tapiz de algas apareció el rostro de una medusa, enmarcado en el esbelto juego de dos delfines en azul, negro y oro. El rostro de la medusa era el rostro de ella, pensó con un escalofrío, dando rienda suelta a una intuición que allí se confirmaba. Limpió la superficie de las pútridas algas y dejó cabalgar el impulso desbocado de la imaginación. Era el rostro de ella, de Ana Rosa, labios oscuros, del color del vermut, con el hoyuelo partiendo la curva generosa, grandes ojos cargados de rímel, redonda pupila de cristal dilatada por la morfina, expresión intemporal, no aterradora, no amenazante, sus cabellos eran trenzas, no serpientes, y si aquella mujer no era ella, o la imagen de ella, o ella misma representada en un icono inmemorial cuyo esmalte sobrevivía a la acción del azufre y a los asaltos de las bacterias, al menos compartía con ella la característica común a los retratos de las mujeres desdichadas. El rostro poseía la inalterable serenidad del infortunio, la impenetrable dureza de las mujeres sin amor, la indecible y fragmentada ambición de la vida reducida a sus rasgos elementales, lo que el abogado jamás podría explicar a su mujer, a Margarita, sin cruzar las manos y retorcerse los dedos en busca de alguna elocuencia íntima que diera razón de lo que fueron sus sentimientos allí en la gruta, cuando el misterio alcanzó a cobrar unas dimensiones tan dementes que el sonido de su propia voz en la caverna parecía ser la señal de que se estaba volviendo loco.

«Espera, cuidado». Aquella lluvia lenta se petrificaba en una eternidad de cristales venenosos que servía de advertencia. Creyó escuchar las imprecaciones de los camioneros y el ronquido del motor de los camiones maniobrando en la encrucijada del Oasis como potentes machos en celo, exclamaciones sordas en los recodos de la gruta, ávidos suspiros del aire por el laberinto de conductos subterráneos. Arrodillado sobre el rostro de

Medusa oyó las voces y jadeos, los insultos y las obscenidades del inmemorial trabajo de las putas en el burdel. La bóveda recogía en el seno de la tierra, como en un cuenco sonoro, toda la universal contribución de sufrimiento y placer. Permaneció silencioso largo rato. Luego le pareció oír el fuelle extrañamente viejo de sus propios pulmones y el latido de su corazón golpeando las costillas en aquella sofocante oquedad sin nombre. El rumor de la carretera, lejos, arriba en la superficie, le reclamaba a otro mundo de razón, y nada de ello podía sin embargo razonarse, arrodillado sobre aquella patética figura del mosaico, profética y trascendente entre el juego acrobático de sus dos delfines. Nada podía razonarse, salvo el sentimiento preciso de que también el muchacho acudía allí a contemplar el rostro femenino incesantemente recubierto y maculado por el verdín, para encontrar en él y en su misterio quién sabe qué enigmático complemento a las satisfacciones de la pubertad.

¿Lo había imaginado? ¿Había oído realmente el suicidio intermitente del agua rezumando de la bóveda en gotas de cristal, el rumor de la carretera allá en la superficie, el ansia del burdel en los recodos, las voces obscenas, los suspiros salaces, su propia voz prudente en la caverna en sombras? ¿Había descubierto realmente el rostro de Medusa en el mosaico, toda aquella demasiado explícita circunstancia que ni su mujer podría creer ni él sabía explicar? ¿Lo había imaginado? Bien conocía el abogado que todo aquello habría de poder confiárselo a Margarita, sin que ella diera el mismo crédito a su historia que al relato de un niño, ni dudara de su salud mental, y lo mismo que al muchacho le habían conducido a un reformatorio, le ingresarán a él en una casa de salud. Allí estaban los aparejos del muchacho. Dejó la linterna sobre un bloque de mármol y se arrodilló de nuevo para registrar el macuto bajo la mirada cenicienta de un cornudo perfil de fauno en la mampostería. Era un macuto de lona, con correas de cuero, hebillas desgastadas, un verdadero macuto de pescador. Contenía sedales, flotadores, plomos y anzuelos, un retazo de tejido azul, una pila de linterna similar a la suya y una caja con cebos podridos. A la luz de la lámpara el abogado fue examinando aquellos menudos tesoros, pero si lo que el abogado quería hallar era el estuche con las joyas de Ana Rosa, no lo halló. Es posible que se encontrara oculto en algún otro lugar de la

caverna, también era posible que no se hallara allí. Paseó a su alrededor el círculo de luz de la linterna sometiendo a la gruta a un breve interrogatorio. Luego volvió a hundir su mano libre en la profundidad sospechosa del macuto. Es posible que Margarita, su mujer, no creyera lo que el abogado habría de contarle. En algún aspecto exageraba y abusaba de su paciencia. Pero lo que sí habría de creer su mujer era lo que el abogado habría de mostrarle en la palma de la mano. No tenía noción de dónde se hallaba el tesoro, aunque en su mente empezaba a germinar la idea de que las joyas se encontraban en manos de Toribia. Tampoco podía estar seguro de que el muchacho hubiera llevado realmente el estuche a la gruta, y lo hubiera ocultado allí, ahora bien, en el fondo del macuto, entre migas de pan, plomos y algún guijarro, el abogado halló una perla, una perla de aquellas solitarias que llaman peregrinas, procedente de un aderezo, de un dije o de un broche, una perla del tamaño de un garbanzo de los buenos, nacarados, de los de Fuentesauco, y en el mismo instante en que escarbando entre los desperdicios del macuto sus dedos alcanzaron la pieza el abogado decidió conservarla consigo. Alzó la perla entre el índice y el pulgar después de frotarla contra la manga de la camisa y pudo apreciar a la luz de la linterna, cerrando un ojo, con ademán de experto, los pálidos reflejos de su oriente. Sonrió en la oscuridad. Su propia sombra le cubría las espaldas. Había hallado la prueba de su solo transitoria y relativa demencia. Como quien surge con un tesoro arrancado a las entrañas de la tierra, confirmando voces, visiones y circunstancias, avalando las más febriles suposiciones, el abogado podría mostrar aquella perla exhibiéndola en la palma de la mano a la admiración algo suspicaz, madrileña y recelosa de su mujer.

Cuando al fin decidió salir de la caverna descubrió con sorpresa que afuera había anochecido. Por encima de su cabeza se alzaba un cielo puro y sin luna, recorrido por un estremecimiento cada vez que la lámpara del faro barría el horizonte. Eran cerca de las doce y se propuso dar un paseo por la playa, bajo otra inexplicable bóveda de deseos y ambiciones. El mar estaba en calma. Caminó descalzo por la arena, hondamente liberando sus pulmones de los vapores turbios de la gruta. Le pareció que se le purificaba la sangre. Alcanzó el malecón solitario. Se alzó sobre las rompientes y desde allí contempló la noche, el mar negro en lenta retirada, el fuego

súbito del faro, el cielo estrellado de otoño, lujoso cielo como cabellera de mujer. A su regreso descubrió la playa sembrada de medusas arrojadas por la marea, flores traslúcidas, bellísimas estrellas de gelatina que fue evitando cuidadosamente, admirando su misteriosa fosforescencia agonizante pero temiendo la venenosa caricia de su piel.

A la mañana siguiente el doctor Castro le estaba esperando puntualmente en su coche a la puerta del hotel. El automóvil había sufrido una limpieza minuciosa. Le brillaban los cromos y el parabrisas lanzaba destellos. Libre del barro se averiguaba su verdadero color, un verde algo pasado, que en tiempos pudo haber sido el color de moda. El interior olía a cuero recién encerado con algún tipo de crema de zapatos. El tenaz olor a cocina y gallinero de Toribia se había desvanecido, probablemente por obra de limpieza de la propia Toribia, y todo el vehículo parecía transformado, no rejuvenecido, sino devuelto a la nostalgia de los tiempos esplendorosos en que debió conducir señoritas a los baños termales, caballeros al paseo marítimo, y alguna que otra visita escabrosa entre las amistades del doctor, cuando aquella reliquia motorizada respondía al prestigioso criterio que los hombres del volante denominaban vehículo de importación. Toribia había vaciado los asientos posteriores y sujetado las piezas, y el doctor arrancó sin aquel estruendo infernal de la caja de las herramientas en el maletero. Se había vestido como para una visita profesional. Llevaba chaqueta oscura y a su lado descansaba un maletín de cuero negro. Saludó al abogado sin euforia, las manos puestas en el volante. El abogado se instaló en aquel salón abovedado, aromático, asombrosamente confortable, que apenas reconocía, y es posible que todo aquello fueran figuraciones suyas, y el confort que el abogado atribuía al automóvil correspondiera al sueño profundo de una buena noche después de las alucinaciones de la vigilia anterior. Devolvió el saludo al doctor con la misma escueta sobriedad que este. Advirtió la presencia del maletín, lo que indicaba una visita de carácter médico, presunción absurda, porque no se acude a la cabecera de un comatoso con un estetoscopio, unas jeringuillas y los cuatro o cinco instrumentos niquelados que el maletín podía contener. Se suponía que el

doctor se dotaba así de cierta compostura, o quizá respondiera a un reflejo más antiguo, cuando en su pleno ejercicio profesional las visitas siempre fueran de carácter médico, y en cualquier caso no hubiera lugar para la compasión. El abogado se acomodó a su lado. El automóvil salió del hotel deslizándose suavemente sobre la grava mojada. Había llovido en la madrugada, con la rápida transición del clima oceánico. Aquella indiferencia gris convenía al viaje, pensó el abogado, para quien era necesario evitar, como en cualquier caso ventilado entre hombres, el menor asomo de sensibilidad.

—Buenos días, abogado —dijo el doctor—. Supongo que conoce el reglamento. Ni una palabra sobre el enfermo hasta haberlo visitado. ¿Ha desayunado usted?

—Café con leche. Todavía no ha cerrado la cocina del hotel.

—En cuanto usted se vaya cerrarán —dijo el doctor—. Algún día el negocio quedará en manos de una empresa de demolición y entonces cerrarán definitivamente. ¿No lleva usted sus papeles?

—¿Mis papeles?

—Pensé que llevaría usted sus papeles para estampar el pulgar de Ana Rosa en algún documento —dijo el doctor con dureza.

—No, no llevo mis papeles —respondió el abogado—. No se trata de una visita profesional.

El doctor esbozó una sonrisa. Olía a agua de Colonia y crema de afeitar.

—De acuerdo. No se trata de una visita profesional. ¿Ha hablado con Goitia? —dijo el doctor atizando las expectativas del viaje.

—Mi relación con Miguel Goitia ha concluido —respondió el abogado.

—Parece que todo concluye.

—En efecto. Pongamos que lo mío es curiosidad personal. ¿Sabe usted si el muchacho preguntó por ella? —dijo el abogado inesperadamente.

—No, no preguntó por ella. Tampoco el jardinero preguntó por ella. Me dirá usted que el caso es muy distinto —afirmó el doctor sin ironía.

El abogado guardó silencio.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

—Ya sé que usted no me aprecia. Y su opinión sobre mí habrá cambiado. Afortunadamente yo no he tenido que delatar a nadie.

—¿Cómo se atreve?

—Disculpe —se apresuró a añadir el doctor—. Tengamos el viaje en paz.

El automóvil cruzó el pueblo y pasó frente a la encrucijada del Oasis. La palmera del rótulo luminoso parpadeaba sobre los toldos mojados. Por alguna razón que el abogado desconocía Ana Rosa había sido trasladada a un hospital cercano a Santander en lugar de a Oviedo. El doctor tomó la carretera entre el rugido de los camiones que se ponían en marcha después de haber pasado la noche en el burdel. A la izquierda quedaba el mar, canoso y envejecido bajo el cielo de plomo. A la derecha el cielo se desgarraba en retazos azules sobre la línea de sierras. El doctor conducía con prudencia, al modo cauto y rural. Durante un largo trecho no intercambiaron una sola palabra. Se había instalado un pacto de silencio, por desconfianza y rencor, y acaso porque el abogado viajaba muy lejos, fuera de aquella cúpula rodante ambientada para un viaje de caballeros por el cuidado de Toribia, lejos ya de la sórdida hipocresía de aquella aventura, y más lejos aún de lo que el doctor imaginaba, la curiosidad por ver a aquella mujer reducida al estado vital del más extraño compromiso con la vida, sin sufrimiento ni muerte, ajeno a las consecuencias del pecado original. El abogado dejó guiar su pensamiento hacia el muy personal territorio de lo que sería la propia muerte, quizá por el sentimiento de que todo concluía, quizá también, como más tarde había de anunciárselo a Margarita (a lo que Margarita respondería con escepticismo conociendo las melancólicas inclinaciones de su marido), por lo inhumano de las relaciones que había presenciado, como si le hubiera sido dado frecuentar un ámbito donde la destrucción del amor y la inocencia sería el destino de los protagonistas y su juego principal. El doctor conducía en silencio. Pasaron la zona de obras, donde la cantera abría el pecho de la montaña, aquella misma herida gigantesca donde el abogado había visto la metáfora de ya no recordaba qué monstruosa ignominia. A pie de obra el polvo cubría la laboriosa actividad de los hombres, sin mayor indiferencia ni preocupación que si de allí se extrajeran túmulos de morralla o losas sepulcrales para toda

la humanidad. Luego la carretera proseguía entre prados verdes y caseríos con generosos emparrados. Los camiones se cruzaban con atronadores toques de bocina. El doctor conducía exhibiendo todos los signos de la impotencia en el violento remolino de la circulación. Había engordado veinte kilos. Era del todo imposible, pero el abogado añadía un imaginario y vergonzoso impedimento físico al hombre que le acompañaba. Veinte kilos de grasa en tres o cuatro días, ese era, a los ojos puritanos del abogado, el lastre de la conciencia de toda una vida que arrastraba el doctor.

Lejos en sus pensamientos el abogado meditaba que dentro de unos días iba a recoger su maleta y sus papeles, y con la mano en el picaporte arrojar una última ojeada a su habitación del hotel, y a la espera de un taxi en el vestíbulo gratificar con una espléndida propina al gigante que cumpliría funciones de guardián al término de la temporada, todo ello con la íntima certeza de que la demolición del balneario sería cuestión de semanas una vez que él ya no estuviera allí. Y el abogado regresaría de nuevo a recorrer los mismos lugares con Margarita (a lo que Margarita, su mujer, aún más desconfiada por alusiones incomprensibles, asentiría solo a medias) y le mostraría el sendero de la gruta y el ámbito de su iniciación. Y más aún abarcaba su mirada, suponiendo la gruta visitada, descubierta, restaurada, entre las apuntaladas minas de los baños decimonónicos, entre algún indultado residuo de los baños actuales (quizá el invernadero, quizá el frontón), la gruta convertida pues en una atracción arqueológica, cuyo acceso una vez facilitado permitiría admirar, bajo luces de doscientos cincuenta vatios, el rostro de aquella Medusa a la que en cierto modo ellos mismos iban a visitar al hospital, el icono terrible sobre el cual él mismo se había arrodillado, siguiendo las huellas del muchacho, con un escalofrío de terror. Si Margarita comprendiera eso, comprendería lo que un hombre puede añadir a la sabiduría ancestral de todos los hombres frente al inescrutable rostro femenino (aunque el rostro de Margarita manifestara no sentir celos de un mosaico, con la suprema indiferencia de la mujer que no espera el regreso de su marido con semejantes pamplinas), mientras el abogado sentía, si revelara su descubrimiento, algo parecido a la segunda traición.

El viaje con el doctor duró algo más de una hora. Llegaron al hospital a mediodía. El abogado se dejó conducir por el doctor, que conocía los lugares. En la recepción les atendió una secretaria con rostro administrativo, de quien obtuvieron una llamada telefónica a la enfermera encargada de la planta donde Ana Rosa se hallaba internada. A partir de ese momento todo se fue deslizado por un espacio privado de sensaciones, atravesando diversas regiones del sufrimiento, entre suspiros de ascensor, largos pasillos olorosos a caucho y desinfectante, puertas encristaladas, recodos donde se acumulaba la ropa blanca, hasta llegar a la sección, silenciosa entre todas, frente a cuya puerta opaca y niquelada la enfermera se detuvo apretando contra el pecho la carpeta que acababa de consultar.

—Pueden ustedes entrar. Tienen media hora de visita —dijo retirándose.

El doctor entró primero. Era una habitación sin pretensiones, con tres camas y dos grandes ventanales desde donde se divisaba un aeropuerto deportivo. Una diminuta avioneta evolucionaba sobre la pista. Otras dos avionetas de colores endomingados esperaban junto a un hangar. La visión provocaba un sentimiento irreal de ligereza y blancura. Una de las camas de la habitación estaba vacía. En la otra una mujer morena, de pómulos anchos y labios apretados, incorporada a medias en la cama, abrió silenciosa sus grandes ojos blancos cuando les oyó entrar. En la tercera cama estaba Ana Rosa. Era difícil reconocerla. Tenía el pelo derramado a su alrededor sobre la almohada, como una corona. El cuello parecía encajado en una coraza medieval. Estaba tendida en posición horizontal y de sus narices brotaban dos largos macarrones, así lo pensó el abogado, dos largos tubos de caucho del color y de la apariencia de los macarrones, dos interminables elementos que sin duda cumplían alguna función alimenticia, y a los que el abogado atribuyó sin embargo una misteriosa función táctil, dos atributos que constituían lo esencial de su naturaleza de Medusa, eliminado cualquier otro emblema mitológico en provecho de aquella representación clínica. Su inmovilidad era perfecta. Había algo definitivamente alcanzado en las pulsiones de vida interior que contenía aquella inmovilidad. Su compañera de habitación movió la cabeza. Quiso articular alguna palabra pero nada surgió de sus labios. El abogado advirtió un dolor y un reproche en aquella impotencia. Luego desvió de nuevo su atención a Ana Rosa. Tenía los

brazos tendidos a lo largo del cuerpo, las manos blancas y las uñas pintadas. Nadie hubiera podido inventar aquel detalle, del mismo modo que nadie hubiera podido inventar dos macarrones surgiendo de sus narices para añadir un género híbrido a su apariencia, no irrisorio, ni monstruoso, sin determinar siquiera el carácter ni la procedencia del flujo vital que a través de aquellas prótesis la alimentaba.

El doctor abrió su maletín de cuero y sacó insospechadamente un ramo de flores. Paseó la mirada a su alrededor hasta que la mujer de los grandes ojos blancos le indicó un florero. Desapareció unos instantes detrás de un biombo y surgió con el ramillete embutido en el florero lleno de agua. Se acercó a la mesilla de Ana Rosa, apartó con indiferencia unos frascos y colocó el florero allí. La mujer de los grandes ojos blancos logró sonreír. Del otro lado de la ventana una avioneta pintada de blanco y azul evolucionaba sobre el cielo cargado de nubes. El doctor alcanzó una silla niquelada.

—¿Quiere sentarse?

—No creo que sea necesario —dijo el abogado.

El doctor acercó entonces la silla a la cabecera de Ana Rosa y se sentó derramando a su alrededor la prodigiosa obesidad acumulada en aquellos pocos días. Permanecieron en silencio largo rato y al cabo el doctor empezó a llorar. La mujer de la cama vecina contemplaba el ramo de flores con sus grandes ojos blancos y aquella avioneta blanca y azul describía rizos y tirabuzones en el cielo de plomo con una indiferencia juguetona, casi grotesca, dejando oír el zumbido del motor como si se tratara de un mensaje para completar los invisibles rasgos de su escritura en el cielo. El doctor sacó del bolsillo un pañuelo de considerables dimensiones y se enjugó las lágrimas murmurando disculpas. Era el último sobreviviente, era la conciencia del último sobreviviente lo que traía a sus ojos aquel llanto silencioso. El abogado se sintió súbitamente enojado al no descubrir el patetismo que hubiera deseado, porque en aquella visita donde se derramaban cuatro lágrimas, donde la avioneta de un club deportivo eliminaba inocentemente cualquier angustia, donde una mujer muda, o espantada, abría los ojos delante de quienes introducían un ramo de flores en su habitación, no para ella, pero sí para ella, en aquella visita faltaba el

sentido catastrófico y final que el abogado hubiera deseado, reducido a la más estricta banalidad clínica y a un incierto y repugnante sentimiento de compasión. El doctor guardó el pañuelo y el abogado sintió que buscaba su mano, y por nada del mundo hubiera permitido aquel contacto que les hubiera unido en una miserable complicidad, abogando como única indulgencia que tanto Ana Rosa como el doctor habían deseado con ansia la inocente pureza del muchacho. Se alejó unos pasos hacia la ventana. Las suelas de sus zapatos producían un crujido impertinente sobre el linóleo. Luego se volvió hacia Ana Rosa, a medias oculta tras las robustas espaldas del doctor. De nuevo observó los largos apéndices que surgían de sus narices, y el cabello derramado en torno a la almohada, cerrados los ojos como en un viaje espacial, y procuró estampar en su memoria aquel retrato con su atroz apariencia y su intemporal recurso a imitar las formas de un medallón.

Dos cosas no habría de creer Margarita: que el doctor hubiera engordado veinte kilos en cuatro días, y que aquellos apéndices táctiles semejantes a macarrones que surgían de las narices de Ana Rosa fueran otra cosa que sencillas sondas médicas. ¿Y por qué de nuevo macarrones? ¿Y cuál hubiera sido el cataclismo que hubiera estremecido el hospital hasta sus cimientos, similar a la voladura de los barrenos de una cantera, si ella hubiera alzado las pestañas y hubiera abierto inopinadamente los ojos? Pero no se trataba de dar explicaciones, esto es, no se trataba de suponer una resurrección que no se produjo ni de que el abogado diera explicaciones. Aquellos eran sentimientos demasiado concretos de la realidad. Lo cierto es que el abogado se acercó a la cabecera de la cama de Ana Rosa y preguntó al doctor:

—¿Oye algo?

—No se puede asegurar que no oye nada —replicó el doctor—. Nadie puede asegurar nada.

El abogado acercó su rostro a la faz inmóvil que yacía sobre la almohada. Examinó los ojos plácidos, la oscura curva de los labios, los largos y monstruosos apéndices que deformaban la nariz. Percibió un hálito de vida y el profundo palpar de la conciencia. Tuvo miedo, como si se hubiera inclinado sobre un pozo de mina, y se retiró fingiendo indiferencia.

—¿Se sabe lo que sucede cuando regresan al lado de acá?

—No se sabe.

—¿Regresan?

—No se sabe —repitió el doctor.

El abogado guardó silencio. Sin levantarse de la silla el doctor se inclinó voluminosamente sobre la cabecera de la cama y murmuró.

—Ana Rosa...

Luego se volvió hacia el abogado.

—¿Lo ve usted?

El doctor acercó de nuevo sus labios al oído de Ana Rosa y murmuró:

—Ana Rosa... El abogado ha venido a verte.

Hubo un silencio total. La avioneta había desaparecido de la ventana alejándose con el zumbido del motor. La mujer de la cama contigua observaba la escena con mirada enajenada, como si asistiera a una experiencia mágica. Agarró el embozo de las sábanas con ambas manos, muy nerviosa. ¿Acaso ella era de los que habían regresado? El abogado apretó los puños. Había algo definitivamente insoportable en aquella situación.

—El muchacho está a salvo, ¿me oyes? —prosiguió el doctor con aire hipócrita—. Irá a un centro religioso y le darán una formación.

Bruscamente el abogado se irritó.

—¿Qué está usted diciendo?

—Supongamos que oye. Supongamos que le gustaría tener noticias del muchacho —se excusó el doctor incorporándose.

—Hay otras maneras de saber si oye —exclamó el abogado alzando la voz—. ¿No hay aparatos? ¿No hay nada mejor que decir?

—Ella le quería mucho —balbuceó el doctor lamentablemente.

La mujer de los ojos blancos mordió las sábanas. La avioneta regresó trazando piruetas en el aire y al instante el zumbido del motor llenó la habitación.

—No me haga usted reír —exclamó furioso el abogado—. No me haga usted organizar ahora mismo un escándalo.

—Tranquilícese —dijo el doctor.

—¿Pretende de verdad que ella abra los ojos y le responda? ¿Quiere que yo le enseñe los dientes? Vamos, doctor, qué clase de visita es esta.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

—Es usted un miserable. ¿Qué clase de basura viene a remover a los oídos de esa mujer? ¿De verdad cree que le oye? ¿No basta con todo lo sucedido?

—No puede usted entenderlo. No puede usted entender lo que Ana Rosa y yo mismo...

—¿No puedo entenderlo?

El abogado se echó a reír sarcástico.

—Por supuesto, no puedo entenderlo. Y tampoco me lo hubiera podido creer.

—¿Tampoco ahora se lo puede creer? —repitió el doctor desorientado.

—No. Tampoco me lo puedo creer —exclamó el abogado fuera de sí.

La mujer de la cama contigua lanzó un grito.

—¿Lo ve? —prosiguió iracundo el abogado—. Ha hecho usted gritar a esta pobre mujer.

La avioneta pareció que se acercaba a la ventana como si fuera a estrellarse contra el cristal. La mujer de los grandes ojos blancos lanzó un alarido y comenzó a tambalearse en la cama con un ataque de histeria. El abogado se volvió imperioso.

—¡Cállese!

El doctor se levantó de la silla con sus ciento veinte kilos de carne y se dirigió hacia la puerta hundiendo la cabeza entre los hombros. El abogado le cortó el camino. En aquel instante la puerta se abrió y apareció la enfermera con la carpeta bajo el brazo, estirada como una comadrona. No hubo explicaciones. El doctor aprovechó el momento y enfiló el corredor escaleras abajo. El abogado le siguió mascullando improperios. Desfilaron ante los rostros atónitos de cientos de enfermos en bata y camisón que salieron a contemplarles silenciosos a las puertas de sus habitaciones. El uno gesticulante, el otro arrojando el cuerpo, apartaron de su camino las camillas de los agonizantes en los pasillos abarrotados. Se abrieron paso entre vehículos que transportaban grandes bultos de ropa blanca. Derribaron al doblar un recodo el carrito cargado con una bandeja de bollos y media

docena de tazones de café con leche que una enfermera empujaba. Se perdieron en aquel laberinto y equivocaron la salida. Volvieron atrás, hallaron las cocinas y al cabo regresaron y cruzaron a empujones el gran vestíbulo, entre exclamaciones airadas. Y alcanzaron al fin el aire libre únicamente para perseguirse serpenteando entre los automóviles del aparcamiento, condenado el uno a soportar al otro, y obligado este a recitar la interminable letanía de insultos y reproches que su conciencia le dictaba, sin saber a ciencia cierta cuál era su profunda implicación en aquel odio, la frustración de su más tenue papel descargando amenazas judiciales en las cargadas espaldas del otro, o la más íntima repugnancia de verse implicado en aquel descalabro moral como quien asume su capacidad de testimonio hasta sentir una mancha en su honor y una parte distributiva de culpabilidad. Así rodaron abrazados uno y otro hacia el final de la historia, fuera de aquel ámbito, lejos del destello de aquellas ventanas, el grueso doctor y el enteco abogado, dejando atrás a la Medusa en el reposo y la paz de su sueño, entre largos macarrones de caucho que el tiempo transformaría en filamentos incandescentes y en compañía de una loca de la que no podía esperarse ningún mal. El abogado creyó perder la garganta y su mujer no habría de creerle. Pero tampoco habría de creer Margarita, su mujer, que ambos regresaran juntos en el mismo automóvil, como así fue, y más aún que regresaran silenciosos y conmovidos, agotados los recursos que el abogado mantenía de aliviar su amargura a cuenta de la dignidad del otro. Yen el paisaje del retorno, entre las ráfagas de lluvia que habían sucedido a un breve sol, azotado el automóvil por todas las inclemencias de la primera galerna del otoño, se fue proyectando la indiferencia humana hacia toda clase de ignominias una vez que la capacidad de asombro se ha agotado, con la misma tozuda autoridad del limpiaparabrisas despejando la visión.

—¿Nada más? —dijo Margarita ignorando si su marido había concluido o si aún divagaba su espíritu por las estancias vacías del balneario, o por las borascosas playas del otoño cantábrico, cualquiera que fuera el escenario de su melancolía.

—Supongo que nada más —replicó el abogado dándose la vuelta en la cama.

Se sentía en lugar seguro, de regreso a su dormitorio de Madrid, y más allá, en círculos concéntricos que abarcaban a la ciudad entera, se sentía en plena posesión de su memoria, como si el retorno hubiera conferido a sus imágenes una insensible capacidad de cristalización.

—Entonces creo que debes estar satisfecho —dijo ella—. Al menos de haber salido con vida.

—¿Tú crees?

—O de no haber perdido la cabeza. Supongamos que esa mujer te hubiera arrebatado el sentido, o que el doctor se hubiera vengado de la humillación recibida —prosiguió ella totalmente desvelada—. En cualquier caso hay un punto oscuro.

—Hay muchos puntos oscuros —murmuró el abogado sin deseos de proseguir la conversación. Su mente se había refugiado en un cálido recuerdo para conciliar el sueño. Veía el reflejo ambarino de la copa de coñac que Ana Rosa le ofrecía la tarde que le recibió en su casa, el único momento en que se habían rozado sus manos, siglos atrás, mucho antes de que él conociera las verdaderas implicaciones de su existencia y aquel contacto fuera ya, inexplicablemente, una prenda de reparación.

—Por ejemplo —razonó Margarita—, se supone que alguien debió quedarse con el estuche de las joyas.

—Toribia —respondió lacónico el abogado apagando la luz.

Ella guardó silencio unos minutos. Los puntos oscuros eran delicados de precisar. Al fin prosiguió.

—Además no me creo que desde el fondo de la cueva se oyeran las cochinadas del burdel.

—Puede que fueran figuraciones mías —refunfuñó el abogado—. Desde luego...

—¿Qué?

—Desde luego era el antro del onanismo.

—Fredí...

—¿Qué sucede?

—¿Cómo sabes tú las cochinadas que se dicen en un burdel?

—Ya te dije que acompañé al doctor y le esperé en la sala de abajo —replicó el abogado con enojo—. Y ahora quiero dormir. Quiero saber por fin cómo se duerme en mi cama de Madrid.

Margarita insistió.

—Tampoco creo que esperaras abajo.

—Esperé abajo.

—Esperaste abajo pero no me creo que te quedaras abajo simplemente esperando.

El abogado estalló.

—De acuerdo, tienes razón. No me quedé simplemente esperando. Me quedé con una puta negra que me estuvo machacando las pelotas. ¿Estás contenta ahora?

—No digas tonterías —replicó Margarita con dulzura.

Sintió que ella se deslizaba entre las sábanas a su lado. El abogado pensó que jamás entendería a las mujeres. Cerró los ojos y juntó los puños en la oscuridad. Margarita buscó su compañía.

—Tampoco me lo creo.

—¿Qué?

—Déjalo.

Ella le deshizo los botones del pijama como si le registrara los bolsillos. Había otra esclavitud distinta que la de simplemente haber llegado a casa. El abogado se dio la vuelta y sintió bajo las manos la carne tibia, confiada y algo aburrida de su mujer.

El abogado se fue de Lince dos días después de la visita al hospital. Traspasó en sentido inverso el umbral del balneario y cruzó la verja del jardín poseído por la sensación de que una parte del decorado iba a desplomarse a sus espaldas presagiando los inminentes trabajos de demolición. Un taxi le esperaba para llevarle a la estación, y de allí en un ferrocarril de vía estrecha cambiar en la estación de Oviedo, y de allí en una terrorífica noche donde la locomotora de un expreso se sumergía en las entrañas de la tierra, y cruzaba campo a través, no sobre raíles, las llanuras, y parecía que en todo momento iba a esparcir la destrucción, llegar en la madrugada a la suave y seca y septembrina claridad de Madrid. La ciudad le pareció nueva y al mismo tiempo reconocible. Todo concordaba salvo

que era octubre. En su agenda el abogado había traspapelado los días. En su cómputo ni siquiera había tenido en cuenta la dudosa exactitud de la factura del hotel. Era octubre, y los días en que su calendario, por descuido, por obnubilación o por causas más complejas que no podía esclarecer, había permanecido entre paréntesis, le parecieron días generosamente añadidos a su vida con alguna misteriosa intención, como si arrebatado al tiempo real por la simple desidia de no verse sujeto a horario hubiera participado en un tiempo imaginario y caballeresco donde los acontecimientos y lecciones de la vida se hubieran precipitado sin tener en cuenta las revoluciones de la tierra o más modestamente las exigencias del reloj. A su regreso, la sorpresa causada por aquel desajuste provocó una situación que no tuvo mayores dificultades en superar. Era octubre, lo admitía. Ciertas páginas de su agenda quedaron sencillamente en blanco, con la misma naturalidad que los viajeros de antaño reconocían, en los vapores del retorno, la invisible huella de sus pasos en el más allá. Asumió la progresión de los días sin que hubiera habido por su lado participación de la conciencia. Y en suma se acogió al razonamiento que, con gran poder de convicción y escasas contemplaciones, le espetó su mujer:

—¿Octubre? Claro que es octubre —zanjó algo bruscamente Margarita—. ¿Dónde tienes la cabeza? Si oliera a pavo y hubiera un árbol en la entrada sería Navidad.

Con esa perspectiva, y bajo el inevitable apremio del presente, el abogado se incorporó a la marcha normal del calendario. Por lo demás, a los pocos días de llegar se dirigió al bufete, porque ya había pasado el tiempo del misterio y de las explicaciones. Recogió los papeles atrasados, entre los cuales halló una considerable proporción de asuntos pendientes que, como suele suceder, se habían resuelto por sí solos en su ausencia. Despachó el correo sin mala conciencia y sin olvidar que las cartas urgentes son urgentes solo para quien las envía y no forzosamente para quien las recibe, de forma que la demora en contestar podía suponer un profundo examen de la materia antes que una muestra de desidia y falta de delicadeza. Tuvo algunas consultas que ratificaron su presencia en Madrid, algo que debía resultar obvio a esas alturas, pero que reforzaron un sentimiento que en él no era tan obvio (a menudo su espíritu deambulaba por las nieblas de

Linces y su oído captaba el infinito rumor de los guijarros en la playa al retirarse la marea, como un reloj que midiera de otra manera el tiempo, y en ese universo de suposiciones que había quedado atrás se encadenaban otra clase de acontecimientos que se acompasaban con aquel gigantesco reloj). Finalmente tuvo ocasión de comprobar que la lluvia llegaba a Madrid y el asfalto lustroso removió la nostalgia. Era octubre, y pasó octubre, según le anunció un buen día su mujer. Nadie podía evitar el hundimiento horizontal de los negros lingotes de semanas, la destrucción vertical de las rojas columnas de domingos, nadie podía evitar el incesante retorno de las mareas, el poderoso desfile de las galernas, la sucesión de los frentes de lluvia, y delante de la épica visión de las estaciones en términos cantábricos aquellos humildes chubascos madrileños, breves y bienvenidos, refrescaban su espíritu y desempolvaban su capacidad de percepción.

Con Miguel Goitia las cosas se arreglaron. No fue un encuentro caluroso. Nada de abrazos ni palparse la riñonada, pero Goitia supo mantener las cosas en su punto.

—Mira, Fredi, eres un buen amigo y un mal abogado, eso hay que aceptarlo y he decidido aceptarlo.

El abogado calló. La inversa era fácil, mal amigo y buen abogado hubiera sido un reparto del juego con mayores posibilidades de triunfo en la vida y similares condiciones de aceptación.

—El asunto de Linces lo llevará Mengano —dijo Goitia mencionando a un odioso colega con un envidiable expediente profesional.

—Insisto en llevarlo yo.

—Vamos, Fredi, no te ofendas, lo tuyo está en gestionarme las multas de tráfico. Además ¿qué te ha pasado en Linces que has vuelto tan taciturno? ¿Ha sido esa historia de ninfómanas y sodomitas lo que te ha alterado? La gente de esas comarcas es muy correosa.

—Nada me ha alterado —respondió el abogado muy sereno—. Insisto en llevar ese asunto.

—Olvídalo.

Poco más o menos por aquellos mismos días el abogado sintió un retorno de la historia bajo distintas apariencias, como si lo sucedido en Linces se prolongara en un medio más etéreo sometido a diferentes

condiciones de propagación. Una noche, poco después de quedarse dormido, recibió la visita del doctor. Venía solo. Había adelgazado una buena porción de kilos y en el sueño su aspecto liviano y esponjoso parecía haber alcanzado un compromiso favorable con la ley de la gravedad. Vestía de verde, con gruesos zapatos de monte y sombrero de canutillo con pluma de faisán. Le invitaba a una cacería, pero más parecía que el fusil que colgaba de su hombro estuviera destinado a volarse la cabeza que a abatir un venado. A su cariñoso ademán se imponía la representación de Toribia, vigorosa y oscura, exhibiendo el emblema de sus zapatones aldeanos y ataviada con todas las joyas del joyero. Había algo monstruoso en su presencia, como si el doctor hubiera formado con la sirvienta un híbrido de juego de naipes. Ya despierto el abogado no pudo averiguar si aquella era una imagen del destino y si la invitación a internarse en el bosque no encerraba alguna otra lección. También recibió la visita de Ana Rosa pero esa vez la relación fue inversa. Se trataba de una imagen casi estática, leve movimiento del rostro de Ana Rosa en un perfil micénico, gesto resucitado de bienvenida no exento de algún peligro, respiración en suspenso con la inminente sensación de que su boca iba a recitar profecías. Pero en su caso, y aún dormido, el abogado no pudo despejar el sentimiento de que Ana Rosa le recibía en su sueño y el visitante era él.

Tuvo ocasión de pasar delante del hotel Wellington y refrescar la presencia de Ana Rosa en lo que habían sido sus dominios y lugar de reunión de los poetas ebrios. Otras breves referencias cumplieron la misma función. Había un Madrid onírico que él mismo no había conocido y que solo frecuentaba mediante algunos rápidos destellos de intuición. Así pues, se vio extraordinariamente conmovido por un automóvil negro de un modelo anticuado que podía situarse con cierta precisión en los años sesenta, y al que de inmediato atribuyó una carga sentimental probablemente inventada, todo ello porque se figuraba a Ana Rosa bajando de un automóvil parecido, con grandes alerones y cromos rutilantes, delante de la puerta del hotel (y en todo caso, Ana Rosa era convocada en su espíritu mediante el artificio de un automóvil negro de cuya portezuela, en caso de abrirse, solo ella podía bajar). Del mismo modo su memoria recitó algún verso sin esperar ninguna madrugada, en un milagro de inspiración

pentecostal. *Vives en las tinieblas bajo lámparas de plata.* Todo eso eran historias, rastros de humo en un declinante estado de ánimo mientras los días perdían su baza ante las horas otorgadas al anochecer.

Pero el ámbito no liquidado concernía al muchacho, a quien no visitaba en sueños y de quien no recibía visitas, acaso porque Madrid no ofrecía ninguna posibilidad de evocación. Parecía haber sido eliminado de su pensamiento, o llevar una vida miserable recluido en alguna bodega del inconsciente, esto es, en los sótanos de un soberbio castillo donde el abogado reinaba en tiránica soledad. Nada parecía jugar en favor del muchacho a quien ningún recurso ayudaba. Pasaron las semanas. Era diciembre y el abogado estaba empezando a volverse loco. El horizonte de los días olía a pavo y Margarita había decorado la entrada con un árbol de Navidad. A mediados de mes, por un extraño quiebro de las cosas, fue el propio Miguel Goitia quien le dio noticias del muchacho. Goitia le recibió en su despacho y fingió sumergirse en sus papeles apenas le oyó entrar.

—El chico de tu historia en Linces, el hijo del jardinero de mi tío, creo que está en Madrid.

—¿Qué sabes de eso?

—Alguien de Linces le dijo a mi abogado que el chico está en Madrid —repitió Goitia subrayando con malicia la palabra abogado.

—¿Sabes dónde?

—En un centro de menores, ¿dónde si no?

Hubo una pausa. Goitia alzó un ojo distraído.

—¿Vas a ir a visitarle?

El abogado asintió con un gruñido. Goitia apartó los papeles que estaba examinando y utilizó su pluma estilográfica como dedo acusador.

—Escucha, Fredi, soy tu amigo, ¿no es cierto? Hace tres meses que estas en Madrid y aún no has olvidado la historia de ese chico. ¿Qué pretendes?

—No pretendo nada, quiero ir a visitarle.

—De acuerdo, vas a ir a visitarle. ¿Y después qué? ¿Te quedará un buen recuerdo en la conciencia? ¿Te aliviará el mal sabor de boca? Créeme, esa es una historia de provincias. Y ahora estás en Madrid. Lo tuyo es organizar tu bufete, salir a cenar con Margarita... ¿Sabes esquiar?

—No sé esquiar.

—Aprovecha estas vacaciones para tomar lecciones de esquí. Cualquier cosa. Pero olvida de una vez a esa pareja y al muchacho que hacía de monaguillo.

—No se trata de olvidar. Es algo muy diferente.

Goitia le miró intrigado.

—¿Muy diferente? ¿Me vas a decir que es algo que te ha llegado al corazón?

—Al corazón o a las tripas, qué más da. No puedes entenderlo.

—No puedo entenderlo —repitió Goitia ofuscado—. Miguel Goitia es un burro manchego que no puede entenderlo. Es decir, soy un burro que no puede entender los sentimientos —dijo echando atrás la butaca y reclinando la barbilla como si hablara para sí—. Yo quiero ayudarte, Fredi, pero no estoy dispuesto a que me tomes por un burro manchego.

—No es eso, Goitia.

—Yo sí que me voy a Suiza estas navidades a hacer esquí.

—Eso no lo hacen los burros manchegos.

—Exacto. Y quiero que sepas que tengo una solución para ti. He comprado unos solares. Sé que eres un mal abogado pero se trata de una cosa muy sencilla. Nos haremos inmensamente ricos.

—De acuerdo, Goitia.

—Lo sabía. Ya es hora de que empieces a sentar cabeza. La vida no es lo que tú te crees, ni siquiera la vida de abogado. Deja de pensar que todo lo que sucede a tu alrededor sucede precisamente para que tú saques a las cosas de su enredo. Las cosas suceden y no significan nada. ¿Me entiendes?

—Te entiendo, Goitia, pero no puedo evitarlo.

—Eres un artista, Fredi.

—No me ofendo.

—No te ofendas. Vete a ver a ese chico si tanto te apetece. Yo necesito un socio que eche unas firmas en un par de papeles y a cambio le cubriré de oro. Cuando hayas terminado con tu historia me vienes a ver a mí.

—¿Dónde está el chico?

—En una institución que no es exactamente un orfanato. Ni una cárcel. Mi secretaria te dará la dirección.

Goitia volvió a sus papeles. El abogado alcanzó su gabardina en el perchero.

—No olvides lo que te he dicho —gruñó Miguel Goitia antes de que cerrara la puerta.

El abogado se detuvo unos instantes en el despacho de la secretaria para recoger la valiosa información.

A los pocos días fue a visitar al muchacho. Hubo una discusión sobre si Margarita debía acompañarle, ella interesada en ir con él hasta el cabo de las cosas, él reticente en que le acompañara, y al fin decidió ir solo. Salió de Madrid hacia el sur, y durante más de media hora vio desfilan los suburbios en la claridad de la tarde. El sol oblicuo recortaba las perspectivas de páramo y ladrillo. El cielo se desgarraba sobre el esbelto trazado de la autopista y el abogado conducía con el sol en los ojos. Las cosas no tienen significado, pensaba, y esta visita es un complemento de las cosas que han pasado y que yo reúno ahora, pero no significan nada, y ningún artista que las reúna como yo las reúno podrá añadir un ápice de sentido a los escándalos e ignominias que no lo tienen, porque así son las cosas, o así dice Goitia que son las cosas, y sabrá lo que dice porque no es hombre que se deje engañar.

El centro de rehabilitación de menores era un edificio de ladrillo, más parecido a un seminario que a una institución judicial. Le recibió el director, un hombre ascético, sin duda buen contable, correoso de aspecto, vestido con un traje gris que ostentaba en la solapa de la chaqueta la cinta de una condecoración. Le condujo por un pasillo a la sala de espera. Por las ventanas se veía el patio, anegado en sombra, y al fondo unos galpones donde aquel hombre indicó que se hallaban los talleres. El ambiente era anónimo y humilde, como en un convento de provincias. Quizá hubiera imaginado el abogado mayor dureza, otra violencia en el aire, un ámbito más sórdido de carne y orines, y en su lugar se hallaba en una sala que presidía una escayola de San José Obrero, amueblada con unas desgastadas butacas de cretona rescatadas de algún ministerio o de algún club militar. Hacía frío y olía a sulfumán. De los galpones llegaba el chirrido de una sierra y voces fuertes, viriles. El director le dejó solo. Al cabo de unos minutos regresó acompañando al muchacho. No se reconocieron

inmediatamente como a veces sucede con los visitantes de los sueños. Hubo un titubeo. El muchacho llevaba un mono azul de mecánico con tirantes cruzados en la espalda sobre una camisa de paño más claro. Se restregó las manos pausadamente en los pantalones. Parecía que sus manos buscaban un lugar donde aferrarse. Volvió la mirada atrás, hacia la puerta por donde había entrado, como los animales que quieren asegurarse la querencia. Luego permaneció absorto, estúpido, porque sabía que esa era su mejor defensa, o porque en su interior hervía toda aquella violencia que solo en un instante crucial de su vida había sido capaz de expresar. El abogado sintió latir el pulso en sus venas. Le pareció contar los segundos de silencio. Tuvo un gesto amable que no halló contacto ni respuesta. Luego pasó entre ellos algo parecido a una ligerísima vibración, similar al temblor de una lámina metálica que alguien ha rozado, una pantalla sonora que entre ambos se interponía, reduciendo el caudal de cariño o la expresión del afecto al mínimo dividendo de una leve nota musical.

El abogado quería que el muchacho correspondiera a su retrato, los ojos grandes, el cráneo rapado, la frente poderosa y de fuertes lóbulos indicando una gran inteligencia dormida y una ambición vital, y amenazando quién sabe qué represalias sobre la vida, incluida la propia vida, y en todo ello el muchacho respondía a la descripción. ¿En qué hubiera podido cambiar? ¿Acaso tres meses de vida le podían haber transformado? No descubrió su afecto, ni su odio. El abogado era un personaje olvidado. Y si acaso dentro de aquella masa encefálica se fraguaban otros proyectos no era el abogado el individuo con el que se podía contar.

—¿Come bien? —preguntó el abogado.

—Come bien —respondió el director—. Esta mañana ha comido macarrones.

—¿Macarrones?

—Es viernes —explicó lacónicamente el director sin detallar el menú de reglamento—. Tendrán una cena especial por Navidad.

Después preguntó si quería quedarse a solas con el muchacho. El abogado dudó unos instantes y respondió que no era necesario. Luego el director explicó que el muchacho era dócil y sin duda aprendería un oficio, aunque no sabía lo que se podía extraer de aquella persona, ni lo que se

podía hacer por aliviar continuas noches y continuos días de tensión. Porque el muchacho no dormía, o parecía no dormir, o dicho de otro modo parecía dormir todo el día y no era contradecirse, hasta tal punto se ignoraban los acontecimientos que se desarrollaban en su interior. Y el abogado estaba seguro de que tampoco aquello, y para terminar, lo había de creer Margarita, como a duras penas creería la reincidencia de los macarrones, y eso el abogado no lo inventaba, ni hubiera perdido el tiempo en afinar otros detalles de parecida irrelevancia.

Al cabo de unos minutos el director del centro hizo salir al muchacho. El abogado sacó la cartera y dejó unos billetes para cubrir gastos, o vicios, o lo que fuera, cualquier cosa que pudiera dar gusto al chico. El director, estimando de una ojeada la cantidad, guardó los billetes en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Tiene amigos?

—Aquí no se tienen amigos —respondió secamente el director, como si el abogado hubiera mencionado alguna relación sospechosa.

El abogado volvió a sacar la cartera y dejó otro billete. Para que las navidades fueran menos tristes, pensó.

—Quiero estar al corriente si ocurre algo.

—¿Qué puede ocurrir?

El abogado guardó silencio. Lo cierto es que no sabía lo que podía ocurrir. Y ojalá pudiera predecir que no le pasara nada y que el muchacho saliera de allí más luminoso, más brillante de lo que había entrado, rompiendo la barrera de su voluminosa frente como la crisálida buscando la luz. Se despidió brevemente. La sierra de los talleres había vuelto a chirriar.

También aquellas navidades fueron tristes para el abogado. Hubo pavo. Margarita tuvo todas las atenciones. La mesa se iluminó con velas y se descorchó con un breve estampido eufórico una botella de champán. El abogado encontró en el árbol su tradicional regalo: una corbata. La estrenó en aquella misma cena, haciéndose el nudo como si se fuera a ahorcar. Y si acaso hubiera pertenecido a cierto círculo de poetas hubiera hallado el modo de expresar el misterio del muchacho. Le vio alejándose en el cielo estrellado, hacia la constelación de la Medusa, todo suposiciones, la noche de Navidad.

Seis

OceanofPDF.com

La galerna cerraba el paisaje y en los desgarrones de luz se divisaban las altas cumbres nevadas del invierno. La montaña se estremecía. El barro amortiguaba en las laderas las explosiones de los dinamiteros.

Con voz ronca, hinchada la lengua, la garganta envuelta en una bufanda colorada, el doctor Castro se incorporó en la cama apoyándose en los codos y llamó a la sirvienta.

—¡Toribia!

El grito resonó en la casa y se perdió en la enmohecida guarida del sótano. Borracho de la víspera el doctor se había despertado con una alucinación. Ráfagas de lluvia golpeaban los cristales. Allí estaba el general Goitia, a los pies de la cama, envuelto en un capote de campaña, los ojos huecos y la mirada fulgurante, como esos cráneos en cuyo interior arde una llama. Se presentaba con el aspecto de los muertos cuando acuden a pedir explicaciones a los vivos, lacio el pelo, costroso, sucio como el de un vagabundo, duplicada la estatura del muerto por el mismo terror que inspiraba la aparición. Sus botas de media caña rebosaban de gusanos. El doctor se limpió las narices con la bufanda, volvió a llamar a Toribia y el muerto dejó escapar un gemido. El general se llevó la mano a su corazón de pordiosero difunto, exhibiendo los sucios galones de la bocamanga, y exclamó con marcialidad:

—Turrón y castañas, teniente. Que no quede un hombre sin cena de Nochebuena.

El gigante se volvió hacia la ventana como atraído por el retumbar de los barrenos en la montaña. Sabía el doctor que un minuto más tarde descansaría, porque no era aquel el síndrome clínico del *delirium tremens*, ni tampoco la simple alucinación de la pesadilla, y sus poderes quedaban limitados por un esfuerzo de voluntad. Un tránsito, un término medio. Un compromiso entre las más potentes resacas del año y la soledad. Y sabía

que en ello se jugaba la salud mental lo mismo que la vida, como un jinete a lomos de un caballo de ojos desorbitados cuyo galope aún es capaz de contener. Tendido entre las sábanas revueltas, atento a la menor iniciativa del muerto, el doctor volvió a limpiarse los mocos con la bufanda y aquel gesto degradante pero humano le devolvió la confianza en sí mismo.

—A sus órdenes.

—Coñac para todos. Y si es preciso se echa mano del alcohol del botiquín.

El doctor se figuró lo que los ojos del muerto veían a través de la ventana. Avanzaba el talud de la autopista en la roca viva y a pesar de la distancia se estremecían los cimientos de la casa a cada explosión de los barrenos. Rodaban miles de toneladas de roca. Después de cada explosión la lluvia convertía instantáneamente el polvo en barro y nuevas heridas atigradas se abrían en las laderas. Hileras de camiones amarillos aguardaban para transportar el relleno. La luz entraba por la ventana con una leve impregnación plateada y el doctor sabía que en el minuto o minuto y medio que duraría la alucinación todas las extravagancias estarían permitidas, buitres en los barrote de la cama, o el lienzo de la Verónica en el toallero, todos los ardides, todas las posibles extensiones del espíritu en los más finos detalles de actitud o indumentaria por muy obsoletos o repugnantes que fueran. El tiempo era elástico en aquellas condiciones. El doctor sabía lo que aportaba el sufrimiento y el carácter liberador de la penitencia. Sufría la presencia del muerto y los tiempos de guerra. Inmóvil frente a la ventana, prisionero en los cristales, el gigante del capote veía avanzar ladera arriba a través de la lluvia la columna de sus ciento cincuenta hombres acarreando una batería de tres piezas, dos menos de las cinco que habían salido del pie de puerto. La primera se había hundido en un cenagal entre oscuros borborismos de barro y gas pútrido antes siquiera de iniciar la ascensión, y hubo que desenganchar a las bestias para que el peso de la pieza y el armón no se las llevara al fondo, y quedó asomando la boca del cañón como si el arma pidiera aire por aquel respiradero. La segunda se había despeñado en un barranco arrastrando a los muleros y a los mulos, y el doctor también imaginaba cuáles eran los pensamientos del general. Nadie desde los tiempos de Zumalacárregui había pasado artillería por aquellas montañas.

¿O no había sido Zumalacárregui? Nadie desde los tiempos del emperador Augusto había hecho la guerra en aquellos pasos. Los valles eran suyos y se veía despejando a cañonazos aquellas laderas por donde corría el enemigo en alpargatas, atento el ojo de águila y audaces los dos grupos de avanzadilla para evitar que las partidas de pastores y mineros se encastillaran en los riscos donde él mismo pensaba tomar posición. Allí vivaquearía la noche de Nochebuena, desplegando las mesas de tablilla bajo las tiendas de lona. En el transporte de municiones venía un saco de castañas, coñac y turrón. Arrogante y ne ció el general escuchaba el retumbar de los barrenos. La aparición se aferró con una mano a los barrotes de la cama. Los gusanos le comían los pies.

Luego vino el lamento.

—Castro, viejo amigo.

Viudo inconsolable sin su viuda, el difunto gemía sometido a los tormentos del recuerdo y de la soledad que el doctor suponía patrimonio de los muertos. Así lo había dicho Bécquer y casi todos los poetas que el doctor había frecuentado, y entre ellos aquel que mejor había sabido expresarlo sin gazmoñería. Ya dulce amigo huyo y me retiro... Pero el general seguía allí. El doctor se acomodó, incorporado a medias. Aquellas alucinaciones despertaban un oscuro arrepentimiento. Quizá había transcurrido ya un minuto y solo quedaba aguardar medio minuto más. El pordiosero con capote militar, lacias las greñas, iluminados los ojos como los fantasmas de los cuentos infantiles, se volvió hacia su víctima con gesto humilde. La muerte le había reducido a aquel estado mendicante. Solicitaba una gracia. Amenazaba con quedarse allí toda la mañana, con seguir al doctor dejando un rastro de podredumbre si no obtenía una gracia. Harto de esperar el doctor alcanzó el timbre de la cabecera de la cama y recibió una descarga eléctrica en la mano, húmeda de sudor. Pero no temía nada. Solo tenía miedo a perder la razón. La aparición alzó la voz. Como si la ausencia de Ana Rosa le resultara intolerable, exclamó con un gemido:

—¡Qué habéis hecho de ella! ¡Castro, viejo amigo!

Sacudió enojado los barrotes de la cama.

—¡Qué habéis hecho de ella! —repitió con ademanes de mendigo exigente.

—¡Toribia!

El doctor se llevó la mano a la garganta. Repitió sus cálculos. Aquello no podía durar más de un minuto, o un minuto y medio, en cualquier caso nunca había llegado a dos minutos, y todas las precauciones eran pocas para dispersar sus desagradables efectos a lo largo de la mañana. *Qué quieres de mí, que mi pavor solicitas...* La cama osciló sobre las minúsculas ruedecillas de sus cuatro patas de latón. Los cimientos de la casa se estremecieron con la explosión en cascada de una segunda serie de barrenos. Súbitamente la situación dio un vuelco. De nuevo era la guerra. La batería de tres piezas abrió fuego desde su emplazamiento. El general se irguió en toda su marcial estatura, se arrojó el capote al hombro, se apartó unos pasos de la cama y dirigió la mirada de sus ojos huecos a las lejanías de la ventana.

—Turrón y castañas.

—A sus órdenes —saludó el doctor aliviado, porque a las alucinaciones, lo mismo que a los locos, es preciso seguirles la corriente.

Luego se volvió hacia la puerta arrojando las sábanas a un lado.

—¡Toribia!

La voz se perdió escaleras abajo. La aparición musitó de nuevo el nombre de la mujer, Ana Rosa, oh, Ana Rosa. Luego se transformó en un montón de ropa y su enojo fue lluvia en los cristales. Todavía incorporado el doctor se cubrió con la bufanda, carraspeando para arrancar las flemas del fondo de la garganta. Dormía con pijama rayado de algodón, con la chaquetilla suelta y los pantalones anudados con lo que parecía ser el cinturón de una bata o el cordón de una cortina. Estaba seguro de haberse librado de aquella pesadilla, pero en un recóndito vivac de la memoria, sentados en sillas de tijera, iluminados por un mechero de carburo bajo la tienda de lona, el general y su oficial de sanidad cenarían lo mismo que la tropa, y si era preciso terminarían por abrasarse la garganta con el alcohol del botiquín bajo estricta administración facultativa.

Habían pasado el día de Navidad en aquella posición de altura. Amanecía sobre las cumbres por encima de ellos, aurora de nieve y nubes de borrasca en el paisaje más suntuoso que le había sido dado contemplar en aquella guerra, porque las nubes se cerraban en tormenta allí donde la

aurora ponía el rosa más delicado de sus dedos. El ordenanza preparaba café en un hornillo de gasoil. Se acercó con dos pocillos abollados, sujetando con un paño la cafetera de metal, renegrida. Los hombres se habían reunido en grupos de tres o cinco, envueltos en los capotes, en cuclillas, como miembros de una tribu bereber, recostados en los fustes de las piezas o al resguardo de los toldos, junto a las cajas de munición. Amanecía, y el paisaje tenía la insólita blancura de las montañas inaccesibles, y el valle verdeaba oscuro y profundo entre los riscos, envuelto en vapores de niebla, mientras el amanecer dilapidaba sus recursos y aún se entornaban los rostros hirsutos, vueltos al suelo, muertos de fatiga y sueño. El general se llevó los prismáticos a los ojos mientras sujetaba el pocillo con la otra mano y el ordenanza le servía café.

—Ahí está Ramiro —dijo con la vista sumergida en el fondo del valle.

Luego le pasó los prismáticos al doctor. Allí estaba la fuerza del coronel Ramiro, remoto y cercano al mismo tiempo en el luminoso escenario circular de los prismáticos. Había avanzado el día precedente por la carretera de Fagul a Potros. Acampaban en un recodo del camino, a trescientos metros de la garganta donde el valle se estrechaba en una hormaza, entre una pared de oquedades calcáreas y el torrente de Fagul. Una sección de ametralladoras ligeras había tomado posición al lado izquierdo de la carretera, a resguardo del monte bajo. Un camión de reparto de agua mineral cubría el flanco en la curva, equipado con una Vickers sin duda capturada al enemigo, lo mismo que el camión. El amanecer no había llegado a la hondonada. Entre los hombres se levantaban débiles espirales de humo. La montaña ocultaba el resto de la columna y los camiones de suministro. El doctor devolvió los prismáticos. El general se pasó la correa por el cuello y apuró el café.

Era la maniobra más audaz de la campaña. Las tres piezas de Goitia batían un ángulo cerrado cuya bisectriz enfilaba precisamente la línea del valle, y desde aquella altura despejarían el camino a las tropas que avanzaban por la carretera, de otro modo inexpugnable, rodeando el macizo en una operación de estrategia romano, o de general carlista, o de cualquiera con agallas suficientes para subir artillería a aquella posición. Con el primer sol en el rostro, ufano, muy distinto del lamentable estado al que los años y

la muerte le habían reducido, el general se paseaba por el risco con su pocillo de café en la mano. Los negros prismáticos se bamboleaban sobre su pecho, descubriendo los ribetes dorados de latón donde el uso los había desgastado. Pero aquel día no se haría ningún movimiento, ni se advirtieron movimientos en el partido contrario. Se carecía de transmisiones para comunicar con la columna de infantería, aunque hubiera bastado con el primitivo recurso del espejo. Al día siguiente, fiesta de San Esteban, el general envió por delante de las tropas de Ramiro las primeras salvas de preparación.

Se trataba de forzar el paso y no alzar la mira más de lo necesario. Se trataba de mostrar con fuego de a traición la fuerza de los propios recursos sobre la astucia y el poder de los recursos ajenos, y si el general acertaba en lo primero se equivocaba en lo segundo. La columna de Ramiro no se puso en marcha, ni debía hacerlo antes de que la artillería concluyera un trabajo de media hora con pausas de una hora, salvo respuesta contraria, como estaba convenido, el tiempo de ajustar el alcance de las piezas según se iría produciendo el avance. Sin embargo los planes cambiaron. No hacía media hora que el general había abierto el fuego cuando en la montaña se produjo una violentísima explosión, una cascada de explosiones, para ser exactos, ahora que el doctor había ejercitado su oído a la sincronización imperceptiblemente desfasada de los barrenos. La montaña se estremeció como en un seísmo. Hasta las peñas donde se hallaba Goitia se estremecieron. Los dinamiteros habían barrenado el paso. Los riscos junto a la carretera se desplomaron en un lentísimo alarde de fuerza. Media montaña se vino abajo en un alud de rocas, cegando el valle, embalsando el arroyo, negando cualquier posibilidad de maniobra, como si la propia montaña hubiera sacudido los miembros para proteger su independencia atávica. Los mineros habían bloqueado la ruta de montaña en los mismos parajes donde ahora los barrenos abrían la autopista, y así se evaluaba la indiferencia de la historia y las soberbias consecuencias del tiempo y las costumbres, desde el infranqueable reducto que la guerra no había violado al suave y futuro discurrir del tráfico rodado por el escenario abierto en tiempo de paz, porque lo que no pudo conseguir la artillería lo iban a conseguir los ingenieros de caminos. Nada hubiera logrado enturbiar el

concepto que Goitia tenía de su modo de pensar, de la posición dominante que había logrado ocupar su batería, como si solo en aquella nimia operación hubiera cifrado el orgullo de toda su campaña, desafiando a la montaña y emulando quién sabe a qué remotos fantasmas militares, aunque para su estricta conveniencia el avance hubiera de renunciar a la maniobra envolvente y proseguir a lo largo de la línea de costa aquella primavera. El 21 de marzo caía Llanes y tres días después se ocupaba Linces con alguna resistencia. La tropa se alojó en el balneario. Hubo descargas en el paredón del juego de pelota. Al día siguiente se concedió un permiso. Los soldados jugaban con un par de mujeres, viudas del enemigo quizá, o prostitutas, se oían gritos que no eran carcajadas, y luego se oyeron sollozos. El general había instalado su Estado Mayor en una bonita mansión en la media luna de la playa, con un amplio porche, una frondosa hiedra y una excelente mesa de billar.

El doctor sintió una fuerte punzada en el estómago y lo atribuyó a la falta de alimento más que a la resaca. Aún concedió sin embargo un último crédito a la aparición. Diez años más tarde el general compraría aquella casa para que fuera su casa de retiro y su refugio. Dos veces se cortaría la hiedra y dos veces volvería a brotar. Algo había en el mar de acuarela de aquella bahía que sedujo al general. Algún reposo había hallado para Ana Rosa y para él en los plácidos atardeceres sobre el estuario de la ría, y en el intemporal parpadeo del faro, que a pesar de los avatares de la guerra nunca había dejado de funcionar. El doctor les había seguido. Ya se había secado el llanto de muchos ojos, aunque no el resentimiento, y si la guerra había dejado atrás la leyenda de los invencibles hombres de las minas, derrotados pero no vencidos en su inexpugnable macizo de montañas preñado de dinamita, también había concluido para todos con el incontenible deseo de tener hijos, algo que ni el general ni el doctor habían realizado, quizá por un castigo selectivo, quizá porque la vida, otorgándoles otras compensaciones, les había negado aquella de la paternidad.

El doctor paseó la mirada por la habitación. El general se había desvanecido. Al fin se encontraba solo. Detrás de la puerta había dos bolsas. En la primera bolsa el doctor conservaba recortes de prensa con las crónicas de la vida social de la comarca. En la otra se hallaban dos frascos de

diferentes analgésicos, el uno en píldoras, el otro en supositorios, una jeringuilla en estuche aséptico, algodón, yodo, linimento muscular, sulfamidas, dos o tres cajas de medicamentos sin duda caducados, pastillas para dormir y amoniaco, un verdadero botiquín de campaña en aquella habitación sometida al terrible azote de los vendavales y a las visitas inoportunas del pasado con sus desagradables exigencias.

El doctor decidió aguantar la resaca sin ayuda de los laboratorios Hoetsch, sin Pinzodrim ni Listrisona, cualquiera que fueran los impronunciabiles nombres que la lengua en su estado no alcanzaba a balbucear. También aquello formaba parte de la penitencia. Pensó un momento en acercar las narices al frasco de amoniaco, puro amoniaco, espíritu de la vida sensata en el doloroso túnel de las borracheras, remedio canónico de eficacia caballar. Buscó a tientas con los pies las zapatillas debajo de la cama. Sentado en el borde del colchón volvió la vista atrás con nostalgia. Pájaros de dolor, lluviosas heridas de soledad en la ventana. Un majestuoso rayo de sol despejó brevemente el valle hasta las altas cumbres y el doctor se llevó la mano a la frente y cerró los ojos como si le hubieran herido con una espada. Luego salió de la habitación envolviéndose en la bufanda colorada para llamar a la sirvienta desde lo alto de la escalera por tercera o cuarta vez.

Del sótano llegó un estruendo de hierros arrastrados. En el ámbito de la pesadilla pudiera ser que descargaran cajas de municiones pero en la situación presente, en la sólida y sórdida realidad de la existencia, quién sabe lo que estaría haciendo aquella mujer.

Toribia oyó la voz que clamaba en las alturas. Oyó que la llamaban Toribia como si la llamaran perra. Por lo tanto no contestaría. Fuerte de carnes, ancha, remangada hasta los codos mostrando los antebrazos blancos, arrastraba cajas de clavos viejos en el sótano como si arrastrara cajas de municiones. Puede que hubiera treinta kilos de clavos en cada caja, a lo que había que sumar casi veinte kilos de recortes de taller de soldadura, más los doscientos kilos de chatarra acumulados en la parte trasera del jardín. Todo ello hacía, redondeando, trescientos kilos de hierro, más lo que darían por el

coche si de una vez el coche reventaba, más lo que darían por la chapa de la cocina si el doctor se modernizaba y la ponía de gas. Los cálculos crecían en su cabeza mientras arrastraba las cajas. Todo lo que era hierro le interesaba. También Toribia recordaba oscuramente la guerra, moza entonces, aquel inexorable despilfarro de varones y metal.

Oyó su nombre por tercera o cuarta vez, ya implorante, reclamando sin duda el desayuno. No le gustaba oír su nombre como si la llamaran perra. Le gustaba oír su nombre en voz de caballero, o en voz de súplica. Apretó los riñones para alzar una caja y apilarla sobre la primera dejándola caer con estruendo. Luego se sacudió las manos y atendió a la voz. Cuando llegaba el invierno Toribia se echaba encima de los hombros media manta de lana y añadía al vuelo rígido de su falda una segunda falda periférica, o falda secundaria, de un tejido más grueso que la anterior. Giró envuelta en sus faldas. Se bajó las mangas ocultando la lechosa carne de los antebrazos y alcanzó el medio capote de lana. El sótano era un lugar enmohecido. Al surgir de la bodega Toribia respiró el aroma de la estufa con felicidad doméstica. Descubrió al doctor en lo alto de las escaleras, elegante, según ella, con su pijama a rayas, su cinturón de cortina y su bufanda colorada.

—Toribia, el desayuno —dijo el doctor de nuevo con la voz de llamarla perra.

Toribia se dirigió a la cocina con pasos rencorosos y obedeció sin responder.

Preparó el desayuno y se retiró junto a la ventana con las manos bajo el delantal. Inclinado sobre un tazón de café con leche del tamaño de un púlpito, el doctor fue rescatando los tibios aromas de la vida y la gratificante sensación de que aún seguía vivo. Tardaba algún tiempo en ser consciente de ello. Se arrojó la bufanda colorada sobre el hombro y pidió a Toribia que le acercara la mantequilla y las tostadas. La mujer obedeció en silencio, testaruda y eficaz como una locomotora. Su fidelidad al doctor iba acompañada de recelo y su pensamiento estaba en otra parte. Aún se hallaba en el sótano. Había calculado los kilos que poseía en hierro, había estimado su valor al precio que ofrecía el chatarrero, y ni siquiera se había preocupado de valorar lo que poseía en joyas, aquel estuche que el muchacho le había confiado y que ella, Toribia, escondía entre los hierros

viejos. Solo con grandes precauciones se atrevía a abrir el estuche. El centelleo de las joyas en la penumbra de la bodega había desatado una suerte de locura comercial. Puede que aquello valiera cientos de miles o puede que valiera millones pero esos millones no se los daría el chatarrero. Puede que con aquella fortuna abriera un restaurante en el cruce de carreteras para servir asados y estofados a los camioneros justo enfrente del burdel. O puede que abriera otro burdel. En el pecho de Toribia había nacido una ambición que iba más allá de la recuperación de hierros viejos y del rencor hacia la humanidad entera, porque las palabras sortija, brazalete o collar encendían en su imaginación proyectos de matrona de casa de putas y hacían repicar en sus oídos resonantes campanillazos de caja registradora. Pero todo aquello quedaba confiado a lo más secreto de su corazón, a lo más íntimo de su fuerte pechuga. Al cabo de una gris eternidad de fregar suelos llegaba el crepúsculo de la vida con los suntuosos ropajes de la fortuna, del mismo modo que los días nublados ofrecen a menudo las más lujosas puestas de sol. Cientos de miles, quizá millones, nada bastaba para recompensar la existencia de Toribia, y si acaso Toribia no llegaba a revelar el secreto de las joyas ni siquiera al chatarrero, de cuya solvencia y fondos desconfiaba, las joyas seguirían escondidas en el sótano como el cimiento más sólido de su orgullo. En su imaginación se encendía un luminoso parpadeo. *Oasis Toribia Restaurant*. Sus obligaciones estaban condicionadas por el disimulo, pero nada impedía que la espiral de sus cálculos alcanzara aquellas regiones que la fantasía comercial únicamente halla modo de expresar mediante rótulos de neón.

Las llaves de la casa del general Goitia habían quedado en manos del doctor por una serie de circunstancias todas ellas resumidas en la frase que pronunció el joven abogado cuando se las entregó. «Creo que es usted el más indicado...», dijo el abogado antes de partir, con el maletín a sus pies y un portafolios lleno de papeles debajo del brazo, pasándole el llavero al doctor como una prenda de responsabilidad personal y llevándose consigo un duplicado de las llaves como una pieza de caza menor para ser exhibida ante el sobrino de Goitia. O bien el abogado había dicho: «No sé si es usted el más indicado...», con un breve titubeo, o quizá había dicho ambas cosas en un involuntario y reiterado movimiento de lenguaje y sin tender un

punto entre el abismo que separaba las dos expresiones, entre ser o no ser el más indicado para conservar las llaves, sin que tampoco el doctor hubiera dilucidado al cabo de los meses cuál era el juicio, o la condena, que la duda mantenía en suspenso, como esos insufribles pleitos internos de un sujeto contra sí mismo cuya instrucción no hay procedimiento que termine por resolver. Pero a fin de cuentas el abogado le había entregado las llaves. Sin ningún pundonor, salvando la dignidad secreta con los infalibles resortes de la interpretación más conveniente, el doctor las aceptó.

Él había sido por lo tanto el encargado de mantener en condiciones la casa del general. Había verificado las cancelas y ordenado que se recogiera el porche. Había asegurado los postigos contra el asalto de los temporales de noroeste y se había visto obligado a inspeccionar el interior siguiendo sonámbulo las habitaciones con todas las luces encendidas haciéndose cargo de la situación, pálidos reflejos de plata, rápida dispersión de cucarachas bajo tenebrosas lámparas de pergamino, para acabar descubriendo con ojos dementes el imperceptible desliz de la colcha de seda en el dormitorio deshabitado. Había recorrido toda la casa por si un inadvertido detalle en muebles y goteras necesitaba reparación. Algo había de macabro en todo ello. El pez que habitaba en los espejos lanzaba destellos a su paso. Creía ver esas cosas. Creía verlas y además añadía su propia interpretación, según combinaciones de hipocondríaco que ve acercarse la hora final y siente la llamada del más allá al tiempo que se le va pudriendo el hígado. Vivía de recursos espirituales que no podían ahogarse en la soledad, ni en las cenas sombrías de Casa Garrafones, ni bebiendo los fuertes vientos nocturnos de la ría al cruzar el puente después de haberse bebido la media bodega del restaurante, melancolías y temores que ni siquiera finalizaban en el burdel. El doctor había sufrido las turbulencias del otoño cantábrico y la rápida sucesión de las borrascas que anunciaban el invierno. Su inspección de la casa desierta había sido algo más que el cumplimiento de una obligación.

Luego había mandado llamar al jardinero para que limpiara el jardín. Fue un gesto arriesgado. Llegó el hombre ceñudo, cubierto con una chaqueta de pana gruesa, con botas de goma y pantalones de faena pero luciendo un cinturón de cuero con ancha hebilla de latón. El doctor le había

hecho llegar dinero a través de Toribia. Había sugerido que las relaciones con su hijo no habían pasado de ser benevolentes, con indudables muestras de cariño por ambas partes, claro está, o por una de las partes, pero ¿qué podía significar para aquel hombre el cariño? ¿Cómo explicar la naturaleza de los favores recibidos a cambio de gratificaciones simbólicas o algo más que simbólicas a medida que se desarrollaba la avidez del muchacho, cómo explicárselo a un padre bárbaro y bestial pero padre a fin de cuentas, sin que los sentimientos quedaran al margen de cualquier interpretación que solamente implicara la satisfacción de la carne y la codicia? Nunca reconocería el doctor la infamia, cualquiera que fuera el estribillo de las coplas que aquellos días circularon por el pueblo y las baladronadas del jardinero en el bar. Corto de estatura y de luces, hosco, peludo como un simio, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando la terrible hebilla del cinturón, el jardinero acudió a la cita en el jardín del general. El vendaval había acumulado las hojas muertas. El monstruo verde que devoraba la fachada había lanzado sus más jóvenes tentáculos de hiedra al asalto del balcón principal. El jardinero examinó la fachada y los parterres en silencio. Luego volvió los ojos al doctor. Llamarle había sido un gesto arriesgado pero el doctor asumió el riesgo. Le había hecho llegar dinero a través de Toribia por segunda vez. El jardinero reflexionó. «Me gustaría verle ahorcado», decían sus ojos y luego su pensamiento corregía lo que el doctor leía en su mirada. «Me gustaría verle colgado de un gancho».

Estaban a un metro y medio de distancia. El jardinero se llevó un dedo a la oreja como los escolares haciendo cuentas.

—No es bueno verle, doctor —dijo al fin echando la cabeza atrás en un gesto de hombría—. He venido pero no es bueno verle.

—No diga tonterías.

—No, no es bueno verle —repitió el jardinero con aplomo.

El hombre no razonaba. Su pensamiento jugaba con otros intereses. «Me gustaría verle colgado de un gancho de carnicero como se cuelga a los cerdos». Paladeaba en su fuero interno la venganza dejando rezumar a través de la mirada lo más explícito de sus intenciones. Poco original pero cargada de sentido, la idea del gancho de carnicero le resultaba seductora por lo que tenía de aprovechar la manteca de los cerdos del mismo modo

que él tenía pensado aprovechar la cartera del doctor. Mientras cultivara el temor de la víctima su vida estaba resuelta y ello le despertó una media sonrisa. Luego se dirigió al cobertizo de las herramientas sin decir palabra. Regresó con una azada y empezó a cavar un hoyo con golpes testarudos en la parte trasera de la casa para disponer de un pudridero y quemar las hojas muertas del jardín. El doctor permaneció unos minutos a cierta distancia. Al cabo le pareció que el jardinero cavaba una fosa. Le invadió la aprensión y se retiró discretamente. Había adivinado el sentido de las miradas del jardinero y se apresuró a enviarle dinero con Toribia por tercera vez.

Toribia hizo el papel de mensajera. La sirvienta no sabía lo que significaba la palabra chantaje. Sabía, eso sí, cuál era la culpa que perseguía al hombre que tan varonilmente reclamaba el desayuno, pero su sensibilidad no se alteraba por ello, porque las mentes primitivas conciben el amor de muchas formas y esencialmente en su función de consumo de carne fresca, y apenas se arredran de que el objeto del deseo sea un muchacho o una cabra o la mujer negra del burdel o cualquier otro grotesco ayuntamiento, y en todo caso, ella, Toribia, le debía fidelidad y servicio al doctor. Un pensamiento generoso había pasado por su mente. Saldar la deuda, liquidar las cuentas de la venganza, ofrecer el estuche de las joyas al jardinero para comprar el rescate del doctor. Cientos de miles, quizá millones, o cifras astrales que superaban la imaginación y solo se concebían en el instante que duraba el destello de las piedras preciosas, eso valían las joyas sin que tuviera que estimar su precio recurriendo al chatarrero, y eso valía también la vida del doctor. La fantasía secreta de sus sentimientos transformaba el proyecto comercial del *Oasis Toribia Restaurant* en la desinteresada ayuda al único hombre que ella había servido, y en aquel gesto entraban las más elevadas parcelas de su orgullo. De haber podido lo hubiera hecho. Además le diría al jardinero que las joyas eran del muchacho. La cabeza de Toribia maquinaba muchos planes y al fin volvía sobre sí misma. Los sucios problemas del doctor no le importaban. Guardaría las joyas del muchacho por si el muchacho, de mayor, quería abrir un burdel. Nada de eso era sensato, pero hacía tiempo que en aquel ámbito se habían franqueado las fronteras de la insensatez.

—Frías —dijo el doctor refiriéndose a las tostadas del desayuno.

—¿Frías?

El doctor apartó las tostadas sin levantar la mirada de la mesa. La mujer se acercó a recogerlas. Las guardó en la bolsa donde almacenaba los desperdicios de comida para las gallinas. Luego cortó un par de rebanadas de pan tierno. Había dejado de llover y se oía ladrar a un perro. Rodeando el tazón con ambas manos, hundidas las narices en el espejo tibio y turbio del café con leche, el doctor aguardó a que el resorte de la tostadora lanzara dos nuevas tostadas al aire. Toribia se las acercaría en un plato y el doctor podría empezar a desayunar.

Desde principios del otoño el doctor había adoptado la costumbre de ir a visitar a Ana Rosa al hospital todos los jueves, acompañado de Toribia. El doctor conducía en el viaje de ida y Toribia cogía el volante en el viaje de vuelta, pero aquel día estaba casi seguro de que no era jueves, y la actitud de Toribia, inmóvil y expectante junto a la tostadora, le confirmaba que en efecto no era jueves, y así el doctor pudo sumergirse en lo más hondo de sus meditaciones, sin prisa, conducido por el reflujo de la pesadilla tanto como por el deseo de librarse de ella, lo mismo que se paladea en el jugo de las encías los restos de un sabor acre. Contemplaba el tazón del desayuno como si pretendiera adivinar el porvenir, pero no conseguía adivinar el porvenir sino que a sus ojos se presentaban imágenes del pasado. Tibias las manos y agradecidas las narices al aroma del café con leche, sus ojos se hipnotizaban con las lentejuelas de luz que reflejaba el tazón. Aquellos no eran los desayunos del hotel Wellington, donde Ana Rosa era servida en bandeja de plata, porque los brillantes desayunos del Wellington habían sido otra cosa y en primer lugar, a causa de la hora, había escasos motivos para llamarles desayunos. Aquel botones que recibía propinas de quinientas pesetas de las de entonces dejaba la bandeja sobre una mesita auxiliar y descoma las cortinas del dormitorio, y mientras Ana Rosa se cubría los ojos con el brazo desnudo el botones acercaba la bandeja a la cama y desaparecía en silencio. Puede que fueran las doce del mediodía, o puede que fueran cerca de las dos. Y aunque el doctor solo había asistido en contadas ocasiones a tales desayunos aún podía imaginar lo que habían sido los desayunos de la reina

María Antonieta, o de la maja desnuda o vestida con un simple camisón de seda, según Ana Rosa se incorporaba en la cama y con un rostro escolar que solo desmentían las ojeras se servía café cortado con una nube de leche y mojaba bollitos tiernos llevándose la mano izquierda al escote del camisón. Se hallaba presente el general, que por cualquier razón no había acudido aquella mañana al Ministerio. Ella tenía el pelo suelto. Sus movimientos eran torpes, impregnados todavía de sueño, y de toda la situación emanaba la temperatura tibia y el aroma a esencias nocturnas que se hacían compatibles con la elegancia de un tardío despertar. No sabía el doctor cuáles eran las circunstancias que habían conducido a aquella mujer a solventar su vida a expensas de un general, ministro de Obras Públicas, que positivamente la adoraba. Ana Rosa, aún medio dormida, ofrecía el desafío joven de la carne al deseo más que claudicante de su protector, aunque con ella se acostaran todos los poetas, todos los literatos, bohemios y críticos de aquel círculo, por otro lado restringido, que la rodeaba, contando con la tolerancia o la ignorancia del general. Él doctor no estaba seguro de nada, pero al menos podía afirmar una cosa. Él no había rozado la piel de Ana Rosa, aunque la hubiera deseado. Él no había frecuentado las letras, salvo las letras de cambio cuando llegó el momento de solicitar un préstamo para instalar su consulta, acabada la guerra. Él no había sido capaz de escribir una sola línea que a ella la hiciera sonreír, o fruncir el ceño y meditar, o simplemente alzar la barbilla ante el inútil placer de la literatura, pero por Dios, que se salvaran al menos dos versos, que se salvaran al menos dos susurros, que alguien conservara en la memoria el deseo más sincero que aquella mujer había escuchado nunca de labios de un hombre, auténticos versos del poeta flaco, o del poeta rubio y joven que fumaba sin cesar, o versos de aquel que fingió morir ebrio en la ducha y cuya muerte real resquebrajó para siempre la esfera de cristal donde Ana Rosa se había refugiado, como una vibración demasiado pura, o demasiado sorda, y en todo caso versos de antología erótica que a ella le hicieron bajar la mirada y que al doctor, al cabo de los años, aún le erizaban la piel.

Amor, si fueras aire y respirarte.

Y si fueras, Amor, vino y beberte.

Quizá no tuviera la memoria humana recursos para completar la inspiración. Quizá tuviera que acudir a las fuentes vivas de aquellos que no habían sido sumergidos por el olvido, y quizá el mejor procedimiento no fuera la reconstrucción de la escena del desayuno, el amanecer que para todos los madrileños era la hora de almorzar, el general de civil, impaciente, Ana Rosa con la bandeja de plata en las rodillas mojando bollitos tiernos en el café con leche, pero el doctor había conservado en la memoria el más nutritivo verso de la estrofa, aquel que despertaba resonancias últimas, fagocitaciones amorosas, y que el presente dotaba de un fulgor retrospectivo, una vez que hubieron desaparecido los protagonistas como se esfuman las sombras en un salón.

Que mi alimento fueras y comerte.

Con traje cruzado de príncipe de Gales, marchoso, cojeando por culpa del reuma, el general fue a sentarse al pie de la cama y la bandeja osciló en las rodillas de Ana Rosa derramando una gota de café con leche en el bordado de la servilleta. Ana Rosa hizo un gesto de enojo. El general sonrió. Se inclinó hacia ella llevándose la mano al botón de la chaqueta, solicitando el favor de una mirada cuando Ana Rosa alzaba los ojos al techo. Su despertar era infame. Tenía los caprichos de una amante y el malhumor de una niña consentida. Hubiera querido despertar sola y ni siquiera preguntarle la hora al botones. El general trazó con los dedos un signo en la colcha.

—Ana Rosa, estoy en condiciones de hacer llegar a tus bolsillos el 0,5 % de lo que generan las graveras del Estado.

—¿Y eso es mucho?

—¿Tú sabes la grava que mueve el Ministerio?

Ana Rosa guardó silencio. Es posible que no supiera siquiera de lo que el general estaba hablando. Calculó sin embargo que algo importante se ventilaba aunque por delicadeza de espíritu no alcanzara a transformar aquel volumen de extracción de grava y áridos en cenas en Óscar y en apuestas en el frontón. Nunca le había fallado su buena fortuna. Dormía con un solitario del tamaño de un garbanzo en el dedo anular y solo consintió en desprenderse de aquel compañero cuando comprobó que el brillante rasgaba

las sábanas en la agitación del sueño. Bajó los párpados y confundió las expectativas del general con el alegre tintineo de la cucharilla en la taza del desayuno. El rostro del general se iluminó.

—¿Qué te parece?

—Flores. Hubieras debido traerme un ramo de flores y me vienes con los porcentajes de tus graveras.

—Ana Rosa...

—Además, no quiero que nadie venga a verme cuando despierto.

—Castro es médico —se excusó Goitia.

—He dicho nadie.

—Ana Rosa, ¿acaso te han faltado flores?

Ella no respondió, porque un jarrón con cinco varas de nardo empezaba a difundir su veneno en el contraluz del balcón. Alzó la bandeja de plata de sus rodillas y se la puso en las manos al general. Se limpió los labios concluyendo el desayuno. El general se levantó dejando el hueco de su cuerpo marcado en la colcha. Con grandes precauciones fue a depositar la bandeja en una mesa, caminando como un mayordomo de lujo, encorvado, torpe y atento, mientras ella saludaba al doctor con un gesto breve para confirmar su presencia y en todo caso insinuar que el enojo no se dirigía a él, ni a nadie en concreto, sino al hecho mismo de que las cortinas se hubieran apartado para dejar entrar la luz. Ella era nocturna, bella en las tinieblas, irritable y frágil a la luz del día, y probablemente hubiera de ser juzgada en su circunstancia más favorable, madrina y musa del poeta aficionado a crucificarse por ella en la ducha en las madrugadas, el hombre que hubiera sido el amor de su vida de no haberse cruzado en su camino el producto de las graveras del Ministerio y la sólida y paciente seguridad que representaba el patrimonio exclusivo del general. Pero no le faltaron flores, le faltó otra vida. Acaso hubiera emprendido la aventura de fugarse con el hombre que amaba de haber sabido que más allá de la suite del Wellington, más allá de los amaneceres ebrios de poesía y sentimiento, se hallaba un territorio donde los auspicios económicos hubieran sido tan favorables como los que disfrutaba bajo la protección del general. Consumía aspirinas y afectaba una afición por los sedantes que lentamente se fue convirtiendo en norma. Aquel era el glamour de los cincuenta, femeninamente

considerado por los varones que a la hora del aperitivo se aferraban a una jarra de cerveza de barril en torno a un plato de gambas. El propio doctor le administraba los productos de farmacia, y no fue confidente de sus sueños, ni siquiera adivinó la dirección de sus sentimientos hasta que se disolvió la cohorte de los poetas ebrios y se resquebrajó definitivamente la esfera de cristal. No podía reconstruir los versos. El doctor era incapaz de recomponer la estrofa. La gloria no había registrado las letras de oro de un poema que andaría recogido en cualquier antología sin que nadie supiera ya, después de tantos años, cuáles habían sido las circunstancias que inspiraron al autor, aunque a modo de recordatorio volvieran los cabos sueltos que ninguna artimaña nemotécnica y ningún esfuerzo de la memoria podrían tejer de nuevo, y menos con la potencia intelectual abotargada por la resaca matutina, la ominosa presencia de Toribia y la viscosa sensación de que por algún lugar de la casa aún rondaba el espíritu lamentable del general, invisible, prisionero en sus botas cargadas de lombrices.

Amor, Amor, Amor, si fueras muerte.

El espíritu del doctor Castro sobrevoló unos lúgubres territorios. Casi al mismo instante, como si respondiera a un hechizo, la tostadora lanzó alegremente al aire las dos rebanadas de pan tostado. El aroma del pan llenó al instante la cocina restableciendo la paz doméstica, o lo que en aquellas circunstancias pudiera considerarse como cierta forma de consuelo. Acodado a la mesa, sujeta la mejilla en la palma de la mano, el doctor suspiró. Toribia se acercó con las dos nuevas tostadas en un plato. El olor de su ropa, el tufo bovino que se desprendía de sus faldas aumentó la sensación de paz rural. Solo un hombre a solas es capaz de recordar, pensó el doctor, y solo un hombre solo puede navegar por la nostalgia, y naufragar en ella, y ser parte del flujo y reflujo de las mareas como parte del eterno retorno que evoca el pensamiento, como si al hombre solo le fuera concedida una segunda oportunidad de vivir. Embadurnó de mantequilla la primera tostada y la sumergió en el tazón. En la superficie del café con leche se formaron óculos de mantequilla fundida que el doctor examinó con curiosidad mientras engullía la tostada. ¿Acaso allí se formaban las figuras

del futuro? ¿Había acaso un modo de descifrar el porvenir en los círculos tenues y dorados que la mantequilla formaba sobre el café con leche? Atacó la segunda tostada con la decisión pragmática de no esperar a que se enfriara. Jugos tibios le llenaban los dos carrillos. A su lado Toribia le veía masticar y comer. Y al fin, abarcando la loza con ambas manos, el doctor sumergió la nariz en el enorme púlpito del tazón hasta apurar el desayuno, con lo cual daba por concluida la comunión doméstica. ¿Pero dónde estaba el pánico, dónde empezaba la lucha continua contra el día desierto que se abría ante él?

Toribia sonrió con su extraña sonrisa, mostrando el color azul de las encías, mientras el doctor terminaba el desayuno. Todos los jueves iban a visitar a la mujer, ella no decía Ana Rosa, ni decía señora, todos los jueves iban a visitarla pero aquel día no era jueves, de modo que no había por qué pensar que visitarían a la mujer y oscuramente Toribia se alegraba de ello. Recogió el tazón y el plato del desayuno y los llevó al fregadero. Luego se volvió secándose las manos en el delantal y con la misma sonrisa azul, grande y misteriosa, anunció la novedad del día.

—Hay una visita.

El doctor se limpió los labios con la bufanda colorada. Luego encontró la servilleta y se limpió los labios con la servilleta.

—¿Una visita?

La mujer hizo una seña hacia el salón por toda respuesta. Vagamente alarmado el doctor se levantó y fue al salón, pero en el salón no había nadie. Se llevó las manos a la frente. Una brusca punzada de neuralgia le recordó su estado. Se acercó a la ventana y descubrió un automóvil desconocido en el jardín, justo detrás de su propio automóvil. Apoyado en la portezuela, fumando tranquilamente un cigarrillo, se hallaba el inspector de Oviedo, aquel inspector de cara de perro, no tan fiero como para inspirar miedo, ni tan apacible como para descartar cualquier temor. Había dejado de llover. El inspector llevaba una gabardina abierta. Los cromados del coche lanzaban destellos y la lluvia reciente dejaba una limpia figura en el verde de los prados. El inspector Perro descubrió el rostro del doctor pegado a la ventana, aplastada la frente y chata la nariz contra el cristal, y pensó que

sería el perro de la casa. Luego adivinó que era el rostro del doctor y saludó. El doctor se apartó de la ventana.

—Toribia.

La sirvienta le había seguido al salón.

—Dígale a ese hombre que ahora salgo.

La sirvienta desapareció por el pasillo y salió por la puerta trasera. Un minuto después hablaba con el inspector, que hacía señales benevolentes con la cabeza sin dejar de fumar su cigarrillo. Era un hombre sólido, maduro, cuadrado de hombros. El cuello alzado de la gabardina rejuvenecía su actitud. Respondió afirmativamente a las preguntas de Toribia y volvió de nuevo la vista hacia la ventana. Era imposible saber lo que Toribia indagaba. Al cabo la sirvienta regresó y anunció simplemente:

—Está esperando.

El doctor se ajustó el pijama y salió del salón. Dudó unos instantes si debía subir a vestirse, pero aún flotaba el temor a encontrarse en la habitación con los relentes de la pesadilla. Temía la presencia del general incluso si alzaba los ojos a lo alto de la escalera. Alcanzó un gabán en el perchero, se lo echó por encima de los hombros y decidió salir con aquella indumentaria. Dejó las zapatillas y se calzó unos zuecos de caucho que Toribia utilizaba para andar por el jardín. Sintió el aire fresco de la mañana al abrir la puerta, el olor a hierba mojada le llenó las narices, las ráfagas de viento que llegaban del mar le despejaron la frente y en unos instantes se sintió seguro de sí mismo. El inspector le vio aparecer en el umbral. Arrojó la colilla del cigarrillo y le saludó con una voz diáfana que el doctor interpretó como un presagio favorable.

—Buenos días, doctor.

El doctor respondió afectando la misma voz despreocupada. Bajó las escaleras con precaución. Los zuecos de goma se le salían de los pies. Cruzó los diez metros que les separaban y tendió la mano al inspector ciñéndose el gabán con la otra mano. El viento le alborotaba el pelo. Sintió un escalofrío. El aire fresco despejaba su ánimo con más eficacia que la tradicional copa matutina de ginebra para combatir el alcohol con el alcohol. Pero el efecto era demasiado intenso. Brillantes insectos luminosos bailaban delante de sus ojos, minúsculos fosfenos que por un instante le

nublaron la vista. El inspector alzó la barbilla y recorrió el paisaje con la mirada. Desde la casa del doctor se podían admirar los prados y las pumaradas. Se veía el faro y la profunda hendidura del mar en los acantilados, desapacible, hosco, pero el inspector no había venido de visita para apreciar la panorámica y el doctor cerró los ojos apartando los últimos insectos luminosos, y luego pestañeó por ver si el visitante no había desaparecido al mismo tiempo que las máculas de la retina y él podía volverse a casa con los chanclos de goma, pero no era así. El inspector encendía tranquilamente otro cigarrillo a pocos segundos del anterior.

—¿Se encuentra usted bien, doctor?

—Perfectamente.

—Me alegro —se alegró Perro.

El doctor se volvió para ajustarse la bufanda. Toribia vigilaba por la puerta entreabierta. Se sintió protegido. Luego examinó de nuevo al inspector. Llevaba una corbata oscura, casi negra, y un jersey de lana de punto familiar. Olía a crema de afeitar. Su sonrisa era afectuosa pero el doctor respondió sonriendo a su vez con cautela. Se preguntó si iría armado. Probablemente los inspectores iban armados y aquello les daba un gesto casual, balanceado, desplazando levemente la postura del cuerpo para contrarrestar el peso del arma en el centro de gravedad.

—Me gusta Linces. Yo veraneo en Cea pero me gusta Linces —dijo el inspector ofreciendo la frente al aire de mar—. Si yo tuviera dinero compraría la casa del general y me vendría a veranear a Linces, pero no tengo dinero, ese es el caso, y creo que nunca lo tendré.

—La casa del general no está en venta, también ese es el caso —dijo el doctor.

—Lo sé, lo sé, hay pleito con esa casa y quién sabe cuántas cosas más.

—No hay pleito con esa casa y no creo que usted haya venido a ello —dijo el doctor.

—No he venido a ello, créame. Además, ni siquiera creo que si la casa estuviera en venta usted me ayudaría a conseguir un buen precio. ¿Me equivoco?

—Cea es un bonito lugar de veraneo —respondió abruptamente el doctor.

—Seguro.

El inspector se llevó el cigarrillo a los labios. El viento atizaba la brasa y dispersaba el humo en ráfagas.

—Le tengo que decir algo —dijo el inspector—, pero creo que se lo diría mejor si se lo digo dentro del coche.

El doctor se abrigó de nuevo mientras el policía le abría caballerosamente la puerta del coche. Era un automóvil de cinco o seis años, con la tapicería ya gastada, probablemente un vehículo de servicio. Olía a cuero usado y a ceniza. Aún se notaba el calor de la calefacción. El inspector rodeó el automóvil por la parte de atrás y entró por el lado del conductor. El doctor sintió su volumen tibio cuando se acomodó a su lado recogiendo los faldones de la gabardina. El hombre se hacía más espeso y brusco teniéndolo cerca. El inspector apoyó los codos en el volante y miró al exterior a través del parabrisas, como si no se decidiera a poner el coche en marcha. De hecho el doctor advirtió las llaves en el contacto. Por el cristal corrían en zigzag lágrimas de la lluvia reciente. Hubo un instante de silencio. Al fin el inspector exclamó:

—¿Se ha figurado usted alguna vez lo difícil que es la vida de un policía?

—Nunca me lo he figurado —dijo el doctor.

—Se lo puede usted figurar. Es tan difícil como la vida de un médico, o como la vida de uno de esos asistentes sociales que van de casa en casa arreglando desgracias, o complicándolas, porque nunca se sabe, y el policía tampoco lo sabe. Le quería hablar de ese chico, el hijo del jardinero. Estoy seguro de que usted se interesa por él y por lo que sea su vida.

El doctor respondió con un gruñido porque había advertido un timbre de burla en la voz del inspector.

—¿O no le interesa?

—Todo lo referente a ese chico me interesa —articuló el doctor.

—Bien. Al muchacho le han llevado a una institución donde a estas horas estará aprendiendo a manejar una sierra, o una fresadora. Puede que por ese camino algún día llegue a ser ingeniero industrial, como decía usted, ¿o no era usted quien lo decía?

—Puede ser.

Y puede también que aprenda kárate o cualquiera de esas cosas que aprenden los chicos para defenderse en la vida. Era muy digno por su parte interesarse tanto por el muchacho.

—Me he interesado por el muchacho. Siempre me he interesado por el muchacho.

—Vamos, doctor.

El inspector pasó el brazo por encima del respaldo del asiento y el doctor se sintió incómodo. En otras circunstancias de la vida también se había visto encerrado así con un hombre. Era la misma sensación irracional de agobio, el mismo malestar de ducha, o de sauna, que en otras ocasiones había sentido cuando sorprendía a un hombre en ropa interior, el mismo malestar que le impedía orinar en los servicios de un restaurante cuando había otro hombre al lado. El vaho de la respiración iba empañando los cristales del automóvil. Súbitamente el corazón se le subió a la garganta y dominó el ahogo con un orgulloso control del miedo. Volvió lentamente la cabeza. El inspector sonreía enseñando los caninos.

—¿Qué hizo usted cuando se enteró de que esa mujer había rodado por las escaleras después de que el chico le metiera un puntazo en el vientre?

El doctor se encogió de hombros.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó a su vez.

—Yo no me enteré hasta que mi jefe me mandó aquí.

—Pues yo no me enteré hasta que mandaron un recado a mi sirvienta.

—¿No sospechaba que también la mujer jugaba con el chico?

—¿Qué quiere decir jugar?

—Ya me entiende, jugar al ping-pong, las dos bolitas, esas cosas.

—Calumnias.

—Es usted un hombre muy conocido en Linces, doctor. Se le conoce en muchos sitios. Se le conoce en el Oasis y también se le conoce por lo que ha pasado con ese chico, aunque nadie dice lo que ha pasado con ese chico, y no hay denuncias pendientes que le señalen a usted. Otra cosa hubiera sido si el chico hubiera aparecido en una zanja, de bruces y con los pantalones bajados. Pero no hay nada de eso. Únicamente lo que se va diciendo por ahí, y ese hombre, el padre del muchacho, que quiere colgarle a usted por los pies.

—No hay nada de eso.

—De acuerdo, no hay nada de eso, el hombre ha guardado la cuerda en un cobertizo bien enrollada en un clavo y ha renunciado de momento a colgar a nadie. ¿Cuánto le ha costado eso, doctor?

—¿Qué insinúa?

El inspector tuvo un gesto enojado.

—Vamos, doctor. El caso estaría en duda para un perro menos viejo —dijo el inspector Perro ^ pero no para mí. No va a sufrir por ello su reputación en el Oasis. Quizá en adelante le propongan incluso otro tipo de mercancía. Puede suceder. Pero yo voy a serle sincero. Haría usted bien en marcharse de Lince.

—¿Marcharme?

—Para siempre, doctor —dijo el inspector dando una palmada sobre el volante con la mano que tenía libre.

—¿Para siempre? —repitió el doctor desconcertado.

El inspector asintió con gesto testarudo.

—¿Por qué? —dijo el doctor sin ocultar su asombro.

Los ojos del inspector se redondearon fingiendo una actitud que no era la suya.

—¿Por qué? —repitió imitando el asombro del doctor.

Levantó el brazo del respaldo y se apartó del asiento. Su expresión era más perruna que nunca aunque sus ojos centelleaban. Guardó silencio unos instantes.

—Le voy a enseñar una cosa —dijo al fin.

El doctor se removió inquieto. Súbitamente tuvo el vivo deseo de que el automóvil arrancara. En lugar de ello seguía estúpidamente inmóvil. El paisaje se vislumbraba a través del vaho del parabrisas. El inspector Perro limpió el cristal con la mano y volvió la cabeza. Se llevó entonces la mano a la gabardina y sacó la cartera. Le pasó dos fotografías al doctor. Eran dos muchachos de diez o doce años de edad, cabello negro, sonrientes, con cierta inconfundible y no desagradable expresión perruna en el semblante, como cachorros enseñando los aún tiernos dientes de leche.

—Son mis hijos —dijo el inspector recogiendo las fotografías que solo permanecieron un instante en manos del doctor—. Y ahora entenderá mi

empeño personal en este asunto. Márchese de Linces, doctor. Yo soy padre de estos dos cachorros —dijo Perro no se sabe si deliberadamente—. Y conozco gente de su clase, doctor, cada semana llegan a la comisaría con sus sucias manos esposadas y sus labios besucones y babosos, y siempre prefiero no haberlos conocido nunca. Y prefiero que no esté usted en Linces si algún día cambio de opinión y dejo de veranear en Cea y vengo a veranear a Linces. ¿Está claro?

—No tiene usted ningún derecho. Es usted un miserable.

El inspector hizo un gesto imperioso.

—Cállese.

—Se está usted fiando de calumnias.

—Prefiero pensar que son calumnias y no volver a verle a usted en la comarca. ¿Está usted satisfecho? Váyase, doctor, o le prometo que acabará con un sumario por corrupción de menores colgado del cuello si ese jardinero no vuelve sobre sus mejores intenciones y no le cuelga antes de una viga. Váyase.

El doctor se dispuso a protestar. En el retrovisor vio a Toribia en la puerta de la casa, asomando la cabeza por la hoja entreabierta.

—Váyase —gritó el inspector golpeando el volante con ambas manos—. Salga de mi automóvil con su maldito gabán de payaso y su bufanda colorada. Saque de mi coche sus cochinos zapatones de goma.

El doctor abrió la portezuela del automóvil y puso un pie en el barro. Toribia había salido a la puerta y le miraba con ojos expectantes. Llevaba en las manos un fusil, o una escoba, y efectivamente resultó ser una escoba pero el doctor supo que la retirada estaba cubierta. Entonces se dio la vuelta para cerrar la puerta del coche. Bajo la cabeza a la altura de la ventanilla para despedirse. El inspector le acusaba con el dedo.

—¡Le colgaré un sumario al cuello!

—Váyase al infierno.

Cerró la portezuela de golpe y el automóvil arrancó. El doctor se ajustó el cinturón del pijama. Se acomodó el gabán sobre los hombros y se dirigió hacia la casa caminando con precaución por miedo a perder los chanclos. Hundía y extraía alternativamente los pies en el barro con ruidos de succión. A llegar a la casa dejó los chanclos de goma en la entrada. Antes

de subir a la habitación a cambiarse de atuendo se asomó a la ventana. El automóvil del inspector desaparecía cuesta abajo entre la maldición del barro del camino y los maizales nebulosos. ¿Adónde podía conducir todo aquello? El doctor dedicó unos instantes a examinar la bufanda. No era colorada. Había sido granate, o de aquel elegante color que llaman granza, ya no lo recordaba, y solo el tiempo la había teñido o desteñido de modo que lo más justo era llamarla colorada. Reconoció ofendido que aquel imbécil tenía razón.

Dos días más tarde Toribia pensó que ya era jueves y en efecto lo era. Estuvo esperando toda la mañana a que el doctor le ordenara calentar el motor del automóvil y verificar que todo estuviera en orden para ir al hospital a visitar a la mujer pero fue en vano y el doctor ignoró que era jueves. Entonces la sirvienta ignoró a su vez que era jueves y aquella semana no hubo visita al hospital. A Toribia le gustaba la excursión. El viaje duraba tres cuartos de hora. Si el jueves era bueno, es decir, si hacía buen día, ella se paseaba por el aparcamiento de la clínica mientras el doctor cumplía su visita. Examinaba los automóviles estacionados. Tomaba nota mentalmente de las marcas y modelos, porque a Toribia le interesaban los automóviles. De vez en cuando alzaba la mirada a la fachada encristalada de la clínica figurándose entre los destellos de las ventanas cuál era aquella en que pagaba sus pecados la mujer. La idea que Toribia se hacía era que la mujer se moría, pero de algún modo inexplicable para ella su muerte había quedado suspendida, como un privilegio o un castigo, o ambas cosas simultáneamente, ella no intentaba comprenderlo y de cualquier manera sus reflexiones duraban poco. Si el jueves era malo y llovía, Toribia se quedaba en el automóvil escuchando el tamborileo de la lluvia sobre la carrocería, con las manos recogidas entre los repliegues de sus dos faldas de invierno, dormitando y soñando vagamente con oscuras digestiones. En la guantera llevaba por precaución un bocadillo de chorizo envuelto en papel de plata. Le gustaba el refugio del coche. Olía a cuero húmedo y al barro de sus chanclos, y a ese olor varonil de los talleres mecánicos, mezcla de aceites pesados y sudor de hombre. Pero cuando

Toribia sacaba el bocadillo el automóvil entero se perfumaba con el aroma placentero del chorizo. Toribia en otra vida hubiera deseado trabajar en un taller mecánico. Hubiera deseado también ser chófer, y casi podía decirse que lo era, pero precisamente aquel jueves no hubo excursión.

Aquellos dos días el doctor permaneció sobrio. Escribió una carta al abogado dando cuenta de la inspección de la casa del general y de la limpieza y mantenimiento del jardín a cargo del jardinero. El abogado no le contestó. En cambio recibió respuesta del sobrino del general tomando nota de aquellos servicios y comunicándole que aunque el abogado seguía representando sus intereses, respondía personalmente a su carta para agradecerle esto y aquello y lo de más allá y excusando finalmente al abogado por no responder. ¿Qué misteriosa partida se jugaba en Madrid? Poco importaba. Lamentaba la ausencia del abogado porque el poco tiempo que el abogado había estado en Linces el doctor creyó haber encontrado algo más que un interlocutor y un comensal para contribuir a terciar la bodega de Casa Garrafontes y compartir sus exquisitos estofados y atreverse con el robusto menú de los inviernos y ejercitar en fin los intestinos en aquellas últimas proezas que el abogado, como gente de Madrid, solo muy cautamente acometía. De verdad, solo aquella compañía había resultado valiosa, pero algo más había representado, toda vez que el incierto plano inclinado sobre el que se había desarrollado la vida del doctor terminaba por delimitarse en una línea de contacto final en las propias circunstancias de las que el abogado había sido testigo. Nadie que estuviera en su sano juicio se atrevería a pensar que aquello establecía algún vínculo entre el doctor y su efímero amigo el abogado. Pues así lo consideraba él, amigo aunque efímero, olvidando en su soledad que el abogado hubiera sido capaz de entregarle maniatado a la justicia de haber tenido alguna confirmación de sus torpezas, o al menos retirarle el saludo al tiempo que aquella misma efímera amistad. Qué fútiles y parcas en significado parecían ahora las circunstancias. Veía en las sombras del pasado lo que podía haber sido una amistad entre el abogado y él, los veinticinco o treinta años que les separaban redundando en un oscuro lazo más firme y de mayor complicidad que si la vida les hubiera reunido en parecidos términos cronológicos, lo que hubiera impedido al doctor transmitir la historia y los acontecimientos

de los que se sentía depositario. Porque ¿quién mejor que él para ser la voz del pasado y la memoria del tiempo perdido? ¿Y quién mejor que un joven y despierto hombre de leyes, culto y en todo caso curioso, para recibir lo que el doctor no hubiera deseado llevarse a la tumba? Poco contaba el menú de Casa Garrafontes en aquella relación, y si contaba para algo más que para haber destrozado las tripas del madrileño, ello sería por la convivialidad que se hubiera permitido establecer en solo las tres semanas, o las dos semanas, que el abogado había permanecido allí, antes de que se interpusiera entre ellos y entre su misma relación de confianza las repugnantes sospechas que el doctor ni negaba ni confirmaba, acogiéndose al privilegio, que el abogado por su profesión comprendería, de abstenerse de declarar. También el abogado había cobrado afecto al hijo del jardinero, de eso el doctor estaba seguro, y les hubiera cobrado afecto a todos ellos, abarcando en esa personalidad colectiva todos aquellos seres que poblaban el entorno del general, o mejor dicho, el entorno de Ana Rosa, en la medida en que el abogado había podido intuir la importancia de sus fantasmas y la irreplicable condición de su vida, pero acaso todos, salvo precisamente el muchacho, no superaban la condición de fantasmas. Y precisamente al doctor le hubiera gustado transmitir por encima de los veinticinco o treinta años que le separaban del abogado todo aquello que el abogado no hubiera podido intuir. Si el cielo enviaba tantas humillaciones que hasta la propia demencia sería bienvenida como una liberación, el abogado hubiera sabido juzgar en su exacto punto cuál era la posición del doctor. Testigo y sobreviviente, y también culpable, aunque al admitirlo hubiera de resignarse a la benevolencia de Dios. El ojo del faro iluminaba por las noches el paisaje. Esa era la justicia triunfante, el cronométrico registro de las abruptas condiciones de la naturaleza humana, con pretensión de iluminarlo todo, cuando solo una estrecha franja surge del caos y se petrifica bajo la violencia del chorro de luz. Durante aquellos días el doctor permaneció sobrio, un estado que a aquellas alturas resultaba más doloroso que la propia ebriedad. En sus instantes más patéticos se veía como un muñeco sumergido en alcohol, oscilando al vaivén de la botella, temblando al más leve estremecimiento del mueble sobre el que reposaba, una suerte de diablillo agónico y sonriente, juguete de sus propias alucinaciones, que

veinticuatro o cuarenta y ocho horas de régimen abstemio no llegaban a disipar. Y no era más envidiable su condición que la condición de Ana Rosa, por quien de verdad sufría. Ni era más digno de conmiseración su estado que el estado de ella. Le faltaban los conocimientos necesarios de fisiología para saber cuál era la química interna que la mantenía bella, inmóvil, recluida en su terrible soledad, o había olvidado esos conocimientos como tantas otras cosas de su profesión. También eso, pensaba el doctor, también eso hubiera podido ser materia de prolijo análisis con el abogado, si el abogado se hubiera prestado a compartir otra cosa que las sucias confidencias y suposiciones que hubieran hecho llegar a sus oídos. A fin de cuentas, cuando la tierra tiembla, cuando la dinamita convierte el universo cercano en un lamentable despojo de rocas y laderas destripadas, todo el misterio de la vida parecía haberse refugiado en aquel insensible cuerpo de mujer.

Algunas semanas atrás el doctor había decidido en su fuero interno ayudar a Ana Rosa a realizar el tránsito que debía concluir su vida, y por tránsito entendía una especie de liberación, no una exclusión del mundo de los vivos. La idea había ido madurando en su cabeza como la última realización médica de su vida profesional, algo que solo con muchas precauciones se arriesgaba a tener en cuenta, porque nunca se había considerado a sí mismo un buen médico. Había una súplica inerte en la presencia de Ana Rosa en su lecho de hospital, y el doctor sentía más cercano el plazo de ejecución, porque de otro modo le faltaría el valor necesario, y su voluntad empezaría a flaquear. ¿Cuántos años podía durar un estado de coma? No podía soportar la idea de Ana Rosa envejeciendo en aquellas condiciones, prisionera del tiempo en su inmovilidad, inconsciente, enjuta entre las sábanas blancas, reducida de tamaño por la decrepitud, sometida al incesante goteo de los cables que la alimentaban como si la hubieran conectado a un oculto generador de vida vegetativa instalado en los sótanos del hospital. Había decidido tomar las medidas necesarias para enviarla al lugar donde toda raíz tiene sustento y donde el fantasma del general la reclamaba, y ese era el secreto más dignamente guardado de aquellos días, la dimensión lírica de su relación con ella después de tantos años de admirarla sin desearla verdaderamente, a la orilla o al margen del

deseo de los otros, en el patetismo versallesco de las habitaciones del Wellington. *Amor si fueras muerte*. ¿No era aquel el último verso del poeta enamorado, la última súplica del poema en la consumación del amor total? ¿Y qué mayor homenaje que asumir personalmente aquel deseo? Sabía que la identificación con el poeta muerto tantos años atrás era, en él, síntoma de locura, lo mismo que no admitir ni acotar sus escandalosas relaciones con el muchacho. Apenas bajó al pueblo aquellos días. ¿Y para qué? El miedo solo se aliviaba dirigiendo la mirada a las brumosas encrucijadas del paisaje. En la bolsa de los medicamentos de su farmacia personal, colgada detrás de la puerta de la habitación, conservaba dos frascos de morfina, revueltos entre las más inocuas muestras de analgésicos, somníferos, sulfamidas y jarabe para la tos. Cada frasco contenía seis centímetros cúbicos en una solución de pureza aceptable, y aunque no sabía cuál podría ser la dosis mortal, y tampoco se hallaba dispuesto a tomar la desagradable iniciativa de consultar un vademécum de estudiante en las estanterías de su biblioteca, el doctor tenía la certeza de que bastaría rebasar la dosis límite que dictaba el sentido común, multiplicando por dos por tres o por cinco la dosis del bienestar, para alcanzar la proporción letal sin temor a equivocarse. Sabía cuáles eran los efectos, parálisis de los músculos respiratorios, paro cardíaco, todo ello en una secuencia tan breve, tan suave y definitiva que probablemente la muerte sería un acontecimiento inadvertido. Y se supone que debería acometer su acto a los compases de Lohengrin o Parsifal o cualquier héroe inocente y mágico armado de su bondad y de una aguja hipodérmica. Registró la bolsa de los medicamentos y halló los dos frascos de morfina, terciado el uno, intacto el otro. Recordó las muchas circunstancias en que la morfina había contribuido a formar la aureola de gloria y belleza que irradiaba Ana Rosa, lo mismo que había trazado las más suntuosas ojeras de sus párpados. Era cierta armoniosa condición que la morfina fuera ahora el vehículo de su muerte. Y cuando estuvo preparado, cuando su propia condición de ejecutor y mensajero alcanzó el punto que ni el alcohol ni la sobriedad lograban hacer retroceder, las voces del general se hicieron más tenues en sus pesadillas, y por unos días hubo paz en las canteras de la autopista. Se aliviaron sus propios dolores de cabeza. De pie en el dormitorio, alzando al contraluz un frasco

de morfina entre los dedos, oía susurros pero no estaba seguro de que fueran confidencias para hacerle cambiar de decisión.

No tuvo paciencia para esperar al jueves siguiente y habló con Toribia.

—Toribia, mañana iré al hospital a visitar a la señora. Conduciré yo.

La sirvienta lanzó un gruñido.

—No es jueves.

—No, no es jueves. Ya sé que no es jueves —respondió el doctor irritado—. Iré solo.

Toribia resopló celosa, con una sorda hostilidad inmemorial.

—El señor puede ir solo donde le convenga. Pero hay un recado para el señor.

—¿Cuál?

—Hay noticias. Habla el jardinero de ver al señor a solas, y comenta que todo está muy caro, que todo ha subido de precio, lo cual solo se arregla con un golpe de piqueta.

—¿Qué?

—Pide dinero.

—No quiero líos, Toribia. ¿Me entiendes? No quiero líos.

—Ese hurón va a ser su ruina hasta que alguien le abra la cabeza.

El doctor bajó la frente y se cubrió los ojos con las manos. No podía ser real. Alzó la mirada ocultando su cara entre los dedos y vio a Toribia con una batidora y un trapo de cocina en las manos, sólida y negra en el contraluz de la ventana. El cielo le enviaba otro castigo. Grotesco hasta el final, pensó el doctor, grotesco y cándido como la elemental brutalidad de aquella mujer, encastillada en sus refajos, capaz de estrangular a un chivo o abrirle los sesos de un machetazo.

—Hay cosas, Toribia, que son imposibles —explicó pedagógico el doctor—. Hay cosas bajo la bóveda celeste que no se resuelven con violencia y que se pueden aliviar con dinero.

Toribia frunció las cejas. Estaba evaluando las posibilidades de su iniciativa. Bastaba con dejar el asunto en sus manos. Puso en marcha la batidora y el zumbido del motor encubrió sus guturales argumentos. Se concentró unos minutos en la labor y concluyó alzando el aparato goteante sobre un cuenco de crema y estrujando el trapo de cocina en la otra mano.

—¿Qué has dicho?

La sirvienta no repitió sus razones. Dejó la batidora y se frotó lentamente las manos con el trapo.

—Toribia...

El doctor se detuvo. No podía ser real. Se sentía acosado de ternura y protegido hasta el límite de la tragedia rural por una especie de cocinera y chófer, híbrido de yegua y hombre de los bosques, capaz de poner a su servicio los recursos más explícitos y la eficacia de sus manos para solventar ciertos problemas en la forma en que solo los espíritus prácticos los saben solventar. No podía ser tan cierto como el doctor lo escuchaba y veía y se sintió embargado de buenos sentimientos hacia aquella mujer.

—Dejemos esto, Toribia. Dejémoslo —prosiguió con tristeza, sinceramente convencido de que tenía en casa a la mejor sirvienta del norte de España—. No se puede hacer papilla el cráneo de un hombre solo porque vaya diciendo por ahí que yo he violado a su hijo. Aunque lo hubiera hecho —agregó tras una pausa.

Toribia le miró con gravedad.

—¿Lo entiendes?

Toribia guardó silencio.

—¿Lo entiendes? —repitió enojado—. Nadie le pide a él explicaciones por molerle la espalda a correazos.

Qué difícil resultaba todo, Dios mío. La sirvienta dio media vuelta para continuar su labor y el cristal de la ventana quedó despejado con un rectángulo de luz. Luego volvió a cruzar, ocupada en sus misteriosas operaciones de cocina. El doctor se acercó a ella sin que la mujer levantara la cabeza.

—Y ahora escucha. Lo que voy a decirte es importante. Mañana voy a ir a Santander a ver a la señora. Voy a ir a ver a Ana Rosa. Volveré por la tarde. ¿Entiendes? A la vuelta te diré lo que tienes que hacer.

Toribia vertió el cuenco de crema en un recipiente más alto y aplico de nuevo la batidora. Ya en la puerta de la cocina el doctor se volvió.

—Y deja de pensar en batirle los sesos al jardinero con ese molinillo.

Probablemente las razones de Toribia eran las buenas, y las suyas eran hipócritas y culpables, sin llegar a reconocerlo, porque no hay razón para

estar a la altura de las circunstancias cuando estas son infamantes y bajas, y más vale alzarse y olvidarlas, y en todo caso ser el que uno ha sido nunca debe ser motivo para considerarse peor. ¿No era aquello precisamente la hipocresía? Por favor. Quién podía en aquellos momentos buscar valores y virtudes, rescatar vicios o redimirlos, hipotecar la bondad, quién sino el corazón bondadoso de Toribia, grande como el corazón de un toro y sin duda alguna de la misma capacidad sanguínea, al servicio del doctor hasta el asesinato, aunque fuera para defender su cartera ya que no su honor.

Al día siguiente encontró el automóvil preparado delante de la puerta de casa sin que apareciera la sirvienta. Las llaves, que guardaba ella, estaban en el contacto. Del asiento trasero habían desaparecido los cartones y paquetes que Toribia a menudo transportaba. Probablemente también había tenido la delicadeza de descargar la estruendosa recaudación de hierros viejos que habitualmente se apilaba en el maletero. El día había amanecido despejado, como lo había sido la semana entera. El doctor recogió en el vestíbulo su maletín, que había preparado la víspera, y se sentó al volante dejando el maletín en el asiento vacío a su lado. Antes de arrancar sintió una breve congoja, debida precisamente a la soledad de su viaje. Luego el ruido del motor ahuyentó aquel sentimiento. Bajó la pendiente del camino y rodeó el pueblo hasta la encrucijada de la carretera nacional. Dejó a la izquierda el mar y el ancho caudal de la ría. Una vez en ruta toda su atención quedó absorbida por el hecho mismo de manejar el volante y concentrarse en el juego de pedales, freno, acelerador y embrague, aquel juego que Toribia manejaba con tanta maestría, suaves cambios de marcha, prudentes tientos de freno, atrevidos golpes de acelerador, todo aquello que el doctor nunca había logrado dominar completamente y que aquella mujer cerril parecía controlar con una especie de salvaje intuición. El tráfico en la carretera era intenso. Pronto se vio atrapado entre un camión cargado de cerdos y un gran semirremolque. Otros camiones cargados de cerdos cruzaron en dirección opuesta y el doctor reflexionó sobre el traslado de cerdos y la necesidad contraria de despedir a los propios cerdos para hacerlos venir de otro lugar. Volvió a pensar en Toribia, tibio el corazón de reconocimiento. Había adivinado su presencia furtiva y hosca detrás de una ventana. Luego su atención volvió a la carretera. Pasaron la zona de obras

de la autopista en una lenta y sinuosa caravana, entre nubes de polvo y brascas sacudidas. Más tarde el tráfico se fue despejando. A la salida de una amplia curva descubrió de nuevo el mar. Una nube en forma de lenteja se formaba en el horizonte. Los acantilados dominaban las playas de Cambo y Prao, que el doctor conocía bien.

Media hora más tarde llegaba delante del hospital, después de salvar el tráfico que se dirigía al centro de la ciudad. Dejó el coche en el aparcamiento, delante de la gran fachada encristalada. Era un edificio alegre, o al menos el doctor le hallaba cierta refulgente gloria en sus proporciones y en sus destellos y en la encristalada composición del cielo que reflejaba. Se detuvo un minuto sin bajar del automóvil, contemplando el simulacro del firmamento, regularmente fragmentado en el mosaico de ventanas. El edificio entero parecía moverse y girar con la tierra siguiendo el movimiento de las nubes. Todo el dolor y el sufrimiento que el edificio encerraba parecían alzarse en la total ignorancia de la miseria humana, sometido únicamente al ciclo astronómico de los días sobre su fachada, resignado al misterio de una jerarquía superior.

El doctor se palpó los bolsillos de la chaqueta con un gesto mecánico. Luego cogió el maletín de cuero a su lado con cierta solemnidad. Nunca había acudido a una visita con el ánimo más sereno. Pensó que olvidaba algo, pero no olvidaba nada. Era un sentimiento distinto, que no quería ser definitivo y se disfrazaba distraídamente con una vaga sensación de olvido. Cruzó el aparcamiento sorteando los vehículos estacionados y subió las escaleras del vestíbulo. Era el habitual barullo de personal y visitantes. Compró un ramo de margaritas en la floristería y se dirigía hacia el ascensor cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¡Castro, eh, doctor Castro!

El doctor giró en redondo, sorprendido. Un hombre en silla de ruedas avanzaba hacia él con enérgicos movimientos de brazos, exhibiendo una amplia sonrisa con dientes de fumador. Llevaba una camisa de rayas sobre una camiseta blanca y se cubría las rodillas con una manta de cuadros. Conducía su vehículo con destreza y se detuvo a los pies del doctor alzando la barbilla mal afeitada.

—Castro, viejo zorro, ¿no me reconoces?

El doctor titubeó un instante con el ramo de margaritas en la mano. De un pasado de cenas de hermandad y casinos militares fue surgiendo un rostro cuyos rasgos coincidían con el escuálido rostro de asceta que tenía delante.

—¿Ramiro?

—El mismo —exclamó Ramiro jubiloso—. El viejo Ramiro cabalgando su silla de ruedas. Flores ¿eh? —dijo señalando el ramillete—. ¿Algún parto?

—No exactamente. Una amiga que está ingresada —contestó evasivamente el doctor.

—Supe lo del general —dijo Ramiro—. Todos los de la campaña del Norte nos vinimos al Norte, ¿eh? Bueno, unos con el riñón bien cubierto y otros con una pensión. ¿Tienes hijos?

—No, no tengo hijos.

—Yo sí que tuve hijos. Tres. Ahora no les llego al ombligo desde la silla de ruedas.

Se echó a reír.

—¿Eh?

El doctor se obligó a reír con él.

—Supongo que estás convaleciente.

—¿Convaleciente? Hace diez años que tus colegas me dijeron que no me volvería a levantar de esta silla de ruedas. Una silla de primera —dijo golpeando las barras niqueladas.

Las puertas del ascensor se abrieron con un resoplido y el doctor se apartó para dejar paso. El inválido se apartó a su vez.

—Así es —dijo con una sonrisa amarga.

—¿Así es qué?

—Bueno, que me alegro de verte. Me gustaría poder arrancar el culo de este asiento para darte un abrazo.

—A mí también me gustaría darte un abrazo —dijo el doctor abriendo los brazos, impotente, sosteniendo en una mano el maletín y en la otra el ramo de flores.

El inválido se echó a reír de nuevo.

—Castro, maricón. Supongo que llevarás las medallas prendidas en los calzoncillos. Se ha comentado que hay un doctor putero metido en un lío.

—Yo no tengo medallas.

—Yo sí, ¿eh?

La puerta del ascensor se abrió por segunda vez. Dos enfermeras calzadas con zuecos ortopédicos salieron acompañando una camilla vacía. Un hombre fornido, con aspecto de vigilante de manicomio, vistiendo una bata azul abrochada a la espalda, empujaba el carrito. El doctor hizo un tímido movimiento de retirada aprovechando que la puerta del ascensor seguía abierta, pero su amigo le retuvo agarrándole por el faldón de la chaqueta con una mano seca y firme como una garra.

—Vamos, no te escabullas. ¿Tienes para mucho rato con tu visita?

—No lo sé. No es una visita de cumplido.

—Yo vengo cada cinco días. Estaré jugando al mus en la sala de gimnasia.

—De acuerdo.

El inválido soltó su presa.

—Y recuerdos a esa amiga. Di que tienes un amigo que viene a aburrirse al mismo hospital.

El doctor aprovechó para entrar en el ascensor antes de que las puertas se cerraran de nuevo. Desde allí saludó a su amigo. El coronel Ramiro, erguido el busto, hizo retroceder la silla y giró bruscamente con un hábil movimiento de ruedas. Las puertas deslizantes lanzaron su habitual resoplido y el doctor se sintió a salvo en aquel limbo transitorio. El encuentro le había alterado pero recuperó la calma en el breve trayecto de ascensor.

Se dirigió pausadamente a la habitación de Ana Rosa. Era la misma habitación en la que había ingresado. En toda la planta se registraba una calma especial, monótona, intemporal, como si aquella parte del edificio fuera una porción de paraíso desprovista de sensaciones, previa al ingreso definitivo en la eternidad. El doctor abrió la puerta de la habitación sin llamar, sujetando torpemente el maletín y el ramo de flores con una sola mano. Ana Rosa compartía la habitación con la mujer loca. La tercera cama seguía vacía. Al ver entrar al doctor la mujer loca sonrió. El doctor había

dictaminado con una simple apreciación que padecía alguna enfermedad incurable. Le gustaban las flores. Incorporada en la cama, con el ventanal a su espalda, retorció las manos sobre un pañuelo que alguien le debía cambiar cada día, o cada semana. A su derecha, en un reducto algo apartado, estaba Ana Rosa. Recibía la luz a través de una cortina de plástico. La envolvía una penumbra acuática pero sus ojos cerrados, su inmovilidad horizontal, severa, hacían pensar que se hallaba soñando o que había emprendido un viaje espacial. El doctor descorrió la cortina.

—¿Cómo estás?

La loca sonrió de nuevo. Sabía que el doctor no le hablaba a ella, sin duda no estaba tan loca, y sabía que las flores no eran para ella, y quizá sabía también que aquel día no era jueves y que por lo tanto no correspondía que hubiera visita y flores, ambas cosas a las que se había acostumbrado desde que meses atrás habían instalado a la mujer inerte en su misma habitación. Entonces el doctor se volvió hacia ella y la saludo también. La loca se emocionó y se la enrojecieron los ojos. El doctor fue a buscar agua al lavabo y dispuso las flores con esmero, como habitualmente hacía, en un pequeño jarrón. Luego volvió a acercarse al reducto donde yacía Ana Rosa y se inclinó para murmurar unas palabras a su oído. Era inútil, pero el doctor no lo hacía con la intención de que fuera útil. Más allá de aquellas terribles circunstancias había sabido conservar todos los gestos y actitudes que de algún modo preservaban su relación personal.

De repente pensó si el encuentro con el coronel inválido había sido un aviso, una aprobación o un reproche del acto que iba a acometer. Mensajeros de esas características se suelen presentar en las circunstancias cruciales de la vida, ignorantes del significado de su propia presencia, desconocedores del alcance de su enigmática aparición. El coronel Ramiro surgía de la memoria antigua y del entorno mismo del general. Pero el doctor rechazó al momento cualquier pensamiento inoportuno. Acercó una silla junto a la cama de Ana Rosa y se sentó cerca de la cabecera. Dejó el maletín a sus pies. Se inclinó hacia delante y murmuró de nuevo unas palabras al oído de Ana Rosa. La mujer loca le seguía mirando. El doctor volvió a sonreír y la mujer estrujó el pañuelo. No estaba loca, no, pensó el doctor, y sin duda se necesitaba un testigo y aquella mujer era el personaje

necesario. Del mismo modo que había un orden en el universo, también había un orden en aquella habitación. El doctor volvió entonces su atención a Ana Rosa. El cuerpo parecía haber disminuido de tamaño en aquellos meses. Por orden del doctor un peluquero del hospital le cortaba el pelo y le arreglaba las uñas una vez por semana. Su perfil se había afilado. Ya no estaba rodeada de cables y entubaciones, como en los primeros días. Recibía todo lo necesario a través de un único sistema de goteo que entraba por el brazo izquierdo. Los demás sistemas se habían retirado, o se aplicaban esporádicamente en controles de rutina. Su respiración era pausada, con largas inhalaciones y un leve y prolongado silbido en el momento de exhalar, sin que sus pulmones parecieran seguir el movimiento. Probablemente su ritmo de pulso había disminuido y la masa opaca de su cerebro solo registraba aquellas sensaciones internas que se perciben en lo profundo de un túnel, o en una celda oscura al cabo de un periodo de extenuado ascetismo. ¿Quién podía saberlo? El doctor tomó una de sus manos. El misterio era... ¿Pero cómo saber cuál era el misterio? El doctor se volvió hacia la mujer loca y vio que se había dormido con el pañuelo entre las manos. Su rostro era de una gran placidez. Al cabo de unos minutos surgió como despertando de un sueño narcótico. Sonrió al advertir que el doctor la estaba mirando. Quiso decir algo, como otras veces, pero el doctor sabía que era incapaz de hablar.

Una avioneta del aeroclub cercano cruzó el rectángulo de la ventana. Cuando hubo desaparecido de la vista se oyó el zumbido del motor. Volvió a aparecer minutos más tarde, algo más lejana, inocente y libre como un insecto sobre el cielo de color turquesa. El doctor consultó su reloj de pulsera. Raras veces sus visitas duraban más de una hora y no quería de ningún modo que aquella última visita traspasara los límites de una despedida algo más solemne de lo habitual, sin que pudiera prolongarse en ningún tipo de ceremonia, antes al contrario, deseaba que su adiós definitivo y madurado conservara todas las apariencias de la normalidad. Por eso agradecía la presencia de la mujer loca, y agradecía también las piruetas de la avioneta en la ventana. Era su gratitud por la ínfima presencia cercana y el indiferente escarceo de la vida remota, el signo más amplio de lo que había sido la vida misma de Ana Rosa, y el doctor percibía en ello un

oscuro significado que concernía a su propia vida, aunque no lo pudiera desentrañar.

Tuvo la impresión de estar sudando y se secó la frente con un pañuelo. Entonces dejó la mano de Ana Rosa sobre las sábanas. Cogió el maletín y se lo puso sobre las rodillas en un gesto que le era familiar, de cuando sus visitas de médico en activo. Lo abrió y sacó una jeringuilla de un estuche niquelado. En otro compartimento del maletín estaba uno de los frascos de morfina. Lo sacó y lo examinó al trasluz antes de cargar la jeringuilla. Todos sus gestos eran pausados, precisos. Sus dedos actuaban sin torpeza y sin precipitación. Se volvió hacia la mujer loca. Dejó el maletín en el suelo y se volvió de nuevo hacia Ana Rosa. Tuvo que extraer la aguja de alimentación del brazo izquierdo y buscar la vena adecuada con su propia aguja. Inyectó la morfina lentamente, con dos pausas, antes de agotar el líquido. Después de extraer la jeringuilla desinfectó el punto de inyección. Guardó la jeringuilla en su estuche niquelado y se agachó para dejarla en el maletín. Consultó el reloj de pulsera. La parálisis respiratoria sobrevendría en pocos minutos, quizá noventa segundos a lo más, y el paro cardíaco poco después. Tomó de nuevo la mano de Ana Rosa entre sus manos y le pareció detectar un débil estremecimiento. Era imposible. O no lo era. Quizás el organismo reaccionaba a la brutal sobredosis que acababa de recibir. Al cabo de cuarenta y cinco segundos los estremecimientos se hicieron patentes. El pie izquierdo se agitaba levemente bajo las sábanas. Medio minuto más tarde se produjeron unos estertores respiratorios. Quince segundos después había dejado de respirar. Un minuto más tarde la piel del rostro empezó a tomar un color cianótico y el doctor juzgó que no tardaría en producirse el paro cardíaco. Quince segundos más tarde, después de unos breves golpes similares a un puño que se cierra, el corazón había dejado de latir.

El doctor se levantó y se llevó un dedo a los labios. La mujer loca, mordiendo el pañuelo que estrujaba entre las manos, había empezado a gemir. El doctor cerró las cortinas de plástico que aislaban el reducto donde se hallaba Ana Rosa. No quería demorarse. Ya de pie en el centro de la habitación y con el maletín en la mano se llevó de nuevo el dedo a los labios pidiendo silencio. La mujer loca sollozaba. El doctor se acercó a su

cama, se inclinó sobre ella y quiso besarla en la frente pero la mujer se retiró aterrorizada. Entonces el doctor salió de la habitación temiendo que fuera a gritar. Creyó haber dejado atrás todos sus sentimientos y lo cierto es que se había desprendido de buena parte de ellos al tiempo que Ana Rosa iniciaba su viaje a la eternidad.

Abandonó el hospital mascullando: «Ya estarás satisfecho, Goitia. Ya estarás satisfecho», sin que el general se manifestara en su pensamiento. No temía encontrarse de nuevo con el coronel Ramiro en su silla de ruedas. Temía encontrárselo en sus pesadillas, pero había decidido firmemente no dar a nadie esa oportunidad. Se detuvo en un bar de carretera a tomar una copa. Luego se detuvo en un par de bares más. A media tarde llegó a Linces. El mar levantaba olas cremosas en un breve crepúsculo de invierno. Evitó el pueblo y subió el camino hacia la casa. Toribia le esperaba a la puerta y dejó en sus manos las llaves de contacto. Luego entró en la casa con ánimo sombrío. ¿Dónde estaban sus perseguidores? ¿Quién le había de presentar las cuentas que tenía que rendir? Lo peor no era sentirse abocado a la persecución y el hostigamiento, y haber tenido que soportar el peso de las circunstancias como le daba a entender su buen carácter y el ánimo conciliatorio que siempre le había sido reconocido, incluso por sus más brutales detractores, incluso por sus más venenosos enemigos, fantasmas todos ellos que su cerebro padecía. Lo peor era verse de nuevo recluido en su antigua soledad. Le faltaba poner en marcha los mecanismos de la propia aniquilación y eso era lo más difícil. Toribia regresó del garaje. La sintió silenciosa a sus espaldas. Se volvió hacia ella para darle instrucciones.

—Voy a descansar un rato, Toribia —dijo lacónico—. Dentro de media hora me subes una infusión.

La mujer asintió bajando la frente, enfrascada en el silencio mineral de sus más solemnes ocasiones. El doctor dejó los zapatos en el vestíbulo, se calzó las zapatillas y subió las escaleras para encerrarse en su habitación.

Se desnudó y dejó la ropa de calle en el armario. No quería morir con un traje puesto, quería morir en pijama. Le hubiera sido fácil inyectarse una sobredosis demencial con el frasco de morfina que quedaba intacto, y también hubiera podido descargarse en el pecho los cañones de la escopeta, o volarse la tapa de los sesos con la pistola de reglamento que aún

conservaba con dos cargadores en el cajón de la mesilla de noche, pero era necesario asumir una muerte más ignominiosa para dar satisfacción a sus detractores, pensaba el doctor, para que el inspector Perro no reclamara para él un castigo en los infiernos, y el jardinero no persiguiera su memoria solicitando dinero y enarbolando el mango de una azada, y el abogado no guardara recuerdo de su peor corrupción, y para que no se manifestara por toda la eternidad la insidiosa aparición de un coronel inválido en una silla de ruedas para sustituir al general con el fantasma de Ana Rosa en los brazos. Todos ellos quedarían generosamente satisfechos si su muerte era una muerte infame y eso el doctor lo había comprendido, otorgándoles razón y solicitando por ello su indulgencia, como si la infamia de la muerte fuera bastante castigo. Había decidido ahorcarse con el mismo cordón de la cortina que en las mañanas brumosas le servía para atarse los pantalones del pijama. ¿Sería aquello suficiente ignominia? ¿Sería suficiente rescate? Lúcido y metódico hasta el final no quería permanecer colgado más tiempo del necesario, y por ello era importante que Toribia descubriera su cadáver. Media hora bastaría. Luego subiría Toribia con la infusión. ¿De dónde iba a sacar la fuerza? ¿De dónde iba a obtener la energía necesaria para pasarse un cordón alrededor del cuello, como no fuera de sus muy viriles partes y de los recursos de coraje que un hombre guarda en reserva para agotar el camino que se tiene asignado? También el universo alcanzaría un orden, distinto del que al doctor le habían prometido, cuando colgara del gancho de la lámpara, con los brazos inertes pegados al cuerpo, los hombros caídos, los pantalones del pijama en los tobillos, una zapatilla en vilo suspendida del dedo gordo del pie y la otra en la alfombra, oscilando como una siniestra burla en el centro de la habitación.

Toribia espantó al gato que rondaba por la cocina y preparó una tetera con manzanilla, una taza y el azucarero que le habían regalado con una marca de café. Luego subió las escaleras con la bandeja en las manos y el gato volvió a colarse en la cocina. Era un animal rubio, de finos bigotes blancos, atlético, manso y buen cazador pero aquella tarde estaba robando. El animal entró en la despensa, y después de ventear el aire unos segundos subió de un salto elástico a una de las alacenas. De allí procedía el olor. Entonces se oyó estruendo. Algo había sucedido en el piso de arriba. El

gato escapó con una sardina en sus fauces de fiera diminuta. Toribia había descubierto el cadáver del doctor suspendido a tres palmos del suelo, y había dejado caer con estrépito la bandeja que llevaba en las manos al entrar en la habitación.

OceanofPDF.com

Epílogo

OceanofPDF.com

—¿Joaquina Valls? —preguntó el abogado instalado al teléfono, bien acomodado frente al panorama del mar en primavera. La respuesta se hizo esperar. La línea cruzaba la Península. Se perdía en el tiempo y en el indescriptible misterio de cables que reunía la playa de Linces con Palma de Mallorca. Era uno de los primeros días de abril. La desembocadura de la ría de Linces mostraba su fino lomo de arena. La bajamar descubría un rosario de escollos ribeteados de blanco. Era ciertamente el mar en primavera, pálido y florecido de espumas, suave y retozón en la playa, sombrío en el acantilado y perezoso en la ría. El abogado repitió la pregunta, vuelto hacia la ventana.

—¿Quién habla?

—Usted no me conoce. Mi nombre es Alfredo Gavilán —dijo el abogado—. Soy abogado. ¿Es usted Joaquina Valls?

—Soy yo.

El abogado cruzó las piernas, satisfecho. Dos días antes no sabía quién era Joaquina Valls. Unas horas antes no sabía si podría hablar con ella por teléfono. Había llegado a Linces a comienzos de la semana y una parte de su vida, o la porción de su vida que había transcurrido en las siniestras circunstancias otoñales de aquella localidad, se encontraba relegada al limbo obscuro del pasado en virtud de los aires de abril, de la brisa marina engolfándose por la ventana abierta, del aroma salino que dilataba las narices y fecundaba la respiración. Había sido el último huésped del balneario antes del cierre por fin de temporada. Había regresado para ser el primer huésped al iniciarse la temporada de abril. El gerente del hotel le había recibido como a un antiguo conocido y le había ofrecido la misma habitación que había ocupado durante su estancia de otoño. De todas formas el balneario estaba vacío y podía escoger. De retorno a Linces para ventilar los cabos sueltos de una herencia que parecía haberse cobrado tres

muertes, el abogado tenía la sensación de liquidar, por fin, algo más que una testamentaría. Nada podía resultar más doloroso respecto a los acontecimientos que sentirse comprometido por ellos. Y nada podía ser más grato que la indecible y serena emoción que el paisaje le ofrecía, el panorama de la playa, el faro, la ría, la orla de espumas en la escollera, sumado a un inexplicable sentimiento de liberación.

Miguel Goitia le había puesto al corriente de la suerte desastrosa del doctor y de lo ocurrido a Ana Rosa. Había llegado el momento profesional de concluir. No quería por ello invertir sus afectos, como quien protege su capital afectivo de una inversión de alto riesgo, pero sin duda la voluntad le faltaba. Hallaba el apaciguamiento de sus emociones en la resolución de las mínimas consecuencias del caso, una práctica que los leguleyos efectúan con el virtuosismo de los pintores domingueros, alejándose unos pasos del cuadro, asumiendo los detalles, aplicando los últimos remates con mínimos toques de pincel. No llamaba por teléfono desde su habitación del balneario. Se había instalado con los papeles en casa de Ana Rosa, en un despacho contiguo al porche, desde donde se divisaba el paisaje de tarjeta postal. Se sentía incapaz de referirse a aquella casa de otro modo que no fuera la casa de Ana Rosa, porque para su imaginación y para sus sentimientos ya no sería en adelante la casa del general. La tarde marina se ofrecía a la vista como un lienzo. Débiles cabos de bruma se perdían en el horizonte. Con una apacible sonrisa el abogado volvió a su interlocutor que le esperaba al otro lado de la línea. Juzgaba que se anudaban los hilos del pasado, mucho más tenues y mucho más lejanos de lo que hubiera podido concebir. Delicadas gestiones se habían sumado a su trabajo pero ninguna tan personal como aquella llamada.

—Permítame que la llame Joaquina. Se llama usted como una tía mía —dijo el abogado con buen humor.

—¿Por eso me llama por teléfono? —exclamó una voz agria.

—No, no la llamo por eso —se disculpó el abogado—. Usted es Joaquina Valls, la peluquera, manicura y secretaria de Ana Rosa Camp, o Campos.

—Campos —dijo la peluquera.

El abogado había encontrado papeles con los dos apellidos. Era un pequeño misterio que se añadía a la serie de últimos pequeños misterios que no necesariamente pretendía resolver. Joaquina Valls estaba al corriente de lo sucedido a Ana Rosa. Placía tiempo que se había instalado en Palma de Mallorca. Dirigía un próspero salón de belleza con la misma autoridad que si fuera un establecimiento psiquiátrico. La mejor clientela femenina de la isla acudía a ella para rejuvenecer su cutis y mejorar su salud mental. La relación de Joaquina Valls con Ana Rosa era lejana, pero no había fallado.

—¿Por qué cambiaría de apellido?

—Su padre cambió de apellido. Mucha gente lo hizo después de la guerra. Se habían incendiado los archivos. ¿Es eso lo que le interesa?

—En absoluto —dijo el abogado—. Necesito verla en Linces. Me gustaría hablar con usted.

—Hace muchos años que no voy a Linces —dijo ella.

—Lo sé —dijo el abogado.

Hubo un silencio cauteloso.

—¿Qué clase de abogado es usted?

Pongamos que soy un abogado minucioso y que la historia de Ana Rosa me interesa. En primer lugar, hay algo que me falta saber de ella y sospecho que usted me lo puede contar. Soy un hombre romántico. En segundo lugar, he asumido la misión personal de liquidar sus asuntos al tiempo que liquido los asuntos del general. Ya puede entender que se trata de cuestiones de inventario, pero no solo se trata de cuestiones de inventario aunque resulte difícil de explicar. He encontrado algunos papeles de ella. Ana Rosa quería enviarle a usted una sortija de zafiros, un recuerdo suyo. Ya hablaremos de ello. En tercer lugar...

Joaquina Valls le interrumpió.

—¿Una sortija de zafiros? Recuerdo esa sortija. Alguna vez la llevé a empeñar y la saqué de la casa de empeños, cuando Ana Rosa necesitaba dinero sin que lo supiera el general.

—Desgraciadamente me temo que solo sea un recuerdo —adelantó el abogado.

—No le entiendo.

El abogado explicó con detalle el asunto del robo del joyero, una circunstancia que Joaquina Valls desconocía. Luego prosiguió la conversación.

—En tercer lugar...

El abogado titubeó un instante y se interrumpió por segunda vez. Suspendió sus consideraciones y le pareció que todo su pensamiento se suspendía por un tiempo indefinido, antes de que Joaquina Valls tuviera oportunidad de hacer retroceder ese mismo pensamiento a aquellas áreas del tiempo que el abogado no había frecuentado y que ni siquiera su imaginación se atrevía a representar. Joaquina Valls había sido confidente de Ana Rosa en situaciones que poco tenían que ver con el retiro de Linces, y que se remontaban a los tiempos del Wellington, siendo ella una muchacha de dieciocho años y Ana Rosa una mujer de veintitrés. Joaquina conocía el rostro de todos los hombres que habían amado a Ana Rosa. El abogado tuvo un ataque de vértigo. Se sentía atraído por una magnitud amorosa y un destino que solo los individuos poseídos por un temperamento novelesco llegan a confundir con la realidad. Recuperó el ánimo y reanudó la charla.

—En tercer lugar —prosiguió el abogado—, quiero consultarle un asunto más delicado. Entre los papeles de Ana Rosa he encontrado un poema. Lo que le voy a decir ahora puede extrañarla, pero me gustaría saber quién fue el autor de ese poema.

—¿Un poema?

—Un poema —repitió el abogado ruborizándose como un adolescente.

—Ana Rosa recibió muchos poemas —dijo Joaquina con desenfado—. Incluso el general firmaba un poema cada vez que extendía un cheque. Nadie trabajaba, todo el mundo escribía poemas.

—Yo solo he encontrado uno entre sus papeles —se disculpó el abogado—. Eso significa que se trata de un poema especial. Me gustaría que usted lo leyera.

—¿Yo?

—Es un poema amoroso —explicó el abogado ruborizándose otra vez.

—No creo que merezca la pena que yo vaya a Linces a leer un poema amoroso.

—Quizá no sea necesario que usted venga a Linces —tartamudeó el abogado.

Joaquina no respondió. El abogado se aclaró la garganta.

—Se lo voy a leer.

Tenía el papel en las manos. Era una tarjeta de cartulina algo mellada en los bordes, jaspeada con una aureola y un rosario de minúsculas salpicaduras que la fantasía del abogado suponía que solo podían ser de láudano o de champán. La tinta había resistido admirablemente el paso del tiempo en la oscuridad de una carpeta. Era una larga escritura azul. El abogado inició la lectura:

Amor, si fueras aire y respirarte...

Se detuvo de improviso.

—¿Me está usted escuchando?

—Son las seis de la tarde, tengo el salón con veinte mujeres desesperadas, pero le estoy escuchando. ¿Es alguna adivinanza?

Detrás del cristal que la separaba del salón de belleza Joaquina Valls se impacientaba colgada de su teléfono blanco.

—No, no se trata de ninguna adivinanza —dijo el abogado.

—Siga leyendo.

El abogado tomó aliento. Nunca había destacado en la lectura de poemas escolares. Suponía que había que adoptar alguna entonación particular, pero quiso obtener lo más sincero de su voz acercando los labios al teléfono. Mantuvo la cartulina a la altura de los ojos como una partitura musical. Cobró impulso, se desembarazó de su timidez inicial y fue leyendo:

*Amor, si fueras aire y respirarte,
Y si fueras, Amor, vino y beberte.
Si fueras sombra para no perderte,
O si fueras camino y caminar.
Amor, fueras cantar para cantarte,
Fueras hilo en mis manos y tejerte.
Que mi alimento fueras y comerte,*

*Si fueras tierra, Amor, para labrarte.
Si fueras para más que para amarte:
Amor, Amor, Amor, si fueras muerte.*

El abogado se detuvo dejando suspendida la última frase. Le pareció que contenía indicios racionales de criminalidad. Pero no. Apartó de su mente toda idea profesional para saborear las armonías del verso. Hubo una pausa, mientras el abogado esperaba algún tipo de reacción del otro lado de la línea. Al cabo de unos momentos oyó la voz impaciente que le llegaba desde el salón de peluquería.

—¿Eso es todo?

—Sí, creo que eso es todo —respondió el abogado depositando religiosamente la cartulina sobre la mesa.

—¿Sabe usted a cuánto le va a salir esta conferencia?

—No lo sé. Supongo que llevamos un buen rato hablando. ¿No puede decirme nada sobre el poema?

Joaquina Valls reflexionó. Lo cierto es que se había emocionado. Los susurros del abogado, lentos y sin retórica, habían despertado una vaga inquietud, un sentimiento tardío, como si hubiera participado en una sesión de espiritismo. Tardó unos segundos en reponerse.

—Siento no poder decirle nada —declaró afectuosamente—. Yo solo me ocupaba de la cosmética de Ana Rosa y de cuatro o cinco cosas más. No tengo ni idea de quién puede ser el autor de ese poema.

—Quizá...

—Ni siquiera es necesario que me lo lea otra vez —se apresuró a añadir la mujer—. ¿Lleva alguna fecha?

—No, no lleva fecha.

Joaquina reflexionó de nuevo. Por un momento había perdido el control práctico de las circunstancias que siempre le había sido elogiado. No hubiera dudado en responder a tres o cuatro preguntas más, pero nada venía a su memoria. Tuvo una breve visión incongruente. Vio al general, de uniforme, estrechando a Ana Rosa contra su pecho como si fuera la cruz laureada de San Fernando, ella, Joaquina, con un peine o un cepillo en la mano, un paso atrás, y Ana Rosa dejándose apretar contra la quincallería de

la guerrera y a medio peinar. Luego sus ojos volvieron al salón de peluquería. Nada tenía que ver aquello con el poema.

—Escúcheme —dijo al fin—, si consigo recordar algo le llamaré. Hace mucho tiempo de todo eso y no es fácil poner nombres a todas las personas que pasaron por el Wellington. Por la *suite* de Ana Rosa, me refiero —añadió sin malas intenciones—. Creo que tengo el teléfono de Linces.

—Le agradecería que me llamara —dijo el abogado—. Es un capricho personal.

Joaquina Valls se despidió brevemente y el abogado escuchó unos segundos la estéril señal del teléfono con el auricular en la mano. No podía imaginar que su pregunta quedara sin respuesta. Tenía la cartulina del poema sobre la mesa, delante de los ojos. La recogió y la guardó en su cartera. Luego alzó la mirada a la tarde de primavera, a la brisa que rizaba la arena de la playa y al lento avance del océano sumergiendo la escollera. Sonrió al escuchar el grito sarcástico de las gaviotas. A su lado tenía una copa de coñac, de las botellas terciadas que formaban parte de la herencia que había dejado el general. Se llevó la copa a los labios y suspiró profundamente, paladeando el coñac. Imaginó el mar en Palma de Mallorca y también imaginó un rostro agradable, fino, voluntarioso, suponiendo que fuera el rostro de Joaquina Valls.

Eran las seis y media de la tarde y el abogado descansaba estirando los pies bajo la mesa. Había llegado a instalarse en aquella casa como en un despacho eventual. Dormía en el balneario, pero consumía la mayor parte del día en la casa de la playa. La silueta furtiva del jardinero se había paseado por el jardín armado con unas enormes podaderas ofreciendo de nuevo sus servicios. La sirvienta del doctor Castro, aquella mujerona hosca que el abogado recordaba al volante del automóvil del doctor, también le había sido de utilidad. El abogado había pedido ayuda a Toribia para limpiar el polvo, poner fundas a los muebles y recoger las cortinas. La mujer se paseaba por la casa arrastrando baúles y arrinconando butacas, como si hubiera tomado a su cargo una mudanza que no había de llegar. Tras la muerte del doctor Toribia había permanecido instalada en casa de su antiguo patrón. No tuvo reparo en seguir durmiendo bajo la habitación del ahorcado, ni tampoco tuvo miedo de que el jardinero entrara en la casa para

desvalijarla y prenderle fuego en una noche de borrachera. Cuando el abogado había solicitado sus servicios en casa del general la mujer había emprendido la tarea con una tenacidad salvaje. El abogado la sentía a sus espaldas, armada de un plumero y un haz de cuerdas, envuelta en el vuelo rígido de sus faldas, y al momento escucharía el peso de sus zapatones en la tarima del piso de arriba, y la oiría remover en el desván viejas cajas y antiguas sombrereras, y desvencijadas maletas de mimbre, como si poseyera la virtud de desenterrar los objetos del olvido al mismo tiempo que el don de ubicuidad. Participaba con una desaforada energía en la confusa idea que ella se hacía de las labores de inventario, mucho más allá de aquello para lo cual había sido contratada, como si quisiera contribuir con sus fuertes brazos a la liquidación de todo lo que encontraba a su paso, o como si hallara en la feroz dedicación de aquellos días un sustituto al más temible instinto de destrucción. La muerte del doctor no había alterado la expresión huraña de su rostro. No era posible discernir en la inescrutable solidez de sus facciones algo más que la emergencia del dolor y del escepticismo. El abogado la había visto asomada a la ventana, amenazando con el puño al jardinero, y ni remotamente podía sospechar el motivo de aquella hostilidad. El jardinero había adivinado que las joyas de Ana Rosa estaban en poder de Toribia y la mujer defendía un amplio perímetro alrededor de su tesoro. Cuanto había encontrado en el joyero lo había cosido en el interior de su falda. Aquel círculo de tela negra, cuyo vuelo espeso y lastrado asombraba al abogado, se había convertido en un sagrario de joyas y bisutería, dijes, collares, sortijas, medallas y juegos de pendientes, alrededor de tres cuartos de kilo de peso de desigual valor. Había decidido no venderlo y por lo tanto no había hablado una palabra de ello al chatarrero. ¿Y a quién más podía hablar? ¿A quién, si no fuera a las sombras de su cocina, podría confesárselo? Algún día aquellas joyas podían ser de utilidad al hijo del jardinero cuando el muchacho saliera de la negra prisión en que Toribia le imaginaba encerrado, y con ellas el muchacho sería inmensamente rico, y podría financiarse una carrera, y se titularía por fin de ingeniero, como tantas veces Toribia le había oído profetizar al doctor. El jardinero pensaba de otro modo. Sin sospechar que las joyas se hallaban en lugar tan protegido y difícil de alcance, hostigaba a Toribia. Ya

que su hijo pasaba por ser el ladrón juzgaba muy oportuno que él, su padre, fuera el beneficiario. A cualquier estrategia de aproximación Toribia cerraba el puño y apretaba los dientes para amedrentar al padre indigno. Cualquiera que fueran los negros rencores que aquellas amenazas escondían, y por mucho desprecio que la torpe y fingida indiferencia del jardinero contribuyera a alimentar, aquel era un conflicto oscuro, tortuoso en su dolor y en sus motivaciones, impotente en sus activos como en sus efectos, en cuya elaboración el abogado no intervenía, y cuyas raíces de avidez y de odio ni conocía ni podía denunciar.

Quedaba la playa, la inverosímil suavidad del panorama, el deseo ferviente de prolongar el último minuto del crepúsculo con la copa de coñac en la mano. El abogado sentía a sus espaldas la presencia voluminosa de Toribia, espesa y negra en el medo de sus faldas. Los acantilados se recortaban en un paisaje de acero con reflejos de carmín. Dos días antes había ido a cenar a Casa Garrafones, pero la tercera noche había preferido cenar en el hotel. Garrafones le había recibido con deferencia y le había presentado la carta de sus más recios guisos. Nadie, gruñó Garrafones en una especie de homenaje póstumo, nadie había apreciado su cocina como el doctor. El abogado asintió con la prudente evocación de pasadas digestiones. Luego cenó con el mismo supersticioso respeto por el menú. A su retorno a Linces le parecía haber hallado un abanico de interlocutores lacónicos, como el propio tabernero, gente dispuesta a darle a entender cuáles habían sido las cuentas liquidadas del pasado, pero incapaces de sumar a los últimos episodios algo más que las sílabas de plomo de una breve conversación. También había hablado por teléfono con Miguel Goitia para ponerle al corriente de sus gestiones.

—Supongo —dijo Goitia—, supongo que los fantasmas de mi tío y de Ana Rosa se pasean por la playa las noches de luna llena. ¿Y el fantasma del doctor?

—No he visto fantasmas —abrevió el abogado.

—El fantasma del doctor se paseará con una soga —dijo Goitia—. Vamos, Alfredo, pasemos a las cosas serias. Dime lo que me tienes que decir.

El abogado le hizo un resumen de su trabajo. En un par de días estaría concluido. Habían aparecido los títulos del general Goitia, los extractos de las cuentas bancadas, un par de paquetes de inversiones en Bolsa y una participación considerable en una extraña Sociedad de Fomento de la Cría Caballar. El abogado no sabía que hacer con una pequeña colección de armas y con la vitrina de las condecoraciones. Para disponer de lo primero se necesitaba tramitar o anular las licencias o inutilizar las armas. Lo segundo eran reliquias de cierto valor histórico y en todo caso la vitrina, de buena marquetería, sería un excelente humidificador de puros.

—Tráeme, tráeme la vitrina de las condecoraciones —dijo Goitia.

De los muebles se podían salvar un par de lienzos de firma y alguna cómoda de valor. Los candelabros y ciertas piezas de servicio de mesa eran de plata. La enumeración de lo demás era lo suficientemente sórdida como para que el abogado se negara a seguir ejecutándola por teléfono. No se habló de los papeles de Ana Rosa, donde el abogado había hallado la cartulina del poema, unos folios con ciertos recuerdos y voluntades y las referencias de Joaquina Valls, y tampoco se habló del inventario de su guardarropa. El destino de todo aquello aún estaba por ventilar. Goitia se interesó por los libros de su tío.

—No dejes de mirar uno por uno. Los viejos suelen esconder dinero en las bibliotecas.

—Las cuentas del banco son abultadas —informó el abogado con desgana—. Además hay un depósito a rédito en el despacho de un notario.

—Es lo mismo. No dejes de mirar entre los libros.

—No te preocupes. Lo haré.

—Sabes una cosa, Alfredo —exclamó Goitia melancólico—. Mi tío era una persona admirable. Tranquilo, ineficaz, algo romántico. No demostró mal gusto con las mujeres. A veces envidio sus últimos años en Linces. Es posible que yo también me retire a Linces cuando alcance su edad.

—De cualquier forma la casa merece la pena.

—¿No es cierto?

—Eso creo.

—¿En tu opinión en cuánto se puede valorar?

El abogado no podía aventurar una cifra y de todos modos aquello no entraba en sus competencias. Aconsejó a Goitia que consultara con un agente inmobiliario. Sin duda se trataba de un chalet bien cotizado. El abogado estimaba que alcanzaría un buen precio en aquel lugar de la costa.

—También es posible que ponga la casa en venta y me vaya a jubilar a Alicante —dijo Goitia súbitamente alentado—. Tranquilo, como mi tío. Pero lejos de las galernas del Cantábrico, con la barriga al sol. En fin —suspiró Goitia—, todo esto me produce tristeza. ¿Dices que con la vitrina se puede fabricar un humidificador de puros?

—Sería una idea original.

—Eres un gran abogado, Alfredo. Tienes ideas y eso es importante. Lamento haber tenido rencillas contigo. Estoy seguro de que volverás cargado de cuentas y papeles y quién sabe si dinero en metálico. Registra bien esa biblioteca. No te pases en los gastos de hotel.

—Pierde cuidado, Goitia. Esta vez todo quedará resuelto.

—Deja una propina al jardinero.

—Así lo haré.

El crepuscular y no beligerante abogado admitió con suavidad lo que Goitia deseaba, porque al cabo de sus deseos se había convencido de que toda liquidación de herencia equivalía a una campaña más o menos encubierta de saqueo y desolación, inútiles los objetos, inservibles los símbolos que adornaron la vida ajena, y no cabía entonar por ello el himno de los difuntos ni la plegaria de los vencidos, sino arramblar con los valores en efectivo para invertirlos en la propia vida, lo que en el caso de Goitia equivalía a tener bien guarnecida la columna de los haberes en sus libros de contabilidad. Sin duda, pensaba el abogado, sin duda había otras maneras de valorar el afecto, menos depredadoras y más líricas, aunque no por ello más humanas, y convenía que el instinto de la sangre dejara claro cuáles eran sus prerrogativas sobre el derecho de propiedad. Sintió muy cercana aquellos días la relación con la fábula que su imaginación había construido, porque no podía tratarse sino de fantasmas a los que la muerte había concedido un estatuto definitivo de seres incorpóreos, algo menos que literarios, pero algo más alejados de aquella calidad de personajes que habían gozado de un tiempo real sobre la tierra, como pretendía demostrar

todo cuanto aquella casa encerraba. En pugna con la oscurecida zozobra de sus pensamientos, el espectáculo de la pleamar otorgaba una diferente plenitud a los sentidos. Respiró el mar y sus pulmones se llenaron de bienestar. El abogado sentía en sus vísceras una gratitud desbordante hacia la realidad infinitamente sutil del paisaje y hacia la inmensa regularidad del océano, como si en ello se verificara la tácita confirmación de que al menos él seguía vivo para disfrutarlo. Pensó que volvería a Linces. Le propondría a Margarita, su mujer, pasar allí unas vacaciones. No veía especial significado en aquel antojo, ni espíritu de prolongar los lazos con los acontecimientos de los que parcialmente había sido testigo. Era únicamente la poderosa y norteña melancolía de la bruma y el salitre lo que abonaba la idea de un descanso concebido en los mismos términos que allí se le ofrecían, antes de que el cielo y el mar se oscurecieran. En la sombra que iba creciendo a sus espaldas sintió los movimientos de Toribia, con su falda lastrada de piedras preciosas. El abogado cerró la carpeta que tenía sobre la mesa y se volvió hacia ella. La mujer llevaba entre los pechos una brazada de fundas para las sillas del comedor.

—Deje esas fundas, Toribia, y váyase a casa. Por hoy hemos terminado.

La mujer giró sobre sí misma con lentitud planetaria y abandonó el despacho sin decir palabra. Unos minutos más tarde recogió una bolsa de tela de saco y una botella que llevaba consigo y el abogado la oyó marcharse. Ya no utilizaba el coche del doctor. Utilizaba la moto, como si quisiera suplantar una más auténtica identidad ausente. A horcajadas sobre el artefacto, con su valiosa falda convenientemente recogida, salió por la puerta trasera del jardín, comprobando la circulación a ambos lados de la calle. Las explosiones del motor se perdieron en la periferia del pueblo. El abogado se levantó de la mesa y alcanzó la chaqueta. Se dio la vuelta y contempló la agonía de luz en los cristales. Le pareció escuchar el ruido cizañoso del tiempo a un ritmo inexorable y agresivo. El rostro del jardinero asomó por el marco más alto de la ventana como un diablo crepuscular, subido a una escalera de mano, esgrimiendo sus heráldicas podaderas. El abogado salió al porche.

—Se puede ir a casa. Por hoy hemos terminado —repitió.

—¿Terminado?

El abogado no respondió. El jardinero bajó de la escalera, se la cargó sobre el hombro y se alejó hacia el cobertizo con las podaderas bajo el brazo. Después salió por la misma puerta que Toribia, ajustándose una chaqueta de pana. El abogado cerró la puerta de la casa y salió por la cancela delantera al paseo marítimo. La marea había cubierto las dos terceras partes de la bahía. Dos barcos merluceros entraban por la boca de la ría con el vivo rojo y verde de sus colores matizado y denso en la media luz. El abogado se subió el cuello de la chaqueta y caminó contra la débil brisa del crepúsculo. Había una pauta cósmica en la bóveda del cielo, donde empezaba a apuntar alguna estrella, antes de que el faro comenzara a guillotinar la noche con su fuerte brazo de luz.

Fue caminando por el paseo marítimo, siguiendo la media luna de la playa bajo el rosario de farolas y el verde tierno de los tamarindos. Recorrió la curva del parapeto hasta el lugar donde se hallaban las duchas del verano, herrumbrosas y escuálidas, fuera de estación. Unos metros más abajo una rata corría entre los desperdicios arrojados por el mar. Sintió el largo desliz del oleaje sobre la arena. Aún quedaba algo más de una hora para la pleamar. Se detuvo un instante, solitario en medio del paseo. Algo faltaba. Tuvo necesidad de algún eco. Aquel recorrido le pareció incompleto sin la conversación del doctor. Tuvo nostalgia de aquellos paseos nocturnos, meses atrás, en la aspereza del otoño borrascoso, violentamente oloroso a despojos marinos, desnudo el esbelto plumero de los tamarindos, con la lluvia fina y destemplada arrojada a puñados en el rostro, implacable el faro y su chorro de luz. No había concebido su relación con el doctor como un compromiso de amistad hasta las últimas consecuencias, por encima de cualquier sentimiento de desprecio, de asombro y de perdón, ni siquiera cuando había conocido las circunstancias de su muerte. Guardaba el calor de algún mensaje íntimo, la misteriosa intuición de que algún paréntesis imposible de indagar se cerraba con él. Y sin embargo había empezado a comprender lo que la situación exigía de cualquier testigo, esto es, la referencia de algún tipo de amistad en el pasado, y ese amigo era el doctor. Se acercó al parapeto, apoyando ambas manos en la barandilla, sobre el oscuro abanico de la playa. Permaneció unos minutos en silencio, atento al cercano rumor del mar y al sordo fragor de las olas en el acantilado.

Descubría el fulgor de las explosiones blancas a lo lejos, en los escollos. Al cabo se apartó de la barandilla. Echaba de menos la conversación con el doctor, cierto y evidente, así era, para atenderle o para increparle, porque su relación había alcanzado o hubiera podido alcanzar esa cota insustituible de confianza que tanto acepta la virtud como el reproche. Nada le hubiera impedido comprender su ignominia, incluso a cuenta de haberle relegado a la justicia, pero otro misterio y otra humanidad hacían un vacío en él. Siguió caminando unos metros y se dio cuenta de que agitaba las manos y hablaba solo. ¿Cuál era su papel? ¿Activar la memoria? ¿Encerrarle en el olvido? ¿Imaginar lo bochornoso de su muerte y proyectar para siempre el trágico vaivén de su cuerpo como una sombra china en la pared de una habitación? Ser testigo consiste en asumir las parcelas de aquello que ha sido verificado por la inteligencia y por los sentidos, argumentó para sí con escrupulosa precisión de hombre de leyes, y había que admitir que él no había sido testigo de aquello, razón por la que añoraba sus paseos nocturnos con el doctor, y rechazaba la imagen de su cuerpo colgado de una cuerda. Yin grata era la noche de primavera, tan azul el aire y la fosforescencia del mar, que hubiera deseado compartirlo con él.

El faro había empezado a lanzar destellos. El haz luminoso parpadeaba sobre su cabeza, barriendo la oscuridad. En lugar de seguir hacia el balneario el abogado pasó la primera línea de chalets de la playa y se dirigió hacia el pueblo. Cruzó el largo puente sobre la ría. El agua negra de la marea subía veloz a contracorriente por debajo de los arcos. En el puerto descargaban las cajas de pescado cubiertas de hielo a la luz de unos proyectores. Al pasar frente a la iglesia oyó cantos de mujer. El abogado se dirigió al café. Tenía sed y necesitaba la compañía de otros hombres. Entró en el café y se acercó a la barra. Un desconocido, a su lado, bebía cerveza.

—Una cerveza —pidió el abogado.

El camarero abrió el grifo sin responder palabra. Unos segundos más tarde puso el vaso con un fino ribete de espuma sobre el mostrador y el abogado bebió con avidez el primer sorbo. El desconocido alzó un ojo perspicaz.

—Da gusto tener sed, ¿eh?

—Hay noches —dijo el abogado.

—Es cierto que hay noches —meditó el desconocido filosóficamente. Luego se inclinó sobre su propia cerveza, con el aspecto resignado de los bebedores que ya no esperan hallar ninguna revelación en el fondo del vaso.

El abogado se volvió hacia la sala, apoyado en el zinc de la barra. Cuatro hombres jugaban a las cartas en una de las mesas de mármol. No habían levantado la cabeza del tapete al verle entrar. En otra de las mesas un hombre dormitaba con el cuello arrojado hacia atrás, descubriendo la nuez prominente, con la cabeza apoyada contra el espejo de la pared y las manos huesudas extendidas sobre el mármol. El espejo reflejaba la imagen duplicada de su codo. Al otro extremo de la barra el abogado descubrió al jardinero con dos hombres más. El jardinero le saludó llevándose dos dedos a la frente, hostil y confiado al mismo tiempo, como si el café fuera un territorio neutral estrictamente separado de las obligaciones de servicio.

—Ya no tiene amigos en Lince, abogado.

—Se equivoca —dijo el abogado sin inmutarse—. Tengo un amigo en el cementerio.

A su lado el desconocido alzó de nuevo la pestaña, apartando los codos, vagamente interesado.

—Esos ya no son amigos —dijo el jardinero.

—Al contrario, esos son amigos para siempre.

El jardinero se volvió hacia sus amigos.

—Los amigos los prefiero vivos —exclamó, y los tres se echaron a reír.

El abogado volvió a su cerveza. No era aquella la compañía que andaba buscando.

—No hubo necesidad de ponerle una soga al cuello, él se la puso —insistió por su parte el jardinero.

El abogado no respondió.

—Hay sed, pero no es su noche —sentenció el desconocido a media voz cuando cesaron las risas.

El abogado bebió su caña de cerveza lentamente, paseando la mirada de uno a otro de los espejos, multiplicado y frágil, prisionero de una situación que no había deseado. Quiso abreviar el error. Demasiadas veces había tardado en comprender las circunstancias y eso acarreaba consecuencias enojosas. Apuró la cerveza y se llevó la mano al bolsillo para pagar.

—No le cobres —gritó el jardinero—. Aquí tiene amigos que le invitan a esa cerveza.

El abogado dejó unas monedas sobre el mostrador sin prestarle atención. El hombre que estaba a su lado aprovechó el envite.

—Yo la tomaré, si no le importa —dijo con una voz cargada de experiencia.

El abogado dio media vuelta y salió del café. Cruzó la sala sin volver la mirada a los espejos, que saludaron una casi versallesca retirada entre la sucia pátina y los destellos de azogue. El hombre que parecía dormitar lanzó un eructo a su paso. El abogado llegó a la puerta fingiendo entereza. Le persiguió una nueva carcajada que solo se amortiguó, como recluida detrás de la lona en alguna grotesca barraca de feria, cuando cerró la puerta detrás de él. Recibió con alivio el aire fresco de la noche, cargado de olores marinos. A lo lejos proseguía el cántico de las mujeres en la iglesia mezclado con el zumbido de los generadores que iluminaban la operación de descarga en el puerto.

Se sintió amargado y triste pero inexplicablemente orgulloso de su actitud. Lince también era aquello. Fue consciente de que le gustaba aquel pueblo, de que le gustaba la noche y el sentimiento de libertad solitaria que le procuraba, como una compensación o un margen de beneficios consolidado entre la miseria y la gloria que en aquel pueblo había descubierto, permitiéndole franquear el umbral de unos círculos extraños a su experiencia y a cuanto hubiera podido exigir de la vida misma, de la memoria ajena y de la crónica de sucesos. Descubrió a lo lejos el neón multicolor del Oasis, en el cruce de carreteras, triunfando sobre la compacta gusanera de los camiones aparcados. No quería cenar en Casa Garrafones, ni proseguir como un vía crucis el recorrido que hubiera efectuado en compañía del doctor. Volvió a cruzar la ría y regresó al paseo de la playa. Le seguía una perrita sin dueño. El animal fue caminando a su lado. Le acompañó unos centenares de metros divagando a derecha e izquierda y finalmente desapareció. El abogado se sintió feliz y libre, inconfesadamente risueño, porque el recurso solitario purificaba su estado de ánimo. Entonces decidió concluir la noche en el seno maternal del balneario, rodeado por las sombras espesas del parque, entre la caótica expansión sexual de los

helechos. Pidió que le sirvieran de cenar bajo la pérgola. Cenó pollo y arroz con leche. Todo le correspondía, como único inquilino del hotel. Cualquiera le hubiera garantizado la impunidad de algún turbio deseo. Se instaló después de la cena en los recién dispuestos butacones de mimbre y pidió que le sirvieran café.

El gerente del hotel se sentó a su lado. Era un hombre taciturno, algo encorvado de hombros. Solo disponía de dos o tres empleados para iniciar la temporada y ello parecía aumentar su somnolencia melancólica, como si acabara de despertar con unos pocos congéneres después de un periodo de hibernación. Había tenido la prudencia de procurarse una botella de coñac en el bar antes de apagar las luces y puso una copa a disposición del abogado.

—Supongo que estará usted a punto de concluir su trabajo —insinuó discretamente.

—Todo estará acabado en un par de días —dijo el abogado.

El gerente se aclaró la garganta.

—Podrá recoger los papeles, echar los cerrojos, llevar flores al cementerio.

—¿No le importa que no hablemos de cementerios?

—Oh, no, en absoluto. Lo decía con la intención de acompañar su estado de ánimo.

—Me encuentro perfectamente en mi estado de ánimo —precisó el abogado probando el coñac. No era de la misma calidad que las rancias botellas de coñac del general. Era coñac de hotel, botellas de destilería.

El gerente no respondió.

—Además —prosiguió el abogado súbitamente estimulado por la vibración eléctrica de los insectos—, ¿en qué estado de ánimo se supone que tendría que encontrarme?

—Supongo que con ganas de irse —balbuceó el gerente. Su larga sombra húmeda se impregnaba de relente nocturno, agobiado por el desbordamiento seminal del jardín. Su cabeza oscilaba sobre la mesa, alzando apenas los ojos para adivinar la actitud del abogado. Se aclaró de nuevo la garganta, tomando precauciones, y añadió:

—Dicen que usted ha venido aquí a buscar pruebas.

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas?

—No crea todo lo que le digo, pero tampoco hay que dejar de creer algo de lo que se dice. Algunos sabían de antes lo que se decía del doctor pero otros no se hubieran quedado satisfechos si no se dijera lo mismo de la mujer.

—No le entiendo.

—Ese chico disminuido, se dice que era el juguete de ella, pero naturalmente faltan pruebas.

—Nadie ha dicho que sea disminuido.

—Es igual. En el pueblo...

—Poco me importa lo que se diga en el pueblo.

—Como usted diga.

El hombre guardó silencio unos minutos, orillando el malhumor del abogado. Luego quiso pasar a las cuestiones prácticas, persuadido de que los hombres inteligentes se entienden sobre objetivos razonables.

—En todo caso usted viene a cerrar la casa. Y antes de cerrar la casa, conozco a alguien que echaría con gusto un vistazo al guardarropa.

—¿Cómo dice?

—En esa casa, en casa del general, debe haber armarios llenos de ropa de señora —repitió la sombra—. Conozco a alguien que compraría esa ropa.

El abogado volvió a probar el coñac. Reprodujo la secuencia con calma. En una situación como aquella no se había preparado para afrontar una operación de compraventa. Las cosas no eran como él esperaba, pero nadie podía haber previsto lo que realmente esperaba. Dejó la copa en la mesa y se volvió hacia el gerente que le miraba expectante.

—Pues sí, hay mucha ropa en ese guardarropa.

El gerente sonrió ampliamente al ver confirmadas sus sospechas.

—Y yo conozco a alguien que compraría esa ropa.

—¿Usted?

—Alguien que yo conozco. Yo no.

De nuevo guardó silencio. Sin duda esperaba haberse expresado claramente. Aguardaba una proposición que se apresuraría a transmitir. Insistió en las garantías.

—Se trata de una persona solvente. Comerciante en ropas usadas.

—No dudo de que su amigo sea una persona solvente. Tampoco dudo de que haya comerciantes en ropas usadas interesados en lo que encierra el guardarropa de esa casa —dijo el abogado después de haber meditado su respuesta, tras una breve pausa—. Imagínese, cómo no iba a figurármelo —añadió sardónico—. Yo he venido aquí a liquidar herencias y estoy dispuesto a todo.

—Lo suponía —insinuó el gerente con cierta audacia.

—Especialmente a proponer en pública subasta ropas usadas de mujer —remató el abogado dejando caer todo el peso de su ironía sobre los encorvados hombros del gerente, que al instante irguió el busto, suspicaz, y se apartó de la mesa.

—Sacaré los abrigos de piel y los abrigos de entretiempo. Extenderemos en el jardín los trajes de tarde y noche. Exhibiremos abiertas las sombrereras. Distribuiremos su ropa interior por los dormitorios para que su cliente, o sus clientes, o los aficionados de Lince que lo deseen, se masturben con la lencería. ¿Es eso lo que espera? ¿A cuánto puede ascender la recaudación? ¿Qué comisión repartiremos entre nosotros?

El gerente se levantó y se alejó despavorido.

—No se vaya —prosiguió el abogado a gritos—. Vamos a discutir ese negocio. Conseguiremos una oferta.

El abogado sonrió satisfecho. Se llevó de nuevo la copa de coñac a los labios con la tibia sensación de haber sido malvado, no maligno, sino necio y malvado como la gente que le rodeaba y como las propias circunstancias que le tocaba vivir. Dios santo. ¿A nadie le interesaban los viejos uniformes del general? A propósito, ¿qué haría Goitia con ellos? Tuvo reminiscencias de un paisaje sembrado de espantapájaros, campos oníricos donde el ajuar de una mujer elegante se deshacía en jirones, azotado por el viento, entre pomaradas, campos de maíz y vergeles de cerezos. La muerte nos convierte en mendigos, invitados a un baile póstumo con flácidos trajes desastrados que reconocemos como propios. No era noche para pensamientos lúgubres. El parque entero rezumaba savia en la orgía silenciosa de la primavera. Y sin embargo el abogado se sumergió unos instantes en la bochornosa contemplación del guardarropa de Ana Rosa dispersado entre las manos de

los ropavejeros, algo sin duda inevitable, cualquiera que fueran las medidas que se tomaran para retardar ese momento, cualquiera que fuera la pasión que pudiera convertir aquellos armarios en una especie de museo. Ellos representaban la vida real, el gerente del hotel y su traperero, el jardinero y la torva mujer que respondía como un animal totémico al nombre de Toribia. Ellos tenían la llave de las cosas sólidas de la vida, las necesidades primarias, los sentimientos de sed y hambre, la avidez de los verdaderos intereses, tanto más poderosos y auténticos cuanto que no se levantaría un imperio sobre los tesoros que se ventilan. Y entre tanta expectación poco contaban las figuraciones de un imbécil, dichoso imbécil con una copa de coñac en la mano, recluido en la noche como en la jungla de sus pensamientos, seducido por la delicuescencia de un mundo que se venía abajo con la insignificante banalidad de las existencias frustradas, donde lo único que pudiera redimir el sufrimiento del tiempo transcurrido hubiera sido la capacidad de amor. Faltaban meses, quizá años por delante, para que la verdadera perspectiva aliviara la fuente sombría de las cosas. Algún día se contaría la historia de aquella mujer, desde los brindis con el champán de posguerra hasta la silenciosa cautividad de la morfina, en términos cariñosos, bajo luces tamizadas, sugiriendo los matices necesarios para impregnar la buena o mala fortuna de su juego con los tintes acertados de júbilo o desilusión. Sin duda había proyectos. Algún día el balneario se transformaría en casino. Alguien en los periódicos llamaría a Linces la Marbella del Norte, obligatoriamente. Y entonces, a tanta distancia, en tan astronómicas dimensiones, poco importaba saber en qué carnaval acabaría el guardarropa de Ana Rosa y qué portero de discoteca luciría los rehabilitados uniformes de gala del general.

El abogado se levantó de la mesa y hundió las manos en los bolsillos. Avanzó unos pasos en la oscuridad dejando atrás sus pensamientos. Una vela en una ampolla de cristal esparcía un círculo de luz alrededor de la mesa. Más allá todo eran sombras. Se adivinaba la explosión densa del follaje, el verde espeso y negro de los árboles, la orgiástica proliferación de matorrales entre los troncos oscuros. Un escarabajo negro avanzaba entusiásticamente por el suelo de cemento de la pérgola obedeciendo algún sutil rastro de amor. El abogado respiró profundamente el aire de la noche.

No sabía, o no podía expresar cuál era la libertad adquirida en la solitaria contemplación de las sombras, en la superación de los agravios que en el estricto sentido de la historia no le concernían, dudoso entre sentirse espectador o portador de ella. Podía o no podía adentrarse en su terreno, tal era su elección. A la manera de los novelistas podía estimar que la vida es una escuela, dando mayor participación a la tragedia y al misterio de la vida ajena que a la absoluta indiferencia de la propia, siempre al cabo o en la frontera de lo que parecía ser una inmediata revelación. No había que esperar revelaciones, suspiró el abogado reteniendo un bostezo, sino satisfacer el ejercicio de la inteligencia y el apaciguamiento de los sentidos. El aire se cargaba de olores dulces y esencias de almidón. El jardín fermentaba como una levadura en cuya masa copulaban los insectos. Más allá de los árboles se alzaban los pabellones ruinosos del antiguo balneario. El manantial sulfuroso corría entre la maleza del parque. La noche levantaba una barrera infranqueable, excitante y opaca al mismo tiempo. El abogado sabía cuál era el misterio de la roca donde brotaba el manantial, conocía la silenciosa dignidad de la caverna, la música de las estalactitas, el hechizo de los mosaicos olvidados, medusas, faunos, flores y peces. Aquello pudo haber sido un lugar de prácticas de alta magia al mismo tiempo que una estación termal, como ha ocurrido en todas las épocas. Recordaba las bañeras cuarteadas, los mármoles como sarcófagos cubiertos de liquen. Allí había de detener el vértigo de su conocimiento, en el misterio vaginal de un antro tibio y húmedo, en la sexual hendidura de un vientre que no debiera haber penetrado, porque solo el muchacho, el hijo del jardinero, debería ostentar aquel privilegio con el inconfesable secreto de la posesión de Ana Rosa. Era ya tarde, cerca de medianoche. El abogado, con las manos en los bolsillos, respetando para siempre aquella incógnita, volvió al círculo de luz.

Estaba cansado. Recogió la botella de coñac y apagó de un soplo la vela que ardía en el cuenco de vidrio. Luego se dirigió hacia el hotel buscando casi a tientas su camino con pasos prudentes. Entró en los salones, con el mobiliario todavía sin desenfundar. Cruzó la sala de billares, con las mesas aún cubiertas de grandes sudarios blancos. Pasó indiferente ante la exhibición de fotografías de antaño y ante las vitrinas que conservaban,

junto al obús intacto de quién sabe qué batalla, trofeos de tenis y billar y piezas de vajilla de porcelana, como vínculos de otros tiempos de placer. Recorrió el laberinto de escaleras y pasillos hasta llegar a su habitación. Luego durmió con un sueño profundo, familiar, dejando atrás cualquier pensamiento fatuo, de los que asaltan a los que creen haber llegado, al dormirse, al umbral de la muerte. Durmió roncando voluptuosamente, por haber bebido, y solo se despertó bien entrada la mañana, sintiendo que las hormigas le corrían por la garganta y que uno de sus brazos, a la imagen de su ser, a la imagen de su propia indecisión sobre cuanto había sucedido, persistía en seguir dormido a pesar de sus deseos de levantarse a orinar.

Dos días más tarde no le quedaba realmente ningún motivo para prolongar su estancia en Linces. Había recogido los últimos papeles en el gabinete del general y volviéndose hacia la mujer que estaba allí dijo:

—Mañana me voy, Toribia. Esto se ha acabado.

Prudente en su falda espesa y rígida, moviéndose con precauciones de caja fuerte, la mujer detuvo su labor. Se hallaba volviendo contra la pared los lienzos de las paredes. Había esparcido por el desván polvos de azufre. Luego había impregnado la primera planta de la casa con un poderoso insecticida, accionando el émbolo de una especie de cañón de funcionamiento manual que había depositado una tenue capa de veneno blanco sobre el ambiente. En aquel momento se hallaba ocupada en la planta baja y parecía que su función, al escuchar las palabras del abogado, consistiera en desalojarle definitivamente de allí.

—Mañana me voy —repitió el abogado—. La casa se quedará cerrada hasta que quiera venir Goitia.

—Yo cuidaré al señor Goitia si viene Goitia.

—No sé si lo aceptará. No es hombre que necesite que se ocupen de él. Quiero decir, es hombre que suele ir acompañado con alguna delicada criatura femenina que lo cuide. Además, no creo que se le ocurra venir.

—Si se le ocurre venir yo cuidaré de Goitia sentenció la mujer, testaruda y poco delicadamente.

—Se lo diré. Usted tiene toda mi confianza —respondió el abogado ignorando lo cándido de su crédito y lo que recelaban las faldas de la mujer.

—Si usted viene yo cuidaré de usted —propuso Toribia.

—Gracias, Toribia. ¿Va a seguir viviendo en casa del doctor?

Toribia bajó la cabeza y lanzó un gemido, como si respondiera a un dolor inmediato. Fue solo un instante. El abogado volvió la espalda y Toribia se alejó con sólidos pasos de quincallero. El abogado se enfrascó entonces en sus papeles. Poco quedaba por concluir. Únicamente recoger las carpetas y embalar ciertas cosas. También había dado noticias de que pensaba irse al gerente del hotel, después de su encuentro bajo la pérgola dos noches atrás. El hombre parecía intimidado. El abogado le tranquilizó y le agradeció cortésmente sus servicios.

—Pronto será la temporada alta —dijo el gerente—. Usted será de los que vengán a bañarse aquí.

—No lo creo —dijo el abogado—. Por este año no lo creo.

—Será para el año que viene.

—Quizá.

El hombre esbozó una sonrisa sin remordimientos. Quizá lamentaba no redondear el negocio del ropavejero, pero también era posible que un instinto más generoso le llevara a prescindir de aquella posible fuente de ingresos con la esperanza de que el retorno del abogado trajera otros bienes, otros beneficios invisibles que no se atrevía a evaluar. En todo caso conservó una discreción apenas servil y lo suficientemente digna como para que el abogado olvidara sus proposiciones. El gerente se volvió hacia uno de los escasos empleados del hotel.

—Habrà que entregar una tarjeta al abogado para que no nos olvide en sus próximas vacaciones.

El abogado agradeció el detalle.

—¿En qué lugar estaría mejor alojado?

—En ninguno —respondió el abogado, descontando que no había más hoteles en Linces.

—Marcaré con una cruz la silla de la pérgola en la que estuvo usted sentado la otra noche.

El abogado no era supersticioso pero no entendió si se trataba de un homenaje o de un hechizo.

—Quiero decir que aquí siempre habrá un sitio reservado para usted —aclaró el gerente.

—Gracias.

Era la segunda vez que el abogado se despedía, y en esta segunda ocasión lo hacía con mayor familiaridad. Quién sabe si Goitia no le enviaría de nuevo como mozo de embalajes. Había dejado preparada su bolsa y avisó que se marcharía temprano en el tren de Oviedo. Pero considerando su relación con Linces y el afecto misterioso que le ligaba con el pueblo no podía dudar de que en algún momento se vería obligado a aceptar la oferta del gerente, lo mismo que la oferta de Toribia, y en sus ojos se dibujó el porvenir de unas vacaciones pasadas en Linces, en el balneario, o quién sabe si en la renovada, aireada, exorcizada casa del general. De nuevo tenía ante sus ojos el suave panorama del mar en primavera. A sus oídos llegaba el rumor de los guijarros en la playa, delicadamente agitados por la marea con un murmullo sedoso. Los matices de color recorrían la bahía desde el azul profundo, casi negro, de las corrientes marinas más allá de la barra hasta el tierno azul verdoso de turquesa en los bajíos arenosos de la playa, y aquella apreciación de su ojo crítico, pictórico, que se recreaba en discernir a través de la ventana no menos de seis o siete coloraciones del agua, le procuraba un placer aristocrático y absolutamente gratuito, sin mayor finalidad que dilapidar la tarde en su contemplación. ¿Y por qué sentía en aquel momento necesidad de jugar, de sentirse libre en su despedida, ni siquiera verdaderamente vinculado a la idea del retorno, necesidad de lanzarse a la playa a pasear y correr sobre las rizadas extensiones de arena que la marea dejaba al descubierto, entrando en los labios del océano, descalzo, inocente, con los pantalones remangados y el agua en los tobillos, maravillado por el hallazgo de un guijarro de forma sugestiva, quizá un corazón, quizá un rostro petrificado, o fascinado por las maderas primitivas que el mar había pulido, aquellos iconos tan suaves al tacto como la más exquisita piel? ¿Por qué sentía necesidad de olvidar que allí había sido meramente un abogado en misión particular, mezclado a un asunto particularmente turbio cuyas conclusiones, quizá por pudor, quizá por

escrúpulo, ni siquiera se atrevería a declarar? Aquella era su alegría contenida, quizá la más tardía revelación de su carácter, habitado por el alma de un adolescente, y al mismo tiempo era su culpa, demasiado adulto, demasiado sensato y bien calzado como para salir de aquel gabinete, entrar en el paisaje de acuarela que se ofrecía desde la ventana y echar a correr. Por otro lado, la casa entera olía a insecticida, y era evidente que tanto las cucarachas como los vivos y fantasmas más recalcitrantes que allí habitaban, corrían peligro de intoxicación. Vio a Toribia cubierta con un pañuelo que le tapaba la boca y otro que le protegía el pelo. En sus manos llevaba el artilugio amenazador con el que había espolvoreado la planta alta y la expresión de sus ojos era la de un combatiente de la guerra bacteriológica. Se impacientaba. Había vuelto a entrar en el gabinete con el émbolo dispuesto a ser accionado para una fumigación definitiva. El abogado se vio obligado a pedir unas horas de armisticio.

—De acuerdo, Toribia, todo será fumigado hasta que la casa sea un depósito de veneno, pero por el amor de Dios, necesito unas horas.

La sirvienta retrocedió con el arma en la mano, sin volverle la espalda. El abogado suspiró con alivio. Volvió a la contemplación del paisaje en la ventana pero su espíritu ya se había quedado atrás, o le había precedido en una fuga sin límites.

Tuvo de nuevo conciencia de encontrarse solo y de haber olvidado incluso los motivos, y no quería decir las obligaciones, que le habían llevado allí. En el mismo instante en que suspendía su pensamiento, aburrido, ni siquiera atento a la íntima conciencia de tener que abandonar el lugar, sonó el teléfono. Dejó que sonara tres veces. Luego alargó un brazo perezoso y descolgó el aparato.

—¿Alfredo Gavilán?

El abogado no reconoció la voz.

—¿Hablo con el abogado?

—Soy Alfredo Gavilán, doctor en leyes.

—Soy Joaquina Valls —dijo la voz femenina y el abogado la reconoció al instante, linda y preciosa, sumergida en los bálsamos del salón de belleza. La mujer dejó que pasara el instante de sorpresa. No había tenido necesidad de buscar el nombre del abogado en el papel donde lo había apuntado en su

conversación anterior. Lo había podido recordar. Había unos laboratorios de crecepelo con un nombre parecido, y una patente de loción capilar. Suponía que el abogado no estaba pendiente de su llamada y ni siquiera estaba segura de que le interesara verdaderamente que le llamase. Era un capricho. Algo se había encendido en su memoria, con su buena disposición para todo lo relacionado con Ana Rosa. Dejó que el abogado repitiera su nombre, sorprendido. Luego fue amable y familiar con él. Se preguntaba si sería pariente de los laboratorios de crecepelo.

—Pensé que quizá ya no estaría en Linces. He llamado al azar.

—Estoy en Linces hasta esta noche. No esperaba su llamada.

—Estuve pensando... —empezó a decir la mujer. Luego se interrumpió bruscamente—. ¿Qué tiempo hace en Linces?

—Primavera —dijo el abogado.

—También aquí en Palma es primavera. Bien. No somos las antípodas.

—¿Lo pensaba?

La mujer guardó silencio un instante. Luego prosiguió con buen humor.

—Tenía que verificarlo. He estado pensando en todos los años que me separan de aquello que usted me leyó al teléfono, y parece una gran distancia, como si fueran las antípodas —dijo la mujer—. Aquel poema.

El abogado se llevó la mano a la cartera. Había conservado la cartulina consigo. Pensaba quedársela de recuerdo. Pensaba que a Goitia no le podía interesar.

—Lo tengo aquí —dijo con la cartulina delante de los ojos—. *Amor, si fueras aire y respirarte...*

—Eso es.

—*Y si fueras, Amor...*

—Dejémoslo simplemente en *Amor*.

—Como quiera —dijo el abogado algo contrariado por la interrupción—. Es un poema raro. Enumerativo. Yo también he estado pensando en él.

Le gustaba la progresión lenta y firme de los versos, la sólida cadencia del deseo, como una lista de prioridades, de lo más elemental a lo más trascendente. Lo cierto es que exageraba. No había vuelto a pensar en ello desde su anterior conversación. El poema le recordaba misteriosamente un juego de niños, escrito para ser leído en voz alta. A nadie se le ocurriría

pensar que una mujer lo hubiera guardado tantos años si no hablara de ella. El abogado dejó la cartulina sobre la mesa.

—Apuesto a que tiene usted más memoria de lo que pretendió el otro día.

—No crea.

—Yo diría que sí. Yo diría que me ha llamado para decirme algo importante.

—Es usted un abogado inteligente —dijo Joaquina Valls con ironía—. Creo que se ha ganado que le diga lo que he averiguado sobre ese poema.

Joaquina Valls hizo una pausa. El abogado vio un resquicio y aprovechó la oportunidad.

—Creo que merece la pena que se lo recite de nuevo —dijo antes de que la mujer pudiera interrumpirle. Tomó la cartulina y se la puso a distancia declamatoria delante de los ojos mientras con la otra mano sostenía el auricular. Joaquina Valls suspiró con paciencia. El abogado acercó los labios a la íntima neutralidad del aparato y comenzó a recitar:

*Amor, si fueras aire y respirarte.
Y si fueras, Amor, vino y beberte.
Si fueras sombra para no perderte.
O si fueras camino y caminararte.
Amor, fueras cantar para cantarte.
Fueras hilo en mis manos y tejerte.
Que mi alimento fueras y comerte.
Si fueras tierra, Amor, para labrarte.
Si fueras para más que para amarte:
Amor, Amor, Amor, si fueras muerte.*

El abogado respiró satisfecho. El resultado le parecía óptimo. Había aprendido a acelerar vorazmente la entonación al llegar a «*que mi alimento fueras y comerte*» y sabía desgranar campanudamente el último verso como un luctuoso doblar de bronces.

—Hermoso, ¿no es cierto?

—Muy hermoso —dijo la mujer—. Lo recita usted muy bien —añadió recordando vagamente la publicidad del fabricante de crecepelo.

—La persona que escribió este poema debió ser un hombre muy enamorado. Observe la ingravidez atmosférica del primer verso, «*Amor, si fueras aire y respirarte*». Y la caballerosa ebriedad del segundo, «y si fueras, Amor, vino y beberte». Hay terciopelo y destellos de rubí en esa expresión —dijo el abogado poética y críticamente al mismo tiempo—. Observe la violencia tozuda del deseo, la obstinación bovina, rural, «si fueras tierra, Amor, para labrarte». Sin duda se trataba de un hombre apasionado. El autor supo extirpar esa pasión y obtener un poema como quien extrae un diente.

—¿Usted cree? —preguntó Joaquina Valls algo desconcertada.

—Sí. Hay una tenacidad extractiva en toda la composición —se lanzó a perorar el abogado—. Una precisión quirúrgica, como si cada verso hubiera extirpado una emoción particular, una enfermedad mortal afectiva, progresivamente, con lucidez, sin piedad. Es un trabajo de mesa de disección. ¿Me llama usted para decirme quién fue el autor?

—Bueno, no es así exactamente —dijo la mujer tras un leve titubeo.

—¿Fue el doctor?

—No, no fue el doctor.

—¿Entonces?

Joaquina Valls hizo una pausa. Sabía que el abogado conocía los antecedentes de aquel poema, las reuniones en la suite del Wellington, las fiestas y el ingenio en sus variantes nocturnas, viscerales, las veladas de whisky y ceniceros desbordantes hasta el amanecer en los cristales, y también sabía que el abogado sabía, o suponía, que todos aquellos artistas o poetas habían estado enamorados de Ana Rosa, lo sabía y lo suponía con el íntimo convencimiento de que no hubiera podido ser de otro modo, a cambio de lo cual se le haría de una meridiana claridad lo que tenía que decirle. Era un juego. Había sido un desafío del destino. Cada uno de los poetas había improvisado un verso de aquel poema, un verso, quizá dos, todos ellos habían juntado sus palabras y lanzado su parcela de ingenio y sentimiento, Carlos, Ángel, Juan, el doctor, el otro Juan, el más joven, incluso el general había improvisado un verso, y es posible que alguna línea

fuera de un botones del hotel, de faz radiante, que entró en la suite con un servicio de cubitos de hielo, todos ellos inspirados por una de aquellas noches exaltadas y caóticas, apadrinados por la cáustica desconfianza del general. Joaquina podía enumerarlos a todos, o quizá, con mejor memoria, podía verlos a todos, y nadie podría averiguar a estas alturas quién había escrito tal verso y cuál correspondía a quién.

—¿Está usted segura de que no estamos explorando las antípodas? —dijo el abogado escéptico.

—No, ya hemos verificado eso.

—Esta cartulina...

—Será la escritura de Ana Rosa. Fue anotando los versos a medida que ellos los iban improvisando. A fin de cuentas el poema iba dirigido a ella.

—El verso que dice...

—Por favor...

El abogado no insistió. Le complacía sin embargo su papel de crítico póstumo. Le agradaba analizar el texto como un forense literario. Atribuyó el último verso al doctor, en la profética secuencia de los acontecimientos, vislumbrados con años de antelación. El verso bovino, penetrador de aquel amor como tierra de labranza, tal vez fuera del general. ¿Y aquella suposición? ¿Cuál podría ser el verso de un botones del hotel? La mujer interrumpió sus pensamientos.

—Creo que no me queda nada más que decirle.

—¿No ha guardado usted relación con alguno de los poetas? Con los que todavía viven, quiero decir.

Joaquina se echó a reír.

—Bueno. Me casé con el más joven de ellos.

—¿Cuál fue el verso que él puso en el poema?

—Tendría que preguntárselo.

La mujer guardó silencio unos instantes.

—Además, ¿qué interés tiene? A usted le ha gustado el poema, eso es todo. A Ana Rosa le gustó tanto que lo conservó toda la vida. ¿Qué más quiere? No sé si usted tiene pensado añadir una línea, en el supuesto de que usted haya estado enamorado de ella también.

—No, no, yo no tengo nada que añadir —se apresuró a responder el abogado ruborizándose levemente.

—¿Seguro?

—Seguro. Pongamos que hace años que terminó aquel juego y no se admiten nuevos jugadores. La estrofa no lo admite —añadió puntilloso.

—Eso pienso yo.

Joaquina Valls se despidió. El abogado guardó contacto todavía unos segundos.

—¿Nos veremos alguna vez?

—¿En Linces?

—O en Palma de Mallorca.

—Bueno, tengo entendido que Ana Rosa dejó una sortija para mí. Es posible que alguna vez vaya a Linces a recoger esa sortija, si aparece.

Se despidieron de nuevo y el abogado colgó el teléfono con una lánguida y suave nostalgia, como si el misterio de la comunicación hubiera sido demasiado breve. Toribia entró en el gabinete con el fumigador en la mano. Se había cubierto de nuevo la cara con un pañuelo y se desplazaba con movimientos de viajero espacial. El abogado recogió las carpetas. Abandonó el teatro de operaciones y salió al porche. Escuchó desde fuera los violentos golpes de émbolo de Toribia, que terminaba de fumigar. Paseó por el jardín esperando a que la mujer cerrara las puertas. Cuando la vio aparecer, sacudiéndose los pechos y aireándose la fuerte mata de pelo, él mismo cerró la puerta de entrada.

—Usted conservará esta llave, Toribia, para el caso de que hubiera alguna necesidad.

La mujer recogió la llave y se la colgó del cinturón de la falda sin decir palabra. Alzó un fardo de ropa que llevaba consigo y se dirigió hacia el lugar donde había dejado la moto. Luego se alejó, rodeada de estruendos. El abogado se demoró en el jardín. La brisa agitaba ligeramente los penachos en flor de los tamarindos. *Amor, si fueras aire y respirarte...* ¿Qué clase de pesadilla o de obsesión le había sido trasladada para siempre al pensamiento con aquellos versos? Cerca del cobertizo se movió la sombra del jardinero. Se plantó junto a la verja y retuvo al abogado por la manga de la chaqueta cuando se disponía a cerrar la cancela.

—Abogado, se me debe una semana de trabajo —dijo con una expresión hostil y cerrada en el rostro.

—Pensaba saldar esa deuda —dijo el abogado.

Las facciones del hombre se suavizaron.

—Usted se va de Linces y verá al muchacho. Entregue ese dinero al muchacho. Dígale que es dinero de su padre.

El abogado asintió con la cabeza. El hombre dio media vuelta con el talante brusco y desapareció. El abogado lanzó una última ojeada a la fachada de la casa, ya del otro lado de la verja. Luego volvió la espalda al chalet y regresó al hotel caminando a lo largo de la curva de la playa. Aquella noche llamó por teléfono a Margarita, su mujer, para avisarle de la hora de llegada. Fue una conversación cariñosa, familiar, sin pasión y sin versos. A la mañana siguiente temprano regresó a Madrid.

FIN

OceanofPDF.com



MANUEL DE LOPE (Jesús Manuel de Lope Rebollo) (Burgos, España, 1949) inició las carreras de Ingeniería de Telecomunicación y Ciencias Económicas en Madrid, estudios que no terminó. Exiliado por razones políticas, marchó a Francia en 1969, para posteriormente residir en Suiza e Inglaterra, volviendo a Francia. Trabajó en varios oficios, como por ejemplo comercial para un marchante de pintura.

Carlos Barral lo descubre y publica su primera obra, *Albertina en el país de los garamantes* (1978). Se mantuvo en el extranjero hasta 1993, en que regresó a Madrid.

De Lope cultiva el género narrativo, que en un principio fue experimental, para posteriormente pasar a temas más cotidianos. También ha trabajado en narrativa de viajes al estilo clásico del género. En 1998, recibió el prestigioso Premio Primavera por su obra *Las Perlas Peregrinas*.

OceanofPDF.com